

Avances en psicología moral

Una revisión de teorías e investigaciones

Rubén Andrés Miranda-Rodríguez



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ZARAGOZA



Avances en psicología moral

Una revisión de teorías e investigaciones

Rubén Andrés Miranda-Rodríguez

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Estudios Superiores Zaragoza



Datos para catalogación bibliográfica

Autor: Rubén Andrés Miranda-Rodríguez.

Avances en psicología moral.
Una revisión de teorías e investigaciones.

UNAM, FES Zaragoza, noviembre de 2022.

Peso: 10.9 MB.

ISBN: 978-607-30-6991-5.

Diseño de portada: Carlos Raziel Leaños Castillo.

Diseño y formación de interiores: Claudia Ahumada Ballesteros.

DERECHOS RESERVADOS

Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial del texto o las ilustraciones de la presente obra bajo cualesquiera formas, electrónicas o mecánicas, incluyendo fotocopiado, almacenamiento en algún sistema de recuperación de información, dispositivo de memoria digital o grabado sin el consentimiento previo y por escrito del editor.

Avances en psicología moral.
Una revisión de teorías e investigaciones.

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Av. Universidad # 3000, Col. Universidad Nacional Autónoma de México, C.U.,
Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México, México.

Facultad de Estudios Superiores Zaragoza
Av. Guelatao # 66, Col. Ejército de Oriente,
Alcaldía Iztapalapa, C.P. 09230, Ciudad de México, México.

Índice

Introducción	5
1. Los componentes psicológicos de la moralidad	9
Bases biológicas de la moralidad	12
Percepción	13
Intuiciones	14
Emociones	16
Razonamiento	20
Toma de decisiones	22
¿Se puede nombrar al cerebro como “el órgano moral”?	26
Resumen	27
2. Evidencias sobre los orígenes de la moralidad	29
Teoría de los fundamentos morales	30
Cuatro características esenciales de los fundamentos morales	34
El núcleo moral	41
¿Y qué ocurre después?	44
Resumen	45
3. Teorías del desarrollo moral	47
Desarrollo del razonamiento y del juicio moral	48
Aproximación neo-kohlbergiana al desarrollo moral	50
Competencia moral-democrática	53
Desarrollo de la moralidad de cuidado	55
Desarrollo moral del niño mexicano	58
Construcción de la personalidad moral	60
Desarrollo moral y psicopatología	62
Teorías sociocognitivas	64
¿Qué factores del entorno facilitan el desarrollo moral?	67
Resumen	67

4. El desarrollo moral a través de la socialización	71
Psicología moral inter e intracultural	72
Medios sociales fundamentales para el desarrollo moral	75
Conformación de una identidad moral	86
Resumen	88
5. Juicios morales y opiniones diferentes	89
Nosotros los buenos, ustedes los malos	90
Polarización en redes sociales	91
Temas controvertidos	93
Entonces, ¿cómo reducir tanta controversia?	99
La necesidad de un diálogo	100
Otro gran factor que considerar	102
Resumen	103
6. La importancia del contexto en el estudio de la moralidad	104
Contexto y proceso de valoración	108
Conducta gobernada por reglas	111
Regulación moral desde el análisis conductual	114
Toma de decisiones morales y otros dilemas	118
Resumen	121
7. Conducta antisocial y desconexión moral	123
¿Qué es la conducta antisocial?	125
Características de la desconexión moral	126
Manifestaciones violentas	128
Factores de riesgo	133
¿Cómo actuar desde la psicología?	136
Resumen	138
8. Métodos de evaluación en psicología moral	141
Métodos psicométricos	142
Métodos experimentales	149
Métodos cualitativos	154
Resumen	160
Anexo 1. Escala de dominio moral para adolescentes	163
Referencias	167

Introducción

Desde los inicios en el estudio de las acciones humanas se han desarrollado interpretaciones que apuntan a la moralidad como un elemento fundamental para guiar el comportamiento. Una larga historia de conocimientos en filosofía ha permitido entender la conducta en relación con aprendizajes que se contemplan hasta la fecha cuando se habla de la capacidad humana de distinguir lo bueno y lo malo (Xirau, 2008). Estos conocimientos han sido muy relevantes para la psicología, al grado que actualmente se involucra significativamente en el objetivo de entender la moralidad de una forma más práctica y susceptible de comprobarse empíricamente, obteniendo lo que hoy en día se conoce como psicología moral (Gray & Graham, 2018).

El objetivo de este libro es ilustrar los principales avances científicos que se han aportado desde la psicología en el estudio de la moralidad. Se comparte una revisión de cómo la psicología moral ha avanzado científicamente a través de diferentes propuestas que se han presentado a lo largo de los años, por lo que se espera contribuir al conocimiento con un repaso de los descubrimientos más significativos en cuanto a las diversas formas de entender este tema. Así mismo, se busca que profesionales, estudiantes y personas interesadas en la psicología y ciencias afines enfocadas en el abordaje moral del comportamiento vean a este libro como un medio para tener un panorama general de las teorías e investigaciones existentes, esperando despertar curiosidades e intereses para hacer más investigación.

Dicho lo anterior, se sugiere comenzar definiendo algunos conceptos en lo general para después atenderlos desde la psicología en lo particular a lo largo de los diferentes capítulos. En primer lugar, es importante asumir como moral al conjunto de normas, reglas, valores o costumbres sobre el bien y el mal, los cuales se presentan a manera de afirmaciones comprendidas como principios morales y tienen la función de justificar las decisiones, juicios o acciones humanas (Moll, Zahn, de Oliveira-Souza, Krueger, & Grafman, 2005). A diferencia de la ética, entendida como la integración de procesos de estudio, discusión y reflexión sobre la naturaleza de la moral, de la cual surgen códigos de conducta específicos para la organización social (Xirau, 2008).

En psicología moral, se estudia la relación que tiene la conducta con principios normativos y deliberativos definidos socialmente como correctos o incorrectos, lícitos o ilícitos, aceptables o inaceptables, entre otros aspectos que se vinculan con la delimitación de lo bueno y lo malo. Por esta razón, a lo largo del libro se mostrarán conceptos conocidos por definir comportamientos y eventos de la psicología general, pero con el adjetivo de moral en este caso: conducta moral, cognición moral, emociones morales, razonamiento moral, decisiones morales, desarrollo moral, etc. Se presentarán conceptos que definen eventos psicológicos generales, pero relacionados con principios morales (Gray & Graham, 2018). Una vez mencionado esto, se considera adecuado aclarar una definición de psicología moral como *el estudio del comportamiento en relación con los principios sobre el bien y el mal que se presentan en su medio social*.

Otro término muy importante de aclarar es el de moralidad, ya que no se sugiere abordarlo precisamente como un sinónimo de moral, puesto que delimitarlo permite acercar aún más el conocimiento a los intereses de la psicología. Existen dos formas no excluyentes entre sí para comprender a la moralidad: una descriptiva y otra normativa; la primera se refiere a la actividad de definir cuáles son los principios morales que caracterizan a una sociedad (también se puede entender como dominio moral), mientras que la segunda comprende la actividad de cada individuo de aceptar, conformarse y actuar en correspondencia con tales principios (Gert & Gert, 2020). Esto es muy importante porque, al tratarse de actividades humanas, han surgido diferentes teorías e investigaciones intentando generar propuestas de operacionalización, las cuales han fortalecido la incursión de la psicología en su estudio. A lo largo de los capítulos se utilizará el concepto de moralidad como un sustantivo (sin aludir como tal a especificaciones descriptivas o normativas, ya que se estarán tomando en cuenta ambas dimensiones), mientras que el concepto de moral se usará más como el adjetivo que especifica la perspectiva que se les da a los diversos componentes de la psicología general que se han relacionado con principios sobre el bien y el mal.

En el transcurso del libro también se utilizarán y definirán otros conceptos clave desde su respectivo rigor científico, el cual se ha tratado de priorizar en la revisión de las teorías e investigaciones que se citarán. Como plantea Harris (2011), las preguntas relacionadas con el significado de valores como la libertad, la justicia o la felicidad, así como preguntas relacionadas con el significado de la moralidad, se pueden responder científicamente, de tal manera que es posible también descubrir verdades morales traducidas en pautas comportamentales que desde la ciencia se pueden recomendar para el mejoramiento

de la calidad de vida de las personas. O como sugiere Railton (1986), en términos de que una aproximación científica permite descubrir dichas verdades como hechos que ocurren en la vida cotidiana mediante procesos de aprendizaje basados en la experiencia individual y social. En este sentido, la psicología tiene mucho que aportar como una ciencia que contribuya a precisar las interrogantes que se tienen sobre la moralidad.

Desde el punto de vista de Haidt (2007), la psicología moral permite estudiar el porqué de las conductas que van más allá del interés personal, es decir, contribuye a entender a qué se debe que las personas actúen en favor del bienestar de otros, incluso en ocasiones en que esto represente un peligro o perjuicio para su integridad individual. En adición, Haidt resalta que los intentos de la psicología moral por explicar dichos comportamientos se habían centrado hasta antes de los años 70's en una sola disputa entre perspectivas cognitivo-evolutivas y conductuales, pero en las últimas décadas han surgido nuevas aproximaciones acompañadas de contribuciones de las neurociencias y la psicología social. Cabe mencionar que eso no significa que las dos perspectivas previas hayan cedido el paso, ya que también han avanzado en el conocimiento de la moralidad y han participado en la discusión con evidencias considerables. Esto sugiere que hoy en día existe una diversidad importante de perspectivas científicas en el campo.

Dado el objetivo de este libro, se revisarán las contribuciones de los distintos enfoques de la psicología, de tal forma que se aprecien los avances que han surgido actualmente con respecto al estudio de la moralidad gracias a la diversidad de perspectivas basadas en evidencia; notando que algunas se han preocupado por atender aspectos más generalizables, mientras que otras se han enfocado en entender hechos prácticos con su debido cuidado en cuanto a su especificidad y operacionalización.

Los capítulos están organizados para identificar las principales teorías e investigaciones que han hecho sugerencias sobre el conocimiento de la moralidad en términos de: cuáles son sus componentes psicológicos, de dónde proviene o dónde comienza a desarrollarse, cómo se desarrolla y qué papel juega la sociedad en su desarrollo, por qué hay eventos que generan controversia cuando se trata de definir si son moralmente correctos o no, qué implicaciones tiene el contexto en las variaciones del comportamiento moral, cómo se abordan las conductas antisociales desde la psicología moral, y cuáles han sido las principales propuestas de evaluación psicológica. Sugerencias que, si bien algunas pueden verse más precisas que otras, demuestran los avances que se han tenido hasta la fecha en el campo de la psicología moral.

Se presentarán ocho capítulos, cada uno con la presentación de teorías respectivas a su tema principal, así como ejemplos de estudios relativamente recientes que se han aplicado para demostrar empíricamente lo previamente teorizado y sugerir soluciones a problemáticas específicas. Probablemente se perciban unas aportaciones con mayor certeza científica que otras, pero se presentan todas con la finalidad de que se tome en cuenta que, así como se ha avanzado sustancialmente en psicología moral, aún hay mucho que seguir investigando.

Los componentes psicológicos de la moralidad

Parte de las razones por las que la psicología es una ciencia de bastante utilidad para comprender y explicar asuntos relacionados con la moralidad es que permite operacionalizar sus conceptos. Desde la psicología se pueden utilizar medios que permitan medir y comprobar empíricamente conceptos relacionados con la actividad humana de distinguir el bien y del mal a través de diferentes pautas de comportamiento. Esto ha contribuido a que diversos autores sugieran aproximaciones teóricas con respecto a cuáles son los componentes psicológicos que caracterizan al comportamiento relacionado con principios morales.

Contemplando los conocimientos previos, se puede asumir que los componentes psicológicos de la moralidad se agrupan en dos grandes rubros: cognitivo y afectivo, los cuales se pueden discernir conceptualmente, pero no separar en su naturaleza. Son procesos psicológicos que participan con diferente intensidad de acuerdo con las condiciones socioambientales que los estimulen, pero que tienden a actuar simultáneamente (Lind, 2016). De estos grandes rubros surgen explicaciones que buscan detallar y clasificar cuáles son específicamente.

Uno de los referentes más conocidos que hace hincapié en los componentes psicológicos de la moralidad es Hauser (2006), quien señala que la psicología cuenta con los elementos necesarios para abordar la capacidad de distinguir el bien y del mal de una manera libre de expectativas metafísicas y con evidencias suficientes para hacerlo desde una perspectiva científica. De tal modo que se intenta partir de los argumentos referentes a que el estudio de la moralidad puede llevarse a cabo a través de los hechos psicológicos desde una perspectiva realista basada en evidencia (Railton, 1986).

De acuerdo con Hauser (2006), para definir los componentes básicos de la psicología moral se puede partir de tres perspectivas filosóficas de gran utilidad para la psicología:

kantiana, humeana y rawlsiana (basadas en Immanuel Kant, David Hume y John Rawls respectivamente); las cuales utiliza para sugerir una metáfora enfocada en “criaturas” que simplifica la explicación de cómo se genera un juicio moral. Estas tres criaturas tienen características distintas y cada una conforma un modelo hipotético de explicación de las bases psicológicas que definen qué pasa antes de que una persona emita una deliberación sobre qué es bueno y qué es malo.

El primer modelo se basa en la *criatura humeana*, que es “un ser enteramente emocional y pasional”, por lo que da apoyo a un proceso en el que se genera una respuesta emocional ante la percepción de un acontecimiento y por ende se emite un juicio moral basado en una reacción emotiva.

El segundo modelo plantea una relación entre la *criatura kantiana* y la humeana. La criatura kantiana es “un ser enteramente racional” y todos sus movimientos son planeados, por lo que su combinación con la criatura humeana supone un proceso donde se hace un análisis racional acompañado de un procesamiento emocional y se emite un juicio moral basado en imperativos categóricos.

El tercer modelo se basa en la criatura rawlsiana, que es “un ser enteramente intuitivo y perceptivo” en el sentido de que la evolución de su especie la hizo capaz de hacer análisis inmediatos y sin un mayor esfuerzo consciente sobre causas y consecuencias. Es capaz de detectar que algo es correcto o anda mal, por lo que supone un proceso en el que primero se manifiestan dichos análisis, se emite un juicio moral y posteriormente vienen la emoción y la razón.

Estos tres modelos muestran diferentes aproximaciones que intentan brindar explicaciones de cómo se compone la noción del bien y el mal en las personas, ya que, al menos desde la perspectiva del autor, representan las diferentes formas como la psicología puede considerar el estudio científico de la moralidad (Hauser, 2006).

En otros términos, Rest (1982) propone que existen cuatro componentes que definen a un comportamiento como moral y que representan las cuestiones más importantes que las teorías psicológicas centradas en el tema deben responder desde sus respectivos enfoques:

- **Sensibilidad moral.** Interpretación y reconocimiento de qué acciones son posibles de realizar en función de si pueden beneficiar o afectar a otros.

- *Juicio moral.* Evaluación, deliberación y justificación que definen a un evento o conducta como buena o mala.
- *Motivación moral.* Disposición por tomar decisiones basadas en principios morales por encima de otro tipo de elecciones.
- *Carácter moral.* Eficacia para emplear acciones concretas que reflejen los principios, juicios y decisiones morales que se utilizan para resolver los problemas que surjan día con día.

De acuerdo con Rest (1982), estos cuatro componentes no deben asumirse como virtudes que hacen especial a una persona, sino que son habilidades que se han aprendido mediante la experiencia y se utilizan ante situaciones específicas que varían en función de los diferentes acontecimientos que se viven. En adición a esto, se ha sugerido que la explicación que brindan los cuatro componentes puede ampliarse en función de las combinaciones que pueden generar y la forma en que tienden a aplicar en los procesos cognitivos y afectivos de cada persona. Es decir, las variaciones que surgen por tener más o menos sensibilidad, juicio, motivación y/o carácter moral representan la existencia de diversas manifestaciones psicológicas con respecto al comportamiento basado en principios morales (Curzer, 2014).

Los argumentos anteriores se pueden complementar con otros, como los planteados por Berkowitz (2002) en cuanto a la formación del carácter, el cual define como el conjunto de características psicológicas que afectan la capacidad e inclinación de las personas para funcionar moralmente, es decir, los aspectos psicológicos a los que se debe que una persona decida o no implementar acciones basadas en principios morales. Berkowitz propone el concepto de *anatomía moral* para delimitar siete características psicológicas que permiten comprender la formación del carácter: comportamiento moral, valores morales, personalidad moral, emoción moral, razonamiento moral, identidad moral y otras características fundamentales.

De acuerdo con Berkowitz (2002), la moralidad es multidimensional en cuanto a sus componentes psicológicos, ya que implica la capacidad de pensar en el bien y el mal, experimentar emociones morales (culpa, empatía, compasión, etc.), participar en comportamientos morales (compartir, donar a la caridad, decir la verdad, etc.), creer en los bienes morales, demostrar una tendencia duradera a actuar con honestidad, altruismo, responsabilidad y otras características que apoyan el hecho de que una

persona se desenvuelva en su medio de una forma regulada según ciertos códigos conductuales.

La diversidad de formas como se expresa el comportamiento relacionado con principios morales demuestra a su vez una variedad de maneras como se manifiesta la moralidad desde lo cognitivo y desde lo afectivo, por lo que la psicología ha brindado diferentes tipos de evidencias que se han traducido en avances científicos importantes. Entre los principales avances que han emergido al respecto se encuentran las bases biológicas de la moralidad, las cuales han presentado evidencias sobre qué áreas cerebrales se relacionan, por ejemplo, con varios de los componentes psicológicos mencionados. Además de que han permitido precisar varios de los argumentos que anteriormente sólo se centraban en dar conceptos sobre las acciones humanas y su implicación con principios morales, pero sin la oportunidad de mostrar datos que los respalden (Greene & Haidt, 2002).

Bases biológicas de la moralidad

Con el paso del tiempo se ha desatado un creciente interés por comprender qué ocurre en el cerebro durante un comportamiento relacionado con principios morales. Cabe mencionar que existe un debate con respecto a la etiología; se cuestiona si los orígenes psicobiológicos de la moralidad están en la razón, en la emoción o en las dinámicas interactivas de ambas (Tovar & Ostrosky-Shejet, 2013). Estos debates han permitido que se generen estudios empíricos desde la neuropsicología que han demostrado lo importante que representa estudiar el cerebro para la psicología moral.

Entre los principales descubrimientos desde la neuropsicología está, por ejemplo, que las áreas cerebrales difieren en su activación cuando las personas se enfrentan a situaciones morales-personales (donde se sienten involucradas), morales-impersonales (donde no se sienten involucradas) y no-morales (donde no existe una evaluación moral de la situación). En cuanto a las situaciones morales-personales, la actividad cerebral es más veloz para deliberarlas como buenas o malas (sobre todo cuando se deliberan como malas) que situaciones morales-impersonales y no-morales (Greene, Sommerville, Nystrom, Darley, & Cohen, 2001). Esto se puede deber a que, cuando una persona emite un juicio moral ante situaciones donde se siente involucrada, tiende a activarse una red que comprende la corteza orbitofrontal medial, el polo temporal y el surco lateral del

hemisferio izquierdo, áreas asociadas con emociones de carácter intencional, dirigidas a un objetivo y apoyadas por un razonamiento. A diferencia de situaciones no-morales o impersonales, ya que en éstas tiende a activarse la amígdala, así como los giros lingual y orbitario; áreas que suelen asociarse con respuestas emocionales de influencia social y convencional (Moll, de Oliveira-Souza, Bramatti, & Grafman, 2002).

Desde la neuropsicología se ha hecho hincapié en que el juicio moral no es un proceso unificado en la corteza cerebral; cada región se activa de forma diferente según el acontecimiento juzgado. Particularmente, los juicios morales ante el daño físico, la deshonestidad y el disgusto hacia algunas prácticas sexuales, activan áreas relacionadas tanto con el razonamiento como con el procesamiento afectivo (Parkinson, Sinnott-Armstrong, Koralus, Mendelovici, McGeer, & Wheatley, 2011), lo que corresponde con las teorizaciones sobre los dos grandes rubros del comportamiento moral (Lind, 2016).

En general, los avances en neuropsicología han brindado claridad con respecto a la estructura psicológica de la moralidad (Tovar, & Ostrosky-Shejet, 2013), pero no sólo concluyen en cuanto a que los procesos se dividen conceptualmente en cognitivos y afectivos, sino que invitan a seguir discutiendo sobre qué procesos cognitivos y qué procesos afectivos participan antes o después y en qué de circunstancias. Por ejemplo, se ha sugerido que el primer paso de cualquier procesamiento reconocido como moral se basa en un proceso automático e inconsciente como el planteado en el modelo de la criatura rawlsiana, el cual debe hallarse con más precisión por la investigación psicológica y neurocientífica (Huebner, Dwyer, & Hauser, 2009), pero se han hecho sugerencias importantes, como que este proceso involucra a la percepción como eje indispensable; lo que la hace una parte esencial de la moralidad (Gray, Young, & Waytz, 2012).

Percepción

Argumentos basados en evidencias asumen que la percepción mental - entendida como la capacidad de atribuir propiedades como intenciones, autocontrol y autonomía a otros seres vivos - es la esencia de la moralidad en el sentido de que atribuye capacidades a agentes y receptores en una experiencia, lo que moralmente se traduce en atribuir responsabilidades a los agentes y sentimientos a los receptores (Gray et al., 2012). Esto se apoya en otros descubrimientos que demuestran que un área subyacente a la

percepción mental y el juicio moral es la unión temporoparietal derecha (RTPJ por sus siglas en inglés), asociada con la atribución de intenciones, creencias y pensamientos en otros. Esto sugiere que, si bien lo emocional y racional son fundamentales para deliberar entre lo bueno y lo malo, es indispensable tener primero una capacidad perceptiva sobre alguien que ejecuta una acción y alguien que recibe las consecuencias directa o indirectamente (Young, Cushman, Hauser, & Saxe, 2007).

Se ha señalado que puede resultar impreciso utilizar el concepto de percepción moral debido a que es un proceso que por sí mismo no permite deliberar como tal si algo es bueno o malo, ya que para eso se requieren otros procesos psicológicos (Faraci, 2015; Firestone & Scholl, 2016), pero algo que no puede menospreciarse es la función que tiene como percepción “a secas”. Su utilidad consiste en centrar la atención y detectar un estímulo potencial a ser evaluado moralmente, generando prioridades respecto a otros estímulos (Werner, 2018, 2020). Por ejemplo, se ha identificado que cuando se presentan palabras que implican responsabilidad moral (e.g. matar), se manifiesta actividad cerebral en la corteza posterior izquierda del cerebro 100 milisegundos en promedio (un tiempo que en términos de percepción es considerable) más rápido que cuando se presentan palabras que no implican responsabilidad moral (e.g. morir), por lo que la información moral personal de un estímulo genera reacciones más inmediatas que otro con un tipo de información diferente (Gantman, Devraj-Kizuk, Mende-Siedlecki, Van Bavel, & Mathewson, 2020).

La percepción también tiene efectos en otros aspectos de la psicología moral, particularmente cuando se especifica el estímulo a percibir. Como sugiere un estudio en el que se identificó que la percepción de ternura en objetos animados antropomórficos tiene efectos significativos en emociones como la compasión y la empatía, así como en conductas prosociales de ayudar o donar para causas socialmente benéficas (Zhang, & Zhou, 2020). Esto da pauta a las siguientes dimensiones cognitivo-afectivas de la moralidad, como son las intuiciones y las emociones, y es que el impacto que tienen en el comportamiento moral marca directrices cruciales.

Intuiciones

Uno de los principales defensores del enfoque intuitivo-emotivo basado en el empirismo humeano es Haidt (2001, 2003), quien argumenta que las intuiciones - definidas como

procesos en los que se hacen conclusiones inmediatas, asociativas, implícitas, sin un mayor esfuerzo consciente y en ocasiones con una fuerte carga emocional (Corrales, 2010; Kahneman, 2012) – impactan considerablemente la manera como se emite un juicio moral. Haidt (2001) resalta que gran parte de los juicios morales se emiten sin saber realmente por qué el estímulo en cuestión se deliberó como bueno o malo, y para ello pone el ejemplo de una situación hipotética:

Julie y Mark son hermanos. Viajan juntos a Francia en vacaciones de verano. Una noche, solos en el cuarto del hotel, deciden tener relaciones sexuales para experimentar algo diferente. Julie usa la píldora anticonceptiva y Mark usa condón. Ambos lo disfrutaron plenamente, pero acuerdan no repetirlo jamás y nunca contárselo a nadie.

Posterior a la descripción de dicha situación hipotética se pregunta a las personas si consideran que estuvo bien o mal lo que hicieron los hermanos. Las encuestas demuestran que la gran mayoría de las personas responden que estuvo mal, pero cuando se les pregunta por qué no pueden decir con certeza la razón lógica de su juicio, por lo que las respuestas tienden a resumirse en: *está mal porque está mal* (Haidt, 2001). Esto supone que, así como existen eventos que pueden ser juzgados como buenos o malos con argumentos lógicos, inmediatos y sin contradicciones, existen otros que no se puede definir con argumentos racionales inmediatos por qué están bien, o más frecuentemente, por qué están mal. Para esto, tienen que surgir procesos metacognitivos, como revisar o reflexionar sobre los propios pensamientos o las propias intuiciones para encontrar un argumento sólido que justifique o bien corrija el juicio automático que se emitió (Vega, Mata, Ferreira, & Vaz, 2020); como el posible juicio automático que se tuvo hace un momento sobre que está mal que dos hermanos tengan relaciones sexuales a pesar de la protección y el acuerdo de mantenerlo en secreto y no repetirlo jamás.

Las bases psiconeurales de la relación entre el juicio moral y las intuiciones demuestran diferencias en términos de si el estímulo es intuitivo como tal (con argumentos inmediatamente concluyentes para la mayoría de las personas) o contraintuitivo (que genera un conflicto individual para deliberar o concluir con argumentos sólidos). Los juicios morales intuitivos se suelen vincular con activación en la corteza visual y premotora, mientras que los contraintuitivos con activación en la corteza cingulada anterior rostral, lo que sugiere que sus conflictos se deben a una interferencia emocional que impide hacer un juicio moral contundente (Kahane et al., 2012).

Lo anterior sugiere ahondar en un proceso denominado como *involucramiento emocional*, definido como la interferencia de emociones en el momento de deliberar moralmente una experiencia, y asociado con un incremento en la actividad del giro frontal medial, el giro cingulado posterior y el giro angular bilateral (Greene et al., 2001). Así mismo, es factible detallar el papel que las emociones juegan como aspectos psicológicos que protagonizan cuando una situación se convierte en un asunto de moralidad, ya que la evidencia señala que los juicios morales tienden a realizarse frecuentemente con el acompañamiento de una respuesta afectiva (Vélez-García, Chayo-Dichy, Arias, Castillo-Parra, & Ostrosky-Solís, 2003).

Además, cabe mencionar que existe toda una clasificación de emociones morales que marcan los diferentes caminos que puede tomar un juicio moral, pero también qué tanto pueden motivar a realizar acciones nobles y prosociales o, en su defecto, acciones que vayan en contra de la integridad de otros (Haidt, 2003).

Emociones

Las emociones tienen participan tanto en la valoración de una situación como en la conducta correspondiente debido a sus diferentes expresiones y regulaciones. A diferencia de la percepción, el concepto de *emociones morales* no genera controversia, ya que se pueden apreciar aquellas que tienen una carga valorativa en función de si representan bienestar o si representan un perjuicio para otras personas o seres vivos en general, y a su vez suelen estar acompañadas por una justificación basada en criterios sobre el bien y el mal. Desde la observación de las emociones que se generan tanto en los agentes como en los receptores, se pueden hacer conjeturas más o menos precisas de la interpretación moral que cada uno le da al acontecimiento experimentado (Eisenberg, 2000).

Haidt (2003) define las emociones morales como las respuestas o reacciones que surgen ante violaciones morales o eventos que motivan a la conducta prosocial, y su manifestación depende de las características del evento y la interpretación que se le dé en función de si se percibe como algo bueno o malo. Se dividen en dos tipos:

- *De activación desinteresada.* Surgen cuando se está percibiendo un evento, pero sus consecuencias son buenas o malas para alguien más, no para uno mismo.

Este tipo de emociones normalmente surgen porque otras personas realizan un acto heroico o son víctimas de sufrimiento o injusticia.

- *De motivación a la acción.* Surgen cuando un evento beneficia o perjudica de tal manera que pone a la persona en un estado de disposición por participar en él para cumplir un objetivo específico, como responder recíprocamente una ayuda o vengarse de alguien que causó un mal momento.

Con base en una recopilación de evidencias previas, Haidt (2003) hace una clasificación especulativa de las emociones morales (que recomienda sólo tomarse como tal y que cada investigación debe comprobar empíricamente de acuerdo con sus respectivos objetivos), la cual sugiere ubicar en un continuo de interés-desinterés y nivel alto-bajo de motivación a la acción.

Si bien las emociones que conducen al comportamiento prosocial son fáciles de ubicar como morales, las emociones que motivan conductas indeseables también deben ubicarse en esta lógica (aunque eso no las hace recomendables), ya que tienden a ser desatadas por principios basados en la procuración de la integridad individual, social o del mundo en general. Las emociones morales no necesariamente llevan a conductas moralmente aceptables (Haidt, 2003). A continuación, se describen las características de estas emociones en orden de poco a mucho interés y alto a bajo nivel de motivación a la acción respectivamente:

- *Enfado.* Sentir enojo, frustración e indignación por identificar situaciones donde se provocan injusticias a personas inocentes, por ejemplo: racismo, opresión, explotación o discriminación étnica. Se motivan acciones relacionadas con protestar y exigir que se haga justicia.
- *Elevación.* Sentir admiración por ver o escuchar experiencias de hazañas heroicas o conductas de caridad que reflejen inspiración para hacer algo parecido. Se motivan acciones relacionadas con realizar patrones de conducta similares a los vistos o escuchados en dichas experiencias.
- *Culpa.* Sentir malestar por la identificación de que una conducta propia provocó dolor o sufrimiento en otra persona (más comúnmente en pares o menores). Se motivan acciones relacionadas con pedir perdón o buscar enmendar el perjuicio provocado.

- *Compasión*. Sentir inquietud y deseo por contribuir a la disminución del sufrimiento de otros. Se motivan acciones relacionadas con ayudar o confortar para aliviar el sufrimiento de alguien más.
- *Disgusto*. Sentir repugnancia y asco por oler, probar o incluso sólo ver estímulos desagradables. Se motivan acciones relacionadas con limpiar, purificar o eliminar residuos potencialmente dañinos.
- *Pena y vergüenza*. (Para algunas culturas se consideran como sinónimos o se definen con diferencias conceptualmente sutiles donde la pena se siente con menor intensidad que la vergüenza.) Sentir incomodidad o deshonra hacia una acción propia por ir en contra de normas o principios establecidos por alguna autoridad respetada (aquí la diferencia con la culpa). Motivan acciones relacionadas con esconderse de la opinión pública o, en combinación con un proceso de asertividad, con la aceptación de la falta y de las consecuencias correspondientes.
- *Desprecio*. Sentir una combinación entre enfado y disgusto desde un sentimiento de superioridad moral hacia alguien que se considera que tiene menos prestigio por diferentes razones. Se motivan acciones relacionadas con tratar con menos respeto o cortesía a quien se desprecia y marcar diferencias al respecto.
- *Gratitud*. Sentir y desear reciprocidad por una conducta que alguien más realizó y que benefició a uno mismo. Se motivan acciones relacionadas con expresar verbalmente o realizar una conducta específica que refleje agradecimiento.
- *Alegría por el sufrimiento ajeno (Schadenfreude)*. Sentir satisfacción por que otra persona tuvo una experiencia desafortunada o incluso está sintiendo dolor. No se motivan acciones específicas, a menos que se combine con otros factores y se realicen conductas no prosociales.
- *Temor*. Sentir sorpresa y asombro por la presencia de una entidad considerada personal o culturalmente como superior, perfecta o divina (normalmente se asocia como una emoción moral en personas profundamente religiosas). Se motivan acciones relacionadas con admirar y realizar prácticas que reflejen adoración a dicha entidad.

- *Orgullo*. Se puede asumir como lo opuesto a la pena y la vergüenza, por lo que se siente satisfacción y honor por acciones moralmente aprobadas. No se motivan acciones específicas, pero se da una autovaloración en términos de virtuosidad.
- *Angustia*. Sentir ansiedad o agobio por ver o escuchar sobre la ansiedad o agobio de alguien más. No se motivan acciones específicas, pero puede reconocerse al igual que la compasión como una emoción precursora para el desarrollo de la empatía.
- *Tristeza y felicidad*. Se consideran emociones que se encargan de acompañar a algunas de las antes mencionadas en función de si el estímulo y las acciones en cuestión se valoran como negativas o positivas respectivamente.

Otros factores que menciona Haidt (2003) son el amor y la empatía, pero no los incluye como emociones morales de acuerdo con su clasificación. En el caso del amor, no lo incluye por ser un sentimiento más complejo que no se considera situacional en términos de señalar estímulos específicos que lo desatan o acciones específicas que motiva. En el caso de la empatía, no la define como una emoción moral por considerarse más bien como una habilidad que requiere otros procesos psicológicos que deben desarrollarse y aprenderse.

Las emociones morales marcan de forma considerable las directrices de los comportamientos de las personas, y en un sentido más a largo plazo, contribuyen en la manera como las personas se definen a sí mismas según cómo han aprendido a reaccionar ante experiencias que implican asuntos morales (Lefebvre & Krettenauer, 2019). Así mismo, es fundamental recalcar el hecho de que participan en posibles conductas tanto prosociales como antisociales, por ejemplo, se ha demostrado que niveles altos de orgullo y culpa en relación con niveles altos de empatía se asocian con disposiciones a la conducta prosocial, mientras que niveles bajos tanto de culpa como de empatía se asocian con disposiciones a la conducta antisocial (Ortiz, Etxebarria, Apodaca, Conejero, & Pascual, 2018), por lo que es sugerible reconocer no sólo cómo se manifiestan sino también cómo se asocian con otros factores relacionados con la regulación emocional y la adaptación social, además de cómo interactúan entre ellas (Krettenauer, Malti, & Sokol, 2008). Con esto se invita a pensar que las dimensiones cognitivo-afectivas de la moralidad no se quedan sólo en lo perceptivo y lo intuitivo-emotivo, sino que incluye más elementos.

La manifestación de las emociones morales tiene por sí misma una carga valorativa que resulta en un juicio moral inmediato, pero su relación con conductas manifiestas no sólo se refleja en una acción que obedece a la activación de dichas emociones. En ocasiones aparece otro proceso relacionado con el porqué de tal juicio o tal conducta emocional; es aquí donde el razonamiento moral participa como una forma de justificar los juicios morales inmediatos, pero también como una forma de corregirlos o modificarlos, de tal manera que los posteriores procesos se basen en una reflexión e incluso en una planeación que considere principios morales.

Razonamiento

Si bien lo intuitivo-emotivo parece manifestarse considerablemente ante un evento que se percibe como potencial de evaluación moral, en otras circunstancias es necesario emplear procesos que implican reflexionar sobre los principios morales que pueden representar las justificaciones de dicho juicio, dialogar para llegar a un consenso sobre la interpretación moral de una situación, hallar conclusiones basadas en la integración de varios puntos de vista, o bien tomar en cuenta posturas diferentes (y en ocasiones contrarias) a los propios juicios inmediatos; es en estas circunstancias cuando el razonamiento moral toma un papel fundamental (Blair, 2009; Greene & Haidt, 2002).

Para identificar las bases psiconeurales de un razonamiento moral es necesario retomar estudios que demuestran su manifestación como una forma de abstracción y control cognitivo (asociado con activaciones en la región frontoparietal, la corteza prefrontal dorsolateral y la corteza cingulada anterior) de un primer juicio intuitivo ya dado. Estos estudios sugieren que el razonamiento surge a partir de las emociones morales y las intuiciones que se dan en primera instancia, por lo que su participación en el juicio moral es posterior a los procesos afectivos (Cushman, Murray, Gordon-McKeon, Wharton, & Greene, 2012; Greene, Nystrom, Engell, Darley, & Cohen, 2004).

El papel *post-hoc* (expresado así por Haidt, 2001) del razonamiento en la dimensión cognitivo-afectiva del comportamiento moral no debe ser menospreciado (posterior no significa secundario). Es fundamental tener tanto una visión sensible y emotiva como una perspectiva racional y planeada cuando se toma alguna decisión basada en principios morales, ya que sólo guiarse por lo intuitivo-emocional o sólo dejarse llevar

por lo racional puede resultar en conductas antisociales. Además, de acuerdo con Turiel (2018), el rol del razonamiento moral involucra hacer consideraciones de eventos y convertirlos en asuntos de importancia social debido a que involucran principios que marcan una diferenciación de lo bueno y lo malo desde diferentes perspectivas, las cuales pueden llegar a necesitar sopesarse para tener interacciones sociales respetuosas y llegar a acuerdos donde se tomen en cuenta los juicios y las emociones de todas las personas involucradas, mientras estos no sean dañinos para otros.

En adición a lo anterior, se ha demostrado que el razonamiento moral sirve como una representación de las creencias, costumbres, normas y tradiciones que cada persona aprende de su cultura, la cual impacta tanto en su respectiva forma de ver el mundo como en su manera de definir el bien y el mal (McNamara, Willard, Norenzayan, & Henrich, 2019), tal como sugieren algunas teorías del desarrollo moral, que asimilan al razonamiento ya sea como el eje central de sus propuestas o como una pieza fundamental (esto se revisará con más detalle en el Capítulo 3). En este sentido, se ha mostrado evidencia para sugerir el diálogo y el trato respetuoso de las diferencias como una manera racional de resolver problemas sin la necesidad de recurrir a nuevos conflictos, luchas de poder o injusticias (Kohlberg, 1987; Lind, 2016).

El razonamiento tiene un papel fundamental en la moralidad, sin embargo, al igual que los otros procesos mencionados, no puede definirla en su totalidad; puede ser un indicador, pero no puede asumirse como el único. Así mismo, se ha argumentado que razonar moralmente no es suficiente para la promoción de acciones que generen un cambio social (Tam, 2020).

Con respecto a la insuficiencia de abordar la moralidad desde un solo proceso psicológico, se sugiere importante resaltar que gran parte de los estudios en psicología moral se centran en la persona como “espectadora”, es decir, se estudian los hechos psicológicos que acontecen cuando una persona observa una situación y la juzga o emite una opinión razonada sobre ella, pero es fundamental atender también qué ocurre cuando la persona no es espectadora de la situación, sino que la protagoniza. Es en este punto donde la toma de decisiones surge como un proceso diferente, ya que no es lo mismo juzgar las acciones de otros que ser quien debe elegir qué acción llevar a cabo ante una situación que implica responder con principios morales; las situaciones se perciben de manera distinta y en varias ocasiones difieren dependiendo de factores que van más allá de aprender a juzgar, razonar o regular emociones (Garrigan, Adlam, & Langdom, 2016; Greene & Young, 2015).

Toma de decisiones

Una decisión moral consiste en la elección de emisión o inhibición voluntaria de una conducta con base en principios morales (Christensen & Gomila, 2012) y sus componentes son aún más complejos que los de una emoción o un proceso de razonamiento moral, ya que incluso se puede decir que los contiene. Seiler, Fischer y Ooi (2010), sugieren un modelo de procesamiento dual interactivo (IDP por sus siglas en inglés) entre procesos intuitivos-emocionales y planeados-razonados para explicar cómo una persona toma decisiones basadas en principios morales. En este modelo se toma en cuenta que las diferentes experiencias y contextos con los que se interactúa definen si participa más lo intuitivo-emocional que lo planeado-razonado o viceversa, pero se centra en que el proceso de toma de decisiones consiste en una relación dinámica de ambos.

El IDP está conformado por cinco aspectos intuitivos/emocionales y/o planeados/razonados que definen la manera como una persona toma decisiones basadas en principios morales (Seiler et al., 2010):

- *Percepción.* Se detecta el conflicto moral inherente a la situación desencadenante.
- *Proceso dual interno.* Se experimenta un conflicto interno entre seguir lo intuitivo-emocional o analizar con más detalle con ayuda de la lógica (esto ocurre más cuando el evento es contraintuitivo).
- *Juicio y decisión morales.* Se logra emitir un primer juicio moral (basado en la primera intuición cuando el conflicto interno es menor o basado en un análisis posterior cuando el evento es contraintuitivo) y se toma una primera decisión como propuesta de solución a la situación experimentada.
- *Razonamiento post hoc.* Se hace un razonamiento posterior para apoyar o ajustar el juicio previamente emitido y su correspondencia con principios morales reconocidos desde lo sociocultural.
- *Interacción social.* El primer juicio y la primera decisión se comparten con otras personas y se generan acuerdos o se discute socialmente para que surjan nuevas decisiones morales hasta llegar a una final.

Seiler et al. (2010) mencionan que estos aspectos no involucran una secuencia estricta en todos los eventos que se experimentan, sino que representan una interacción

constante que culmina cuando la persona toma una decisión final después de que cada aspecto sea lo suficientemente convincente para que no sea necesario o no sea posible discutir, reflexionar o pedir opiniones de otras personas. Esto evidencia que la toma de decisiones morales se compone de los procesos anteriores: percepción, intuiciones, emociones y razonamiento, pero sobre todo de su combinación cuando se trata de vivir la situación más que de juzgarla.

Retomando el concepto de moral personal e impersonal, se ha demostrado que cuando se presentan situaciones hipotéticas que implican la decisión de matar a un individuo como un medio para salvar a otros (moral personal), ocurre menor actividad en las áreas frontopolar y frontal, en comparación con situaciones hipotéticas que implican la decisión de salvar a otros, pero con la muerte de un individuo como una consecuencia no intencionada (moral impersonal), además de que el primer caso representa un procesamiento afectivo displacentero mayor que en el segundo, por lo que hay un impedimento de tomar decisiones completamente planeadas y prácticas (siempre y cuando haya un funcionamiento cognitivo-afectivo normal).

Cuando se presentan dos opciones para responder a cada situación, el caso de moral personal promueve una menor actividad cortical que el caso de moral impersonal, lo que implica un menor procesamiento en la ejecución de procesos voluntarios debido a la interferencia de emociones al momento de razonar cuál es la mejor decisión que se debe tomar (Sarlo et al., 2012).

Los estudios que demuestran lo opuesto a la capacidad para tomar decisiones morales también aportan evidencia fundamental sobre la importancia de la relación entre emociones y razonamiento, como los estudios de Damasio (1994) con pacientes que presentaban daño en la corteza prefrontal ventromedial (VMPFC por sus siglas en inglés): en estos estudios se demostró que los pacientes con este daño tenían problemas para tomar decisiones de su vida cotidiana que implicaban conductas de empatía, prudencia y responsabilidad.

En la misma lógica, otro estudio (Glenn, Raine, Schug, Young, & Hauser, 2009) demostró que la psicopatía se relaciona con una mayor actividad en la corteza prefrontal dorsolateral (DLPFC por sus siglas en inglés) asociada con el control cognitivo para anular respuestas socioemocionales durante la toma de decisiones ante situaciones morales.

Otro punto que es importante resaltar es que la toma de decisiones morales no es un proceso universal como tal a pesar de los descubrimientos sobre sus bases biológicas, ya que depende en gran medida de las normas, creencias, valores y costumbres que cada persona ha aprendido a lo largo de su vida. Tal como señala un estudio realizado con muestras de Corea del Sur y Estados Unidos (Han, Glover, & Jeong, 2013), en el que se identificó que al momento de tomar decisiones ante las mismas situaciones hipotéticas, las personas coreanas mostraron mayor actividad en el putamen (asociado con procesos socio-intuitivos) y la circunvolución frontal superior derecha (asociada con procesos de control cognitivo bajo una condición moral personal), mientras que en las personas estadounidenses ocurrió un grado significativamente mayor de actividad en la corteza cingulada anterior (asociada con la resolución de conflictos bajo una condición moral personal). Han et al. (2013) sugieren que, para estudiar apropiadamente el proceso de toma de decisiones morales, se deben considerar las interacciones entre lo cultural y educativo con el desarrollo cerebral.

Investigaciones complementarias muestran que las decisiones morales dependen de otros factores como las variaciones en el nivel de sensibilidad que cada persona tenga a las posibles consecuencias de la decisión que se tome, el nivel de sensibilidad a las normas morales que están implicadas en la situación y el grado de preferencia general por detenerse y no hacer nada por encima de hacer algo que implique participar en la situación (Gawronski, Armstrong, Conway, Friesdorf, & Hütter, 2017).

Estas evidencias denotan la presencia de diferentes variantes que pueden llegar a manifestarse al momento de que una persona toma una decisión fundamentada en principios morales; cada una con sus respectivas bases psiconeurales que implican mayor presencia de intuiciones, emociones o razonamientos y que demuestran que evaluar la actividad cerebral es un medio de gran utilidad para estudiar la moralidad desde un punto de vista psicológico, aunque no debe ser el único.

En la Tabla 1.1 se hace una síntesis de los procesos cognitivo-afectivos que tienden a manifestarse al momento de que una persona ejerce su moralidad. Se definen cinco dimensiones importantes que pueden marcar las diferentes directrices de un comportamiento basado en principios morales: percepción, intuiciones, emociones, razonamiento y toma de decisiones. Se remarcan las características que les dan una cualidad moral y las actividades cerebrales asociadas de acuerdo con la evidencia científica.

Tabla 1.1. Síntesis de los componentes psicológicos de la moralidad.

Dimensión	Cualidad moral	Actividad cerebral asociada
Percepción	Atribución de propiedades como responsabilidad y sentimientos que permiten detectar agentes y receptores en una situación.	Unión temporoparietal derecha (atribución de intenciones, creencias y pensamientos en otras personas).
Intuiciones	Conclusiones o juicios asociativos que se hacen de manera inmediata y sin un mayor esfuerzo consciente.	Corteza visual y premotora cuando son juicios intuitivos o corteza cingulada anterior rostral cuando son juicios contraintuitivos.
Involucramiento emocional y emociones morales	Interferencia de reacciones con carga valorativa que varían en función de qué tanto afectan personalmente y motivan a actuar en correspondencia.	Giro frontal medial, giro cingulado posterior y giro angular bilateral (interferencia de emociones). Puede variar en función de la emoción en cuestión.
Razonamiento	Justificación o corrección de los juicios intuitivos y las emociones para deliberar de manera lógica, reflexiva y consensuada.	Región frontoparietal, corteza prefrontal dorsolateral y corteza cingulada anterior (abstracción y control cognitivo).
Toma de decisiones	Elección de emisión o inhibición voluntaria de una conducta con base en principios morales.	Áreas frontopolar y frontal con variaciones en la actividad cortical (ejecución de una actividad voluntaria con variaciones según la interferencia de emociones).

Las evidencias que se han recopilado en este capítulo y los avances en neurociencias sobre el tema de la moralidad han desatado preguntas acerca de si la naturaleza del cerebro es en sí misma moral. Es decir, surgen interrogantes con respecto a si la actividad cerebral tiene la función natural de diferenciar el bien del mal. Algo que puede afirmarse al respecto es que existen procesos cerebrales asociados con conductas de aceptación o rechazo de estímulos que conceptualmente reciben atribuciones y valoraciones como “eso está bien”, como la protección y las prácticas de cuidado, o “eso está mal”, como las acciones que llevan a daños o perjuicios (Churchland, 2012), ¿pero son argumentos suficientes para decir que el cerebro es un órgano moral?

¿Se puede nombrar al cerebro como “el órgano moral”?

Dado que la psicología moral abarca procesos que van desde lo intuitivo-emotivo, hasta lo racional y volitivo (de toma de decisiones), es notorio que hay regiones cerebrales que participan en asuntos que se definen como morales al grado que en algunas ocasiones se utiliza el concepto de “cerebro moral” o se le atribuye al cerebro títulos como “el órgano moral” (Hauser, 2006). Sin embargo, es paradójico utilizar tal término porque no tendría sentido estudiar la moralidad a través de evidencias neurocientíficas si el cerebro ya es moral en sí mismo. Además de que las regiones cerebrales mencionadas durante el capítulo en relación con intuiciones, emociones, razonamientos o decisiones morales no son áreas que sólo acontecen en contextos morales, también son áreas que se examinan en contextos ajenos a la psicología moral (Greene & Young, 2015).

Entonces el cerebro es un medio por el cual se pueden obtener evidencias significativas para comprender la naturaleza de la moralidad, pero es necesario contemplar otros elementos para completar el objetivo. En esta línea, es fundamental no caer en una “biologización” de los componentes psicológicos de la moralidad, ya que su estudio no puede completarse sin considerar hechos psicológicos que reflejan cualidades que sólo se pueden entender desde lo histórico, ambiental, social y cultural (O’Hear, 1997; Santoyo, 2011).

Los argumentos antes mencionados no demeritan la influencia de estudiar la moralidad desde un enfoque psicobiológico y neurocientífico, incluso invita a realizar conclusiones que sean más precisas en función de la evidencia que se recolecta. Aunado a esto, hacer aproximaciones empíricas desde una perspectiva psicobiológica ha brindado nuevos conocimientos que resultan de interés con respecto a los procesos cognitivos y afectivos vinculados con la presentación de principios morales.

Entre las principales interrogantes que se han abordado gracias a los descubrimientos mencionados (además de cuáles son las bases psiconeurales) es cómo las capacidades morales se desarrollaron en la humanidad como especie y si son capacidades que sólo tienen los seres humanos; porque si las discusiones en torno a estas interrogantes giran hacia un enfoque evolutivo, cabe averiguar si son cualidades que otras especies cercanas a la humana también muestran en sus conductas y representan evidencia de que la moralidad tiene sus inicios en la evolución. En el siguiente capítulo se aborda este tema desde las principales evidencias científicas que han proveído conocimiento sobre los orígenes de la moralidad.

Resumen

La psicología como ciencia permite que las afirmaciones o conceptos sobre la naturaleza de la moralidad puedan someterse a medición y comprobación empírica, tal como muestran diferentes estudios que han elaborado sus respectivas propuestas teóricas sobre los componentes psicológicos de la moralidad. Así mismo, una herramienta de suma utilidad en el estudio científico de la psicología moral en general es la examinación de sus bases biológicas.

Diferentes investigaciones en neuropsicología han mostrado que existe un número importante de regiones cerebrales que están asociadas con procesos morales que pueden comprenderse a través de cinco ejes que conforman la estructura cognitivo-afectiva de la moralidad: percepción como capacidad de atribuir propiedades a agentes y receptores; intuiciones como juicios y conclusiones inmediatas sin un mayor esfuerzo intencional; emociones como reacciones valorativas que varían según el nivel de interés y la motivación para actuar; razonamiento como la justificación o corrección de los primeros juicios y emociones con el fin de deliberar de manera lógica, reflexiva y consensuada; y toma de decisiones como la capacidad de elegir entre la emisión o inhibición de una conducta voluntaria con base en principios morales. Cada uno de estos ejes corresponde con diferentes áreas cerebrales que tienen actividad en el momento de que acontecen situaciones morales relacionadas con sus respectivas funciones.

Las evidencias sobre las bases biológicas de la moralidad han motivado a realizar preguntas relacionadas con si el cerebro es un órgano moral, pero no es preciso hacer esta conclusión debido a que es necesario contemplar también aspectos históricos, ambientales, sociales y culturales. Entre otras interrogantes y nuevos conocimientos que ha proveído la psicología moral se encuentra toda una temática interesante a revisar acerca de si la moralidad tiene sus orígenes en la evolución.

Evidencias sobre los orígenes de la moralidad

¿Cómo se origina la moralidad?, ¿cómo se ha desarrollado en la especie humana? Varios autores han sugerido que una interpretación evolutiva puede ser la más acertada para hablar de manera objetiva e imparcial sobre asuntos relacionados con los orígenes de la moralidad. Ante esto, Hauser (2006) menciona que la especie humana ha desarrollado un instinto moral - una capacidad innata de hacer juicios morales inmediatos e inconscientes -, que es el resultado de millones de años de selección natural y de transmisión genética respecto a la capacidad de distinguir el bien y del mal. Pinker (2008) alude a este instinto moral con la metáfora de un *switch* que se prende a manera de intuición ante situaciones específicas que demandan una reacción, ya sea de aceptación o rechazo ante ciertos estímulos del medio ambiente. Se puede decir que la evidencia apoya la interpretación evolutiva, pero no precisamente la idea de un instinto moral.

Estudios experimentales con animales han apoyado la hipótesis de que la moralidad se ha originado gracias a la evolución de la especie humana, como lo muestran estudios con primates (principalmente bonobos y chimpancés) en los cuales se han observado patrones de conducta cooperativa, empática, de cuidado, de organización social o de búsqueda por percibir igualdad de condiciones sociales; patrones conductuales que aparecen en los seres humanos desde sus primeras etapas de desarrollo (Brosnan & de Waal, 2003; de Waal, 1991, 1996, 1998; Horner, Carter, Suchak, & de Waal, 2011; Range, Horn, Viranyi, & Huber, 2009; Rault, 2019). Se ha resaltado en este sentido que los animales muestran patrones de comportamiento que en seres humanos se suelen interpretar moralmente, por lo que es factible asumir que la moralidad es una de tantas capacidades que el ser humano fue desarrollando durante su historia evolutiva como medio de supervivencia ante las demandas de la selección natural (de Waal & Sherblom, 2018; Sheskin & Santos, 2012).

Hauser (2006) se basa en evidencia experimental con animales no humanos para dar sustento a una hipótesis generativista, la cual sostiene que existe una gramática moral universal (basada en las ideas de la gramática universal de Chomsky con respecto al lenguaje), que se define como una serie de códigos de comportamiento innatos que conforman el instinto moral y ayudan a la adaptación al entorno mediante juicios no deliberados e intuitivos necesarios para sobrevivir. Sin embargo, de esto han resultado diversos cuestionamientos relacionados con la certeza de si los orígenes de la moralidad realmente se pueden resumir en una gramática previa al nacimiento fundamentada en un instinto moral difícil de comprobar. Como una alternativa más viable se sugiere estudiar los primeros indicadores de moralidad en las variaciones de interacción conducta-medio ambiente, argumentos que también se hacen como respuesta a la hipótesis de Chomsky en el contexto del estudio del lenguaje (O'hear, 1997; Primero, 2008). Lo anterior ha sido contemplado por varios autores que se irán retomando en el transcurso del capítulo, entre los que destacan Haidt y colaboradores, quienes han realizado una serie de estudios empíricos que compilan una teoría sobre las bases de la moralidad desde un punto de vista evolutivo, pero también ambiental, social y cultural.

Teoría de los fundamentos morales

Haidt y Joseph (2004) sostienen que existe una serie de principios morales innatos, intuitivos y culturalmente variables que se han mantenido de manera consistente en una gran variedad de sociedades a lo largo de la historia. Estos principios participan en los juicios, soluciones e ideas que se expresan sin un razonamiento lógico deliberado, es decir, representan respuestas de valoración positiva o negativa que el ser humano emite sin un conocimiento preciso de por qué se da esa respuesta. Una primera clasificación de estos principios se realizó mediante fundamentos como el sufrimiento, el respeto a las jerarquías, la búsqueda de reciprocidad y las expresiones de disgusto. Posteriormente a su primer acercamiento, Haidt y Joseph (2007) ampliaron su clasificación a cinco fundamentos morales, que se basan en los cuatro primeros, pero en este caso cubren en mayor medida el conocimiento sobre las bases evolutivas de la moralidad y su identificación en conductas adaptativas al medio ambiente:

- *Cuidado/Daño*: representa la necesidad de los mamíferos por proteger a sus descendientes para su supervivencia. Se observa una capacidad de detectar sufrimiento y dolor en otros mamíferos.

- *Justicia/Engaño*: muestra la tendencia de varios animales por la cooperación y el intercambio de recursos para el beneficio recíproco, además de un estado de alerta y reactividad ante la inequidad.
- *Lealtad/Traición*: se expresa en la formación, identificación y colaboración de grupos, por lo que se observan conductas que conforman sistemas de comunicación y cohesión.
- *Autoridad/Subversión*: en la formación de grupos, representa la presencia de jerarquías y relaciones sociales de dominación y sumisión, de modo que se regula el comportamiento dependiendo de la posición social.
- *Pureza/Degradación*: conformado por expresiones de disgusto y repugnancia, que generan un sistema de evaluación y discriminación de estímulos que puedan conllevar enfermedades.

Se ha presentado evidencia que demuestra la implicación evolutiva de estos fundamentos en el comportamiento de diferentes especies de animales en términos de sus deliberaciones sobre lo benéfico o lo perjudicial (Graham et al., 2013). A continuación, se amplía la descripción de cada fundamento con algunos ejemplos de aportaciones teóricas y empíricas que los respaldan.

Cuidado/Daño

Las capacidades de detectar sufrimiento, sentir compasión por los demás y discernir el daño de la protección son fundamentales para la moralidad (y la supervivencia), ya que representan la posibilidad de juzgar la violencia, evitar el dolor y procurar el bienestar. Son esenciales para sobrevivir y parece que sus orígenes se encuentran en la predisposición natural observada en otros animales para cuidar y sentirse cuidados. - Recuérdese el clásico estudio de Harlow (1958), en el que observó que los monos Rhesus preferían a la “madre” cubierta de tela que aquella cubierta por una malla metálica. – Así como se ha demostrado que los animales tienen una predisposición para sentirse seguros, también lo tienen para buscar la seguridad de otros. Se observan conductas que implican sacrificar necesidades individuales para procurar la tranquilidad y la supervivencia de los más cercanos; se presentan conductas de acercamiento para sentir un calor que contrarreste climas de bajas temperaturas; se cubren unos animales con otros ante posibles amenazas; se buscan lugares que funcionen como medios de

protección y se corre en auxilio de aquellos que sufren, sobre todo en el caso de los más vulnerables (Churchland, 2019; Graham et al., 2013).

Justicia/Engaño

Uno de los sistemas sociales que se han construido desde la antigüedad en las civilizaciones tiene que ver con el intercambio de recursos y acuerdos preestablecidos. De ahí que el sentido de justicia también suele fungir como un principio sólido de la moralidad (Fiske, 1991). En otras especies, la reciprocidad y la cooperación mediante la repartición de recursos también son estrategias de supervivencia para la organización social (Campbell, 1983; Trivers, 1971). Estas estrategias han sido tan efectivas que se ha demostrado la existencia en primates de una tendencia a la aversión cuando se percibe algún trato no equitativo; tal como se mostró en el estudio de Bosnan y de Waal (2018), en el que identificaron que los monos se negaban a participar en nuevos ejercicios si antes observaban que otros monos obtenían una recompensa más atractiva por un mismo esfuerzo, lo que se amplificaba si estos últimos recibían dicha recompensa sin la necesidad de ejecutar algún movimiento.

Lealtad/Traición

La formación de grupos es algo notorio también como una estrategia de supervivencia. La familia, los amigos y la pareja tienden a ser ejemplos de la importancia que tiene la cohesión social en los seres humanos, de modo que incluso se crean otros grupos para fortalecer un sentido de identidad y pertenencia (Tajfel, 2010). Las personas se afilian a equipos deportivos, partidos políticos y suelen tener un sentido de patriotismo por el lugar en el que nacieron como una forma de resaltar que pertenecen a un grupo y sentirse orgullosas por ello, lo que impacta en sus juicios morales sobre acciones que se realizan considerando a los demás o de manera independiente y aislada (Haidt, 2012). Es más que notorio que otras especies de animales también actúan colectivamente para sobrevivir y forman coaliciones para distinguirse de otros grupos con base en la percepción de características compartidas (Harcourt & de Waal, 1992). Esta necesidad de colectividad y cohesión grupal ha desarrollado también diferentes capacidades relacionadas con la comunicación y la selección afiliativa de compañeros primates para el cumplimiento de tareas (Levréro et al., 2019).

Autoridad/Subversión

El respeto a la autoridad se observa también como una norma social imperante sobre todo en sociedades colectivistas (Díaz-Guerrero, 1994, 2003). Suele verse como moralmente correcto el hecho de regular el comportamiento ante una persona que tiene una posición de autoridad, ya sea por roles sociales o por ser alguien que tiene mejores capacidades para resolver problemas específicos. Aunque también puede verse como moralmente correcto en ciertos contextos que se desobedezca a esa autoridad cuando su comportamiento es negligente (Haidt, 2012). Con respecto a otras especies, el establecimiento de jerarquías para la organización social mediante demostraciones de utilidad para la supervivencia de los miembros suele verse también como una forma de comportamiento colectivo frecuente (de Waal & Luttrell, 1985). Se ha observado, por ejemplo, que las relaciones de dominancia y sumisión aparecen significativamente en los grupos de primates y tienden a establecerse de acuerdo con diferentes factores, como la capacidad de obtener recursos por parte del miembro del grupo más hábil y la presencia o ausencia de otros miembros con cualidades similares (Pinheiro & Lopes, 2018).

Pureza/Degradación

Los seres humanos han desarrollado una capacidad de distinguir estímulos que puedan representar un riesgo para el organismo, aunque no representen un dolor o sufrimiento evidente (por ejemplo, aquellos que contengan agentes patógenos o parásitos), mediante conductas que van desde la detección de olores hasta representaciones cognoscitivas de lo asqueroso o repugnante. Esto ha sido otra estrategia fundamental para la supervivencia de las personas y la emoción del disgusto es una herramienta indispensable para lograrlo (Rozin, Haidt, & McCauley, 2008). Entre primates y otros animales se ha demostrado que cuentan también con la capacidad de evitar infecciones y protegerse de enfermedades a través de patrones de conducta como la selección de alimentos en función del nivel de disgusto que les generan (Oaten, Stevenson, & Case, 2009).

Cuatro características esenciales de los fundamentos morales

Para ahondar de manera más detallada en la dinámica de los fundamentos morales, Graham et al. (2013) señalan una serie de procesos psicológicos y sociales que se encargan de reconocer la variación de estos principios de acuerdo con su relevancia para cada cultura y sus particularidades en los individuos. Específicamente resaltan cuatro características básicas para entender la naturaleza de estos fundamentos y su identificación en el comportamiento humano:

- *Nativismo*: los fundamentos morales representan una capacidad desarrollada evolutivamente en las personas para sobrevivir por su cuenta o expresar la necesidad de ayuda para lograrlo según sea el caso. No se rechaza la perspectiva de que están sometidos a su modificación a partir de las experiencias vividas, pues se considera que las demandas del ambiente y su adaptación a las mismas provocan cambios importantes en su funcionalidad posterior.
- *Intuicionismo social*: las evaluaciones morales son automáticas, asociativas y relativamente espontáneas en su expresión. La justificación racional posterior a estas intuiciones depende del contexto cultural en el que se manifiesten.
- *Significancia cultural*: los fundamentos morales forman las bases de las normas y costumbres en cada sociedad, pero esto puede variar de acuerdo con diferentes acontecimientos. Es decir, la historia de cada cultura marca la relevancia que tenga cada uno de ellos y la manera en que se representan cotidianamente.
- *Pluralismo*: debido a las variedades socioculturales, históricas y ambientales, es posible que con el tiempo aparezcan nuevas demandas de supervivencia, lo que hace también posible el descubrir nuevos fundamentos morales que se incluyan en la clasificación.

Cada una de estas descripciones sobre las cualidades de los fundamentos morales se basa en aportaciones anteriores desde disciplinas complementarias a la psicología, como la filosofía, la antropología, las neurociencias y la primatología. A continuación, se mencionan las principales aportaciones que forman los marcos de referencia del nativismo, el intuicionismo social, la significancia cultural y el pluralismo.

Nativismo

Además de las ideas principales ya mencionadas sobre el punto de vista evolutivo identificado experimentalmente en animales, Pinker (2002) propone enfatizar en la aceptación de la predisposición biológica y evolutiva del comportamiento humano, donde debe generarse una nueva estructuración de valores sociales e ideales políticos. Es decir, esta propuesta filosófica busca la consolidación de principios morales que obedezcan a la naturaleza y el desprendimiento de valores que no puedan ser comprobados como indispensables para la humanidad.

Otras propuestas filosóficas se retoman de Brown (1991) y Fiske (1991). El primero argumenta que no todas las causas del comportamiento se deben a la cultura y que los procesos biológicos y psicológicos universales también deben ser considerados para explicar las acciones humanas. Acepta la variabilidad de entendimientos simbólicos dados por el lenguaje, pero también menciona que existen procesos compartidos en todas las culturas, por lo que se pueden proponer símbolos compartidos por todos los seres humanos.

En el caso de Fiske, resalta la importancia del desarrollo histórico de códigos de conducta, entendidos como expresiones verbales normativas creadas gracias a la utilidad de las acciones sociales a lo largo del tiempo. Estos códigos se enfocan en la búsqueda de repartos comunitarios a través de las actividades de compartir, clasificar autoridades y buscar la igualdad de tratos interpersonales y relaciones comerciales.

Intuicionismo social

Para explicar la naturaleza intuitiva de los juicios morales, Haidt (2001) presenta una crítica al modelo racionalista moral, el cual sugiere que lo racional es prioritario ante lo emocional al momento de emitir juicios morales. El autor critica al modelo racionalista debido a que enfatiza el papel primordial que realmente juegan las intuiciones sobre la reflexión racional al momento de establecer un juicio sobre lo bueno y lo malo, por lo que propone un nuevo modelo con cuatro aspectos que funcionan como “enlaces” de cada componente, es decir, las relaciones entre un componente y otro. Los componentes que conforman su modelo intuicionista social son (Haidt, 2001, p. 1025):

- 1. Acontecimiento
- 2. Intuición
- 3. Juicio moral
- 4. Razonamiento

De acuerdo con Haidt, estos cuatro componentes acontecen en ese orden y pueden conformar un proceso que se repita constantemente dependiendo de las dinámicas de la interacción social, es decir, puede ocurrir una segunda o tercera intuición, un segundo o tercer juicio o un segundo o tercer razonamiento. Así mismo, plantea que los cuatro componentes se relacionan gracias a una serie de “enlaces” que definen el proceso interactivo entre intuiciones morales y dinámicas sociales.

- *Enlace 1. Juicio intuitivo:* el juicio moral aparece rápida y automáticamente como resultado de una primera intuición.
- *Enlace 2. Razonamiento post hoc:* el razonamiento es un proceso que requiere esfuerzo, puesto que, como aparece después, se manifiesta a modo de justificación del juicio moral ya emitido.
- *Enlace 3. Persuasión razonada:* la siguiente función del razonamiento consiste en justificarle a otras personas por qué se emitió el juicio moral. En este proceso suelen aparecer las discusiones interpersonales sobre estar de acuerdo o en desacuerdo.
- *Enlace 4. Persuasión social:* la persuasión razonada no tiene tanta influencia debido a la presencia de otros individuos con los que la persona se siente identificada, como amigos o familiares, por lo que aparece la persuasión social para complementarla. La persona justifica su juicio moral a partir de un razonamiento coherente con las expectativas de otros.
- Es menos probable, pero pueden aparecer otros dos procesos que complementan el modelo intuicionista social (Haidt, 2001):
- *Enlace 5. Juicio razonado:* en algunas ocasiones las personas establecen un juicio moral con sólo el razonamiento lógico, debido a circunstancias sociales en

las que tiene que parecer obvia la tendencia. Este proceso puede provocar un conflicto individual, pues el juicio razonado y el juicio intuitivo pueden llegar a ser contradictorios.

- *Enlace 6. Redirección interna:* en algunas ocasiones suele mostrarse una nueva intuición diferente del primer juicio intuitivo, debido a la fuerte influencia de otra u otras personas; ya sea por empatía, compasión o alguna otra emoción. Entonces se emite un nuevo juicio moral y se repite el proceso, pero con nueva información.

Una de las finalidades principales del modelo intuicionista social es la comprensión de la naturaleza humana a través de una interrelación de variables que logren explicar los fenómenos morales de manera integral (Haidt, 2001).

Significancia cultural

La teoría de los fundamentos morales también considera que los estudios de una moralidad intuitiva no deben basarse sólo en un sustento biológico, sino que se debe complementar con la variabilidad cultural. Es así como se retoman las aportaciones de diferentes propuestas, entre las que se encuentran algunas enfocadas en el análisis de los valores desde una perspectiva transcultural (Schwartz & Bilsky, 1990).

Al analizar los diferentes valores motivacionales surgidos de algunas propuestas sobre su contenido psicológico y estructura, Schwartz y Bilsky (1990) examinan si estos valores surgen en diferentes culturas. Demuestran que el estudio de los valores, además de consolidarse como competencia de la psicología a partir de la comprensión de sus motivaciones, retoma la importancia de la variabilidad cultural como complemento de su universalidad. Para estos autores, se entienden estructuras aparentemente universales como lo instrumental vs lo terminal o lo individual vs lo colectivo, pero también se considera su dinámica y transformación debido a la diversidad de las culturas.

Con base en una serie de seguimientos y revisiones de los argumentos anteriores, Schwartz (1992) propone diez valores con potencial de ser universales tanto en términos de contenido como de estructura:

- *Autodirección:* importancia de tener independencia, autonomía, control y autoeficacia, para el logro de objetivos individuales.

- *Estimulación*: relevancia de satisfacer las necesidades personales a partir de experiencias sociales.
- *Hedonismo*: valoración de experiencias relacionadas con el goce y la gratificación.
- *Logro*: importancia de competir y alcanzar metas de acuerdo con estándares establecidos socialmente.
- *Autoridad*: necesidad social de establecer jerarquías interpersonales con fines de orden y control.
- *Seguridad*: importancia de equilibrio, armonía y estabilidad entre el yo y los otros, es un valor centrado en satisfacciones coherentes de lo individual y lo social.
- *Conformidad*: importancia de inhibir acciones que puedan causar daños a otras personas o a uno mismo. Se enfoca en la evitación de conflictos.
- *Tradición*: valoración de las costumbres de cada sociedad como necesarias para conservar respeto hacia los rituales aprendidos socialmente.
- *Benevolencia*: valoración de acciones prosociales.
- *Universalismo*: sentido de autoactualización según la perspectiva humanista; valorar el bienestar tanto de la humanidad como de la naturaleza en general.

La importancia de estudiar los valores para atender la significancia cultural radica en que una vez que se conozcan aquellos más relevantes para una sociedad, posiblemente se pueda reconocer también la orientación de los fundamentos morales en esa región específica, como muestra el estudio de Graham et al. (2011), en el que identificaron las siguientes correlaciones estadísticamente significativas en una aplicación a muestras de adultos de Norteamérica, Latinoamérica, Europa, Asia y África: cuidado/daño con benevolencia, justicia/engaño con benevolencia y seguridad, lealtad-traición con seguridad, autoridad/subversión con tradición y autoridad, y pureza-degradación con una subdimensión denominada espiritualidad. Se muestran evidencias de las orientaciones culturales de los fundamentos morales debidas a los valores y su respectiva variabilidad.

Aunado al estudio de los valores, la teoría de los fundamentos morales también parte de los análisis transculturales hechos por Shweder, Much, Mahapatra y Park (1997), quienes, al buscar las causas del sufrimiento en diferentes sociedades occidentales y orientales, identificaron que las personas demuestran razones morales relacionadas con lo individual, lo colectivo y lo espiritual o religioso, por lo que clasificaron tres grandes elementos transculturales de la moralidad:

- *Autonomía*: principios de daño y justicia, donde la prioridad consiste en resguardar los intereses individuales y proteger la integridad personal.
- *Comunidad*: normas sobre responsabilidad, jerarquías e interdependencia, que obligan a las personas a formar parte de un grupo y seguir sus sistemas.
- *Divinidad*: noción de lo sagrado; premisas basadas en creencias de lo espiritual y la degradación por aquello que altere la percepción de un orden natural.

Para Shweder et al. (1997), estos tres elementos representan los tipos de responsabilidades que las personas toman sobre sí mismas y/o sobre otros, además de que tienen la cualidad de variar de una cultura a otra en términos de aplicación y relevancia de acuerdo con las condiciones de su ecosistema. Esto permite estimar, por ejemplo, que en comunidades donde impere la autonomía se promoverán los fundamentos de cuidado/daño y justicia/engaño, donde impere la comunidad se desarrollarán los fundamentos de lealtad/traición y autoridad subversión, y en aquellas sociedades donde impere la divinidad se presentará el fundamento de pureza/degradación. Es así como estas clasificaciones representan una amplia gama de conocimientos sobre la significancia cultural de cada uno de los fundamentos morales (Graham et al., 2013).

Pluralismo

Al tener un sustento evolutivo y de variabilidad cultural, la teoría de los fundamentos morales resalta que los orígenes de la moralidad no pueden someterse sólo a una cantidad mínima de estrategias de adaptación que fueron comunicadas de generación en generación. Dada la inherente variabilidad en el medio ambiente, tanto las estrategias para sobrevivir como su valoración y transformación en códigos morales de conducta deben ser también variables. Es así como Graham et al. (2013) señalan que estos cinco principios pueden ser sólo los primeros elementos de toda una gama de fundamentos

morales que pueden descubrirse con el paso de los años, siempre y cuando cumplan las características de nativismo, intuicionismo social, significancia cultural y mantengan la pluralidad. Cabe mencionar que los autores sugieren un posible sexto fundamento denominado Libertad/Opresión, pero al mismo tiempo aclaran que hace falta evidencia consistente que permita agregarlo a la clasificación.

Ahora bien, la evidencia con animales no humanos y la contemplación de la interacción con el medio social representan una serie de contribuciones de gran utilidad para las teorías de Hauser y Haidt sobre los orígenes de la moralidad. Sin embargo, existen señalamientos hacia la hipótesis generativista de Chomsky (base epistemológica de la hipótesis de Hauser) y algunos más sobre el intuicionismo social de Haidt que vale la pena retomar. Estos señalamientos parten de la analogía que se puede identificar entre moralidad y lenguaje desde el punto de vista del desarrollo y sus variaciones en el aprendizaje, por lo que los comentarios sobre la gramática chomskiana pueden aplicar en la gramática hauseriana (para más información desde el punto de vista filosófico de la relación moralidad-lenguaje, ver García-Ramírez, 2019).

Como se mencionó al inicio del capítulo, se ha señalado que la visión chomskiana sobre el conocimiento del lenguaje no es tan precisa (Ambridge & Lieven, 2011). Diferentes estudios sugieren una explicación más viable, no generativista sino socio-pragmatista, acerca de cómo las personas desarrollan esta forma de conocimiento. Desde una perspectiva socio-pragmatista no es factible asumir que existe un sistema lingüístico universal innato, sino un conjunto de capacidades que permiten conformar un conjunto de herramientas útiles para la interacción social (Bruner, 1975; Tomasello, 1992, 2003). Además, no se puede asumir que la competencia lingüística adulta constituye un sistema formal basado en códigos prediseñados, lo más pertinente es entenderlo como un sistema práctico de interacción con el medio, el cual va definiendo su rumbo.

Con respecto al intuicionismo social, y particularmente en el punto del razonamiento post hoc, Railton (2014) señala que algo similar sucede con el procesamiento del lenguaje, en donde los razonamientos que una persona usa para justificar una expresión verbal suelen ser igualmente post hoc, pero dichos razonamientos son fundamentales para conformar la competencia lingüística, por lo que no se debe limitar su interpretación a algo que simplemente “obedece” al procesamiento intuitivo e inmediato. Esto sugiere que tanto las posturas generativistas como intuicionistas sociales deben tomarse con cuidado respecto a limitantes que posiblemente se encuentren cuando se sometan a comprobación empírica.

Lo anterior no debe demeritar la influencia de la teoría de los fundamentos morales como base de estudios empíricos posteriores, pero sí invita a considerar que no puede tomarse radicalmente como una postura de base biologicista donde la cultura sólo se encarga de marcar variaciones en términos de importancia, ni de base sólo intuitiva-emotiva donde el razonamiento no tiene más que una participación de justificación de reacciones automáticas previas. Estos argumentos permiten retomar otro tipo de evidencia que no necesariamente parte de una concepción generativista en la que se extraen principios morales sólo de la evidencia con animales no humanos se ha resaltado otro tipo de estudios que apuntan a reconocer cómo son “los primeros pasos” de la moralidad a partir de la observación conductual en infantes. Algo que Hamlin (2013) denomina *núcleo moral*.

El núcleo moral

Existe una variedad importante de estudios científicos con infantes que han aportado evidencia sobre cómo participa la moralidad cuando comienza la vida y cuando no hay tanta interferencia de códigos de comportamiento convencionales. Sin aludir a una posición generativista (Hauser, 2006), es factible asumir que hay pautas de comportamiento morales que no están influenciadas (al menos no en la misma medida que en adultos) por la interacción con los diferentes sistemas socioculturales. Al conjunto de estas pautas de comportamiento, denominadas por Hamlin (2013) como núcleo moral, consisten en una serie de patrones conductuales que demuestran que desde las primeras etapas del desarrollo comienza a presentarse una disposición por la cooperación, la identificación del dolor en otros, así como una capacidad de evaluación, imitación y retribución de conductas prosociales de una manera que difícilmente se puede asumir que se debe a cuestiones socioculturales.

Estudios complementarios muestran, por ejemplo, que la moralidad se presenta en capacidades que pueden ir desde la sensibilidad ante el llanto de otros en recién nacidos (Martin & Clark, 1982), hasta la evaluación cognitiva de intenciones y de selección de agentes de conductas prosociales en infantes con edades previas a los 18 meses (Geraci & Surian, 2011; Kuhlmeier, Wynn, & Bloom, 2003). Éstas y otras demostraciones experimentales del núcleo moral permiten asumir que los pequeños humanos muestran capacidades de aprender aspectos de la vida (entre los que se encuentra la moralidad) desde sus primeros meses de edad (Bloom, 2010; Grossman, 2018; Hamlin, Wynn, & Bloom, 2007; Hepach & Warneken, 2018).

En la Tabla 2.1 se muestra una síntesis de las investigaciones que han demostrado cualidades interpretables como morales en infantes ubicados en distintas etapas de su desarrollo temprano, lo que ha permitido fortalecer la evidencia a favor de la existencia del núcleo moral con certeza incluso de a qué edad comienzan a manifestarse sus componentes. Cada una de las investigaciones se apoyan en métodos experimentales que permiten reconocer conductas como el movimiento ocular, la expresión facial en un contexto emocional y la elección de objetos animados de acuerdo con intenciones percibidas con anterioridad.

Tabla 2.1. Evidencia experimental de cualidades morales en infantes de diferentes edades.

Estudios	Cualidad moral identificada	Edad
(Martin & Clark, 1982)	Sensibilidad al dolor o auxilio a través de identificación del llanto en otros neonatos.	Recién nacidos
(Hamlin, Wynn, & Bloom, 2010; Hamlin et al., 2013)	Evaluación social y preferencia por agentes de ayuda sobre agentes obstaculizadores de los objetivos de otros.	3 a 10 meses
(Kovacs, Teglás, & Endress, 2010)	Sensibilidad a las intenciones y capacidades de acción voluntaria en otros.	7 meses
(Hamlin, Wynn, Bloom, & Mahajan, 2011)	Evaluación de agrado y desagrado a las intenciones de cooperación y egoísmo respectivamente.	8 meses
(Roth-Hanania, Davidov, & Zahn-Waxler, 2011)	Reacción empática ante situaciones que afectan a otros.	8 a 16 meses
(Kuhlmeier, Wynn, & Bloom, 2003)	Atribución de intenciones en términos de lograr objetivos y ejecutar futuras acciones prosociales.	12 meses
(Geraci & Surian, 2011)	Evaluación de acciones según sus intenciones de imparcialidad y justicia.	12 a 18 meses
(Henderson & Woodward, 2011; Warneken & Tomasello, 2007)	Comprensión de necesidades de ayuda, motivación por el trabajo colaborativo y disposición de cooperar.	14 meses
(Davidov, Zahn-Waxler, Roth-Hanania, & Knafo, 2013).	Comprensión de diferentes estados emocionales y necesidades de apoyo en otros.	16 meses

Con base en varios estudios de los mencionados en la Tabla 2.1, Hamlin (2013) argumenta que el núcleo moral se puede resumir en tres componentes comprobables empíricamente y variables según la edad del infante:

- *Bondad moral*: capacidad de sentir preocupación y ayudar a otros a pesar de que represente esfuerzos individuales.
- *Evaluación moral*: capacidad de identificar patrones de comportamiento social para diferenciar agentes de ayuda de agentes obstaculizadores o con poca disposición de ayudar.
- *Retribución moral*: capacidad de analizar las situaciones para apoyar las consecuencias recíprocas dependiendo de si las acciones se perciben como prosociales o perjudiciales.

De acuerdo con Hamlin (2013), los estudios experimentales con infantes sugieren que la moralidad es un aspecto central del comportamiento y que el núcleo moral, al igual que los fundamentos morales (con sus respectivas limitantes que deben considerarse en nuevas investigaciones), es un ejemplo de que los orígenes de la moralidad se encuentran en la naturaleza. Así mismo, Bloom (2010) señala que la evidencia con infantes permite definir que los seres humanos cuentan con capacidades inherentemente morales desde el inicio de sus vidas. Sin embargo, también considera que no se debe olvidar la influencia del medio ambiente incluso cuando se trate de neonatos, ya que los orígenes (o primeros pasos) de la moralidad deben tratarse como una síntesis de lo biológico y lo cultural para considerar lo psicológico.

Ignorar a la cultura en el estudio de los primeros pasos de la moralidad sería un error, puesto que los seres humanos experimentan un sistema de estímulos del medio ambiente en patrones de frecuencia e intensidad diferentes dependiendo de la cultura en la que se encuentran, como lo muestra la variabilidad cultural en rituales de nacimiento. Por ejemplo: hay culturas donde se tienen costumbres como afeitar la cabeza de sus recién nacidos con la creencia de que así eliminarán la mala suerte acumulada de una vida previa, dejar varios días a la madre junto al neonato cerca de fuego y humo con la intención de protegerlos de males externos, o lanzar a los bebés desde una altura de 15 metros para que caigan en sábanas mientras la comunidad canta y baila como un ritual de bienvenida (BBC News, 2015). En otras palabras, la mejor manera de entender los orígenes de la moralidad es estudiar los procesos psicológicos implicados en asuntos

morales durante los primeros momentos de vida con su respectiva susceptibilidad a ser guiados y modificados por la experiencia (Bloom, 2010).

¿Y qué ocurre después?

Tanto la teoría de los fundamentos morales como la teoría del núcleo moral son aproximaciones con evidencia científica a favor de que los orígenes de la moralidad se pueden observar desde un punto de vista evolutivo en primates y desde un punto de vista de desarrollo temprano en infantes. Estas dos perspectivas, más que ser contrarias, se complementan de dos maneras: ambas estudian respuestas emocionales, procesos cognitivos y conductas voluntarias en contextos interpretables como morales y ambas asumen la importancia de no dejar de lado a la cultura como un factor influyente en etapas posteriores. Es así como una siguiente pregunta que puede surgir después de indagar en los orígenes o primeros pasos de la moralidad puede ser: ¿cómo se desarrolla la moralidad y cómo se modifican los fundamentos y núcleo morales en etapas donde la cultura toma un mayor protagonismo?

Esta pregunta se puede apreciar en una crítica que hace Haste (2013) a la teoría de los fundamentos morales con respecto a la intención de los autores de aplicar la misma estructura de cinco componentes en personas adultas (Graham et al., 2011). Haste señala que los cinco fundamentos morales no pueden ser utilizados para universalizar la naturaleza de la psicología moral humana con la misma estructura y contenido que se plantea originalmente desde el punto de vista evolutivo, ya que las necesidades de protección, reciprocidad, formación de grupos, respeto a las jerarquías o discriminación de estímulos desagradables no se mantienen de forma inmutable en otras etapas del desarrollo donde acontecen procesos psicológicos más complejos. Lo anterior se ha corroborado en estudios con culturas específicas y personas en etapas del desarrollo como la adolescencia, los cuales demuestran modificaciones no sólo en la relevancia de los fundamentos, sino también en su representación conceptual y su estructura factorial (Berniūnas, Dranseika, & Sousa, 2016; Berniūnas, Silius, & Dranseika, 2019; Miranda-Rodríguez & García-Méndez, 2019).

En lo que respecta al desarrollo del núcleo moral, la evidencia demuestra que sus componentes tienden a complementarse e interrelacionarse con otros procesos psicosociales en años posteriores. Por ejemplo, estudios con niños de 5 a 7 años

demuestran que capacidades como comprender los estados emocionales de otras personas en contextos de ayuda o empatía que también requieran comprender reglas establecidas socialmente (Eisenberg, Spinrad, & Knafo-Noam, 2015; Lagattuta, 2005). También en niños de 5 años se ha mostrado que las capacidades y disposiciones de conducta altruista y empática incrementan si se relacionan a su vez con el desarrollo de un autoconcepto positivo (Garaigordobil & Berruero, 2007).

Los estudios en niños que comienzan a experimentar nuevas etapas de interacción social como la incursión en ambientes escolares, así como las diferencias marcadas en el juicio moral de adolescentes demuestran la pertinencia de teorías en psicología enfocadas en la moralidad como un conjunto de capacidades y procesos psicosociales que se modifican con el paso de los años. Cabe mencionar que de esto han surgido diferentes aproximaciones que se enfocan en el concepto de *desarrollo moral*, entre las que destacan los estudios de Jean Piaget y Lawrence Kohlberg, pero también destacan nuevas tendencias que se presentan como alternativas o como respuestas a sus limitaciones. En el siguiente capítulo se hace una revisión de estas aportaciones, así como de las discusiones que han surgido con respecto a la evolución progresiva de emociones, razonamientos y toma de decisiones que responden a contextos relacionados con la moralidad.

Resumen

Una forma de responder cuáles son los orígenes de la moralidad es atendiendo la evidencia científica con animales no humanos, de la cual se han podido clasificar cinco principios morales culturalmente variables y plurales en la humanidad denominados fundamentos morales: cuidado/daño (proveniente de las necesidades de protección ante posibles amenazas), justicia/engaño (proveniente de las relaciones de cooperación y repartición de recursos materiales), lealtad/traición (proveniente de la disposición natural de conformar grupos y respetarlos para sobrevivir), autoridad/subversión (proveniente de la formación de jerarquías en la organización social) y pureza/degradación (proveniente de las emociones de disgusto y repugnancia como medios de alejamiento de estímulos perjudiciales para el organismo).

Otra forma de entender los orígenes de la moralidad es reconocer las evidencias sobre el desarrollo temprano en infantes. Estas evidencias se resumen en el concepto

de núcleo moral, el cual presenta tres patrones de comportamiento que demuestran que algunos aspectos de la moralidad se pueden apreciar en los primeros meses de vida, como bondad moral (tendencia a percibir la necesidad de ayuda y disposición por la cooperación), evaluación moral (reconocimiento de conductas prosociales o perjudiciales en otros) y retribución moral (disposición por procurar consecuencias recíprocas según lo benéfico o perjudicial de las acciones de otros).

Estas dos posturas teóricas proveen conocimiento sobre cómo se ha desarrollado la moralidad en la especie humana desde un punto de vista evolutivo y cómo se manifiesta en infantes desde un punto de vista de desarrollo temprano, pero también asumen que la variabilidad cultural comienza a ser clave en etapas posteriores. Es así como tienen que complementarse con estudios del desarrollo moral para obtener un conocimiento más amplio sobre la naturaleza moral del comportamiento humano.

Teorías del desarrollo moral

Una vez que los orígenes o primeros pasos de la moralidad comienzan a interactuar con las normas, creencias, costumbres y tradiciones del entorno social en el que se encuentra cada persona (cada niño o niña en este caso), los procesos psicológicos correspondientes se vuelven más complejos, tal como sugieren estudios con infantes escolarizados de 5 a 7 años como los descritos al final del capítulo anterior (Eisenberg, Spinrad & Knafo-Noam, 2015; Lagatutta, 2005).

Esta complejidad de procesos psicológicos relacionados con el desarrollo de la moralidad puede observarse en contextos específicos que suelen ocurrir durante la infancia, como la respuesta a la agresión escolar de un lado o la tendencia a la conducta prosocial dirigida a compañeros de otro. En el caso de la agresión escolar, se ha presentado evidencia de que niños de 6 años en promedio muestran capacidades de hacer interpretaciones morales en términos de agresores y víctimas, por lo que pueden sentir culpa o vergüenza dependiendo de su responsabilidad e implicación con la situación (Romera, Ortega-Ruiz, Rodríguez-Barbero, & Falla, 2019). En el caso de la conducta prosocial, evidencia con niños de 6 años en adelante muestra que aquellos que presentan mayores capacidades de comprender lo que piensan y/o sienten niños menores que ellos tienden a realizar conductas relacionadas con la ayuda, la cooperación o la confortación según la situación que se esté experimentando (Imuta, Henry, Slaughter, Selcuk, & Ruffman, 2016).

Entre otros contextos, la psicología moral demuestra que el desarrollo de la moralidad contempla procesos cognitivos y emocionales desde sus primeras etapas y se hace cada vez más complejo con el paso del tiempo, lo que ha desembocado en que surjan diferentes posturas que resaltan la presencia de capacidades como el razonamiento moral, la regulación de emociones, el autocontrol o la capacidad verbal para definir qué es bueno y qué es malo o establecer diálogos sobre temas moralmente controvertidos. A continuación, se presenta una recopilación de las principales aportaciones teóricas sobre el tema, cada una con su respectiva forma de entender y clasificar el concepto de desarrollo moral.

Desarrollo del razonamiento y del juicio moral

Quizá el autor más conocido de la psicología moral es Kohlberg, quien postuló una teoría sobre el desarrollo moral como una evolución progresiva de la capacidad de las personas para interiorizar cognitivamente principios sobre el bien y el mal (Pérez-Delgado & García-Ros, 1991). El enfoque de Kohlberg (1964) estudia la psicología moral en términos de reconocer las habilidades cognitivas de razonamiento subyacentes a los juicios y acciones morales, y la forma de comprenderlo es a través del reconocimiento de qué etapa de una taxonomía previamente establecida se encuentra cada persona de acuerdo con su forma de razonar ante la presentación de dilemas morales.

Uno de los precedentes fundamentales de la teoría de Kohlberg es la propuesta de Piaget (1932/1987) sobre el criterio moral, donde establece que el desarrollo de la moralidad en niños se centra en estructuras cognitivas que evolucionan por etapas diferenciadas según cómo regulan los juicios y guían los comportamientos hacia un sentido lógico del deber ser. Con base en estos argumentos, Piaget propone tres etapas en las que se desarrolla la moralidad de los niños:

- *Heteronomía.* Ausencia prácticamente completa de una capacidad de interiorización y reconocimiento de las normas sociales. La deliberación de lo bueno y lo malo depende del criterio de otros.
- *Fase intermedia.* Comienzo de una distinción interna de lo bueno y lo malo, donde normalmente lo que se considera bueno es el respeto a los mayores y lo que se considera malo es la desobediencia.
- *Autonomía.* Capacidad de obtener reciprocidad en términos del respeto a otros y el respeto a uno mismo. En esta fase los niños comprenden la importancia de tratar como quieren ser tratados, así como la relevancia que puede tener el hecho de actuar con base en las normas sociales y los valores.

Para Piaget (1932/1987), el progreso de la heteronomía a la autonomía está relacionado con el desarrollo intelectual, ya que, para interiorizar las normas sociales y los valores, los niños requieren de ciertas cualidades que deben evolucionar con la experiencia para generar capacidades que involucran conocimiento y cuestionamiento de lo socialmente establecido. Es así como la teoría piagetiana sobre el criterio moral es a su vez una teoría del desarrollo cognitivo (Fuentes, Gamboa, Morales, Retamal, & San Martín, 2012), y concibe una de las bases de los trabajos de Kohlberg (1971) en el sentido de

que considera que la psicología moral consiste en una evolución de la conformación, revisión y cuestionamiento de principios que antes no se cuestionaban.

Otra de las bases de la teoría de Kohlberg (1987) reside en las posturas filosóficas de Baldwin, quien, al igual que Piaget, asume que el pensamiento moral se puede entender en términos de etapas que deben ir de una perspectiva del “ser” incapaz de distinguir lo bueno de lo malo hacia un “deber ser” capaz de utilizar el razonamiento lógico para emitir juicios morales. Desde este punto de vista, Kohlberg propone una taxonomía de tres etapas subdivididas en seis niveles de desarrollo del razonamiento moral, las cuales buscan clasificar la capacidad de interiorizar de forma autónoma los principios morales:

- *Etapla preconvencional.* Razonamiento moral únicamente desde los intereses personales y el criterio de autoridades.

1. *Moral heterónoma.* Se delibera qué es bueno o malo según las consecuencias impuestas por alguna figura de autoridad.

2. *Moral individualista instrumental.* Se cumplen las normas y se define lo bueno sólo si satisface los deseos individuales.

- *Etapla convencional.* Razonamiento moral de acuerdo con los estándares sociales y las condiciones de los grupos o comunidades de pertenencia.

3. *Moral normativa interpersonal.* Se busca satisfacer las expectativas morales de los grupos sociales cercanos.

4. *Moral de sistema social.* Se define qué es bueno o malo según las reglas establecidas por instituciones.

- *Etapla postconvencional.* Razonamiento moral definido por principios de justicia interiorizados autónomamente que buscan el bienestar de todos los seres humanos en general.

5. *Moral de contrato social.* Se busca que la definición de lo bueno o lo malo sea imparcial de acuerdo con los derechos humanos.

6. *Moral de principios éticos universales.* Se busca favorecer a todos los seres humanos por igual y se cuestiona lo establecido si es necesario.

Los estudios de Kohlberg han sido de utilidad para reconocer la relación de aspectos de la psicología moral con otros aspectos de la psicología en general, sobre todo en términos de habilidades cognitivas (Pérez-Delgado & García-Ros, 1991). Sin embargo, es un enfoque que no ha estado exento de críticas debido a ciertas conclusiones radicales que realiza y que no corresponden con la realidad psicosocial de la moralidad. Entre estas críticas resaltan aquellas que remarcan la importancia de las diferencias culturales, ya que lo reconocen como un enfoque marcadamente occidental de principios liberales que veneran la autonomía sobre la comunidad o la interdependencia, de modo que no puede corresponder con un orden moral oriental y todas las culturas colectivistas llevan desventaja con respecto a las individualistas (Shweder, Much, Mahapatra, & Park, 1997; Triandis, 1994). También se ha señalado que la lógica convencional del desarrollo moral no debe minimizarse, ya que es a través del reconocimiento de los estilos de comportamiento de los grupos como las personas conforman una interpretación sobre el bien y el mal, y es sólo mediante la constante interacción con los aprendizajes obtenidos socialmente como esta interpretación se mantiene o se modifica (Bandura, 1991).

Esta serie de críticas fueron tomadas en cuenta por los continuadores de la teoría kohlbergiana, quienes apuntaron a rediseñar algunas partes con la finalidad de ampliarla y atar los cabos sueltos de sus planteamientos. Se incluyeron nuevos elementos centrales del razonamiento moral que denominaron esquemas morales, conceptuados como formas de pensar ante diferentes situaciones que requieran definir lo bueno y distinguirlo de lo malo (Rest, Narvaez, Thoma, & Bebeau, 2000).

Aproximación neo-kohlbergiana al desarrollo moral

La diferencia principal entre la alternativa neokohlbergiana de Rest et al. (2000) y la teoría kohlbergiana original consiste en sustituir el concepto de etapas por el de esquemas, y la razón principal de hacer esta sustitución es que lógica de etapas no permite los cambios contextuales, es decir, si una persona muestra un razonamiento convencional ante un dilema, se asume que su razonamiento es convencional ante todo tipo de situaciones. En cambio, la lógica de esquemas permite comprender que ante una situación se puede presentar una forma de pensar y ante otra situación otra diferente, sin asumir estrictamente que una persona se encuentra en una parte específica del continuo de desarrollo moral kohlbergiano. De manera más

específica, Rest y sus colaboradores presentan cinco diferencias particulares entre esquemas y etapas, que les permiten establecer una aproximación neokohlbergiana al desarrollo moral:

- *De un enfoque “duro” a un enfoque “blando”.* Se modifica la visualización del desarrollo moral como una escalera de etapas (enfoque duro) por una aproximación de esquemas como distribuciones cambiantes en términos de frecuencia y complejidad en las formas de pensar (enfoque blando).
- *Más específicos y concretos.* Se ajusta la comprensión de los esquemas de una forma más simple que las etapas en el sentido de que son concepciones de la moralidad que varían de acuerdo con los cambios de roles que se cumplen en diferentes grupos sociales, por lo que es necesario definir en qué grupo o contexto social se está razonando moralmente. A diferencia de las etapas, que asumen a los grupos sociales como una entidad abstracta única que no define exactamente a cuál se refiere.
- *Omitir el contenido del razonamiento moral como “operaciones cognitivas”.* La teoría kohlbergiana original asume que el desarrollo moral es directamente proporcional a la complejidad del pensamiento y la capacidad de cada persona para expresar claramente cuáles fueron los procesos cognitivos que utilizó para solucionar un problema (operaciones cognitivas), pero esto no suele ser una manera viable de evaluar el desarrollo moral, ya que es muy complicado corroborar que tales procesos cognitivos acontecieron tal como la persona los narró *a posteriori*. Los autores decidieron omitir a las operaciones cognitivas como una forma adecuada de operacionalizar el desarrollo moral.
- *De la universalidad a la similitud intercultural.* Se cambia también la comprensión de las etapas como entidades universales en todo tipo de contextos y culturas. Se genera, por lo tanto, una visión de esquemas morales abierta a identificar las características similares en cuanto a la manera de pensar moralmente entre una cultura y otra.
- *De la articulación (tarea de entrevista) al conocimiento tácito (tarea de opción múltiple).* Las limitaciones antes mencionadas en la teoría kohlbergiana original y las alternativas propuestas por Rest y colaboradores se operacionalizaron en la modificación de la forma de evaluar el desarrollo moral a través de una

entrevista, que atiende las operaciones cognitivas, por la presentación de una prueba psicométrica, que busca adecuarse a reconocer los esquemas morales sin aludir a que cada persona identifique los procesos cognitivos que utilizó para solucionar un problema en un contexto moral específico.

Con base en estas cinco diferencias, Rest et al. (2000) proponen que el desarrollo moral desde la perspectiva neokohlbergiana se manifiesta a través de tres esquemas morales (los primeros dos sustituyen las etapas preconventional y convencional respectivamente), que no excluyen la lógica de los seis niveles originales, pero resignifican su entendimiento:

- *Esquema de intereses personales.* Corresponde con una forma de pensar en la que la deliberación de lo bueno y malo depende de si satisface los deseos o intenciones inmediatas que se tiene hacia la propia individualidad o hacia las relaciones más cercanas.
- *Esquema de mantenimiento de normas.* Se asume como un pensamiento socio-céntrico, es decir, la consideración sobre qué es bueno o malo ante ciertos contextos se da en función de si es aceptado socialmente en términos de roles, reglas o leyes.
- *Esquema postconvencional.* Forma de pensar similar a la etapa postconvencional de la teoría kohlbergiana original, pero aludiendo a otros ideales morales, no sólo a la justicia, y considerando criterios nuevos como que la deliberación de lo bueno y lo malo se haga con base en ideales morales compartidos en plena reciprocidad con la comunidad y la cultura con la que se interactúa.

La perspectiva neokohlbergiana ha permitido que la forma de obtener evidencia sobre el desarrollo moral y su relación con otras variables psicológicas sea más precisa y científicamente rigurosa. Se han realizado investigaciones que han demostrado, por ejemplo, que niveles altos de razonamiento moral, es decir, la presencia de un esquema moral postconvencional está asociado con niveles altos de reflexión personal (Sholikhah, Susani, Prabandari, & Rahayu, 2018), estabilidad emocional (Kuilman, Jansen, Middel, Mulder, & Roodbol, 2019), disposición por participar en asuntos políticos (Muhlberger, 2000), atención plena centrada en la reducción del estrés (Shapiro, Jazaieri, & Goldin, 2012) y velocidad para reaccionar en la toma de decisiones.

ante dilemas morales (Han, Dawson, Thoma, & Glenn, 2019), entre otras variables examinadas en estudios que se muestran como evidencias que respaldan su utilidad para ciertos contextos y su relación con otros elementos de la psicología en general, lo que ha resultado en nuevos conocimientos.

La línea de Rest et al. (2000) no fue la única resultante de algunos cuestionamientos que los propios seguidores de Kohlberg hicieron a su teoría. Otra alternativa de configuración la presenta Lind (1989), quien cuestiona algo que suele surgir en la investigación sobre principios morales, sobre todo con respecto a la utilidad social: *¿cómo se relacionan los juicios y las actitudes morales con la conducta moral?*, es decir, cómo se conforma y qué tan consistente es el enlace entre el juicio, el razonamiento o la reflexión sobre lo que se considera bueno o malo y la acción moral como tal. Al respecto, el mismo autor propone el estudio de la competencia moral-democrática para aportar respuestas, ya que surge primordialmente como una forma de conectar las actitudes (estar de acuerdo o en desacuerdo) con su ejercicio consistente en contextos donde se deben resolver problemas concretos, no sólo mediante el juicio, sino también mediante la acción (Lind, 2007).

Competencia moral-democrática

Lind (2007) resalta que el estudio de la psicología moral tradicionalmente se ha orientado en términos de averiguar el nivel de acuerdo de las personas hacia estándares morales (respeto mutuo, justicia, benevolencia, amor, etc.) y cómo este nivel de acuerdo se relaciona con actitudes hacia aspectos relacionados con política, religión o variables socioculturales, entre otras. Así mismo, menciona que esta forma de estudiar la psicología moral no marca diferencias importantes con respecto a su correspondencia con conductas manifiestas en contextos reales, algo que sí hace la capacidad de utilizar estos principios para resolver problemas en situaciones específicas. En otras palabras, Lind asume que una conducta moral (es decir, una acción relacionada con principios morales) no depende de la actitud como tal, sino de la capacidad de las personas para aplicar sus principios morales en la vida cotidiana. Por esta razón, propone el concepto de competencia moral para hacer hincapié en el desarrollo moral como un conjunto de capacidades morales que pueden aprenderse y, por lo tanto, también pueden enseñarse.

Parte del concepto de capacidad moral como la habilidad de juzgar y actuar adecuadamente respecto a juicios y principios morales (Kohlberg, 1964), y lo dirige hacia el concepto de competencia moral-democrática como la capacidad de resolver problemas con base en principios morales, utilizando el diálogo y la deliberación en lugar de la violencia y el engaño (Lind, 2016). Al igual que la perspectiva ya mencionada sobre el razonamiento moral de Kohlberg, Lind se centra en la taxonomía de tres etapas y seis niveles original, pero con ciertas modificaciones en términos de cómo observa diferencias atributivas sobre quién tiene más o menos competencia moral. Cabe mencionar que Lind contempla la visión kohlbergiana original y no en la neokohlbergiana.

Lind (2016) se enfoca en la competencia moral como una capacidad democrática de diálogo, de modo que supone que su desarrollo se observa en el nivel de capacidad que tiene cada persona para mediar y sopesar tanto los puntos de vista a favor como los puntos en contra de su propio criterio moral, independientemente de si este criterio corresponde con la etapa preconventional, convencional o postconvencional. Desde la perspectiva de Lind, si una persona razona con base en principios de una moral individualista instrumental (preconvencionales) y tiene la capacidad de mediar tanto los puntos de vista a favor de su criterio como los que están en contra, tendría el mismo nivel de competencia moral que otra que tenga la misma capacidad y razone conforme a principios éticos universales (postconvencionales). Es en este punto donde competencia y razonamiento moral se observan como cualidades psicológicas diferentes que incluso pueden ir en dirección opuesta, a pesar de que se basen en la misma taxonomía.

Aunque sea posible encontrar correlaciones negativas entre razonamiento y competencia moral, la evidencia empírica demuestra que las correlaciones entre ambas cualidades psicológicas tienden a ser positivas, es decir, se suele identificar que las personas más capaces de sopesar argumentos tanto a favor o en contra de su criterio también tienen un razonamiento moral que tiende a los principios postconvencionales (Lind, 2007, 2016). Otro tipo de evidencia demuestra que la competencia moral desde la perspectiva de Lind presenta correlaciones positivas con religiosidad (Duriez, & Soenens, 2006) y negativas con absolutismo – entendido como el mantenimiento sin modificaciones del propio punto de vista – (Ishida, 2006). Así mismo, se ha observado que la competencia moral puede fungir como variable mediadora entre el razonamiento moral desde la perspectiva neokohlbergiana y el tiempo de reacción que tarda una persona en resolver dilemas morales, siendo las personas con más competencia moral las que tienden más al razonamiento moral con un esquema postconvencional y a su vez reaccionan más rápido en la resolución de dichos dilemas (Han et al., 2019).

Los trabajos de Lind, al igual que los de Rest y colaboradores, son ejemplos de teorías alternativas a la kohlbergiana original que buscaron dar una interpretación diferente a la taxonomía de tres etapas y seis niveles para darle una comprensión más amplia y aportar soluciones a las limitaciones. Sin embargo, también es importante mencionar que son alternativas que no tomaron en cuenta otro tipo de críticas.

Otras críticas a la teoría kohlbergiana han señalado que el componente cognitivo-racional no puede tomarse como el único elemento para comprender las dinámicas del desarrollo moral, ya que, como se mencionó en el Capítulo 1, el componente afectivo tiene un protagonismo más grande que el que se alcanza a mencionar en las posturas antes mencionadas, sobre todo en términos de las emociones morales (Haidt, 2001, 2003; Hoffman, 1979). Uno de los principales argumentos al respecto lo hizo Gilligan, quien se centra en una perspectiva de género que señala que este enfoque tiene un enfoque racional instrumentalista de dominio masculino que invisibiliza cualidades femeninas de cuidado y expresión afectiva. Señalamientos basados no sólo en los argumentos conceptuales de la teoría kohlbergiana, sino también en las decisiones metodológicas que se tomaron para terminar de diseñarla (Gilligan, 1977, 1993).

Desarrollo de la moralidad de cuidado

Para la conformación de su teoría, Kohlberg realizó un estudio longitudinal con una muestra representativa de la población estadounidense. Sin embargo, decidió prescindir de la participación de mujeres en las últimas etapas de su investigación con el argumento de que no pasaban del nivel 3 al 4 (etapa convencional) de acuerdo con sus análisis. Esto representó una justificación para que Gilligan estudiara con profundidad el desarrollo moral considerando las diferencias de las mujeres con respecto a la clasificación kohlbergiana basada en datos observados principalmente en hombres (Payá & Rubio, 2019).

El nuevo enfoque de Gilligan se centra en comprender de manera diferente la razón por la que las mujeres no pasaban del nivel 3 en el enfoque kohlbergiano de una forma que no asumiera que simplemente las mujeres tienen menos desarrollo moral que los hombres. Gilligan sugiere que la razón sólo versa en que los juicios sobre lo bueno y lo malo entre hombres y mujeres suelen ser resultado de funcionamientos psicológicos diferentes debidos a una condición sociocultural de desarrollo más que

a una situación natural. La autora argumenta que el desarrollo moral femenino se suele conformar más por una moralidad de cuidado y de relaciones afectivas que por una moralidad de justicia e imparcialidad observada en población masculina (y único principio de referencia en la teoría kohlbergiana original). Así mismo, menciona que las cualidades del desarrollo moral femenino se centran más en la habilidad de resolver dilemas morales desde lo contextual que desde lo ideal o hipotético, aspectos fundamentales para la estructuración lógica de la taxonomía kohlbergiana (Payá & Rubio, 2019).

Desde estos argumentos y con una perspectiva más cualitativa e interpretativa de ciencias sociales que cuantitativa y explicativa de ciencias naturales, Gilligan (1993) propone tres etapas del desarrollo moral femenino con dos fases intermedias de transición:

- *Cuidado de una misma.* Se presta completa atención al yo para la supervivencia individual.
- *Transición 1.* Reconocimiento del primer nivel como una forma egoísta de comportamiento.
- *Atención a la presencia de otros y conformación de relaciones de dependencia.* Se relega la individualidad y se buscan conexiones entre el yo y los otros mediante la responsabilidad.
- *Transición 2.* Reconsideración de la relación entre el yo y los otros por medio del análisis del desequilibrio entre las normas de cuidado y el autosacrificio.
- *Inclusión del yo y los otros en la responsabilidad de cuidado.* Se pasa de una relación subordinante ante las normas de cuidado como autosacrificio a la búsqueda de un cuidado recíproco y una responsabilidad mutua en las relaciones afectivas.

Esta clasificación es resultado de datos obtenidos mediante entrevistas que, si bien tienen una lógica similar a las etapas que van de lo preconventional a lo postconvencional, son puntos que consideran las diferencias que pueden ser sustanciales sobre la preocupación por tomar decisiones morales centradas en la relación con las personas implicadas en el contexto (desarrollado en mayor medida en mujeres) y tomar

decisiones morales centradas en la completa neutralidad e imparcialidad (desarrollado en mayor medida en hombres). Es importante recalcar que esta clasificación no invita a marcar diferencias naturalistas que asuman que así son todos hombres y así son todas mujeres (de ahí que se centra en lo interpretativo más que en lo explicativo), sino que se enfoca en una clasificación basada en las experiencias de mujeres en contextos de normatividad y su forma de desarrollarse comúnmente para tener una noción propia sobre lo bueno y lo malo. Por lo tanto, no se descarta la posibilidad de que existan mujeres con un razonamiento moral más enfocado a la justicia y la imparcialidad u hombres con un razonamiento moral más enfocado al cuidado y las relaciones afectivas (Gilligan, 1977).

Como parte de las principales intenciones en la elaboración de este enfoque diferente, Gilligan (1977) resalta la centralidad de la responsabilidad y el cuidado como elementos fundamentales de la moralidad de las mujeres, pero también abre el panorama sobre la teorización del desarrollo moral hacia una comprensión basada en las diferencias atributivas de las personas. Así también, permite enfocar a la psicología moral hacia pautas de comportamiento que no sólo se concentren en principios morales racionales instrumentalistas de justicia e imparcialidad.

Se pueden apreciar influencias sustanciales de Gilligan en otras perspectivas alternas al enfoque racionalista de Kohlberg. Entre estas influencias es factible mencionar, por ejemplo, a trabajos sobre género y moralidad que han fortalecido el conocimiento de principios de cuidado y su complementariedad con principios de justicia en contextos relacionados con roles sociales e identidad (Clement, 2018; Larrabee, 2016). Así mismo, tiene influencia en la teoría de los fundamentos morales (Graham et al., 2013) mencionada en el Capítulo 2, la cual considera la pluralidad de principios y ha descubierto en diferentes investigaciones que el cuidado es fundamental para la moralidad de prácticamente todos los seres humanos en el mismo nivel que la justicia (o con mayor prioridad en algunas culturas).

Gilligan es un ejemplo de propuestas que demuestran ideas, modelos y teorías más allá de Kohlberg que no demeritan realmente su labor, sino que extienden el conocimiento y proveen de nuevas herramientas para abordar el tema. Otra muestra es el trabajo de Huerta y Ezcurra (1997), quienes tomaron en cuenta algunas de las limitantes señaladas por otros autores sobre la teoría kohlbergiana en términos, sobre todo, de las diferencias culturales. Estos autores desarrollaron su propia clasificación del desarrollo moral en niñas y niños de una cultura en particular: la cultura mexicana.

Desarrollo moral del niño mexicano

A partir de un análisis de la teoría kohlbergiana y la filosofía planteada en la cartilla moral escrita por Reyes (1979), Huerta y Ezcurra (1997) generaron su teoría particular sobre el desarrollo moral específicamente aplicado a niñas y niños de la cultura mexicana. Se basan en el argumento de que este desarrollo del razonamiento sobre lo bueno y lo malo se conforma mediante la evolución progresiva de interiorización de reglas y normas de acuerdo con los siguientes componentes:

- *Respeto*. Comportamiento fundamentado en el reconocimiento de la propia dignidad y la de otros.
- *Prudencia*. Posibilidad de dirigir la conducta de la mejor manera posible de acuerdo con el conocimiento de las condiciones en las que cada persona se encuentra.
- *Aidós*. Vergüenza o sentimiento de honor sobre las propias acciones según sea el caso.
- *Némesis*. Sentimiento de indignación sobre las acciones de otras personas.

Huerta y Ezcurra (1997) presentan su propia clasificación de siete etapas del desarrollo moral considerando la interacción progresiva de los cuatro criterios antes mencionados:

- *Anomía egocéntrica*. En esta etapa, los niños no tienen la capacidad de reconocer las normas; no saben qué son ni por qué deben acatarse, ni siquiera que deben obedecer al adulto que prohíbe o permite determinada conducta. La conducta está dirigida por lo que les conviene de forma inmediata.
- *Heteronomía egocéntrica*. Heteronomía representa que reciben del exterior las reglas que obedecen. Perciben el deber como la obediencia a la autoridad y siguen las reglas sólo porque les es favorable. Hay un respeto unilateral en términos de un comportamiento subordinado por conveniencia.
- *Heteronomía instrumental*. Apesar de que comienzan a presentar una preocupación por las reglas que aseguren reciprocidad, procuran respetarlas de acuerdo con la fuerza física de quien las enuncia o las consecuencias inmediatas de seguirlas. La

fuerza física establece tres posibilidades de interacción: cuando quien enuncia las reglas es más fuerte, entonces se subordinan y aceptan; cuando quien enuncia las reglas se considera como par, se discute la aceptación de las reglas; y cuando quien enuncia las reglas es más débil, se descalifican y no se aceptan.

- *Heteronomía interpersonal.* Comienzan a seguir reglas considerando a todos los grupos sociales a los que pertenecen: familia, amigos, conocidos, etc. Consideran una acción como buena si tiene una orientación prosocial y se preocupan por la aprobación de los demás. La preocupación por el “¿qué dirán?” y por la imagen socialmente aceptada son prioridad. No realizan acciones que provoquen la desaprobación de la gente que les rodea para evitar juicios indeseables.
- *Autonomía.* Comienzan a comprender el sentido de la cooperación, el consentimiento y el respeto mutuo. Empiezan a reconocer que las reglas deben ser resultado de algo consensuado. Hay lealtad y conformidad al orden social en el que se vive y se respetan tanto las expectativas de los demás como a las autoridades que actúen en beneficio de la sociedad. El control deja de ser externo para ser interno.
- *Pantomía social.* Entienden la importancia de la justicia en los tratos sociales, la presencia de leyes constitucionales y el reproche a autoridades que no cumplan con su deber.
- *Pantomía ética.* Surge la comprensión de principios éticos universales como el respeto a la dignidad de cada persona como individuo, la tendencia a la justicia y la igualdad de los derechos humanos. Entienden la importancia de la humanidad como especie y como parte de una naturaleza global.

Huerta y Ezcurra (1997) elaboraron su clasificación con base en un método cualitativo dirigido a comprender el razonamiento que los niños utilizan para responder a dilemas morales basados en contextos de la cultura mexicana. Su influencia se puede resaltar como una aportación al entendimiento de la moralidad sin olvidar la influencia de la cultura. Lo que ha permitido también tomar su clasificación para analizarla desde la relación entre cultura y moralidad en etapas del desarrollo posteriores a la infancia, donde se ha identificado, por ejemplo, que entre más nivel educativo y más argumentos centrados en la autonomía o la pantomía hay muestras de menor aprobación por normas y creencias culturales tradicionales (Miranda-Rodríguez, 2015).

Las críticas a Kohlberg y las alternativas que han surgido de sus cuestionamientos han ayudado a resaltar que la presencia de la cultura, los atributos intrapersonales y la evolución de las formas de pensar y actuar son, entre otras, características que deben considerarse como criterios para comprender el desarrollo moral en las personas. Otro ejemplo de esto son los estudios centrados en la construcción de criterios individuales, los cuales buscan comprender el desarrollo de la experiencia y la conformación de las cualidades morales presentes en la personalidad, de tal manera que se puedan establecer clasificaciones de comportamiento ético (Puig, 1995, 1996).

Construcción de la personalidad moral

Como parte del desarrollo integral de una persona, en general desde su infancia y durante sus etapas posteriores, se deben estimular ciertas habilidades que permitan construir una orientación adecuada sobre los principios morales que ayudan a deliberar qué se considera bueno y qué se considera malo en relación con el contexto sociocultural de pertenencia. Para lograrlo, cada persona debe pasar por un proceso de doble adaptación: a la individualidad y a la sociedad. La adaptación a la individualidad necesita de un reconocimiento de los puntos de vista, criterios, posiciones o deseos propios que se valoran más, la adaptación a la sociedad requiere de experiencias que impliquen interactuar con otras personas y conocer las pautas de comportamiento que conforman sus costumbres. Mediante este doble proceso de interacción recíproca constante de las necesidades individuales con las del entorno sociocultural, se desarrolla una personalidad compuesta por dimensiones de características morales (Puig, 1995).

Sin aludir a una visión de niveles o etapas como suelen presentarse otras teorías y modelos de desarrollo moral (dado que se contemplan elementos que deben aprenderse en cualquier momento de la vida de una persona), Puig (1996) propone tres dimensiones que componen una personalidad moral y que participan en conjunto para cubrir su desarrollo, de tal manera que se atienda tanto a la autonomía (adaptación a la individualidad) como a sus capacidades de interacción sociocultural (adaptación a la sociedad):

- *Construcción del yo.* Conjunto de cualidades intrapersonales, tales como el autoconocimiento, el autocontrol y la autoestima. Las personas piensan en quiénes son y quiénes quieren ser, de modo que fijan objetivos y metas,

generan un sentido de identidad y desarrollan valores como la constancia o la perseverancia hacia un progreso personal en un sentido moral.

- *Convivencialidad*: Conjunto de cualidades para formar parte e interactuar con una comunidad. El conocimiento de las reglas, las normas o las costumbres del entorno social donde se encuentra cada persona puede permitirle tener una noción de cómo comportarse y dirigirse a los demás. Como consecuencia, se pueden tener aprendizajes significativos relacionados con el trabajo en equipo, la empatía o la gestión de conflictos interpersonales.
- *Reflexión sociomoral*: Conjunto de cualidades necesarias para tener un criterio propio y un pensamiento crítico complejo en asuntos relacionados con la deliberación sobre qué se considera bueno y qué se considera malo. Se complementa lo racional con lo afectivo debido a que se procesa cognitivamente considerando las necesidades y preocupaciones de otros.

Estas dimensiones pueden ayudar a cada persona a solucionar problemas y tomar decisiones ante situaciones que impliquen dilemas morales, conflictos de valor o diferencias en argumentos con otras personas que requieran resolverse mediante el diálogo (Puig, 1995). Esta posición teórica ha fungido como base de investigaciones que buscan fomentar una educación moral efectiva para las personas en su individualidad, el entorno social en el que se encuentran y los procesos reflexivos necesarios para que se formen un criterio propio y tengan el conocimiento de qué hacer ante situaciones controvertidas, de tal manera que se puedan balancear los intereses personales y los del entorno (Buxarrais-Estrada & Martínez-Martín, 2009).

El enfoque de la construcción de la personalidad moral ha impactado en la generación de nuevos conocimientos centrados, sobre todo, en la preocupación por incluir aspectos relacionados con los valores y la autonomía moral en la formación académica y ciudadana. Tal como señalan Díaz-Barriga, Pérez-Rendón y Lara (2016), quienes se fundamentan en los planteamientos de Puig para argumentar que las universidades deben fomentar un desarrollo sociocultural y una identidad moral en los estudiantes para que su formación académica tenga un sentido ético. Así también, como resaltan Navarro-Saldaña, Rubio-Aguilar, Lavado-Huarcaya, Minnicelli y Acuña (2017) respecto a que la construcción de la personalidad moral es un componente fundamental de la inclusión de responsabilidad social en la formación cívica de personas y organizaciones.

Las reflexiones centradas en la atención a la construcción de la personalidad moral han ayudado a no quitar el dedo del renglón en lo sustancial que representan los procesos de conocimiento, comprensión y ejercicio de los principios morales para el desarrollo de las personas como estudiantes, trabajadoras o ciudadanas; cualidades fundamentales de la educación moral (Martínez-Martín, Buxarrais-Estrada, & Esteban-Bara, 2002).

Así como ha impactado en el ámbito educativo tanto en lo académico como en lo cívico y social en general, el desarrollo moral también tiene implicaciones en el contexto de la práctica de la psicoterapia, de modo que autores como Villegas (2008) han aportado conocimientos sobre este tema con la relación entre psicología moral y psicopatología como el foco principal de atención en sus estudios, identificando evidencias importantes para fomentar el desarrollo moral también en ámbitos clínicos.

Desarrollo moral y psicopatología

Para Villegas (2008), el desarrollo moral implica una serie de procesos que van desde una etapa de nula integración con la sociedad, donde todo tipo de regulación del comportamiento no depende de la capacidad de la persona por comprender las normas y reglas del entorno en el que se encuentra, pasando posteriormente por la necesidad de adaptarse a los grupos con los que interactúa, hasta llegar a una etapa autónoma donde la aceptación o cuestionamiento de lo establecido se fundamenta en un criterio personal. Con base en esta postura, el autor propone cinco niveles de desarrollo moral:

- *Fase prenómica.* Proceso anterior a cualquier forma de socialización. Esta fase caracteriza específicamente a los recién nacidos en el sentido de que se necesita que otros cubran sus necesidades independientemente de su adecuación social. Hay una ausencia total de autonomía.
- *Fase anómica.* Se comienzan a percibir los recursos y habilidades con los que se cuentan o se pueden desarrollar, como caminar, hablar, desear, rechazar, etc. Es una etapa egocéntrica en el sentido de que todo criterio sobre lo bueno y lo malo depende de si satisface o no las necesidades individuales.
- *Fase heteronómica.* Se comprende lo moral con base en lo que las figuras de autoridad definen cotidianamente. Se asimila que algo es bueno o malo en función

de si una figura de autoridad otorga premios o reprimendas respectivamente como consecuencia.

- *Fase socionómica.* Esta fase se divide en dos: socionomía complaciente y socionomía oblativa. La socionomía complaciente comprende una marcada tendencia a cuestionar subversivamente a las autoridades con la motivación de adaptarse a nuevas condiciones y reglas planteadas por el grupo de pares con el que se convive. La socionomía oblativa asume una motivación de autosacrificio, es decir, dar o amar a otros sin la necesidad de ser correspondidos. En esta etapa, los juicios y decisiones sobre qué es bueno y qué es malo normalmente se definen en función de si representa o no un bienestar en otras personas cercanas, como la pareja, los amigos, los padres, pero principalmente los hijos.
- *Autonomía.* Es el resultado de un largo proceso de socialización y representa la fase final en la que se integran los aprendizajes obtenidos en todas las anteriores. Las personas definen qué es bueno o malo gracias a un proceso de reflexión y una definición clara de un criterio propio basado en el análisis de los propios intereses y de las reglas, normas y leyes del contexto sociocultural.

Cabe resaltar que cada nivel integra al anterior, por lo que, para llegar a una autonomía moral, se deben pasar por todas las etapas previas. Esto permite identificar diferencias individuales de acuerdo con atributos o circunstancias relacionadas con la edad, la etapa del desarrollo o la historia de vida que puedan representar un estancamiento hacia la autonomía. Por lo tanto, estas diferencias se pueden traducir en observar un desarrollo autónomo responsable en algunas personas, pero una serie de problemas debidos al impedimento de pasar de lo heterónomo a lo autónomo en otras. Es aquí donde Villegas (2008) hace hincapié en la salud mental y la psicopatología, ya que hace referencia a que estos problemas de impedimento para desarrollarse autónomamente puede ser la razón de que se desaten trastornos como ansiedad, depresión, obsesión, fobias, etc.

Al comprender la posible aparición de trastornos psicológicos en los problemas para estimular la autonomía, Villegas (2008) argumenta que el desarrollo moral es una clave importante que debe tomarse en cuenta dentro de la psicoterapia. Argumento que ha sido recabado en otras investigaciones que sustentan, por ejemplo, que centrarse en el desarrollo moral, particularmente en principios de libertad y responsabilidad (elementos de la autonomía) puede ayudar a las intervenciones psicoterapéuticas a

focalizar sus tratamientos para disminuir los impactos de problemas de regulación emocional (Caro-García, 2017) o de aparición de fobias específicas (Castiglioni, Contino, & Villegas, 2009).

Lo anterior permite comprender que el desarrollo moral es un elemento fundamental que no debe ignorarse en la práctica profesional de la psicología debido a que tiende a contribuir con el bienestar de las personas mediante la evolución progresiva de sus componentes o etapas, tanto en contextos relacionados con lo educativo como en aquellos dirigidos a lo psicoterapéutico.

Teorías sociocognitivas

Como se puede apreciar, existen diferentes perspectivas teóricas (la más conocida de Kohlberg es sólo una de varias) que han elaborado sus propias taxonomías, modelos o clasificaciones en términos del desarrollo moral. Así mismo, existen otras teorías que consideran aspectos morales como elementos adicionales, pero fundamentales para sus planteamientos. Estas teorías se pueden ubicar, de acuerdo con Lapsley (2005), en propuestas enfocadas al desarrollo sociocognitivo, las cuales muestran similitudes con las teorías que parten del enfoque kohlbergiano y piagetiano en el sentido de que utilizan etapas para comprender diferencias en cuanto a las maneras de expresar los aprendizajes, pero también en cuanto a cualidades morales como la consideración de otras personas al momento de expresar opiniones o tomar decisiones.

Algunos ejemplos de estas teorías que merecen mención por su inclusión de aspectos morales en sus planteamientos y clasificaciones son la teoría del razonamiento social convencional, la teoría de toma de perspectiva y la teoría del autoentendimiento. Con respecto a la primera, Turiel (1983) considera el desarrollo cognitivo en términos de la relación constante entre afirmaciones y negaciones de las normas convencionales mediante siete etapas:

- *Etapas 1.* Se perciben formalidades y roles de la cultura como afirmaciones de orden social.
- *Etapas 2.* El orden social previamente aprendido comienza a cuestionarse y se percibe como insuficiente para considerar algo como convencional.

- *Etapas 3.* Lo convencional se define como un sistema de reglas y expectativas de comportamiento definidas por autoridades.
- *Etapas 4.* Las expectativas de las autoridades comienzan a negarse y a desafiarse.
- *Etapas 5.* Lo convencional se conforma por una complejidad de expectativas, reglas y estatus sociales debidas a la constante interacción con autoridades y grupos de pares.
- *Etapas 6.* Lo que se considera convencional vuelve a cuestionarse debido a que deja de ser útil y funcional para la vida diaria.
- *Etapas 7.* Se reafirman los estándares convencionales de la etapa 5, pero a su vez se busca una coordinación con las expectativas y deseos personales.

En cuanto a la teoría de toma de perspectiva, Selman (1980) propone que el desarrollo cognitivo depende del punto desde el que cada persona esté percibiendo los acontecimientos y experiencias de su vida. Para definir esta propuesta, plantea dos concepciones, cada una con cinco niveles (de 0 a 4), que se desarrollan en conjunto, pero que marcan diferencias en cuanto a las características y directrices del desarrollo: concepción de relaciones y concepción de personas.

Con respecto a la concepción de relaciones, los niveles consideran el desarrollo de la capacidad de inferir cómo otras personas perciben y tienen puntos de vista particulares sobre diversas situaciones (sus perspectivas):

- *Nivel 0.* Debido a un egocentrismo, se es incapaz de inferir las perspectivas de otros.
- *Nivel 1.* Se es capaz de inferir con precisión el punto de vista de otros.
- *Nivel 2.* Se es capaz de asumir recíprocamente perspectivas de uno mismo y de otros.
- *Nivel 3.* Se es capaz de considerar una perspectiva de terceros que no están presentes en la interacción.

- *Nivel 4.* Se es capaz de tomar en cuenta la perspectiva del sistema social en el que cada persona está inmersa.

Con respecto a la concepción de personas, los niveles consideran el desarrollo de la capacidad de diferenciar los aspectos subjetivos (opiniones, creencias, actitudes, sentimientos, etc.) de uno mismo y de los demás por diferencias debidas a individualidades:

- *Nivel 0.* Debido a un egocentrismo, se es incapaz de diferenciar los aspectos subjetivos en cada individualidad de los objetivos en el espacio físico observable.
- *Nivel 1.* Se es capaz de notar los aspectos subjetivos tanto personales como de otros, pero los aspectos subjetivos de otros se consideran un todo unitario sin individualidades.
- *Nivel 2.* Se es capaz de notar los aspectos subjetivos personales y reconocer que cada persona también tiene sus propios aspectos subjetivos.
- *Nivel 3.* Se es capaz de percibir a uno mismo como una persona con un sistema de valores, creencias y actitudes sobre sí mismo y otras personas. Así también se es capaz de asimilarlo en otra u otras personas.
- *Nivel 4.* Se puede comprender que cada persona tiene aspectos subjetivos que no se pueden inferir o entender directamente, por lo que se toma en cuenta que hay aspectos personales que los demás no conocen de uno mismo y que uno mismo no conoce de los demás.

Por último, en la teoría de autoentendimiento, Hart y Damon (1986) proponen una clasificación basada en el desarrollo de un sistema de conceptos utilizados para que un individuo se defina y se comprenda a sí mismo como una persona individual que puede distinguirse de otras. Este desarrollo depende de diferentes experiencias que llevan a cada uno a entenderse, de acuerdo con los autores, a partir de cuatro niveles:

- *Nivel 1.* Entenderse como una entidad con propiedades corporales y posesiones materiales.
- *Nivel 2.* Entenderse como un individuo con atributos físicos relacionados con la capacidad de realizar diferentes actividades.

- *Nivel 3.* Entenderse como una persona con atributos físicos que le permiten influir en el atractivo social y las relaciones interpersonales.
- *Nivel 4.* Entenderse como una persona que tiene capacidades para tomar decisiones y para contribuir con el cumplimiento de estándares morales.

Estos ejemplos de teorías sociocognitivas contribuyen al entendimiento de características complementarias e incluso adheridas al desarrollo moral (Lapsley, 2005). Así mismo, fortalecen los argumentos relacionados con la importancia de definir, desde diferentes puntos de vista, las habilidades que se deben desarrollar para que una persona sea capaz de ejercer comportamientos con base en principios morales.

¿Qué factores del entorno facilitan el desarrollo moral?

Entre los argumentos que comparten las diferentes teorías aquí presentadas, está que la socialización y la presencia de entidades favorables son elementos clave para que las personas entrenen adecuadamente procesos, cualidades, habilidades o competencias necesarias para deliberar qué consideran bueno y qué consideran malo, así como para que tengan las herramientas necesarias para actuar moralmente ante contextos que lo demanden. Aunque cabe preguntarse: ¿cuáles son esas entidades del entorno que deben estar presentes y cómo deben funcionar para que una persona aprenda a razonar, regular sus emociones y tomar decisiones basadas en principios morales? El siguiente capítulo está dedicado a los procesos de socialización que se han mostrado como fundamentales para un desarrollo adecuado de la moralidad de acuerdo con la evidencia científica.

Resumen

Después de las primeras manifestaciones de la psicología moral en la infancia, el desarrollo de sus características se vuelve más complejo. Resultado de esto son diferentes teorías sobre el desarrollo moral, de las cuales se aprecia la teoría de Kohlberg como el principal referente, tanto en sus seguidores como en sus críticos más estrictos, pero también con alternativas. En la Tabla 3.1 se presenta una síntesis de las teorías antes mencionadas, donde se pueden observar sus enfoques particulares (sus formas

de comprender y/o explicar el desarrollo moral) y sus contribuciones a la psicología como referentes de otras investigaciones.

Tabla 3.1. Síntesis de las teorías del desarrollo moral.

Teoría	Enfoque	Contribuciones a la psicología
Desarrollo del razonamiento moral (Kohlberg, 1964, 1987)	Interiorización de reglas desde lo egocéntrico a los principios de justicia.	Precedente del estudio de la moralidad desde la psicología del desarrollo.
Esquemas morales (Rest et al., 2000)	Cambio de etapas a formas de pensar desde intereses personales hasta ideales morales.	Relación con capacidades de reflexión, regulación emocional, disposición política o respuesta rápida a dilemas morales.
Competencia moral democrática (Lind, 1989, 2007, 2016)	Habilidad para mediar argumentos morales a favor y en contra.	Relación con religiosidad, bajos niveles de absolutismo y respuesta rápida a dilemas morales.
Desarrollo de la moralidad de cuidado (Gilligan, 1977, 1993)	Clasificación de las etapas contextuales y morales en mujeres.	Fundamento teórico del estudio del cuidado y las relaciones afectivas en moralidad.
Desarrollo moral del niño mexicano (Huerta & Ezcurra, 1997)	Razonamiento de niños mexicanos ante dilemas morales.	Precedente para realizar teorías de desarrollo moral en culturas específicas.
Construcción de la personalidad moral (Puig, 1995, 1996)	Conformación de cualidades morales para el desarrollo personal.	Fundamento teórico de estudios que incluyen el desarrollo moral como criterio para la educación.
Desarrollo moral y psicopatología (Villegas, 2008)	Identificación de trastornos relacionados con la autonomía.	Referencia para estudios y prácticas de psicoterapia que contemplan el desarrollo moral.
Teorías sociocognitivas (Hart & Carlo, 1986; Selman, 1980; Turiel, 1983)	Capacidades de identificación personal y consideración de percepciones ajenas.	Ejemplos de teorías con un enfoque sociocognitivo que toman en cuenta aspectos morales para explicar el comportamiento.

Estas teorías aportan maneras particulares de entender el desarrollo moral desde diferentes campos de la psicología; unas se centran más en el razonamiento, otras en los procesos afectivos y otras tratan de hacer una integración, además de algunas con

un enfoque sociocognitivo que pueden aportar conocimientos complementarios. Es sugerible considerar cada una en función de sus objetivos y aportaciones específicas, pero también se deben atender las posibles variaciones socioculturales que pueden manifestarse en las clasificaciones que mencionan, ya que los grupos sociales tienen una influencia sustancial en la diversidad de maneras como el desarrollo moral puede tomar camino en función del lugar, la cultura o el momento histórico en el que cada persona se desenvuelve. Algo de lo que también existen diversas investigaciones enfocadas en entender las variaciones del desarrollo moral a través de la socialización.

El desarrollo moral a través de la socialización

Uno de los principales medios de los que depende la forma en que se desarrolle moralidad es el entorno sociocultural. A través de él, las personas aprenden códigos sobre qué hacer y cómo comportarse en términos de qué es funcional, importante o aceptado socialmente y qué es perjudicial, infravalorado o rechazado por los demás. En otras palabras, las personas asimilan las normas, creencias, valores, costumbres y tradiciones que conforman la cultura manifiesta de la sociedad en la que crecen y esto impacta directamente en el desarrollo de su moralidad.

La cultura se define como un conjunto de normas, leyes, costumbres, valores, actitudes y tradiciones que interactúan, se integran de forma coherente y se transmiten de una generación a otra mediante sistemas de significados que varían según el tiempo y el lugar (Hofstede, 2003; Kimble, et al., 2002; Triandis, 1980). Aunado a ello, es a través de diferentes procesos de socialización como la cultura marca la orientación moral de cada conducta (Díaz-Loving, 2011). La cultura y la socialización son fundamentales para identificar hacia qué tipo de principios se dirige la deliberación de lo bueno y lo malo en una persona, así como las decisiones que toma, su razonamiento, sus emociones y su capacidad de resolver problemas con base en principios morales.

Bandura (1991) resalta que la función de la moralidad en la conducta es de autorregulación a través de códigos y sanciones definidas socialmente. Menciona que existen formas de comportamiento que son ventajosas para los deseos personales, pero perjudiciales para los derechos y el bienestar de los demás, de modo que los principios o estándares morales deben ser consensuados, aunque su función autorreguladora debe permanecer independientemente de la presencia directa de otras personas. Estos planteamientos pueden funcionar como base para demostrar que es fundamental conocer el contexto sociocultural de una persona para identificar sobre la base de qué principios o estándares morales puede llegar a regular su comportamiento.

El impacto de lo sociocultural en la psicología moral se ha estudiado desde diferentes vertientes. Como se mencionó en el Capítulo 2 acerca de la significancia cultural como un criterio indispensable en la teoría de los fundamentos morales, la influencia de las variaciones entre una cultura y otra relacionadas con aspectos de la psicología moral se pueden apreciar desde la perspectiva de los denominados tres grandes de la moralidad: autonomía, comunidad y divinidad (Shweder, Much, Mahapatra, & Park, 1997), o mediante la identificación de los valores motivacionales que perduran en cada sociedad (Schwartz, 1992; Schwartz & Bilsky, 1990). Sin embargo, también existen otras formas de comprender esta influencia. Un ejemplo lo muestran investigaciones centradas en el reconocimiento de diferencias que pueden tener elementos de la psicología moral debido a aspectos fundamentales de la psicología transcultural, como pueden ser las dimensiones culturales.

Psicología moral inter a intracultural

El carácter normativo de las culturas contiene elementos básicos de la historia y se expresa a través de los valores más representativos para las personas de cada sociedad, por lo que es factible asumir que cada cultura tiene componentes con significados que sólo se pueden comprender desde su especificidad. Sin embargo, también se pueden hallar patrones de comportamiento similares entre culturas, lo que permite a los científicos sociales hacer comparaciones neutrales. A estos patrones de comportamiento similares entre sociedades se les denomina dimensiones culturales (Hofstede, 2003).

Existe evidencia de que las dimensiones culturales impactan la cotidianidad de los integrantes de cada sociedad, además de que son compartidas por alrededor de cincuenta países modernos de diferentes regiones y continentes (Hofstede, 2003). Estas dimensiones culturales se clasifican como:

- *Distancia de poder.* Modo como las personas se organizan a través de diferencias y distribuyen el poder de forma desigual: unos obtienen más beneficios que otros.
- *Evitación de la incertidumbre.* Manera como los miembros de cada sociedad se sienten conformes o inconformes con su desorganización y con la falta de conocimiento y explicación de los acontecimientos.

- *Individualismo vs colectivismo.* Grado de acuerdo en que las personas se ven a sí mismas como prioridad o ven primero a los demás, normalmente a los miembros de su familia, lo que lleva a tener distintos niveles de autonomía e interdependencia respectivamente.
- *Masculinidad vs feminidad.* Roles que las sociedades acostumbran a atribuir a hombres y mujeres de acuerdo con creencias de instrumentalidad o expresividad afectiva supuestamente pertenecientes a cada género.
- *Orientación al largo plazo vs orientación al corto plazo.* Nivel en el que los miembros de cada sociedad aceptan la postergación de la obtención de sus necesidades materiales, sociales y emocionales.

Cada una de estas dimensiones tiene un impacto como promotoras de códigos de comportamiento de acuerdo con sus características y la utilidad que representan para el desarrollo de cada sociedad. Así mismo, existe evidencia que demuestra su relación con aspectos de la psicología moral. Por ejemplo, Vitell et al. (2016) demostraron que las dimensiones de evitación de la incertidumbre, colectivismo y orientación al largo plazo moderan positivamente el efecto de la espiritualidad en la regulación moral de la conducta de compra. En otras palabras, se identificó que el efecto de creencias en entidades con fuerzas y poderes sobrehumanos en la preocupación por que las compras estén reguladas por actividades legales, precios justos y tratos respetuosos, es mayor en personas con altos niveles de evitación de la incertidumbre, colectivismo y orientación al largo plazo. Esto demuestra que aspectos psicosociales como la búsqueda de seguridad y organización, la preocupación por las condiciones de otras personas y la paciencia para la obtención de bienes participan en el comportamiento moral de las personas, específicamente ante contextos que requieren estar pendientes de que los movimientos sean justos y respetuosos, como es el caso de las compras.

Otro tipo de evidencia se ha centrado en la dimensión de individualismo-colectivismo debido a la tendencia a identificar diferencias culturales en sociedades que optan más por valores relacionados con la independencia y la autonomía, o bien sociedades que prefieren valores enfocados en la interdependencia y la cohesión social. Este tipo de evidencia se ha obtenido tanto en términos del componente racional como el componente afectivo de la psicología moral. Con respecto al componente racional, particularmente desde la perspectiva neokohlbergiana mencionada en el capítulo anterior (Rest et al., 2000), se ha identificado que en culturas individualistas occidentales hay una polaridad

entre esquemas morales de intereses personales y postconvencionales, mientras que en culturas colectivistas orientales predominan los esquemas de mantenimiento de normas (Wilhelm & Chaichompoo, 2016). Con respecto al componente afectivo, una tendencia clara entre culturas individualistas y colectivistas en relación con los fundamentos morales mencionados en el Capítulo 2 (Graham et al., 2013) es que en las culturas individualistas los fundamentos de cuidado y justicia prevalecen en mayor medida que los fundamentos de lealtad, autoridad y pureza, a diferencia de las culturas colectivistas, donde los cinco fundamentos se consideran relevantes en altos niveles (Yilmaz, Harma, Bahcekapili, & Cesur, 2016).

Las dimensiones culturales son fundamentales para comprender a qué se deben las variaciones en las dinámicas de la psicología moral entre las personas de una región y otra. Permiten entender que los aspectos históricos, sociales y ambientales de una región son partícipes en el desarrollo moral de una comunidad y sus respectivas diferencias con otra. La relación entre la psicología moral y la psicología transcultural tiene diferentes conocimientos que aportar cuando se pretende ahondar en estas comparaciones, pero también invita a prestar atención a las particularidades de las normas, creencias, valores, costumbres y tradiciones de una sola región de acuerdo con las características de sus habitantes.

En el capítulo anterior se ejemplificó con el estudio de Huerta y Ezcurra (1997) sobre el desarrollo moral de niñas y niños mexicanos para señalar la importancia de estudiar la psicología moral de culturas específicas, pero también existen otras investigaciones que han aportado conocimientos al respecto. Por ejemplo, en un estudio sobre la aplicación de la teoría de los fundamentos morales en personas habitantes de Mongolia, se demostró que tienden a considerar relevantes los cinco fundamentos morales, lo que corresponde con la lógica colectivista que menciona el estudio de Yilmaz et al. (2016), pero también se demostró que en esta población se percibe a la justicia como un eje que predomina sobre los demás fundamentos. Desde el punto de vista de los autores de esta investigación, la evidencia que recopilaron invita a pensar que la relevancia de los fundamentos morales en culturas específicas puede llegar a reducirse a un solo principio, mientras que los demás actúan como subdivisiones (Berniūnas, Dranseika, & Sousa, 2016).

Ejemplos como el anterior también han sugerido modificaciones en la comprensión y estructura de los fundamentos morales en adultos de culturas específicas en países como Turquía (Yalçındağ et al., 2019), Italia (Bobbio, Nencini, & Sarrica, 2011) o

adolescentes en México (Miranda-Rodríguez & García-Méndez, 2019). Este tipo de estudios contribuyen a crear formas de evaluación adaptadas tanto al idioma de la región como a los significados que atribuyen a los principios morales.

Las perspectivas etnográficas también se han preocupado por reconocer cómo varía o se distingue la moralidad de comunidades particulares. La etnografía resalta lo importante que representa estudiar la moralidad de una comunidad desde un enfoque cualitativo mediante procesos como observar, captar, inferir e interpretar los valores mientras son ejercidos por sus miembros a través de sus conductas y su interacción social. Esta perspectiva sugiere que mediante la observación de las conductas se reconoce cómo las personas asimilan sus valores de una forma más efectiva que si se les preguntase cuál es su opinión sobre ellos. Se observan los valores a través de lo hecho más que de lo dicho (Sanmartín, 2000).

Así como es muy importante comprender aspectos de la cultura para estudiar la moralidad, también lo es entender a través de qué grupos sociales se transmiten las normas, creencias, valores, costumbres y tradiciones que acompañan el juicio, las decisiones, el razonamiento y las emociones que definen la moralidad de cada persona. De acuerdo con diferentes investigaciones que se presentan a continuación, las dinámicas de interacción social de estos grupos juegan un papel clave en el aprendizaje de cualidades morales fundamentales para el desarrollo humano.

Medios sociales fundamentales para el desarrollo moral

Un criterio necesario para que una persona aprenda a ejercer principios morales en sus conductas diarias, a expresar pertinentemente su criterio moral ante situaciones controvertidas o a regular emociones como la compasión es que se vea rodeada de personas que sepan hacerlo. Desde el enfoque del aprendizaje social, se puede asumir que la orientación moral de niñas y niños depende en gran medida de las orientaciones morales de personas adultas que funjan como sus modelos de comportamiento (Bandura, & McDonald, 1963; Bandura, 1969). Las evidencias en psicología moral resaltan lo determinante que puede ser la presencia del entorno inmediato y su funcionamiento positivo en el fortalecimiento de habilidades cognitivas y sociales que se reflejen en conductas morales específicas (Han, Kim, Jeong, & Cohen, 2017; Smetana, 2006).

El medio social de más frecuente protagonismo en el desarrollo de estas habilidades suele ser la familia, ya que las experiencias que se viven en el entorno familiar influyen en el desarrollo general de las personas, así como su forma de pensar y de sentir, ya que el hecho de formar parte de una familia (tanto por relaciones biológicas, afinidad interpersonal o adopción) representa una serie de pautas de comportamiento debidas a los usos y costumbres que se ejercen día con día en el hogar (Linton, 1982).

Familia

El número de miembros de la familia, el orden de nacimiento, las diferencias de edad entre los hijos, el sexo biológico y la presencia o ausencia de los progenitores son hechos que influyen en varios procesos psicológicos y psicosociales (Kimble et al., 2002), donde el desarrollo moral no es la excepción. Se ha demostrado que la influencia de la familia en el desarrollo moral radica en cualidades como el comportamiento prosocial, la empatía o el razonamiento (Eisenberg & Fabes, 1998; Kochanska, 2002). Su relevancia versa en función, sobre todo, de que un funcionamiento positivo de la dinámica familiar puede ser un medio efectivo de transmisión de normas y patrones de comportamiento funcionales para la adaptación a la cultura y a la sociedad en general desde una edad temprana (Hardy, Walker, Olsen, Woodbury, & Hickman, 2014; Kochanska & Kim, 2014).

Diferentes modelos explicativos han ilustrado los elementos que conforman el funcionamiento familiar positivo, los cuales suelen tener puntos en común, como un sentido de cohesión en la que los miembros de la familia se perciben unidos, una comunicación efectiva en el sentido de que se transmiten mensajes claros que expresan pensamientos, emociones o experiencias, y una preocupación por percibir armonía en las interacciones donde el ambiente social dentro del hogar se manifiesta como un ambiente seguro (García-Méndez, Rivera-Aragón, Díaz-Loving, & Reyes-Lagunes, 2015). De acuerdo con otras investigaciones, estos elementos de un funcionamiento familiar positivo también promueven orientaciones morales de igualdad, lealtad, adaptación a expectativas sociales y respeto a la autoridad (Mazzone & Camodeca, 2019; White, 1997, 2000; White, & Matawie, 2004).

Los estudios que se han enfocado en la influencia que puede tener el funcionamiento familiar positivo en el desarrollo moral (sobre todo en la infancia y la adolescencia) demuestran lo crucial que resultan ser las dinámicas de la familia para que una persona crezca con un sentido moral claro. Sin embargo, la familia no puede ser considerada como el único medio de aprendizaje social de la moralidad, ya que su influencia puede

ser complementada por la socialización con los pares o incluso por la presencia de personajes históricos que pueden fungir como símbolos de la cultura específica de cada sociedad (Bandura, 1969), y un contexto en el que esta influencia sale a flote tiende a ser la escuela.

Escuela

La práctica pedagógica es otro elemento clave para facilitar el desarrollo moral, sobre todo en términos de reflexión sobre la dirección de la vida personal, el aprendizaje de habilidades sociales, la sensibilidad ante injusticias y la responsabilidad ante el cambio social (Puig & Martín, 1998). Es por esta razón que las escuelas deben fomentar climas sociales de calidez, equidad y confianza, de tal modo que los estudiantes desarrollen comportamientos prosociales y tomen decisiones basadas en criterios morales para solucionar problemas que enfrentan tanto en el contexto académico como en su vida cotidiana (Nucci, 2015).

El entorno escolar debe tener materiales y dinámicas sociales que contribuyan al desarrollo de estas cualidades. Algo que se ha demostrado en estudios que demuestran, por ejemplo, que el uso de estrategias didácticas como la narración de historias con imágenes que incluyan temáticas como honestidad, compasión o empatía, así como el ejercicio de un liderazgo ético en profesoras y profesores, incrementan los niveles de razonamiento moral y fomentan reflexiones sobre la importancia de la cooperación en infantes de 10 a 12 años (Priyanto, Sumadi, & Casmana, 2020; Wismaliya, Hakam, & Agustín, 2018).

Con respecto a edades más avanzadas, evidencia con adolescentes de 11 a 15 años muestra que la percepción de un ambiente escolar favorable en lo personal, social, económico y de salud está asociada con niveles altos de desarrollo moral en un contexto de espiritualidad, particularmente aquél que implica cordialidad con otras personas, perdón o cuidado de la naturaleza (Chester, Klemnera, Magnusson, Spencer, & Brooks, 2019).

También se ha demostrado, en este caso con adolescentes de 12 a 18 años, que si perciben cohesión social en su salón de clases, se incrementan las probabilidades de que opten por la conducta prosocial para interactuar con otras personas, por lo que es fundamental también que los adolescentes se desarrollen moralmente a la par de sus contemporáneos, además de ser guiados por un liderazgo ético en sus docentes (Van

den Bos, Crone, Meuwese, & Güroğlu, 2018). Esto da pauta a otro medio social que puede tener influencia en el desarrollo moral, como son los pares, que pueden tener interacciones tanto dentro de un contexto escolar como compañeros, pero también fuera de éste con el establecimiento de relaciones de amistad.

Amistades

Las relaciones interpersonales y las experiencias que se viven en el proceso de una amistad tienden a estar compuestas por aspectos morales de lealtad, confianza, compromiso y honestidad. La amistad es un fenómeno fundamentalmente moral (Bukowski & Sippola, 1996), al grado que, de acuerdo con evidencia basada en evaluaciones con adolescentes de 10 a 13 años, el número de amigos considerados cercanos está relacionado positivamente con niveles altos de razonamiento moral, es decir, entre mayor sea el número de interacciones cercanas con amigos que promuevan conductas morales, más cercano será el razonamiento a niveles postconvencionales de derechos humanos o principios éticos universales (Schonert-Reichl, 1999). Así mismo, evidencia con adolescentes de 14 años en promedio señala que el impacto de la motivación en la conducta prosocial es aún mayor en adolescentes que mencionan tener amigos que también utilizan frecuentemente la conducta prosocial en sus relaciones interpersonales (Bayar, Sayil, & Tepe, 2020).

Aunado a lo anterior, se ha demostrado que niñas y niños de 6 años en promedio ya muestran capacidades de imitar el comportamiento del grupo de pares del que sienten que forman parte (Krieger, Aschersleben, Sommerfeld, & Buttelmann, 2020), de modo que, así como la familia y la escuela juegan un papel de modelamiento fundamental para el desarrollo de la moralidad, las amistades que se puedan generar con los pares también influyen considerablemente en que las personas se desarrollen moralmente desde su infancia y tengan aprendizajes significativos replicables en etapas posteriores.

Con base en la evidencia que se ha mencionado, es factible sugerir que se deben tomar en cuenta otros medios sociales para atender con la mayor amplitud posible el impacto del entorno social en el desarrollo moral. Al respecto, otro medio social que surge de la interacción con los pares y que debe tener suficiente atención por el papel decisivo que puede llegar a tener en complemento con la familia, la escuela y los amigos, es la pareja en sus diferentes momentos, etapas y dinámicas. Aunque sus efectos suelen presentarse con mayor impacto en la etapa adulta, es un medio de aprendizaje que muestra experiencias significativas para el desarrollo de la moralidad.

Relaciones de pareja

La pareja se presenta como promotora de principios morales en el sentido de que en sus dinámicas suelen generarse aprendizajes relacionados con el intercambio de códigos de conducta sobre lo que “se debe y no se debe” hacer en la relación por criterios de amor, compromiso, fidelidad o confianza. Estas dinámicas suelen ser un reflejo de las normas, costumbres y tradiciones que se reciben de la cultura y de la familia (Padilla-Gómez & Díaz-Loving, 2013); se generan estilos de comunicación y comportamiento de acuerdo con los aprendizajes que cada integrante ha recibido desde su respectivo entorno familiar (Sánchez-Aragón & Díaz-Loving, 2003), entre los cuales se encuentran aspectos de la psicología moral que se vinculan con la identidad personal.

Se ha demostrado que, cuando las parejas concuerdan en la forma como se identifican moralmente, las probabilidades de sentirse mejor con el funcionamiento de la relación aumentan considerablemente. Tal como se muestra en un estudio con matrimonios de personas adultas, donde se reconoció que las parejas con mayor coincidencia en identificaciones morales personales que implican, por ejemplo, considerarse cariñosos, compasivos, justos, amistosos, generosos, serviciales, trabajadores, honestos y/o amables, también reportaron sentirse más satisfechas con su relación (Wu, Liu, Guo, Cai, & Zhou, 2020).

Cabe mencionar que no sólo se trata de coincidir, sino también de aprender a tratarse moralmente tolerando las diferencias que se puedan presentar. Esto se aprecia en un estudio que se enfocó en analizar el razonamiento moral expresado en discursos de diferentes sesiones de terapia de pareja; este estudio identificó que una forma adecuada de hacer intervención con problemas de pareja es promover la distribución equitativa de responsabilidades a través de un balance entre dos formas de ejercer el razonamiento moral: basado en la satisfacción de la relación y basado en la autonomía e independencia con respecto a la otra persona, procurando la misma importancia a ambas partes (Kurri & Wahlström, 2005).

La evidencia científica en psicología moral es clara con respecto a la influencia que pueden tener las personas que cada uno aprecia y con quien establece pautas de comportamiento necesarias para considerarlas como personas de confianza o como seres queridos. Sin embargo, también las personas con quien no se tiene relación cercana pueden influir en el aprendizaje de conductas morales, sobre todo aquellas que fungen como modelos a seguir gracias a medios de difusión como la televisión o el

internet, y normalmente son figuras públicas que motivan a que otros realicen acciones morales gracias a sus comportamientos ejemplares.

Figuras públicas (modelos a seguir)

Personas como la Madre Teresa de Calcuta, Nelson Mandela o Martin Luther King han fungido como ejemplos de comportamiento moral a lo largo de la historia de la humanidad. Se ha demostrado a través de diferentes tipos de evidencia que sus acciones relacionadas con la lucha por la dignidad, el amor por la humanidad o la igualdad de derechos a través de cualidades como el coraje, la valentía o la compasión ante las adversidades han servido de ejemplo para que otras personas, en muchos casos jóvenes, se motiven a seguir sus pasos (Matsuba & Walker, 2005; Walker & Frimer, 2007).

La presencia de personas que marcan la historia por sus acciones extraordinarias también debe considerarse como otro medio social de impacto en el desarrollo de la moralidad, aunque su participación suele ser más complementaria que principal, ya que se ha identificado que la influencia de modelos morales más alcanzables, como personas con características personales y sociales más similares a las propias (como los pares), es más efectiva para promover el comportamiento moral que la influencia de modelos morales extraordinarios, como los mencionados en el párrafo anterior (Han et al., 2017). Si bien las figuras públicas pueden ser modelos a seguir para que las personas se comporten moralmente, la presencia de personas con características similares a las propias que ejemplifiquen actuar con base en principios morales tiende a ser más eficaz.

Es así como se demuestra que, si bien las figuras públicas no son personas con las que comúnmente se tiene interacción directa, sirven como medios sociales complementarios para el desarrollo moral. En ese mismo sentido, otras personas que pueden influir en el desarrollo moral sin tener con ellas un lazo familiar o afectivo marcado, son aquellas con quien se comparten ideales morales practicados en eventos sociales. Un ejemplo son las congregaciones religiosas, definidas como mecanismos sociales donde las personas de fe se unen para formar un colectivo que establece medios organizados y aceptados para expresar la religiosidad de manera conjunta (Cnaan & Curtis, 2013), y de las cuales existe evidencia desde la psicología moral que demuestra su influencia en el comportamiento prosocial de las personas que asisten a ellas.

Congregaciones religiosas

Investigaciones en psicología moral muestran que ser una persona religiosa (específicamente en términos católicos o cristianos) suele tener efectos positivos en el desarrollo moral, aunque no en el caso de personas que sólo están a favor de una religión o de otra, sino en el caso de personas que además de creer en una religión también la practican. Tal como se ha demostrado en estudios que señalan que la asistencia continua a congregaciones religiosas y la consideración de la religión como algo importante están asociadas con niveles altos en creencias morales de rechazo a lo perjudicial que puede resultar hacer daño, amenazar con hacer daño o consumir drogas en exceso (Desmond & Kraus, 2014).

También se ha demostrado que las personas que asisten a congregaciones religiosas tienen más probabilidades de cooperar ante peticiones “para la caridad” que las personas no religiosas. Aunque cabe mencionar que estas conductas disminuyen considerablemente en los días que no se asiste a estas congregaciones, de tal manera que se diluye la diferencia en la emisión de conductas prosociales con respecto a las personas no religiosas (Malhotra, 2010). Esto invita a pensar en qué hace que estas congregaciones promuevan conductas prosociales durante sus eventos de una manera que no es típica del día a día de sus integrantes.

Lo anterior se puede definir como “efecto dominical” (incremento del comportamiento prosocial los días que se asiste a eventos religiosos), el cual se ha discutido en términos de que sus dinámicas sociales estimulan emociones de compasión, orgullo, gratitud, diversión y paz, lo que motiva fuertemente a que se emitan conductas como ayudar, compadecer o cooperar económicamente para el beneficio de personas con menos recursos (Van Cappellen, Saroglou, & Toth-Gauthier, 2014).

Este tipo de efectos se deben a factores que no sólo son exclusivos de las congregaciones con fines religiosos, como los hechos de compartir ideales y transmitir mensajes que estimulen emociones morales. Otro ejemplo de congregaciones en las que se manifiestan estos factores son los movimientos sociales, ya que tienden a motivar a sus miembros a realizar conductas en favor de la preservación de ideales o, en varios casos, de la defensa de derechos humanos. Estos movimientos generan procesos que también cuentan mucho sobre el aprendizaje de conductas basadas en el señalamiento de qué es correcto, qué no lo es y por qué.

Movimientos sociales

Cuando se analizan los aspectos morales de la juventud, se suelen apreciar características de motivación por participar en movimientos sociales que marchan y protestan para promover el desafío de las normas establecidas (convencionales) de su época, en defensa de ideales morales que se ven perjudicados por dichos estándares establecidos; características propias de un desarrollo moral postconvencional. De modo que se ha identificado que los jóvenes que participan en estos movimientos tienden a desarrollar un razonamiento moral de contrato social en favor de los derechos humanos y de principios éticos universales (Keniston, 1969).

El hecho de participar constantemente en movimientos sociales que buscan preservar los derechos humanos y parten de causas basadas en la necesidad de erradicar sufrimientos promueve cualidades como: la afirmación de uno mismo a pesar del miedo, la expresión de indignación, la búsqueda de sentido humano, la espiritualidad, la justicia para construir la paz, la motivación para la participación de próximas generaciones, el apoyo de otros y las intenciones de equidad para las minorías étnicas y las mujeres (Hernández-Wolte, 2010). Algo que también se observa es que las personas jóvenes que tienen orientaciones favorables a movimientos sociales que promueven la equidad en términos de género, raza y orientación sexual también presentan intenciones prosociales relacionadas con el cambio positivo de su comunidad y la diversidad social, así como actitudes negativas al mantenimiento de los estándares morales tradicionales y el autoritarismo (Curtin, Stewart, & Cole, 2015).

Otros medios sociales

Como se puede apreciar, existen diversas opciones que pueden funcionar como medios que promuevan el desarrollo moral de acuerdo con la evidencia en psicología; desde grupos conformados por seres queridos hasta aquellos que no se conocen directamente, pero con los que se comparten ideales morales específicos o personas que representan símbolos del comportamiento moral. Así mismo, existen otros medios sociales que no necesariamente se conforman por el hecho de que sus miembros comparten principios morales o son reconocidos culturalmente, sino porque comparten intereses, prácticas o habilidades y es una vez conformados donde los principios comienzan a identificarse, promoverse y ejercerse. Entre estos medios sociales se pueden identificar los equipos deportivos, los grupos artísticos, las organizaciones, los grupos militares y las interacciones en internet a través las redes sociales.

Con respecto a los equipos deportivos, las dinámicas sociales de cooperación, compañerismo, disciplina y procuración de competencias justas que se suelen desarrollar dentro de ellos, hacen que participar en un equipo estructurado para practicar algún deporte también contribuye en el aprendizaje de conductas morales (Weiss, Smith, & Stuntz, 2008). En general, el deporte puede apreciarse como una forma de educación moral, de modo que el papel de quienes fungen como entrenadores es importante para que la práctica deportiva se desarrolle en un clima prosocial que permita que los atletas y practicantes comprendan la utilidad del ejercicio de valores desde que comienzan con cualquier carrera deportiva (Pennington, 2017; Spruit, Kavussanu, Smit, & IJntema, 2019).

Sobre los grupos artísticos, participar en ellos tiende a ser benéfico no sólo en el aprendizaje relativo a sus ejecuciones, sino también en los valores que se deben ejercer durante sus prácticas: como el valor del cuidado, la confianza o la cortesía durante la danza (Sukitman, 2019; Warburton, 2004), la autonomía, la empatía, la identidad cultural y la expresión creativa de la preocupación social en el campo de la música (Rabinowitch, Cross, & Burnard, 2013; Veugelers & Terlingen, 2019) o la calma y la meditación para las artes marciales (Martinkova, Parry, & Wagner, 2019). Éstos son sólo algunos ejemplos del impacto que también tiene la socialización en contextos de aprendizaje artístico en que las personas encuentren medios sociales donde aprender a pensar, sentir, decidir y actuar moralmente además de creativamente.

En el caso de las organizaciones, se ha demostrado que los valores que se fomenten en las empresas están asociados con el desarrollo moral de las personas que trabajan en ellas (Logsdon & Yuthas, 1997); siendo las empresas que fomentan principios democráticos las que se asocian más con niveles altos de desarrollo moral desde la perspectiva neokohlbergiana (esquemas postconvencionales) en sus empleados en comparación con las que fomentan principios convencionales a través de un sistema autocrático (Pircher-Verdorfer & Weber, 2016).

Dentro del contexto militar, se ha discutido la importancia de resaltar el estudio del desarrollo moral sobre todo considerando posibles efectos de la participación en eventos de guerra como acontecimientos susceptibles a perjudicar la salud mental (Boyden, 2003). Esto ha resultado en investigaciones que señalan, por ejemplo, que las personas que forman parte de grupos militares presentan altos niveles de capacidad de hallar justificaciones morales de sus acciones y un creciente nivel de identidad moral con la práctica militar entre más alto es el puesto que se tiene (de Graaff,

Giebels, & Verweij, 2020). Al respecto, se ha hecho hincapié en desarrollar estrategias de intervención psicológica basadas en que los militares adquieran la capacidad de tomar decisiones eficaces para resolver dilemas morales que implican, por ejemplo, la necesidad de romper las reglas del grupo con tal de ayudar a las personas civiles o elegir entre los principios e intereses personales y las obligaciones militares ante una situación controvertida (Seiler, Fischer, & Voegtli, 2011).

En lo que concierne al uso de internet y redes sociales, la influencia de las formas de interacción y acceso a la información a través de estos medios ha tenido un impacto significativo en varios contextos de la psicología entre los que también se encuentra la psicología moral (Bradley, 2005). Por ejemplo, hay evidencia que ha comprobado que el impacto del uso académico de internet en el desarrollo moral de adolescentes es mayor en aquellos que lo hacen de una forma más amena a través redes sociales como Facebook (Oluwafemi, Bibire, Mebu, Dung, & Aderibigbe, 2020). También se ha señalado que las personas describen utilizar las redes sociales como medios activos para fines prosociales como: expresar su opinión sobre el cambio social positivo y la erradicación de la violencia (Bhatti, Arain, Akram, Fang, & Yasin, 2020); o preguntar por el bienestar de alguien a través de mensajes y compartir música con el objetivo de expresar apoyo a un ser querido (Erreygers, Vandebosch, Vranjes, Baillien, & de Witte, 2018). Estas evidencias argumentan a favor de que el uso adecuado de estas redes, de una forma regulada por padres o profesores cuando se trate de niños o adolescentes (Turan & Isçitürk, 2017), puede contribuir significativamente en el desarrollo moral.

Los últimos medios sociales mencionados cumplen funciones específicas para el desarrollo moral dada su dependencia de las distintas experiencias o condiciones socioeconómicas que pueda tener cada persona y las decisiones que tome para que llegue a interactuar con ellos, por lo que no son medios sociales de desarrollo moral generalizables para todo tipo individuos. Sin embargo, si se usan adecuadamente, pueden permitir la conformación de ambientes favorables para el aprendizaje de razonamientos, regulación de emociones y toma de decisiones morales. Luego entonces, si complementan a un fomento adecuado de cualidades morales en los primeros medios sociales que se mencionan en este capítulo, pueden completar un entorno saludable y pertinente para el desarrollo de la moralidad.

A continuación, se presenta una síntesis de los medios sociales fundamentales para el desarrollo moral, donde se sugiere ubicar a la familia, la escuela, los amigos y la pareja como medios sociales generales, y las figuras públicas, las congregaciones religiosas, los

movimientos sociales, los equipos deportivos, los grupos artísticos, las organizaciones, los grupos militares y las interacciones en internet a través las redes sociales como medios más específicos y complementarios de los primeros (ver Figura 4.1).

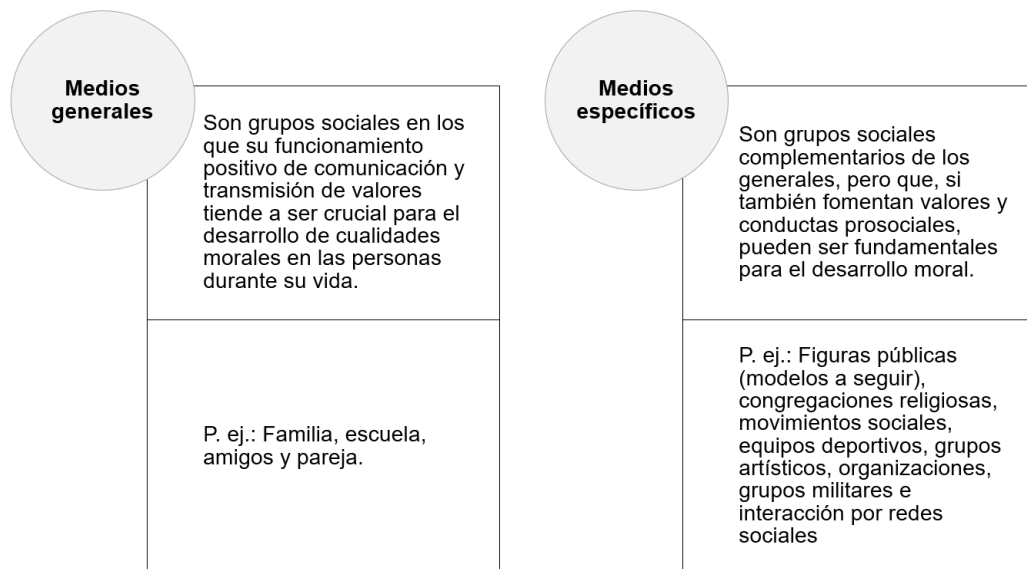


Figura 4.1. Medios sociales fundamentales para el desarrollo moral.

Después de definir cuáles son los medios sociales necesarios para el desarrollo de la moralidad de acuerdo con la evidencia en psicología, se puede deducir que las variaciones en los procesos de socialización afectan a su vez a las variaciones en las maneras como cada persona se define a sí misma según su forma de pensar, sentir o tomar decisiones basadas en los ideales morales que ha aprendido a lo largo de su vida. Es por esto por lo que se sugiere ahondar ahora en el concepto de identidad moral, el cual ha sido tomado en cuenta para abordar a la autodefinición de cada persona como el resultado de una historia importante de interacciones y aprendizajes.

Conformación de una identidad moral

La preocupación por el desarrollo moral no debe quedarse hasta el final de la adolescencia, ya que en la etapa adulta también se debe seguir fomentando la conducta prosocial y el ejercicio de valores esenciales a través de ambientes que los faciliten según los nuevos contextos que se experimentan en dicha etapa, como el contexto de educación superior y/o el contexto laboral (Herzog, Harris, & Peifer, 2018). En la etapa adulta se observa en mayor medida un proceso denominado como identidad moral, que consiste en la manera como una persona se define a sí misma en función de los principios morales que ha desarrollado gracias a la interacción con los grupos sociales que le rodean (Aquino & Reed, 2002).

Se ha demostrado que la identidad moral está asociada con bajas probabilidades de realizar conductas perjudiciales para las normas del grupo con el que cada persona se siente identificada. Por ejemplo, se ha demostrado que los atletas con altos niveles de identidad moral con sus equipos tienen menos probabilidades de recurrir al dopaje como una opción para mejorar su rendimiento. Lo que sugiere que la identidad moral comprende también el compromiso personal con los principios morales del entorno social con el que se convive (Kavussanu & Ring, 2017). Aunque cabe mencionar que también la identidad moral se expresa ante la interacción con personas que se identifican moralmente con otros grupos y probablemente promuevan principios morales distintos. De modo que se genera otro tipo de dinámicas sociales que involucran interactuar con personas que piensan diferente.

Entre otras características asociadas con la identidad moral en adultos está que suele ser una cualidad de los líderes morales, es decir, personas que fomentan principios morales en sus grupos y motivan a que otras personas los sigan para ejercer los mismos principios (Wang & Hackett, 2020). Esto conlleva a demostrar también que la identidad moral tiene una relación inherente con otros fenómenos psicosociales asociados con el liderazgo y las diferencias de opinión, como puede ser la orientación política y su ejercicio en grupos que defienden sus propios ideales (Han, Ballard, & Choi, 2019). Una forma consistente de investigar cómo la conformación de una identidad moral tiene implicaciones en las opiniones (y también en actitudes) sobre cuestiones como la política es a través de la identificación de diferencias entre personas liberales y conservadoras.

En un estudio realizado por Graham, Nosek y Haidt (2012), se buscó reconocer si existen diferencias en los fundamentos morales de personas con orientación política

liberal y personas con orientación conservadora. Entre los resultados encontraron que las personas con orientación liberal presentan índices más elevados con respecto a fundamentos morales de individualidad, como el cuidado/daño y la justicia/engaño, mientras que, en las personas con orientación conservadora, observaron que presentan puntajes altos en todos los fundamentos morales. Resultados similares con personas con tendencia individualista y colectivista respectivamente (Yilmaz et al., 2016).

Graham et al. (2012) también pretendieron examinar los estereotipos que tienen los liberales hacia los conservadores y viceversa, con respecto a su moralidad. Encontraron resultados parecidos a la primera parte, es decir, que los estereotipos que tienen los liberales sobre los conservadores y viceversa, corresponden con los fundamentos morales que presentan en auto reporte, pero se resalta que los puntajes de los estereotipos fueron aún más elevados que los resultados del primer estudio. Esto sugiere que la forma en que se perciben los principios morales propios y ajenos es similar, sólo que tiende a exagerarse cuando se trata de pensar en cómo otras personas representan el bien y el mal cuando se sabe cuál es su orientación política.

En general, las diferentes facetas de la identidad moral demuestran la existencia de variabilidades en cuanto a formas de pensar, sentir, o tomar decisiones ante contextos morales. Las diferentes experiencias que se tienen resultan en diferentes criterios, actitudes y juicios morales sobre una misma experiencia, entidad o conducta percibida. Esto puede representar consecuencias favorables en las que las personas tengan diferentes puntos de vista y se generen diálogos interesantes, o consecuencias desfavorables en las que se generen conflictos debidos a la falta de capacidad de sopesar tanto argumentos a favor como en contra (competencia moral-democrática).

Estos acontecimientos reflejados en las posibles consecuencias debidas a las distintas opiniones sobre asuntos morales han sido el eje de investigación de innumerables estudios en psicología moral que conforman la temática principal del siguiente capítulo, ya que, si de temas que generan controversia se trata, la moralidad sale mucho a flote y la psicología tiene su campo de estudio al respecto.

Resumen

Las condiciones culturales y los medios sociales con los que cada persona convive a lo largo de su vida juegan un papel esencial en el desarrollo moral. Las condiciones culturales pueden ser compartidas entre sociedades en términos de dimensiones culturales como evitación de la incertidumbre, orientación al largo plazo o individualismo-colectivismo, por lo que existen tendencias parecidas en el desarrollo moral de personas que provienen de culturas diferentes. Sin embargo, también existen condiciones específicas en la cultura de cada sociedad que hacen que la orientación moral de sus habitantes tenga particularidades que se reflejan en modificaciones en el nivel de relevancia que les dan a unos principios, así como en su estructura y comprensión.

Con respecto a los medios sociales, es crucial que tengan un funcionamiento positivo de fomento de conductas prosociales, comunicación y ejercicio de valores para que las personas que crecen en ellos aprendan conductas morales. Estos medios pueden ser generales como la familia, la escuela, los amigos y la pareja, o específicos como la influencia de figuras públicas como modelos a seguir, las congregaciones religiosas, los movimientos sociales, los equipos deportivos, los grupos artísticos, las organizaciones, los grupos militares y las interacciones en internet a través las redes sociales.

La variabilidad de influencia de estos medios en el desarrollo moral suele reflejarse en que en la etapa adulta surjan identidades morales variables que generen consecuencias favorables en términos de que se comparten puntos de vista distintos o consecuencias desfavorables, como conflictos debidos a la falta competencia moral-democrática. Luego entonces, acontecen diferentes fenómenos psicosociales de temas controvertidos en los que la psicología moral ha proveído evidencia científica relevante.

Juicios morales y opiniones diferentes

¿Hasta dónde llega la preocupación de cada persona por el bienestar de otros? Cuando se habla de moralidad, normalmente se tocan temas relacionados con superar cierto egoísmo y ejercer comportamientos más allá de la procuración del bienestar o la conveniencia individual, pero no todos extienden su preocupación a las mismas personas o entidades. Unos se preocupan sólo por el bienestar de sus familias y otros pueden llegar a extenderse hasta toda la naturaleza incluyendo todo tipo de seres vivos. A esta “extensión” se le denomina *círculo moral* (Singer, 1981).

Para Singer (1981), el progreso moral de la evolución humana se observa en la manera como las personas han extendido su criterio y su trato a otras entidades como seres vivos y no como objetos que se pueden manipular (sus círculos morales). Evolutivamente, se ha pasado de la única preocupación por la supervivencia hasta el desarrollo de habilidades cognitivo-afectivas que permiten atender los derechos de los familiares, el grupo de pertenencia, la sociedad o todos los seres vivos del planeta; lo cual fortalece el argumento de que el estudio de la moralidad no puede limitarse a una explicación biológica, sino que debe complementarse con una explicación sociocultural que contemple a la racionalidad como un eje relevante.

Esta perspectiva del círculo moral ha sido muy útil para que se generen argumentos sólidos y optimistas acerca de que la humanidad ha ido progresando en la expresión de su moralidad (Pinker, 2011; Wright, 1994). Sin embargo, las conclusiones no sólo se pueden remitir a que la humanidad va en buen camino porque la racionalidad ha ido en ascenso o porque la procuración del bienestar universal cada vez está más presente, ya que en el camino del progreso moral suceden problemas que no se pueden ignorar debido a que la extensión de cada círculo moral no va en armonía para todos con respecto a su tamaño.

De acuerdo con las investigaciones en psicología, es factible argumentar que el círculo moral es variable en cada persona. Las múltiples diferencias socioculturales que se manifiestan en el desarrollo humano se reflejan en discrepancias interpersonales al momento de definir prioridades o emitir opiniones basadas en criterios morales. Luego entonces, las consecuencias de estas discrepancias incrementan la probabilidad de que se generen conflictos sociales e intolerancias a la diversidad de puntos de vista.

Nosotros los buenos, ustedes los malos

Las percepciones imprecisas de las personas con orientación liberal hacia personas con orientación conservadora (y viceversa) mencionadas al final del capítulo anterior (Graham, Nosek & Haidt, 2012), son sólo un ejemplo de la manera como la percepción sobre las características de una persona cambia cuando se identifica que su punto de vista es diferente al propio; es aquí donde los estereotipos comienzan a participar. Otro ejemplo se encuentra en las personas ateas y las cristianas, en las que se han identificado estereotipos inexactos de unas sobre otras, como que las personas ateas creen que las cristianas son menos justas de lo que realmente son o que las personas cristianas creen que las ateas son menos respetuosas a la autoridad de lo que realmente son; en ambos casos, las conclusiones se obtienen a través de las puntuaciones obtenidas en el cuestionario de evaluación de los fundamentos morales a manera de auto reporte vs lo que las personas del otro grupo creyeron que debían puntuar (Simpson & Rios, 2016).

Las personas suelen hacer inferencias inmediatas sobre otras con el apoyo de una sola información como, por ejemplo, cuál es el partido político de su predilección, y si se identifica como alguien con una orientación diferente, probablemente aparezcan estereotipos sobre ideologías o valores que influyan en que los tratos posteriores no sean necesariamente cordiales (Clifford, 2019).

La percepción social en relación con los estereotipos hace que se encasille a una persona en un sector o grupo en función de aspectos que pueden ir desde su apariencia hasta la identificación de su religión, por lo que se infieren formas de comportamiento debidas a una generalización de cómo se piensa que ese grupo o sector tiende a comportarse (Blum, 2004). Así mismo, se ha demostrado que los estereotipos en un sentido negativo se asocian con comportamientos de prejuicio, distanciamiento social e intolerancia

política con respecto a las personas estereotipadas, además de que esta asociación se ve mediada por emociones morales como el disgusto, el enfado o el desprecio (Wirtz, van der Pligt, & Doosje, 2016).

Otro factor que acompaña a los estereotipos en los comportamientos prejuiciosos, de distanciamiento e intolerantes es algo que algunos autores han denominado como *amenaza simbólica*, que consiste en percibir que las diferencias culturales con otra persona pueden influir en que se violen las propias costumbres, creencias, normas, valores y tradiciones; y esto se debe normalmente a un proceso de *convicción moral* previa, que consiste en asegurar erróneamente que tales costumbres, creencias, normas, valores y tradiciones propias son objetiva y universalmente las correctas en comparación con todas las demás (Skitka, 2010; Wirtz et al., 2016).

La convicción moral se observa en una serie de actitudes a la defensiva de lo que uno considera que es bueno y en una serie de creencias de que es bueno en todos lados, por lo que ninguna otra persona puede decir lo contrario. Entonces esto comienza a reflejarse en conductas relacionadas con fuertes afiliaciones y lealtades a movimientos sociales o políticos debidas a una motivación personal, pero también comienza a reflejarse en conductas relacionadas con una mayor intolerancia a las ideas diferentes y con una resistencia a las propuestas de solución que busquen mediar posturas contrarias (Skitka, Hanson, Morgan, & Wisneski, 2020). Desafortunadamente, este tipo de interacciones se han trasladado también a las redes sociales.

Polarización en redes sociales

Las redes sociales han sido herramientas de enorme utilidad para la comunicación y la libertad de expresión. Sin embargo, también han sido medios de polarización e intolerancia en cuanto a opiniones diferentes se refiere (sobre todo las redes que permiten la interacción entre desconocidos). La polarización se entiende como la conformación de subgrupos sociales o políticos que se consideran opuestos en cuanto a opiniones, objetivos e ideologías, en los que difícilmente se observan comportamientos neutrales (Sunstein, 1999), y las redes sociales impactan considerablemente en este proceso. Se ha demostrado que mientras mayor sea el uso de redes sociales mayor es la probabilidad de creer que la sociedad se divide entre los que opinan a favor de, por ejemplo, un partido político, y los que opinan en

contra; estas probabilidades son aún mayores en personas que usan frecuentemente sus redes para actividades como recibir, compartir y conversar sobre noticias de política (Lee, Choi, Kim, & Kim, 2014).

Además de la frecuencia en el uso de las redes, la influencia social que se experimenta también juega un papel sustancial en la polarización, ya que la interacción en línea con una persona que piensa diferente puede llegar a ser gratificante si el trato es cordial y se evita la polémica, pero también puede convertirse en un conflicto si el contexto involucra la influencia de otros usuarios por colocarse en un extremo incuestionable de la interacción (Banisch & Olbrich, 2019), o si se acumulan nuevas interacciones que a su vez van motivando a que nuevos usuarios se agreguen a la interacción y se exacerbe la polarización (Garibay, Mantzaris, Rajabi, & Taylor, 2019).

Algo importante a resaltar en este punto es que los temas de discusión no sólo manifiestan preferencias políticas, sino también juicios morales. Por ejemplo, se ha observado que el discurso moral se manifiesta constantemente debido a los temas que se suelen tratar en dichas redes, ya que las personas utilizan un lenguaje centrado principalmente en el fundamento moral de cuidado/daño cuando conversan en redes sociales sobre temas relacionados con violaciones a los derechos humanos (Kaur & Sasahara, 2016). Aunque la poca regulación de emociones morales puede contribuir en el incremento de la polarización.

De acuerdo con Brady, Crockett y Van Bavel (2020), las motivaciones de las personas por compartir información en redes sociales se basan principalmente en dos factores: el deseo de transmitir contenido a grupos de personas que tengan criterios morales similares y el diseño del propio contenido moral de la información, creado intencionalmente para ser llamativo y compartido. Además de que entre más conflictivo es el discurso más probable es que se difunda, como lo muestra un estudio en el que se identificó que las publicaciones sobre temas como el uso de armas o el cambio climático se comparten más si utilizan palabras como luchar, castigar o destruir; palabras que se ha demostrado que estimulan emociones morales basadas en el enojo y la indignación (Brady, Wills, Jost, Tucker, & Van Bavel, 2017). Esto sugiere que la dinámica de los círculos morales genera conflictos que deben ser comprendidos y atendidos.

Históricamente, los círculos morales se han expandido, pero interpersonalmente existen conflictos debidos a que la expansión de esos círculos no es la misma para todos, lo que se puede dar por varias razones, como que no hay una educación sensible

con la realidad social o que hay un temor manifiesto con respecto a tocar temas controvertidos por las diferencias de opinión que generan. Sin embargo, es necesario tratar esos temas para resolverlos mediante el diálogo, el debate y la reflexión, de tal manera que dejen de ser tabús que causen conflictos interpersonales y sean más bien motivos de conocimiento (Pineda-Alfonso, 2015). En ese sentido, abordarlos desde las evidencias que ha aportado la psicología moral puede ser una contribución importante (al menos eso espera el autor de este libro).

Temas controvertidos

La variabilidad en tamaños de los círculos morales y en convicciones opuestas también se debe a que hay tantas perspectivas y juicios morales diferentes como hay personas diferentes. El hecho de que el desarrollo cognitivo y afectivo de cada persona pueda tomar varias directrices en función de las interacciones con sus medios sociales y culturales implica que existan contrastes en los criterios acerca de si un evento o un comportamiento debe ser juzgado como bueno o malo; contrastes que no demuestran la ausencia absoluta de acuerdos comunes o la posibilidad de entablar interacciones pacíficas, pero sí marcan la presencia de discrepancias en varios casos. Por esta razón, se ha sugerido que los valores se distribuyen en función de aquellos que pueden llegar a ser aceptados por todos, negados por todos o aceptados por unos y negados por otros. Estas diferencias se resumen en una clasificación de valores basada en tres ejes: valores compartidos, valores no compartidos y valores socialmente controvertidos (Pestaña-de Martínez, 2004; Trilla, 1995):

- *Valores compartidos.* Son producto de un consenso social, normalmente mencionados en declaraciones de derechos humanos en un marco de decisión democrática. Entre estos valores se suele hablar de justicia, respeto, paz, solidaridad y libertad.
- *Valores no compartidos.* Se subdividen en dos tipos: *contravalores* y *consensuados por un sector más pequeño*. Los contravalores son producto de un rechazo social común y son totalmente contrarios a los valores compartidos, como aquellos que justifican el racismo, el clasismo o la violencia. Los valores consensuados por un sector más pequeño pueden ser complementarios de los valores compartidos y defendidos por un grupo de personas, pero no son aceptados por toda la

sociedad debido a su ejercicio cultural específico, como suelen representar los valores relativos a ceremonias religiosas.

- *Valores socialmente controvertidos.* Son valores aceptados por todos en lo conceptual, pero producto de una constante confrontación en las formas de interpretarlos ante situaciones particulares. Un ejemplo claro es el contraste en algunas sociedades con respecto al valor a la vida y el concepto de “persona”, donde hay diferencias de opinión centradas en la aplicación de estos valores en el tema de la despenalización del aborto.

Los valores socialmente controvertidos representan la variabilidad de los círculos morales y de las diferentes maneras como se desarrollan las actitudes como reflejos de la educación formal e informal. Además de que son ilustraciones de la falta de consenso total en la deliberación de lo bueno y lo malo cuando se trata de operacionalizar los conceptos tratados como elementos de la moralidad (algo que parece ser parte de la naturaleza humana).

Varios temas específicos y que pueden llegar a ser sensibles han sido estudiados para comprender en mayor medida a qué factores psicológicos y sociales se deben estas discrepancias y qué soluciones son factibles de sugerir. Entre estos temas están el aborto, la eutanasia, los derechos que conlleva la diversidad de orientaciones sexuales, la legalización de la marihuana y los debates respecto a la existencia de Dios, entre otros.

Aborto

Varios debates sobre el aborto se basan en discursos relativos a posiciones políticas o religiosas como las mencionadas anteriormente sobre perspectivas liberales y conservadoras o cristianas y ateas (Beaumont, 2016), pero desde la psicología moral también se ha resaltado que las discusiones no sólo se dan (o no sólo se tienen que dar) atendiendo lo social, educativo, religioso o político, sino también lo psicológico, agregando a la conversación el posible impacto de las emociones presentes al momento de tomar una decisión sobre interrumpir o no un embarazo o al momento de emitir un juicio favorable o desfavorable al respecto.

En un estudio sobre las emociones morales implicadas en la discusión sobre la legalización del aborto, Kumar (2018) muestra varios ejemplos de cómo las personas que opinan en

contra suelen usar medios gráficos que motivan el disgusto de las personas, con ayuda de imágenes y descripciones que incentivan reacciones de desagrado - reacciones que se asocian directamente con la generación de actitudes de rechazo (Crawford, Inbar, & Maloney, 2014; Haidt, 2003) -, por lo que se resalta, al igual que lo hacen otras investigaciones (Hovey, 2019; Rini, 2018), que la evitación de estímulos que motiven el disgusto puede contribuir a que tanto las discusiones sobre el tema como las decisiones de interrumpir o no un embarazo se realicen de forma reflexiva, meditada, informada y sin la intromisión de estigmas sociales. Además de que esta evidencia se tome en cuenta en ámbitos legales y políticos.

Otro elemento fundamental respecto a la contribución de la psicología moral es la participación de la empatía como algo que debe recalcar en las conversaciones (Jozkowski, Willis, Crawford, Turner, & Lo, 2019). Algo que se sugiere en este sentido es que en varios casos es importante reflexionar desde qué punto se está emitiendo una opinión, si desde alguien ajeno a la posibilidad de tener una experiencia similar o desde alguien que la puede vivir o la ha vivido (Woodruff, Biggs, Gould, & Foster, 2018). Se consideran estos factores con la finalidad de reducir los estigmas hacia la interrupción del embarazo y promover interacciones basadas en la comprensión empática de cada experiencia particular (Patev, Hood, & Hall, 2019).

Eutanasia

En cuanto al tema de la eutanasia, comprendida como la intervención para acelerar la muerte de una persona con la intención de evitar un sufrimiento, su controversia genera conflictos sociales relacionados con la edad, la orientación religiosa y la personalidad de quien está juzgando. Tal como sugiere un estudio en el que se identificó que las personas más jóvenes, no religiosas y con mayores niveles de responsabilidad y extroversión apoyan la legalización de la eutanasia, mientras que las personas de más edad, religiosas y con mayor tendencia a la agradabilidad y la deseabilidad social tienden a estar en contra (Lee, Duck, & Sibley, 2017).

Al igual que el caso del aborto, se ha demostrado que la presentación de ilustraciones y descripciones gráficas que incentiven respuestas emocionales de desagrado también impacta en las actitudes negativas hacia la eutanasia (Bahník & Vranka, 2018). Por lo que autores como Ricou y Wainwright (2018) mencionan que es fundamental hacer a un lado un enfoque polarizado sobre el tema, con la finalidad de hacer análisis fructíferos que contribuyan a reconocer los procesos psicológicos implicados y proponer estrategias de

intervención efectivas que apoyen a la solución de dilemas relacionados con su práctica y su legalidad.

Derechos en la diversidad de orientaciones sexuales

Las discusiones en torno a la aceptación de la diversidad sexual y de identidad de géneros son ejemplos de las barreras que existen para dialogar de manera constructiva y abierta con otras personas, ya que es un tema difícil de tratar (sobre todo para personas profundamente religiosas) por un nivel considerable de intolerancia al cambio de paradigmas y costumbres que se han desarrollado históricamente en diferentes sociedades (Looy, 2018). Esto hace complicado que algunos sectores sociales tengan actitudes favorables a que personas con una orientación distinta a la heterosexual tengan exactamente los mismos derechos de, por ejemplo, contraer matrimonio o adoptar.

Estudios muestran que las actitudes negativas hacia el hecho de que las personas de la comunidad LGBT puedan ejercer los derechos de adoptar o contraer matrimonio se basan en estereotipos relacionados con incapacidades, enfermedades, voluntades de transgresión a las normas morales establecidas o ausencias de recursos cognitivo-afectivos para resolver problemas (aunados a una preocupación por el supuesto riesgo que pueden correr los niños en el caso de la adopción), a pesar de no tener evidencia ni certeza de las condiciones sociales o económicas de las personas que desean ejercer esos derechos (Sokalska-Bennett, 2017; Whatley, Cave, & Breneiser, 2016).

Se ha identificado que estos estigmas se manifiestan en discursos de rechazo social que llevan inherentemente a conflictos interpersonales, por lo que se argumenta a favor de que la aceptación de la diversidad de orientaciones sexuales implica un progreso en la preocupación por una dignidad universal y viceversa (Viveros, 2017).

Legalización de la marihuana

Las posturas con respecto a la legalización del consumo recreativo de la marihuana también se relacionan con la polarización entre personas con orientaciones liberales y conservadores, sobre todo en el sentido de que las personas con orientaciones políticas conservadoras (con principios más fuertes de pureza y respeto a la autoridad) tienden a rechazar esta iniciativa en mayor medida que las personas liberales orientadas solamente por principios de cuidado y justicia (Días, 2017).

Estudios también muestran que las actitudes negativas hacia el consumo de marihuana tienden a aumentar cuando el debate se centra en el consumo adolescente y se asocian con la justificación de la manifestación de daños a largo plazo, mientras que las actitudes positivas tienden a aumentar en consumidores activos y se asocia con la justificación de que no es dañina como otras sustancias, además de que tiene beneficios médicos (Kosterman et al., 2016; Resko et al., 2019). Sin embargo, el problema va más allá de las actitudes, ya que otro factor es la claridad en el conocimiento y la manera como se valoran sus efectos.

Al igual que los temas anteriores, la legalización de la marihuana sigue siendo tema de intenso debate en algunos países debido a la falta de consenso, pero también debido a la desinformación de algunas personas con posturas tanto a favor como en contra (Hernández-González & Sotelo-Morales, 2013). Se ha identificado que el rechazo social al consumo de marihuana se asocia con la presencia de datos imprecisos sobre sus efectos (Kosterman et al., 2016), mientras que el consumo excesivo se asocia con una baja percepción de riesgo y una sobrestimación de los beneficios (Cazenave, Saavedra, Huerta, Mendoza, & Aguirre, 2017; Villatoro-Velázquez et al., 2017). En este sentido, se resalta que conocer las características asociadas con posturas a favor o en contra del consumo recreativo de la marihuana puede contribuir a que la discusión política en torno a su legalización se complemente con campañas de educación y regulación para la sociedad (Ellis, Resko, Szechy, Smith, & Early, 2019).

Existencia de Dios

Las creencias sobre la existencia de uno o varios dioses ha sido un tema perdurable en la discusión de las sociedades debido a la variabilidad de posturas (que no sólo versan en decir si existen o no; también en quién o quiénes son y cómo se manifiestan), lo que representa un reto para la investigación en psicología con respecto a obtener evidencia contundente sobre sus distintos impactos en las conductas y los tratos interpersonales, evitando caer en interpretaciones sesgadas y en procesos de deseabilidad social de los propios investigadores (Mercier, Kramer, & Shariff, 2018).

Particularmente en la psicología moral, estudios muestran que las creencias en la existencia de un dios impactan considerablemente en la atribución de responsabilidades a entidades externas (Barak-Corren & Bazerman, 2017) o que en la percepción social de diferentes culturas donde perdura la religión, las personas relacionan el ateísmo con inmoralidad (Cohen & Moon, 2017). Entre otros criterios, la interacción entre

la religiosidad y el ateísmo se da en función del rigor de los estándares socialmente aceptados. Se ha demostrado, por ejemplo, que entre más fuertes son las creencias en algún dios, se perciben a los principios morales como universales y ajenos a variabilidades o subjetividades, lo que puede reflejar intolerancia ante argumentos diferentes (Yilmaz & Bahçekapili, 2015).

La evidencia que se ha obtenido en diferentes estudios ha llevado a sugerir que la intervención en psicología moral debe promover que las creencias en algún dios deben ejercerse conductualmente para la unificación social, la aceptación de la diversidad y la educación en valores, más que para la división de sectores y la polarización según las opiniones diferentes (Graham & Haidt, 2010).

Otros temas controvertidos

Además de los antes mencionados, otros temas de conversación pueden llegar a ser un dilema para los principios y la rectitud de algunas personas. Un ejemplo es el caso de la pena de muerte, en el que se ha demostrado que el fundamentalismo religioso, así como altos niveles de acuerdo en fundamentos morales de lealtad, respeto a la autoridad y pureza están asociados con dificultades de aceptar que la muerte para una persona sea una consecuencia justa de algunos comportamientos criminales; mientras que una orientación al liberalismo y a los fundamentos morales de cuidado y justicia incrementan las actitudes favorables a este tipo de sentencias (Vaughan, Bell-Holleran, & Silver, 2019; Yelderman, West, & Miller, 2019).

Algunos avances y propuestas de desarrollo tecnológico de la ciencia también tienden a convertirse en temas controvertidos para la moralidad de algunas personas, sobre todo en los casos relacionados con la manipulación o creación de seres vivos. Por ejemplo, estudios muestran que las actitudes hacia la clonación se basan en el valor que se le dé al progreso científico, ya que las actitudes negativas hacia este proceso tienden a justificarse en creencias de que representa un daño a la naturaleza o a otros seres vivos, las cuales están mediadas por emociones de ansiedad o disgusto; mientras que las actitudes positivas giran en torno a justificaciones y emociones relacionadas con la curiosidad y el interés por nuevos descubrimientos (May, 2016; Shepherd et al., 2007).

El hecho de que algunos avances de la ciencia sean temas controvertidos para ciertos sectores sociales también se debe a la conformación de subgrupos antagónicos que no

aceptan estos conocimientos, como es el caso de la creación de comunidades contra las vacunas, las cuales presentan actitudes asociadas con creencias morales sobre la necesidad de mantener la pureza del cuerpo y reacciones de disgusto a las agujas o la sangre (Hornsey, Harris, & Fielding, 2018; Rossen, Hurlstone, Dunlop, & Lawrence, 2019). También se observa esto en comunidades contra la existencia del calentamiento global y comunidades a favor del terraplanismo. En el caso de las primeras, se ha identificado que muestran creencias relacionadas con la presencia de grupos poderosos que conspiran para manipular a la sociedad (Saunders, 2017); y en el caso de las segundas, se ha reconocido que también presentan creencias de conspiración, aunadas a un menor apego a la divulgación científica (Landrum, Olshansky, & Richards, 2019).

Entonces, ¿cómo reducir tanta controversia?

En términos generales de los temas controvertidos revisados hasta ahora, es importante mencionar que otro factor que puede influir en que se genere controversia es que tal o tales decisiones (interrumpir un embarazo, acelerar la muerte de una persona, ejercer una adopción o un matrimonio homoparental, etc.) sean legales o no en el país donde se discute. Esto influye también en que las investigaciones se dirijan (o se deban dirigir) a exigir que este tipo de decisiones sean respaldadas por las políticas públicas de cada gobierno, además de que sean contempladas como parte de un ejercicio democrático, de tal manera que se sobrepase la relevancia de los argumentos personales y los juicios morales para dar lugar a que los temas tratados sean asuntos de derechos humanos (Estrella-Santos, 2019; León et al., 2016; Pérez-Rivas & López-Torres, 2020; Ramos, 2016; Vacarezza, 2020).

Es probable que la controversia interfiera de manera prácticamente natural en los procesos de interacción humana cuando se buscan consensos respecto a la deliberación de si algo es bueno o malo debido a la variabilidad de opiniones, pero es posible detectar factores psicosociales comunes gracias a las investigaciones que se han hecho en los últimos años. En la Tabla 5.1 se muestra una síntesis del estudio de los temas controvertidos desde la psicología moral revisados en este capítulo, así como los factores psicosociales y las sugerencias en común que se han mencionado para reducir los niveles de controversia.

Tabla 5.1. Síntesis de los conocimientos en psicología moral sobre temas controvertidos.

Temas controvertidos	Factores psicosociales asociados con la controversia	Sugerencias desde la psicología moral
Aborto, eutanasia, derechos en la diversidad de orientaciones sexuales, legalización de la marihuana, existencia de Dios (o dioses), pena de muerte, clonación, vacunas, calentamiento global y terraplanismo.	Interferencia de emociones morales relacionadas con el disgusto, además de información imprecisa, aspectos personales asociados con intolerancia al cambio y convicciones morales de principios de pureza del cuerpo y respeto incuestionable a la autoridad.	Evitar estímulos que motiven emociones displacenteras durante las conversaciones sobre cada tema, procurar que se trate información basada en evidencia científica y ejercer un trato empático hacia la subjetividad de cada persona implicada.

Si bien cada tema controvertido ha sido estudiado con sus respectivos enfoques y objetivos particulares, los elementos psicológicos y sociales asociados con cada proceso no son tan diferentes. Esto permite argumentar que, si los temas antes mencionados se abordan más desde el respeto mutuo, la regulación emocional, la racionalidad y la información basada en evidencia, y menos desde la impulsividad, la polarización o la desinformación, probablemente se pueda evitar tanta controversia.

La necesidad de un diálogo

Una cualidad de la teoría de la competencia moral-democrática de Lind (2016) - revisada en el Capítulo 3 – que vale la pena detallar en este momento es su preocupación por estudiar la habilidad de tomar en cuenta posturas tanto a favor como en contra, así como la apreciación de la apertura al diálogo como una herramienta indispensable para la solución respetuosa y regulada de los conflictos debidos a controversias morales. Desde esta perspectiva, las capacidades de ejercer conductualmente los principios morales y buscar las conversaciones cordiales ante puntos de vista contrarios son habilidades necesarias para ayudar a otros, tomar decisiones rápidas, aprender efectivamente y rechazar rotundamente a la violencia como una opción de resolución de problemas (Lind, 2011).

Lind (2007, 2011, 2016) propone una manera de fomentar la competencia moral-democrática a través del Método de Discusión de Dilemas de Constanza (KMDD por sus siglas originales). Este método consiste en la implementación de una serie de dinámicas grupales (normalmente se utiliza en un contexto escolar, pero se puede adaptar a otros contextos de interacción social), en la que se presentan situaciones hipotéticas (dilemas) donde una persona se inclina claramente a favor de una postura y toma una decisión correspondiente. Un ejemplo de las situaciones hipotéticas tiene que ver precisamente con uno de los temas examinados en este capítulo: *Una mujer con cáncer que no tenía esperanzas de salvarse le pide a un médico que le administre una dosis suficiente de morfina para acabar con su vida y aliviar su sufrimiento. El médico decide acceder a la petición.*

Las personas que participan en el grupo deben discutir en función de una serie de argumentos tanto a favor como en contra de la decisión que se tomó en la situación hipotética, además de que reciben una serie de instrucciones:

- Todo el tiempo debe haber un trato respetuoso de los puntos de vista.
- Si alguien da su opinión, debe elegir a la persona que le va a responder de entre las que quieren tomar la palabra (para evitar la interrupción de otros argumentos y procurar que se respeten los turnos de participación).
- Los juicios morales y las conversaciones deben dirigirse a la situación hipotética más que a las personas que participan en ella (para evitar comentarios basados en estereotipos).

De acuerdo con Lind (2007), las dinámicas e instrucciones (acompañadas de una moderación efectiva de una persona profesional) implementadas en el KMDD fomentan una interacción regulada emocionalmente, sin interferencia de prejuicios y con el reconocimiento del diálogo como una forma contundente de solución de problemas por encima de cualquier manifestación de violencia. Representa también un ejemplo de que la moralidad puede enseñarse a través del entrenamiento de habilidades cognitivo-afectivas y la conversación de temas sensibles, sin la necesidad de llegar a conflictos interpersonales debidos a las opiniones diferentes.

En general, las dinámicas del diálogo como herramientas de aprendizaje representan un reto para que las personas que educan - tanto de manera formal e institucional

como de manera informal y cotidiana - fomenten el trato objetivo de los temas controvertidos y el trato respetuoso de las opiniones diferentes que resulten a su vez en comportamientos objetivos y respetuosos al momento de tomar decisiones, sobre todo si estos temas controvertidos llegan a ser parte de una experiencia personal (Trilla, 1995). Y esto debe mantenerse en las redes sociales, lo que invita a los profesionales de la psicología y la educación a utilizarlas como herramientas complementarias para la convivencia práctica más que para la polarización, además de tomarlas como medios para el aprendizaje tanto de la participación ciudadana como de la comprensión de las nuevas formas de interacción que surgen a través de ellas (Buxarrais, 2016).

Otro gran factor que considerar

Las formas de manifestación del juicio moral hasta aquí mencionadas han sido tratadas en mayor medida desde la perspectiva de las características de las personas que emiten dicho juicio. Se ha examinado la influencia en la controversia a partir de si las personas que participan tienen ciertas orientaciones políticas, si se inclinan a la religiosidad o al ateísmo, si tienen ciertas características de personalidad o si apoyan más un principio moral en comparación con otro, además de los procesos psicológicos y psicosociales que se manifiestan cuando interactúan, los cuales son fundamentales de reconocer para atender las razones por las que se manifiestan las conductas morales y las consecuencias que surgen debido a su impacto en la moralidad de otras personas. Sin embargo, no son todos los elementos que se pueden examinar desde la psicología moral.

Existe una dimensión completa a la cual también se deben los juicios, las emociones, los razonamientos o las decisiones morales, pero que se ha abordado ligeramente hasta esta sección del libro. Esta dimensión se compone por las características contextuales que motivan a que una persona se comporte con base en principios morales.

Al momento de comprender el porqué de los juicios, razonamientos, emociones o decisiones morales de una persona, se sugiere indagar también en el dónde, con quién, cuándo y cómo de su emisión. Es por esto por lo que en el siguiente capítulo se aborda la importancia del contexto en el estudio de la moralidad.

Resumen

En términos generales, el círculo moral de la humanidad se ha expandido gracias al desarrollo de la racionalidad y la sensibilidad moral con respecto a otros seres vivos. Sin embargo, en términos particulares se observan conflictos interpersonales debido a que los círculos morales de cada persona son diferentes y se presentan diferencias de opinión sobre la deliberación de algún evento como bueno o malo.

Las diferencias de opinión y los conflictos interpersonales se pueden dar de manera directa (cara a cara) o indirecta a través de redes sociales. Estas últimas han sido utilizadas para el beneficio de las relaciones humanas y la libertad de expresión, pero también para la polarización, lo que invita a que desde la psicología moral se indague en los temas controvertidos que acontecen en dichas polarizaciones para sugerir soluciones apropiadas. Entre estos temas controvertidos estudiados desde las investigaciones en psicología moral están el aborto, la eutanasia, los derechos en la diversidad de orientaciones sexuales, la legalización de la marihuana, la existencia de Dios (o dioses), la pena de muerte, la clonación y la conformación de comunidades contra las vacunas o el calentamiento global y a favor de creencias pseudocientíficas, como el terraplanismo.

Las evidencias en psicología moral son claras en cuanto a las diferencias atributivas, pero también respecto a los factores comunes a los que se deben las controversias, como la presencia de emociones morales relacionadas con el disgusto o la desinformación, las cuales deben ser reguladas para procurar que no se perciba tanta controversia y se generen conversaciones fructíferas basadas más en el conocimiento que en las disputas interpersonales.

Se plantean sugerencias de solución basadas en fomentar la racionalidad, la regulación emocional, la información respaldada por evidencia científica, el trato empático hacia cada persona implicada en la situación y el diálogo respetuoso que contribuya al desarrollo de una competencia moral-democrática. Así mismo, se resalta que las características de las personas no son los únicos factores que se pueden examinar en su moralidad y en sus dinámicas sociales, también se pueden examinar los factores contextuales, los cuales deben ser estudiados a profundidad para complementar el conocimiento de sus variaciones.

La importancia del contexto en el estudio de la moralidad

El estudio de la conducta en relación con su orientación o regulación moral es fundamental para comprender las diferentes variaciones relacionadas con si se sigue un principio moral y/o se contradice otro, pero también para comprender a qué dimensiones del ambiente se debe tal seguimiento o contradicción. Estas dimensiones pueden ir desde un aprendizaje obtenido por toda una historia de vida hasta las premiaciones o castigos otorgados inmediatamente después de realizar una actividad (Díaz-González, Rodríguez, Martínez, & Nava, 2004). En este sentido, es fundamental atender qué se ha estudiado desde la psicología moral en función de las diferentes interacciones que puede llegar a tener una conducta moral con el contexto en el que se manifiesta.

Diferentes estudios demuestran que la decisión que una persona toma ante una situación interpretada moralmente no sólo depende de sus procesos psicológicos sino también de las características del contexto en el que se presenta dicha situación (Barak-Corren, Tsay, Cushman, & Bazerman, 2018; Conway & Gawronski, 2013; Lee, Sul, & Kim, 2018). El clásico dilema del tranvía es un ejemplo de cómo la naturaleza contextual de situaciones y experiencias también influye considerablemente en las decisiones morales (Foot, 1967): *Un tranvía avanza rápidamente hacia donde están cinco personas que se encuentran atrapadas en una de las vías, pero una persona que se encuentra fuera tiene la posibilidad de jalar una palanca que cambiará la dirección del tranvía a otro camino en el que sólo está atrapada una persona. Por lo tanto, si decide jalar la palanca, el tranvía mataría a una persona en lugar de cinco.*

Se ha comprobado que la mayoría de las personas coinciden en que jalar la palanca para que el tranvía cambie de dirección es la "mejor" decisión, pero también se ha demostrado que esa mayoría se reduce considerablemente debido a un cambio en el contexto, como el hecho de que en lugar de jalar una palanca se deba empujar a

otra persona desde un puente para detener al tranvía (Hauser, 2006). El contexto es un factor determinante en los procesos psicológicos implicados en la moralidad y, por lo tanto, en las decisiones que tomen las personas para ejercer sus principios morales.

Se entiende por contexto a toda la información en términos de tiempo, ambiente, actividad, relación e individualidad que se puede utilizar para caracterizar la situación de una entidad, persona, objeto o lugar (Dey, 2001; Zimmermann, Lorenz, & Oppermann, 2007), y la psicología moral ha estudiado desde diferentes vertientes cómo es que un contexto y sus variaciones influyen en el comportamiento moral.

Las decisiones morales suelen clasificarse en términos de si se fundamentan en principios deontológicos o utilitaristas: los principios deontológicos asumen, por ejemplo, que hacer daño a cualquier persona es malo independientemente de las consecuencias (por sentido común), y los principios utilitaristas que dañar a otros es aceptable si esto tiene la consecuencia de salvaguardar el bienestar de un número mayor de individuos (Conway & Gawronski, 2013). Esta clasificación ha sido apoyada por investigaciones que utilizan dilemas morales (también denominados con la misma intención como dilemas éticos), entendidos como situaciones reales o hipotéticas que incitan a decidir entre dos opciones moralmente aceptables, pero la elección de una opción a menudo representa el perjuicio de la otra (Cohen, 2003).

Evidencia experimental donde se manipula la presentación del contexto demuestra resultados diferentes de los que se obtienen con la utilización clásica del dilema del tranvía (Hauser, 2006). Por ejemplo, se ha demostrado que cuando las personas se sienten observadas por otras, suelen optar por principios deontológicos en mayor medida que cuando nadie las ve, por lo que, cuando hay espectadores, es más probable que decidan jalar la palanca en el primer caso (por ser lo que la mayoría haría desde su sentido común) y no empujar a la otra persona en el segundo (Lee et al., 2018). Sin embargo, también se ha demostrado que eligen principios utilitaristas cuando tienen tanto la opción de jalar la palanca como la de empujar a otra persona al mismo tiempo y deben tomar dos decisiones rápidamente, por lo que tienden a jalar la palanca y empujar a la persona del puente (Barak-Corren et al., 2018).

Otro tipo de evidencia demuestra que existen diferencias en las decisiones morales cuando se trata de salvaguardar el bienestar de humanos vs el bienestar de animales. En un contexto que involucra dañar directamente, se demostró que hay una mayor probabilidad de que las personas prefieran dañar a un número pequeño de animales

con tal de favorecer la integridad de un número mayor de éstos, mientras que prefieran no dañar a un número pequeño de humanos, aunque las consecuencias obvias sean el dolor de un número mayor de personas (Caviola et al., 2020).

Cabe mencionar que los contextos de conducta moral no sólo se manifiestan en función de si principios deontológicos contradicen principios utilitaristas; también pueden ocurrir cuando van en la misma dirección. Por ejemplo, en la presentación de un escenario hipotético de matar a un niño para evitar una explosión nuclear mortal, decidir hacerlo es inaceptable según principios deontológicos y aceptable según principios utilitaristas, pero si el contexto se modifica en términos de matar al niño sólo para evitar la explosión de una bomba de pintura que genere un perjuicio menor, la decisión se vuelve inaceptable para ambos estándares (Conway & Gawronski, 2013).

Con base en su demostración de que los contextos que involucran al comportamiento moral no sólo tienen una lógica “deontología vs utilitarismo”, Conway y Gawronski (2013) sugieren que la teoría del procesamiento dual de los juicios morales (Greene, 2007) explica apropiadamente las razones de estas variaciones. Esta teoría asume que el conflicto de principios deontológicos y utilitaristas ocurre cuando la situación presentada incita al control cognitivo por encima del procesamiento emocional (siendo el comportamiento basado en principios utilitaristas el que ocurre con mayor frecuencia), pero cuando la situación estimula el procesamiento emocional más que el cognitivo las conductas se reparten para ambos estándares, ya que se perciben en la misma dirección (ambos motivan la misma elección), sobre todo por la presencia de otra opción como la de matar a un niño para evitar la explosión de una bomba de pintura que genere un perjuicio mínimo.

La teoría del procesamiento dual de los juicios morales aporta evidencia fundamental para reconocer que los cambios en el contexto modifican los procesos psicológicos correspondientes con las decisiones y sugiere diferencias con respecto a procesos emocionales sobre cognitivos o viceversa (Greene, 2007). Sin embargo, los argumentos de esta teoría no suponen que, así como los cambios en el contexto demuestran que lo deontológico y utilitarista pueden ser complementarios, lo mismo puede ocurrir en el caso de procesos cognitivos y emocionales (Moll & de Oliveira-Souza, 2007).

Lo anterior se fundamenta en una crítica hacia los procedimientos experimentales que se utilizaron para demostrar la teoría dual. El estudio de Greene (2007) se basa en evidencia que se obtiene con el dilema del tranvía y con el juego del ultimátum, el cual

consiste en: *A un jugador ("A") se le propone que reparta una determinada cantidad de dinero a otro jugador ("B") según le convenga, haciendo una única y definitiva propuesta. El jugador B, por su parte, podrá aceptar o no dicha propuesta. En caso de no aceptar, ningún jugador ganaría nada. Por el contrario, si el jugador B acepta se reparte el dinero según la propuesta del jugador A.*

Se argumenta que la teoría no es aplicable en el sentido de que las conductas utilitaristas-racionales del dilema del tranvía a menudo se vuelven respuestas emocionales en el juego del ultimátum en situaciones donde el jugador A abusa de su condición, por lo que no es completamente acertado asimilar lo cognitivo-racional y lo emocional como fenómenos que forman parte de los extremos en un mismo continuo (Moll & de Oliveira-Souza, 2007).

Un punto que cabe resaltar es que las discusiones de Moll y Oliveira-Souza con Greene giran en torno a la actividad cerebral correspondiente con las decisiones o juicios morales y su demostración a través de conductas observables (como se mencionó en el Capítulo 1, lo cognitivo y lo afectivo tiende a ser simultáneo con sus respectivas variaciones de intensidad de acuerdo con la experiencia), pero poco o nada a las condiciones del contexto que provoquen que una persona valore más una opción por encima de otra. Es sugerible ahondar un poco más en las variantes del contexto y su relación con el proceso de valoración para comprender el impacto de las condiciones que rodean a una persona en su comportamiento moral.

Contexto y proceso de valoración

La axiología como enfoque filosófico de los valores argumenta que cuando una persona se enfrenta a una situación controvertida, suele tomar el camino que considere más valioso, por lo que existe un proceso de valoración que rige y motiva sus decisiones. Desde este enfoque, el proceso de valoración se basa en una definición de valores como las cualidades de personas, objetos o lugares en términos de importancia, necesidad, eficiencia o utilidad, y se clasifican en diferentes tipos: valores económicos, políticos, sociales, religiosos, materiales, etc. Entre estos se encuentran los valores morales, caracterizados como atribuciones a las mismas entidades, pero en este caso fundamentadas en principios sobre el bien y el mal (Frondizi, 1958).

La axiología reconoce que el proceso de valoración y la toma de decisiones implican conflictos de valores, ya que una decisión involucra necesariamente la presencia de más de una opción a elegir, y el hecho de tomar una opción representa que se le otorga más valor que a la otra o a las otras. Esto supone que para tomar una decisión se deben contemplar prioridades o jerarquías de valores, es decir, el reconocimiento de que hay valores superiores o más importantes que otros. La discusión entre axiólogos ha girado en torno a cómo se conforman estas jerarquías; desde explicaciones subjetivistas extremas que suponen que todo depende de las características psicológicas de las personas, hasta objetivistas radicales donde asumen que los valores son ajenos a la percepción humana. Como propuesta para solucionar las discrepancias, la perspectiva relacional de Frondizi propone una alternativa desde un marco de referencia que integra a posturas subjetivistas y objetivistas en lugar de asimilar que son contrarias y excluyentes (Payá, 2008).

Frondizi (1958) propone una triada “sujeto-objeto-proceso de valoración” para la toma de decisiones. Menciona que en los valores siempre hay un objeto que es valorado mediante un proceso de valoración realizado por una persona, por lo que concluye que los valores se encuentran en la relación entre sujeto y objeto, y que tal relación debe considerarse como algo dinámico y cambiante, ya que los acontecimientos que ocurren tanto en el sujeto como en el objeto determinan el proceso de valoración.

Para comprender las dinámicas de la tríada sujeto-objeto-proceso de valoración y la influencia de los acontecimientos, Frondizi (1958) también propone cinco cualidades del contexto que deben considerarse (en conjunto o de manera independiente) para explicar dichas dinámicas:

- *Ambiente físico.* Las condiciones ambientales que pueden afectar el proceso de valoración (ruido, iluminación, temperatura, etc.).
- *Condición cultural.* El reconocimiento de los valores considerados más importantes para la cultura a la que la persona pertenece.
- *Medio social.* La influencia de normas, creencias, costumbres y presencia de otras personas en el proceso de valoración.

- *Conjunto de necesidades, aspiraciones y anhelos.* Las motivaciones de la persona (que pueden ir desde la satisfacción de necesidades básicas hasta el cumplimiento de proyectos personales).
- *Factor espaciotemporal.* Los elementos materiales específicos del lugar y el momento de la situación que afectan directamente a la triada.

Esta clasificación demuestra que no es factible elaborar una jerarquía de valores de manera universal, sino que se deben tomar en cuenta las dinámicas y variaciones del contexto y de la relación sujeto-objeto para reconocer qué valores son prioritarios sobre otros en la toma de decisiones y en el comportamiento moral (Fronidzi, 1958).

Es fundamental conocer o describir los “qué”, “cómo”, “cuándo” y “dónde” para mejorar las interpretaciones morales de los comportamientos. Para valorar el comportamiento leal, es importante precisar hacia quién se dirige esa lealtad y si ese comportamiento no tiene intereses egoístas de fondo; para juzgar la conducta de golpear a alguien, es importante precisar si fue en defensa propia o con pleno deseo de agredir; para adjetivar una conducta que no es común (y que no le hace daño a nadie), es importante precisar si se trata de una costumbre que representa a una cultura particular. Cuando se aclaran los detalles del contexto en el que se manifiesta la conducta observada o evaluada, surgen nuevos conocimientos y cuestionamientos convincentes para el estudio científico de la moralidad (Schein, 2020).

Sobre la base de otros estudios (Beal, 2020; Hester & Gray, 2020; Royzman, Cusimano, Metas, & Leeman, 2020; Watkins, 2020), Schein (2020) propone una guía para estudiar la psicología moral en contexto, con los objetivos de precisar las conclusiones que se hagan y aclarar los detalles de la evidencia que se recopile. Esta guía se resume en cuatro ejes a manera de preguntas de investigación desde una perspectiva contextual de la psicología moral: actores, acciones, juicios y valores.

- *Actores.* ¿Cómo las características personales, físicas, de género o de posición social de una persona pueden afectar sus propias evaluaciones morales?
- *Acciones.* ¿Cómo las personas juzgan eventos específicos que impliquen conductas, por ejemplo, una guerra particular o la decisión de un científico de modificar genéticamente a un animal?

- *Juicios.* ¿Cómo las diferencias individuales (subjetivas) impactan las interpretaciones morales de una misma experiencia?
- *Valores.* ¿Cómo una persona conforma su jerarquía de valores? o ¿cómo una persona interpreta la jerarquía de valores de alguien más?

Cuando se detallan los componentes del contexto en el que se conforma una conducta moral o el proceso de valoración de una persona con respecto a una entidad o experiencia, surgen elementos susceptibles a ser estudiados desde la psicología. Un ejemplo claro de la preocupación por ahondar en el contexto para entender la manera como acontecen los procesos psicológicos o psicosociales (y que bien puede complementar los argumentos recopilados en este capítulo hasta este punto), se encuentra en la psicología conductual y el contextualismo funcional. Particularmente el estudio de la conducta gobernada por reglas tiene evidencias significativas al respecto, ya que atiende varios aspectos que tienen que ver con la moralidad.

Conducta gobernada por reglas

El estudio de la conducta gobernada por reglas centrado en la moralidad define que los aprendizajes, principalmente obtenidos por la experiencia social, funcionan como normas verbales (reglas) que establecen las formas de manifestación de los comportamientos de acuerdo con las características de las situaciones a las que cada persona se enfrenta (situaciones que impliquen distinguir lo moralmente correcto y lo moralmente incorrecto), y la moralidad (o la conducta moral en este caso) se observa en la consistencia de las decisiones con respecto a dichas reglas (Kurtines, 1986).

Desde esta perspectiva analítica del comportamiento, las reglas se definen como una serie de informaciones obtenidas por aprendizajes previos que permiten a cada persona tener un grado de disposición para responder consistentemente con la situación experimentada (Reese, 1989). Por lo tanto, la moralidad se puede atender como un sistema de conductas intencionales o deliberadas, pero gobernadas por reglas verbales que sirven para distinguir el bien del mal (Peláez, 2001).

Así como la perspectiva relacional de la axiología permite estudiar cuando los valores se encuentran en conflicto y se tiene que tomar una decisión, el enfoque de la conducta gobernada por reglas también provee conocimientos al respecto. En un

estudio realizado por Verkuyten, Rood-Pijpers, Elffers y Hessing (1994), se identificó que las personas suelen romper una regla formal, como cruzar un semáforo en rojo con su automóvil, justificándose en reglas informales, como la información de que es permisible cruzar si nadie está pasando en la dirección que tiene el semáforo en verde. Existe una obligación moral de respetar la organización ciudadana, pero se contradice por el seguimiento de otras reglas cotidianas y prácticas.

Se asume que existen dos tipos de decisiones morales desde esta perspectiva: conductuales y distributivas, que tienen una lógica similar a las decisiones morales deontológicas y utilitaristas respectivamente, pero con la cualidad adicional de que se combinan con tres tipos de situaciones que representan las reglas que gobiernan cada decisión: situaciones de justicia (reglas de imparcialidad y equidad), situaciones de benevolencia (reglas de amabilidad y altruismo) y situaciones de pragmatismo (reglas de practicidad y eficiencia). Esta clasificación permite operacionalizar las diferencias individuales y los contextos situacionales de modo que se pueda estudiar la variabilidad de sus interacciones (Kurtines, 1986).

En el ejemplo de Verkuyten et al. (1994), se puede asumir que se toma una decisión distributiva (cruzar el semáforo en rojo no involucra un daño a otra persona porque nadie está pasando), gobernada por una regla pragmática (es práctico porque no se pierde tiempo esperando) y se rompe una regla de justicia (respetar la imparcialidad de un semáforo y los turnos para cruzar). Otro ejemplo del mismo estudio muestra que las personas suelen romper reglas como pagar impuestos con la justificación de que es lo justo, ya que se percibe abuso de poder por parte de las autoridades. Es así como estas dinámicas brindan elementos para analizar las variaciones contextuales; si se asume que una persona se comporta basándose en principios morales, es indispensable preguntar en qué principios morales y corroborarlo a través de la identificación de las reglas verbales presentes en sus conductas.

Es imprescindible recalcar que el enfoque de la conducta gobernada por reglas no sólo se basa en las condiciones situacionales presentes que demandan tomar una decisión, también asimila que el seguimiento adecuado de una regla representa una competencia para realizarla, es decir, que la persona que la sigue tiene las habilidades, conocimientos y aprendizajes necesarios para cumplirla con efectividad. El seguimiento de una regla puede ser el reflejo de diferentes cualidades que se han aprendido por la experiencia y la interacción constante de la persona con el contexto específico en el que se manifiesta (Reese, 1989).

De acuerdo con Hayes, Gifford y Hayes (1998), el desarrollo de la conducta moral está estrechamente relacionado con el desarrollo de la regulación verbal. Para estos autores, la conducta se ve controlada por seis repertorios relacionales y de seguimiento de reglas, los cuales pueden definirse en cuanto a una organización de los tipos de relación entre esta y la o las reglas verbales específicas: 1. *pliance*, 2. *tracking*, 3. *augmenting*, 4. *social concern for establishing pliance*, 5. *social concern for establishing tracking* y 6. *social concern for establishing augmenting*.

- *Tipo 1. Pliance.* Comportarse en correspondencia con los preceptos que se consideran como obligaciones. Las reglas verbales se establecen por alguna autoridad.
- *Tipo 2. Tracking.* Controlar las consecuencias de las propias acciones y las acciones de los demás. Las reglas verbales tienen la función de estimar la probabilidad de eventos futuros.
- *Tipo 3. Augmenting.* Actuar de acuerdo con criterios personales o de acuerdo social. Las reglas verbales comienzan a depender de consecuencias abstractas para cada persona.
- *Tipo 4. Social concern for establishing pliance.* La conducta se guía de acuerdo con procesos de persuasión de alguna figura autoritaria. Las reglas verbales se dan por relaciones jerárquicas.
- *Tipo 5. Social concern for establishing tracking.* Se expresa una consideración por integrar las necesidades individuales con las necesidades sociales. Las reglas verbales se conforman a partir de la interacción comunitaria.
- *Tipo 6. Social concern for establishing augmenting.* El comportamiento se define por una serie de acuerdos que conforman preceptos abstractos de beneficio universal. Las reglas verbales funcionan como formas de transmisión de valores.

Si bien se puede pensar que esta clasificación debería formar parte de las descripciones del Capítulo 3 en cuanto a la posibilidad de interpretarse como una teoría del desarrollo moral, es preferible resaltarla como una alternativa que atiende lo mencionado en este capítulo respecto a lo fundamental que resulta el contexto para marcar las pautas y las direcciones (morales en este caso) de una conducta. Además de que los propios autores

hacen hincapié en que se trata de un enfoque explícitamente histórico y contextual basado en una teoría conductual de gobernanza de reglas (Hayes et al., 1998).

El estudio de la conducta gobernada por reglas ha dejado frutos importantes para la psicología en virtud de que invita a precisar los procesos cognitivos desde un enfoque conductual riguroso (Zettle & Hayes, 2016), o resalta que lo pragmático y contextual deben ser criterios que no pueden faltar en la explicación de los hechos psicológicos (Belisle, 2020), lo que para la psicología moral es de gran utilidad, ya que ahondando en las reglas verbales relacionadas con una conducta, se puede llegar a evitar que se dejen cabos sueltos para asegurar que se trata de una conducta moral como tal, es decir, que realmente sea una conducta relacionada con principios morales.

Son múltiples las razones por las que se puede recalcar la importancia que representa definir y dar detalles del contexto para comprender, interpretar o explicar una conducta moral. Así mismo, estas evidencias permiten retomar las sugerencias de asimilar a la moralidad como un solo complejo de interacciones entre lo individual y lo social, más que como dimensiones contrapuestas o aisladas, de tal manera que se entienda que cualquier conducta no puede ser considerada como una conducta moral sin comprenderla como parte de todo un complejo de relación persona-medio ambiente, es decir, como parte de un contexto. Se considera a la moralidad como un sistema de aprendizajes y de regulación conductual enmarcado por la interacción constante con otras conductas tanto individuales como socioambientales. Algo que también se ha abordado desde otros modelos de análisis conductual (Ribes, 1992).

Regulación moral desde el análisis conductual

Los procesos mencionados hasta ahora sintetizan las diferentes formas como el contexto marca las directrices morales de una conducta, lo que permite complementarse con las aportaciones de Ribes (1992) en torno a los factores micro y macro contingenciales de regulación del comportamiento psicológico. Ribes define a los factores micro contingenciales como las relaciones entre el comportamiento de un individuo y los comportamientos de otros individuos en una situación específica más o menos precisa. Mientras que los factores macro contingenciales los define como las relaciones del comportamiento individual con criterios de valoración socialmente delimitados y jerarquizados de acuerdo con una historia marcada por prácticas sociales.

Los factores micro y macro contingenciales funcionan como reguladores de comportamiento psicológico en los siguientes términos (Ribes, 1992):

- *Factores micro contingenciales.* Se distribuyen en cuatro grupos: 1. morfologías concretas de la relación contingencial (las personas específicas con las que se interactúa), 2. condiciones situacionales como funciones disposicionales (circunstancias sociales, del lugar u objetos que afectan probabilísticamente la continuidad de las relaciones y que definen formas esperadas de interacción con el medio), 3. individuos implicados funcionalmente en la relación (posibles mediadores o reguladores de la interacción por su presencia en la situación), y 4. efectos contingenciales (las consecuencias de la interacción).
- *Factores macro contingenciales.* En estos factores se puede apreciar la dimensión moral de regulación del comportamiento en cuanto a valores conformados por diferentes prácticas sociales a las que se espera que las conductas individuales se adecuen de manera efectiva. Esto se puede reconocer mediante dos aspectos: 1. procesos de sustitución referencial y no referencial (procesos psicológicos que permiten que un individuo responda a otro desde lo socialmente esperado) y 2. prácticas sociales de carácter sustitutivo y contextual (efectos del comportamiento individual que regulan los comportamientos posteriores a nivel social).

Desde un marco rigurosamente establecido del análisis conductual (Ribes & López, 1985), Ribes (1992) argumenta que la moralidad y los valores no pueden reducirse a representaciones abstractas internalizadas ni a entidades que regulan el comportamiento externamente, sino que se deben apreciar como la adecuación a las prácticas sociales que regulan sus efectos relativos a grupos de individuos socialmente jerarquizados (un argumento similar al que plantea Frondizi desde la axiología en su enfoque relacional).

Para Ribes (1992), los factores macro contingenciales tienen lugar como relaciones micro contingencias particulares explícitamente valoradas, de tal manera que es obvia la relación sistemática entre lo macro y lo micro contingencial. Estas relaciones explícitamente valoradas regulan la normatividad de cómo deben ser las relaciones en términos de lo socialmente necesario, y propone diez características que las definen:

- *Prescripción.* Se instruye sobre una clase de relación.
- *Indicación.* Se señala una opción sobre otra.

- *Facilitación.* Se disponen las condiciones para que se dé la relación.
- *Justificación.* Se instruye sobre las consecuencias deseables de la relación.
- *Sanción.* Se operan y ejercen las consecuencias concretas de la relación.
- *Advertencia.* Se señalan las consecuencias que pueden ocurrir debido a la relación.
- *Comparación.* Se contrastan dos formas de relación.
- *Condicionamiento.* Se instruyen requerimientos previos para la relación.
- *Prohibición.* Se señala la imposibilidad de una conducta.
- *Expectativa.* Se instruye sobre las demandas sociales que una relación debe cumplir.

Este sistema de factores macro y micro contingenciales funge como marco de referencia para el estudio de la moralidad en cuanto a la influencia del contexto desde una perspectiva que integra al individuo como parte de éste y no como una entidad diferente (Ribes, 1992), lo que se ha identificado en investigaciones en torno a conductas específicas relacionadas con la ayuda a otras personas en relación con las características contingenciales de sus manifestaciones y frecuencias (Che-Gallardo, 2017; Díaz-González et al., 2004).

Una vez revisadas algunas de las aportaciones de la psicología en términos generales de la participación e importancia del contexto, se puede argumentar que es fundamental atender características temporales, ambientales, de actividad, de relación y de individualidad que caracterizan la situación de una entidad, persona, objeto o lugar (Dey, 2001; Zimmermann et al., 2007), para entender las dinámicas de las emociones, los razonamientos o las decisiones morales, además de su posible efecto en las interacciones sociales posteriores, las cuales irán contribuyendo a la conformación y transformación de una cultura.

En la Figura 6.1. se hace una síntesis de las principales características contextuales que pueden participar en las probabilidades y variaciones de conductas relacionadas con las valoraciones, los juicios o las decisiones que marcan la orientación moral de las personas.

Se retoman los argumentos de la perspectiva relacional de la axiología (Frondizi, 1958), las recomendaciones basadas en evidencia de qué tipo de información investigar para contextualizar una conducta moral (Schein, 2020), el análisis de las reglas verbales presentes en cada comportamiento con cualidades morales (Belisle, 2020; Reese, 1989; Hayes et al., 1998) y los factores micro y macro contingenciales que pueden definir las particularidades de las formas morales de regulación en el comportamiento psicológico (Ribes, 1992).

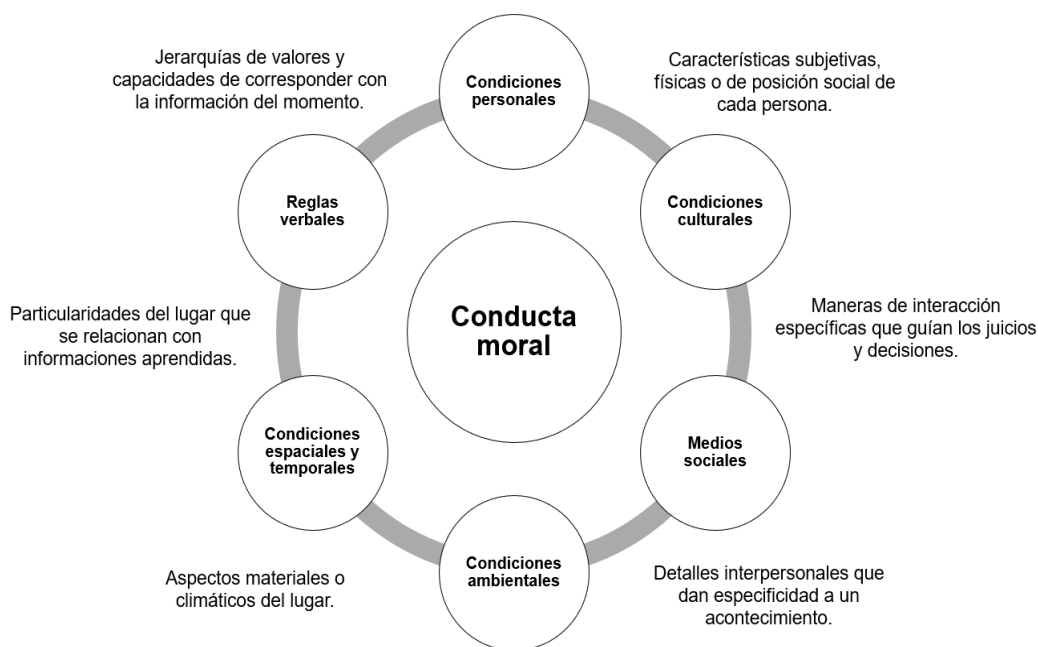


Figura 6.1. Características de un contexto que pueden participar en las probabilidades y variaciones de una conducta moral.

Ahora bien, retomando el tema de las decisiones que se pueden tomar ante ciertos dilemas, es importante resaltar que, si bien los dilemas utilizados para evaluar decisiones y observar conductas morales tienden a ser construcciones hipotéticas de un contexto aislado y no se asemejan a condiciones frecuentes de la vida real (Bostyn, Sevenhant, & Roets, 2018), con su respectiva adaptación a una situación particular y control de los posibles estímulos que participen (como los mencionados por Frondizi, Schein, Hayes y

colaboradores o Ribes), se pueden convertir en medios de análisis de comportamientos adecuados para comprender cómo las personas toman distintas decisiones de una manera que complemente el estudio de los procesos cerebrales que se manifiestan al momento (Evans & Brandt, 2019).

Un ejemplo del argumento anterior se puede apreciar desde diferentes estudios que utilizan dilemas de la teoría de juegos para cumplir algunos objetivos interesantes para este capítulo, como analizar conductas relacionadas con la cooperación ante la dicotomía de priorizar los intereses personales sobre los de alguien más o viceversa y para aportar conocimientos en psicología moral en torno a complementar el entendimiento de las conductas, en este caso, desde el punto de vista de dilemas sociales debidos a las condiciones contextuales que también se encuentran presentes.

Toma de decisiones morales y otros dilemas

La teoría de juegos ha tenido múltiples aplicaciones en diferentes áreas de estudio como la economía o la psicología debido a que permite indagar en cuáles son los procesos que representan las decisiones humanas, sobre todo en los contextos donde existe un dilema, ya que las opciones presentes a veces se contraponen: como la opción de apoyar a otros vs la opción de priorizar los intereses individuales (Amster & Pinasco, 2014). Esta teoría permite observar dinámicas de comportamiento relacionadas con la conducta cooperativa, donde se ha reconocido que las personas que cooperan tienden a hacerlo basándose en principios morales (Hoffman, Yoeli, & Nowak, 2015; Hoffman, Yoeli, & Navarrete, 2016). Se han desarrollado diferentes juegos basados en esta teoría, pero el formato que destaca es el dilema del prisionero, ya que es una herramienta muy útil para observar si una persona decide maximizar sus ganancias y minimizar sus costos o toma en cuenta las ganancias y costos de alguien más, aunque esto último represente un sacrificio a la individualidad como prioridad (Amster & Pinasco, 2014).

En su formato original, el dilema del prisionero plantea la siguiente situación hipotética (Rapoport, Chammah, & Orwant, 1965): *dos personas son acusadas por haber cometido un crimen y permanecerán en prisión hasta que se demuestre lo contrario. Deben decidir si delatan a la otra persona o no, pero no se permite la comunicación entre ellas, ni se tiene información de la decisión que tomará la otra persona. La propia decisión en combinación con la decisión de la otra persona determina los años de prisión que cada*

una recibe, por lo que cada una se encuentra en el dilema de buscar su propio beneficio o preocuparse por las consecuencias que puedan afectar a la otra.

Se encuentran en un contexto donde no delatar al otro jugador implica preocuparse por su beneficio, pero si piensan desde sus intereses individuales, delatar al otro jugador es la mejor decisión que pueden tomar (o al menos la más práctica). Por ejemplo, si delatan al otro las consecuencias pueden ser 5 años de prisión (si el otro jugador decide también delatar), pero también está la posibilidad de salir libres (0 años de prisión si se combina con que el otro decide no delatar). Si no delatan, la consecuencia puede ser de 1 año de prisión (si el otro jugador decide tampoco delatar), pero también pueden ser 10 años si se combina con que el otro jugador decide delatar (Amster & Pinasco, 2014). ¿Qué hacer al respecto?, ¿tomar la decisión con las consecuencias más favorables individualmente o pensar en la integridad del otro sin saber qué decisión tomará? Después de revisar la importancia que tiene el contexto en el estudio de la moralidad, una buena respuesta puede ser: *depende*.

El dilema del prisionero puede presentar variantes si se modifica el contexto en diferentes términos, como el recurso material que está en riesgo, la amplitud de las diferencias en cada consecuencia y lo justas o injustas que se puedan llegar a percibir las dinámicas de la situación (Ahn, Lee, Ruttan, & Walker, 2007). Por ejemplo, si en lugar de años de prisión en un caso hipotético, lo que se pone en juego es dinero real, y en lugar de delatar vs no delatar, el juego consiste en cooperar vs no cooperar, se ha demostrado que la probabilidad de cooperar tiende a ser mayor cuando el riesgo de perder dinero es bajo y tiende a ser menor cuando el riesgo es alto, por lo que la cantidad de dinero se vuelve otro factor para las decisiones que se tomen (Engel & Zhurakhovska, 2016; Pothos, Perry, Corr, Mathew, & Busemeyer, 2011).

Evidencias complementarias demuestran que durante el dilema del prisionero intervienen variables cognitivas y emocionales como optimismo (Engel & Zhurakhovska, 2016) y atribuciones de cooperación a expresiones faciales de agrado en el otro jugador (Bell, Korany, Buchner, & Rothermund, 2016); variables que se pueden equiparar con cualidades prosociales de la personalidad, como agradabilidad y responsabilidad (Pothos et al., 2011) y que se relacionan a su vez con la disposición de los jugadores a cooperar (Engel & Zhurakhovska, 2016).

Otro ejemplo de dilema en el que se puede apreciar la participación de la psicología moral es el dilema del sobre. En este dilema, Hoffman et al. (2015) proponen un juego

con las siguientes características: *a dos jugadores se les da una cantidad específica inicial de dinero sin saber exactamente cuánto se le dio al otro jugador. Se les dice que en algún momento que ambos tendrán la opción de cooperar parte de esa cantidad o no hacerlo. El Jugador 1 puede elegir entre dos opciones: a) mirar un sobre que especifica cuánto dinero podría perder si coopera, o b) simplemente no mirar el sobre. Después de elegir cualquiera de las dos posibilidades, el Jugador 1 debe decidir si coopera o no coopera. Posteriormente, al Jugador 2 se le informa si el Jugador 1 decidió mirar o no mirar el sobre, pero no se le informa si decidió cooperar o no cooperar. Al final de todas las decisiones, el Jugador 2 debe hacer una última elección: si continúa jugando con el Jugador 1 o prefiere que el juego concluya en ese momento con las ganancias que les hayan tocado.*

Diferentes simulaciones muestran que las personas probablemente elegirán continuar jugando con aquellas que hayan cooperado sin haber mirado los posibles costos de su cooperación. Esto sugiere, de acuerdo con los autores de esta investigación, que las personas se muestran recíprocas ante el comportamiento altruista de otras y que la moralidad se puede ejercer en el momento de tomar decisiones relacionadas con confiar, cooperar o resguardar los intereses individuales (Hoffman et al., 2015). Las diferencias en la moralidad de cada persona pueden ser un punto crucial para explicar las decisiones que se tomen ante diferentes dilemas, los cuales no suceden en la vida real de una manera tan detallada como en los dilemas del prisionero, del sobre, del tranvía o el juego del ultimátum, pero sus componentes tienden a manifestarse en situaciones cotidianas con detalles que implican elegir entre confiar en alguien y ayudar sin saber realmente si conviene, o no arriesgarse con tal de asegurar un bienestar personal y no meterse en problemas, aunque esto pueda representar percances para otros (Hoffman et al., 2016).

Tanto la evidencia en dilemas como en otros escenarios demuestran que el contexto marca los detalles que motivan a una conducta moral, ya sea que ésta se manifieste a través de un proceso de valoración o de una elección fundamentada en reglas verbales. Sin embargo, ¿qué pasa cuando las decisiones no se basan en criterios de distinción entre el bien y el mal, o incluso no se toman decisiones, sino que se actúa impulsivamente y se perjudica a otros debido a una falta de regulación? En este punto, la conducta antisocial es algo que acontece con frecuencia, de modo que se trata de un tema que merece su respectiva revisión, ya que tiene una relación importante con la moralidad, o mejor dicho, con la desconexión moral. Esto se revisará en el siguiente capítulo.

Resumen

Las orientaciones morales que guían las conductas pueden variar en función del contexto donde se manifiesten, es decir, una conducta moral puede variar de acuerdo con el lugar, las condiciones climáticas, el momento histórico, las personas que estén presentes, la cultura, o los procesos de valoración de la persona que debe tomar cada decisión o simplemente reaccionar ante una situación. Las diferentes directrices que pueden guiar a una conducta moral también pueden identificarse en las reglas verbales que cada persona ha aprendido a lo largo de su vida, además de sus capacidades para adecuarse a dichas reglas en relación con las características de la situación que se está experimentando. De este modo, los componentes del contexto antes mencionados, así como los procesos de valoración y las reglas verbales, pueden ser elementos cruciales para comprender de manera detallada qué elementos están relacionados con la orientación moral de una decisión específica.

Los dilemas morales hipotéticos permiten estudiar estas variaciones, ya que implican elegir algo que represente un beneficio para una parte del contexto, pero posiblemente un perjuicio para otra, por lo que existe todo un proceso de valoración que define las jerarquías de valores de cada persona, las reglas que gobiernan sus conductas, las contingencias sociales directamente observables o de naturaleza abstracta y una distinción entre si se toman decisiones deontológicas y/o utilitaristas. Por lo tanto, es fundamental que en una investigación sobre decisiones y conducta moral se controlen adecuadamente los detalles del dilema o la situación hipotética que se utilice, de tal manera que se observen respuestas semejantes a las que se observarían en la vida real.

Identificar los detalles del contexto es indispensable para comprender correctamente las directrices de una conducta moral. Sin embargo, es posible que también se identifiquen características de conductas antisociales o una falta alarmante de habilidades para tomar decisiones basadas en principios morales; y esto es algo que ocurre con frecuencia, por lo que se considera de suma importancia revisar y realizar investigaciones que se preocupen también por la relación entre moralidad y conducta antisocial.

Conducta antisocial y desconexión moral

A lo largo de los capítulos anteriores, la información se ha centrado sobre todo en la explicación de las conductas y sus respectivas asociaciones con aspectos psicobiológicos, socioculturales o ambientales que favorecen el que una persona aprenda a tomar decisiones, razonar, emitir juicios o regular sus emociones como una serie de ejercicios adecuados o recomendables de principios morales; además de algunas consecuencias debidas a la interacción social. Sin embargo, es sugerible atender también lo que ocurre cuando no todo va bien con respecto al desarrollo de la moralidad, es decir, también se debe atender qué pasa cuando alguien omite la tarea humana de mantener la “rectitud”. Son diversas las problemáticas que viven las personas al momento de no emitir un juicio moral adecuado, no regular sus emociones morales, no razonar moralmente, no tomar decisiones pertinentes y/o no actuar respetando los propios principios. Un ejemplo lo muestran los estudios de un proceso denominado como *hipocresía moral* (Batson, Kobrynowicz, Dinnerstein, Kampf, & Wilson, 1997).

La hipocresía moral se define como la intención de una persona por aparentar ser más moralmente correcta de lo que en realidad es y de juzgar de forma más estricta a las acciones de otras personas en comparación con las propias (Monin, & Merritt, 2012; Valdesolo, & DeSteno, 2007). La hipocresía moral se puede observar en experimentos como el de Batson et al. (1997), en el que aplicaron un cuestionario sobre temas de justicia a un grupo de participantes, los cuales obtuvieron puntajes elevados en su juicio moral, pero esto no correspondió con otras conductas observables.

En la segunda parte del experimento se presentaron dos posibles tareas cognitivas (una muy fácil y la otra muy difícil) y se les indicó que si resolvían cualquiera de las dos tareas se les otorgaría un premio. Se les dio la oportunidad de elegir entre dos opciones en cuanto a la distribución de tareas: 1. que el experimentador les asignara una tarea

(y por lo tanto determinara a quién le tocaba la tarea fácil y a quién la difícil) o 2. que la tarea se asignara al azar de acuerdo con el resultado de una moneda que podían lanzar en privado, es decir, sin que alguien más viera el resultado del lanzamiento. La mitad de los participantes eligieron lanzar la moneda en privado y el 90 % de estos “obtuvo al azar” la tarea fácil. O bien la moneda era muy caritativa, o lanzarla en privado presentaba suficiente ambigüedad como para que los participantes manipularan el resultado aparentando ser muy justos y resultar favorecidos gracias al azar (Batson et al., 1997).

De acuerdo con Batson y Thompson (2001), los motivos de la hipocresía moral se pueden hallar en tres factores:

- *Coacción social.* Sentir la presión de alguien más para aparentar un criterio moral que en realidad no se tiene.
- *Desinterés.* No encontrar un motivo convincente para actuar de acuerdo con los principios morales que se apoyan.
- *Evaluación de los costos.* Ver consecuencias desagradables en caso de no romper con el principio moral en cuestión.

La hipocresía moral es un proceso que demuestra la falta de habilidades o motivaciones para que algunas personas actúen en correspondencia con los principios morales que dicen defender, lo que a su vez urge a las y los profesionales de la psicología y la educación a promover la integridad moral, conformada por una congruencia entre principios morales verbalmente aceptados y conductas cotidianas que demuestren su cumplimiento (Batson & Thompson, 2000).

Ahora bien, la hipocresía moral es sólo una de diversas problemáticas debidas a no cumplir con principios morales, ya que la falta de acciones coherentes con un criterio sobre el bien y el mal va más allá de encontrar o no motivos para hacerlo. En varios casos el problema refleja también la contradicción de principios en un sentido perjudicial o violento para otras personas, de tal manera que se presentan conductas antisociales con diferentes factores psicológicos, psicosociales y contextuales asociados.

¿Qué es la conducta antisocial?

En un discurso popular, suele usarse el término “antisocial” para referirse a individuos solitarios o que se excluyen de la interacción con otros por falta de habilidades sociales, por mero gusto de no convivir con los demás o por una serie de creencias negativas sobre las relaciones interpersonales, pero en ese caso el término correcto es “asocial”, aunque también este concepto debe tomarse con precaución desde un punto de vista psicológico (para mayor información sobre los detalles clínicos de la conducta y las creencias asociales ver Grant & Beck, 2010). La conducta antisocial se caracteriza por factores marcadamente diferentes desde puntos de vista psicosociales y morales, por lo que vale la pena hacer esta aclaración para atender a la conducta antisocial desde la evidencia científica (Silva, 2003).

La conducta antisocial se define como todo comportamiento hostil que tiene como resultado la violación de reglas morales y/o de leyes que conforman un orden social vigente, normalmente un orden establecido por el grupo o sociedad de pertenencia (Galimbeti, 2002; Silva, 2003). Su operacionalización depende parcialmente de las características socioculturales de cada comunidad, pero en otros casos existen acuerdos en categorizar como antisociales a conductas como dañar, robar, mentir, desafiar a la autoridad, actuar agresivamente o abusar de la vulnerabilidad de otros, y se suelen clasificar en función del nivel de infracción determinado por el sistema legal del entorno en el que se manifiesten, así como la edad de la persona infractora. Así mismo, su naturaleza implica inherentemente una relación con problemas de desarrollo moral (de Greiff, Gaviria, & Restrepo, 2003; Ortiz, Etxebarria, Apodaca, Conejero, & Pascual, 2018).

La relación entre conducta antisocial y desarrollo moral se puede apreciar cotidianamente en la lógica de que las conductas emitidas con intención de generar un daño ajeno o propio son evaluadas como inmorales, pero también se resalta la importancia de comprender si estas conductas se deben a una falta de capacidad en algunos componentes psicológicos de la moralidad como los mencionados en el Capítulo 1 (percepción, intuiciones, emociones, razonamiento y/o toma de decisiones), de tal manera que se pueda reconocer si dichas conductas son resultado de situaciones específicas o incluso de una serie de problemas neuropsicológicos (Tovar & Ostrosky-Shejet, 2013).

Algunos ejemplos se observan en estudios que han identificado, entre otros resultados, que habilidades relacionadas con la empatía, la interpretación de intenciones y el razonamiento moral tienen una relación negativa con la frecuencia en la aparición de conductas como robar, agredir a personas o animales y cometer algún fraude, por lo que se pueden apreciar a su vez como factores protectores que disminuyen la probabilidad de que las personas opten por este tipo de infracciones (Arango-Tobón, Montoya-Zuluaga, Puerta-Lopera, & Sánchez-Duque, 2014; Shields, Funk, & Bredemeier, 2018).

En un sentido opuesto, se ha identificado que creencias absolutistas y conservadoras de que los propios criterios morales son los únicos correctos por encima de otros, formas de comportamiento narcisista y tendencias a manipular a otros incrementan la probabilidad de que las personas ejerzan conductas antisociales como las mencionadas anteriormente (Jones, Woodman, Barlow, & Roberts, 2017; Sijtsema, Garofalo, Jansen, & Klimstra, 2019), además de violencia doméstica en el caso de que se manifiesten en una relación de pareja (Vecina, Marzana, & Paruzel-Czachura, 2015).

Cabe mencionar que estos resultados tienen un factor común presente en la relación entre moralidad y conducta antisocial, y es el caso de lo que Bandura (1999) denomina *desconexión moral*. Un concepto que ha fungido como base para el desarrollo de diversas investigaciones que lo definen como un proceso cognitivo social en el que las personas aprenden a percibirse como ajenas o separadas de los principios morales que imperan en sus sociedades (sobre todo aquellos principios que marcan claramente la importancia de no perjudicar a los demás), por lo que ejercen conductas antisociales sin remordimiento alguno.

Características de la desconexión moral

Bandura (1999) propone una clasificación que se conforma por los principales procesos psicosociales que ocurren cuando una persona manifiesta desconexión moral a través de conductas antisociales. Se plantean ocho mecanismos que se distribuyen en cuatro componentes básicos que los contienen. A continuación, se presentan dichos componentes con sus respectivos mecanismos enumerados dentro de cada descripción:

- *Reestructuración moral de la conducta propia*. Se presenta un cambio de percepción en el que la persona justifica moralmente una conducta perjudicial

y violenta (1. *Justificación moral*). Esto suele apoyarse en eufemismos, es decir, se cubren las acciones negligentes con ideas convencionales que asumen que tal conducta es positiva (2. *Lenguaje eufemístico*). También suele justificarse a partir de comparaciones con otras conductas en otros contextos donde existe mayor violencia para hacer notar que la propia “no es tan grave” (3. *Comparaciones ventajosas*).

- *Desplazamiento de responsabilidades*. Ocurre cuando la persona que realiza la conducta violenta atribuye su causa al mandato o prescripción de alguien más, normalmente una autoridad, por lo que asegura que cualquier castigo o restricción se le debe dar a tal o tales mandatarios (4. *Desplazamiento*). La persona que realiza la conducta antisocial se excluye de cualquier problema, puesto que argumenta que no la realiza directamente desde su voluntad (5. *Difusión*).
- *Distorsión de las consecuencias*. Se da en el momento que la persona, una vez que ejecuta la conducta antisocial, minimiza, ignora o considera imposible cualquier tipo de daño o perjuicio provocado. Para la persona infractora, los efectos negativos consecuentes son invisibles o irrelevantes a pesar de que pueda llegar a representar una obvedad para otros (6. *Distorsión de consecuencias*).
- *Atribución de la culpa a la víctima*. Se manifiesta cuando la persona que realiza la acción perjudicial argumenta que fue provocada por la víctima e incluso se percibe a sí misma como la persona perjudicada y a la víctima como la infractora (7. *Cambio en la atribución de la culpa*). Las personas que atribuyen la culpa a las víctimas tienden a justificar sus acciones violentas como necesarias o forzadas, debido a la creencia de que la víctima es la persona que debe ser juzgada (8. *Deshumanización*).

De acuerdo con Bandura (1999), cada uno de estos componentes representa un proceso en el que una persona funge como agente del problema y otra como receptora, siendo la persona agente quien se deslinda (se desconecta) de cualquier tipo de restricción o evaluación moral de su conducta y la entidad receptora (que puede ser una persona, pero también un animal) quien sufre consecuencias de las que no es responsable.

Las características de la desconexión moral representan una teoría desde el enfoque del aprendizaje social y muestran cómo se deben restringir algunas conductas consideradas inhumanas. Así mismo, desde esta teoría se hace hincapié en promover conductas

favorables para la sociedad, ya que su finalidad también está en resaltar que en los grupos sociales se necesitan estándares que eviten justificaciones de las conductas antisociales y salvaguarden el trato respetuoso entre las personas (Bandura, 2002). Sin embargo, no es una tarea fácil, ya que la desconexión moral no sólo está presente en una gran variedad de manifestaciones de violencia, sino también en su mantenimiento libre de culpa o responsabilidad en la forma de pensar de las personas infractoras. Para Bandura (2016), comprender la desconexión moral permite identificar las razones por las que tantos individuos realizan acciones inhumanas y aun así se siguen sintiendo tranquilos consigo mismos.

Manifestaciones violentas

Son diversas las formas como se expresan las conductas antisociales asociadas con la desconexión moral; desde el acoso escolar tanto directo como a través de redes sociales en niños y adolescentes (Gini, Pozzoli, & Hymel, 2014; Killer, Bussey, Hawes, & Hunt, 2019), hasta las conductas de agresión en términos sexuales, de maltrato animal o de implicación con trastornos psicológicos en personas adultas, entre otros problemas (Caprara et al., 2014; D'Urso, Petruccelli, Grilli, & Pace, 2019; Moore, Detert, Klebe-Treviño, Baker, & Mayer, 2012). Cada tipo de manifestación de violencia tiene su respectiva relación con la desconexión moral y se pueden apreciar particularidades en términos de la inclusión de otras variables atributivas o sociales. A continuación, se revisan las principales evidencias sobre la relación que tiene la desconexión moral con problemáticas como el acoso escolar, las agresiones sexuales, el maltrato animal y las implicaciones con la psicopatía, entre otros.

Acoso escolar

El acoso escolar es un problema que involucra a agentes que continuamente provocan daños o discriminaciones, a receptores que lo sufren, a espectadores que normalmente se reservan a observar (e incluso a apoyar a los agentes en algunos casos) y al propio contexto escolar en el que se generan situaciones permisibles (e.g. momentos en los que no está presente una autoridad que supervise a los estudiantes); factores que hacen al acoso escolar el resultado de una serie de conflictos de violencia que deben ser atendidos desde diferentes campos de la psicología (Albores-Gallo, Saucedo-García, Ruiz-Velasco, & Roque-Santiago, 2011), entre los que se encuentra la psicología moral,

ya que diferentes evidencias aportan conocimientos sustanciales en términos de su inherente relación con la desconexión moral, la cual se manifiesta desde edades tempranas (Caravita, Strohmeier, Salmivalli, & Di Blasio, 2019).

En términos generales del acoso escolar en niños y adolescentes, se suele encontrar que los infractores “puros” (que siempre son infractores y nadie lo impide) tienden a presentar niveles más elevados de desconexión moral que los que son víctimas, espectadores o los que alternan papeles, es decir, quienes a veces son infractores, a veces víctimas y a veces espectadores (Runions et al., 2019). En términos particulares con los infractores puros, se han identificado diferencias por sexo y edad, siendo los hombres de mayor edad quienes presentan niveles más altos de desconexión moral que las mujeres y que los hombres de menor edad, específicamente en los componentes de distorsión de las consecuencias y atribución de la culpa a las víctimas (Pozzoli, Gini, & Vieno, 2012; Thornberg & Jungert, 2013).

El incremento o mantenimiento de la desconexión moral en infractores de acoso escolar se respalda también por evidencias de diseños longitudinales donde se observan niveles crecientes con el paso de los ciclos escolares en una misma muestra de adolescentes. Esto permite retomar la perspectiva de que los componentes de la desconexión moral son procesos que se aprenden socialmente con el paso de experiencias e interacciones con contextos que los propician, sobre todo en los varones (Wang, Ryoo, Swearer, Turner, & Goldberg, 2017). Aunque esto no demerita la atención que se le debe dar a las mujeres infractoras o a los espectadores en general, ya que también son sectores que propician el acoso escolar en función de que lo ejercen o lo promueven y se asocian también con niveles altos de desconexión moral (Bjärehed, Thornberg, Wänström, & Gini, 2020).

Agresiones sexuales

Un hecho social que ejemplifica con precisión a la teoría social cognitiva de la desconexión moral de Bandura debido a la presencia de víctimas que sufren un daño provocado por agentes que justifican sus conductas, desplazan responsabilidades, minimizan las consecuencias y les atribuyen la culpa a dichas víctimas es, por varias razones, el acoso sexual. Esto se demuestra en estudios que utilizan modelos psicométricos y conceptuales que ajustan adecuadamente a los datos (Page, Pina, & Giner-Sorolla, 2016), de tal manera que se demuestra que el proceso de desconexión moral es algo tan recurrente en el acoso sexual que forma parte de las motivaciones y las estrategias

de las personas acosadoras para desarrollar y mantener sus comportamientos (Page & Pina, 2015).

Lo anterior se complementa con evidencias desde un estudio con hombres reclusos en cárceles, donde se identificaron diferencias estadísticamente significativas en los componentes de la desconexión moral entre los que fueron reclusos por crímenes de agresión sexual vs los que fueron reclusos por otros crímenes, siendo los primeros los que presentaron niveles más altos sobre todo en los componentes de desplazamiento de responsabilidades y atribución de la culpa a las víctimas en comparación con los segundos (Petruccelli et al., 2017).

Es muy recomendable en estos sentidos seguir ampliando las evidencias sobre la implicación de la desconexión moral en las conductas de acoso y agresiones sexuales en general, de tal manera que se ahonde en los mecanismos de falta de regulación y distorsiones cognitivas (entre otros factores) asociados que puedan ser detectados eficazmente, y a tiempo (D'Urso, Petruccelli, Costantino, Zappulla, & Pace, 2019).

Maltrato animal

La relación humano-animal es fundamental para la vida cotidiana de las sociedades. Forman parte de la cultura y son fundamentales para el bienestar psicológico o simplemente para hacer la vida más sencilla, por lo que merecen más atención de la psicología respecto a sus efectos en los procesos cognitivos y afectivos de las personas (Amiot & Bastian, 2015). Otra razón por la que merecen más atención es porque la interacción entre humanos y animales no siempre es armoniosa, sobre todo en los contextos donde los seres humanos son los responsables del sufrimiento animal por diversas razones psicológicas y psicosociales, entre las que se encuentra la desconexión moral (Timm, 2016).

Estudios han demostrado, por ejemplo, que altos niveles de los cuatro componentes de la desconexión moral afectan a que la preocupación por el maltrato animal sea mínima (Vollum, Longmire, & Buffington-Vollum, 2004), o que el apoyo a industrias que utilizan animales para su producción, así como el consumo frecuente de productos como la carne, están asociados con indicios de desconexión moral hacia el sufrimiento de los animales provocado por humanos (Camilleri, Gill, & Jago, 2020). La desconexión moral también se asocia con un proceso de discriminación en términos de empatía hacia el

dolor en animales domésticos por encima del dolor en otro tipo de animales (Ang, Chan, & Singh, 2019). Se resalta que desde la psicología se deben utilizar estrategias para generar sensibilidad, compromiso y responsabilidad en varias personas para que atiendan moralmente a otros animales más allá de los que se consideren “compañeros”, además de que regulen comportamientos tanto de consumo como de trato empático (Mitchell, 2011).

Psicopatía

La psicopatía es un trastorno de la personalidad que tiende a involucrar una serie de comportamientos relacionados con dañar, acechar o perseguir a otras personas con fines que pueden ir desde entretenimiento y/o establecimiento de alguna posición jerárquica, hasta violaciones y satisfacciones de fantasías perversas; conductas debidas a diferentes incapacidades en términos de sentir apego, empatía, culpa, vergüenza y/o remordimiento por algún perjuicio, además de un posible desorden neurobiológico (Blair, 2010; Hare, 1970). Dadas estas características, su implicación con la desconexión moral se aprecia en varios niveles.

Estudios muestran evidencias claras en cuanto a la notoriedad que representa la desconexión moral como un proceso psicosocial que participa en los contextos de psicopatía y conducta antisocial, ya que se ha demostrado aún en niveles bajos de psicopatía, que la desconexión moral puede ser partícipe en que una persona comience a tomar a la conducta criminal como una opción (DeLisi et al., 2014), por lo que en niveles altos de rasgos psicopáticos (impulsividad y/o manipulación) la desconexión moral influye considerablemente en comportamientos antisociales y criminales relacionados con el engaño, la agresión física en contextos de autoridad y la violación a menores (Gini, Pozzoli, & Bussey, 2015; Petruccelli et al., 2017). Estas evidencias demuestran que la implicación de la desconexión moral en la psicopatía es inminente en varios sentidos, pero también motiva a que se comprendan sus dinámicas con mayor detalle para así poder sugerir intervenciones psicológicas con mayor precisión y eficacia (Risser & Eckert, 2016).

Otras manifestaciones violentas

Otros contextos en los que se involucran la desconexión moral y la conducta antisocial también representan la diversidad de maneras como estos procesos afectan a la cotidianidad de las personas afectadas y exhortan a que se preste suficiente atención a

aquellos que justifican sus comportamientos antisociales, desplazan responsabilidades, minimizan consecuencias o adjudican culpas a víctimas. Por ejemplo, en el contexto de las organizaciones se ha identificado que los trabajadores con opiniones negativas de su trabajo o que perciben abuso de poder por parte de sus superiores, tienen una mayor probabilidad de desentenderse moralmente de sus labores, de acosar a otros trabajadores y/o de emplear comportamientos ilícitos para las reglas de la organización (Claybourn, 2011; Valle, Kacmar, Zivnuska, & Harting, 2019).

En el contexto deportivo también se manifiestan varios casos de desconexión moral, como lo muestran investigaciones que han presentado evidencias de que los atletas (sobre todo en el caso de los deportes de contacto) que presentan altos niveles de narcisismo y desconexión moral, aunados a percepciones de baja motivación por parte de entrenadores o compañeros, tienen más probabilidades de agredir a otros durante algún entrenamiento, pero sobre todo durante alguna competencia (Jones et al., 2017; Van de Pol, Kavussanu, & Claessens, 2020).

Hechos sociales sensibles como la corrupción o el racismo tampoco están exentos de la presencia de la desconexión moral en sus procesos. En el caso de la corrupción, existe evidencia respecto a que la probabilidad de que una persona ejerza este tipo de comportamientos incrementa cuando los niveles de desconexión moral son altos y los niveles de humildad y honestidad son bajos (Zhao, Zhang, & Xu, 2019). En cuanto al racismo, estudios muestran que las personas que utilizan discursos racistas como una forma de opinar en redes sociales presentan niveles altos de hostilidad en sus expresiones y emplean estrategias de desconexión moral en su retórica, la cual también utilizan para persuadir a otros a aceptar sus discursos discriminatorios (D'Errico & Paciello, 2018; Faulkner & Bliuc, 2016).

Las investigaciones en psicología son contundentes en cuanto a la demostración de que la desconexión moral es un problema que tiene una presencia considerable en las conductas antisociales, además de que la relación entre uno y otro proceso aplica en diferentes contextos a pesar del nivel de especificidad (Moore, 2015). Es por esto que se debe seguir atendiendo la dinámica de la desconexión moral como un proceso alternativo y complementario a la explicación de las conductas antisociales impulsivas, ya que, como se puede apreciar en las páginas anteriores, la conducta antisocial deliberada, sin remordimientos, redefinida moralmente para justificarse, que desplaza responsabilidades, que minimiza las consecuencias y que se acompaña de atribuciones de culpa a las víctimas, es más común de lo que se desearía que fuera; y se mantiene

con el paso de los años y las generaciones (Bandura, Barbaranelli, Caprara, & Pastorelli, 1996; Bandura, 2016; Ferriz-Romeral, Navas-Sánchez, Gómez-Fraguela, & Sobral-Fernández, 2019).

Factores de riesgo

Además de su implicación en contextos sociales específicos, la desconexión moral en relación con la conducta antisocial ha sido objeto de estudio de investigaciones que han buscado determinar a qué factores se deben que una persona ejerza ambos procesos como respuestas a los problemas. Se ha demostrado que hay procesos psicológicos y sociales comunes tanto en el estilo como en la historia de vida de personas que han manifestado alguna problemática preocupante de desconexión moral y conducta antisocial: entre estos procesos se encuentran estilos disfuncionales de crianza en la historia familiar, la normalización cultural de la violencia y el consumo de drogas, entre otros (D'Urso et al., 2019).

Historia familiar y normalización de la violencia

Las problemáticas debidas a un entorno familiar disfuncional son otros factores que también tienden a estar asociados con la desconexión moral por su impacto en el desarrollo psicosocial de las personas. Desde el modelamiento de pautas de desconexión moral hasta condiciones indeseables debidas a una serie de maltratos y experiencias de violencia en la infancia o adolescencia causadas por familiares; lo que se refleja en que los infantes aprenden a justificar conductas violentas, desplazar responsabilidades, minimizar consecuencias, atribuir la culpa a las víctimas y, muy probablemente también, a agredir a otros como una conducta frecuente (Wang, Yang, Wang, & Lei, 2019).

Con respecto al impacto que tiene la normalización cultural de la violencia en el desarrollo de la desconexión moral, las tradiciones normativas de algunas culturas que claramente muestran pautas de desigualdad de género, violencia doméstica u homofobia (por decir algunos ejemplos) pueden demarcar la consideración de comportamientos de agresión como algo común, no tan grave o hasta aceptable desde la familia, lo que se manifiesta a través de características propias de la desconexión moral y generan que las personas aprendan a dañar o perjudicar a otros sin sentir algún tipo de autorreproche (Scarpati & Pina, 2017).

Así como un ambiente familiar positivo de comunicación, apoyo y cohesión puede promover efectivamente conductas basadas en principios morales (como se mencionó en el Capítulo 4), formas de socialización perjudiciales en el entorno familiar pueden incitar a la desconexión moral, por lo que es fundamental atender las condiciones familiares como un eje de evaluación esencial tanto de aspectos favorables como desfavorables de la moralidad (Mazzone & Camodeca, 2019).

Consumo de drogas

El consumo excesivo de drogas es un factor de riesgo de varias problemáticas entre las que también se encuentra la desconexión moral. Un ejemplo de evidencia que respalda esta afirmación es un estudio con prisioneros con historial de consumo frecuente de drogas, los cuales presentaron niveles de desconexión moral más altos en comparación con prisioneros que no presentaban esta problemática en el pasado (D'Urso, Petrucci, & Pace, 2018). Sin embargo, la problemática no se queda ahí, ya que la desconexión moral puede ser posteriormente un medio para la continuación del consumo excesivo de sustancias, tal como sugiere otro estudio en el que se demostró que las personas que desarrollan una adicción a una droga utilizan estrategias de desconexión moral como la distorsión de consecuencias para minimizar los posibles efectos negativos de su consumo (Heyes & Boardley, 2019).

Se puede apreciar un ciclo en el que consumir drogas en exceso incrementa las probabilidades de desarrollar desconexión moral, la cual posteriormente es utilizada para minimizar, justificar y mantener la adicción o incluso incrementarla si se combina con otros factores, como una falta de regulación emocional y sensibilidad a los premios o castigos inmediatos (Ahmadi, Basharpour, & Narimani, 2019); esto aunado a que la interacción entre adicciones y desconexión moral pueden llevar también a comportamientos delictivos (Passini, 2012). Al igual que la historia familiar, ahondar en la presencia de alguna adicción relacionada con el consumo de drogas puede contribuir a intervenir adecuadamente para reducir la desconexión moral y romper el ciclo (D'Urso et al., 2018).

Otros factores

Si bien los factores que incrementan la probabilidad de que una persona desarrolle desconexión moral y conductas antisociales repercuten en gran medida en el entorno familiar o el consumo excesivo de sustancias, otros factores, como aquellos de carácter

socioeconómico, pueden ser también causantes de estas problemáticas. Tal como sugiere un estudio en el que se demostró que niñas y niños que se desarrollan durante su infancia y hasta su adolescencia en vecindarios con mayores índices de delincuencia e inseguridad tienen mayores probabilidades de optar por conductas antisociales acompañadas de niveles altos de desconexión moral; lo que demuestra la importancia de fomentar espacios comunitarios seguros como una forma efectiva de prevención de la violencia (Hyde, Shaw, & Moilanen, 2010).

Factores individuales como la falta de regulación emocional o de empatía también se encuentran implicados en el desarrollo de la desconexión moral y del ejercicio de conductas antisociales desde la infancia, aunque no están exentos de los factores psicosociales antes mencionados en adición con una historia de polarizaciones y disputas por una percepción de extremos (un grupo escolar vs otro grupo escolar, un bando vs otro bando, hombres vs mujeres, entre otros) en el entorno académico o de relación con los pares en general. Esto último genera que niñas y niños desarrollen una forma de entender la vida social a través de la dualidad agresor-víctima como la única manera de interactuar (Ettekal & Ladd, 2020).

Otro posible factor de riesgo mencionado en investigaciones se encuentra en los videojuegos, particularmente en niñas, niños y adolescentes. Estudios demuestran que la exposición continua a videojuegos de contenido violento (robar o matar a otras personas) a través del tiempo de la infancia a la adolescencia incrementa las probabilidades de ejercer conductas de agresión acompañadas de los componentes de la desconexión moral, sobre todo en el caso de minimizar las consecuencias (Teng et al., 2019). Sin embargo, es fundamental aclarar que no se debe concluir tajantemente que “los videojuegos provocan violencia” sin atender otros factores, es decir, la exposición al contenido del videojuego *per se* no debe ser el único factor para considerar como un potencial de riesgo; se debe contemplar también su combinación con problemas familiares, falta de regulación de emociones y el reforzamiento de conductas de ira u hostilidad. La perspectiva multifactorial de experiencias aledañas contribuye con mejor detalle al estudio de la relación entre videojuegos de contenido violento, desconexión moral y conducta antisocial (Li, Du, & Gao, 2020).

Así como son diversas las manifestaciones violentas que se ven acompañadas (y en algunos casos, precedidas) por la desconexión moral, también son diversos los factores individuales, socioculturales y socioeconómicos que incrementan la probabilidad de que las personas crezcan con tendencias a la justificación moral de las conductas antisociales,

el desplazamiento de responsabilidades, la minimización de las consecuencias y la atribución de culpa a las víctimas, por lo que cabe cuestionar cuáles son los factores protectores, es decir, qué sugiere la psicología moral como experiencias psicosociales que prevengan o disminuyan la probabilidad de que se desarrolle una desconexión moral y, muy probablemente también, se prevenga o se disminuya la probabilidad de que se manifiesten conductas antisociales.

En la Tabla 7.1 se da una demostración de las características de la desconexión moral, sus manifestaciones violentas y sus factores de riesgo. Es importante tomar la información recabada como los diferentes elementos que se pueden atender desde la psicología moral para futuras intervenciones. Aunque un primer paso para intervenir con estos elementos es utilizar las herramientas adecuadas para detectarlos con precisión.

Tabla 7.1. Caracterización de la desconexión moral
y su relación con la conducta antisocial.

Definición	Componentes	Manifestaciones violentas	Factores de riesgo
Proceso cognitivo social en el que se aprende a percibirse como ajeno a principios morales, por lo que se tiende a ejercer conductas antisociales sin remordimientos (Bandura, 1999).	- Reestructuración moral (justificación de la conducta antisocial - Desplazamiento de responsabilidades - Minimización de consecuencias - Atribución de culpa a las víctimas	- Acoso escolar - Acoso sexual - Maltrato animal - Psicopatía - Acoso laboral - Agresiones en el deporte - Corrupción - Racismo	- Historia familiar y normalización cultural de la violencia - Consumo excesivo de drogas - Problemas socioeconómicos - Historia de agresión escolar - Videojuegos (en combinación con otros factores)

¿Cómo actuar desde la psicología?

La evaluación psicológica ha permitido que las investigaciones en torno a la desconexión moral provean de conclusiones rigurosas en términos metodológicos confiables respecto a su veracidad. Esto puede representar un reto por las variaciones de este

proceso en relación con la diversidad de contextos en los que aplica, pero no una dificultad en cuanto a la identificación de los mecanismos de reestructuración moral, desplazamiento de responsabilidades, minimización de consecuencias y atribución de culpa a las víctimas como factores cognitivos sociales presentes en las relaciones interpersonales disfuncionales. De este modo, la evaluación rigurosa de los procesos psicológicos y psicosociales implicados en estos mecanismos contribuye a la detección de una problemática que debe ser atendida (Caprara, Fida, Vecchione, Tramontano, & Barbaranelli, 2009).

En general, la detección certera de los mecanismos de la desconexión moral contribuye a reconocer la presencia de conductas antisociales potenciales de acuerdo con el contexto particular en el que se manifiestan, pero también la evaluación de los factores promotores del desarrollo moral (como los revisados en capítulos anteriores) pueden contribuir a indagar de manera más amplia en estos fenómenos. Por ejemplo, se ha demostrado que niveles bajos de empatía, compasión, razonamiento moral, o bien niveles extremadamente altos de apego a fundamentos morales como el respeto a la autoridad y la pureza, se relacionan con la presencia de rasgos de psicopatía y/o conductas violentas en contextos escolares, familiares o sociales en general (Gini, Pozzoli, & Hauser, 2011; Heym et al., 2019; Romera, Casas, Gómez-Ortiz, & Ortega-Ruiz, 2019; Vecina & Chacón, 2019), lo que a su vez permite reconocer una perspectiva integral de la psicología moral para proponer diversas estrategias de intervención como otro factor indispensable para la detección y prevención de la desconexión moral.

Se han propuesto algunas estrategias de intervención basadas en fomentar habilidades cognitivas y sociales para contrarrestar las manifestaciones de desconexión moral, desde el desarrollo de entrenamientos en resiliencia y toma de decisiones morales enfocados en enfrentar la influencia de las conductas violentas modeladas por otras personas y en optar por decisiones basadas en la responsabilidad colectiva dentro de diferentes contextos de interacción social (Aly, Taylor, & Karnovsky, 2014; Brüggemann, Forsberg, Colnerud, Wijma, & Thornberg, 2019). Así mismo, se han desarrollado otras propuestas prácticas para la prevención tanto de aspectos relacionados con la desconexión moral como con las expresiones de violencia, además de la promoción de conductas morales que contribuyan a que la sociedad tome con mayor seriedad a procesos como el razonamiento moral, los derechos humanos y la estabilidad emocional (Mujica-Johnson, 2020).

La evaluación psicológica de aspectos morales y sus aplicaciones prácticas son ejes indispensables para completar el entendimiento de los avances en psicología moral, ya que demuestran los esfuerzos de diferentes generaciones de investigadoras e investigadores por utilizar métodos basados en evidencia que permitan reconocer con certeza a las emociones, razonamientos, decisiones y habilidades implicadas en el desarrollo moral de las personas y así dirigir eficazmente las estrategias de intervención hacia la promoción de algunos aspectos y la prevención de otros. Es así como el capítulo final del libro se enfoca en dar a conocer los principales métodos de evaluación en psicología moral, cada uno con su respectivo rigor y objetivos particulares.

Resumen

En psicología moral se estudian diversas problemáticas relacionadas con la falta de cumplimiento o coherencia con principios morales verbalmente aceptados. Se resaltan conceptos como el de hipocresía moral, que permite identificar factores disposicionales por los que una persona no cumple con un estándar moral, o bien el concepto de desconexión moral, el cual se relaciona recurrentemente con las problemáticas debidas a conductas antisociales.

La desconexión moral es un proceso cognitivo social en el que una persona se percibe ajena de los principios morales que imperan en su sociedad, por lo que tiende a manifestar conductas antisociales sin remordimientos. Debido a esto, estudios han señalado que la desconexión moral y la conducta antisocial se han manifestado en problemáticas de violencia como el acoso escolar, las agresiones sexuales, el maltrato animal, las situaciones implicadas con la psicopatía, el acoso laboral, las agresiones en el deporte, la corrupción o el racismo. Se ha recomendado que se tomen en consideración las explicaciones de las dinámicas que presenta la desconexión moral en estas problemáticas en miras a sugerir pautas de prevención e intervención que sean eficaces.

Además de las problemáticas en las que se manifiestan la desconexión moral y la conducta antisocial, se han estudiado sus factores de riesgo, es decir, los acontecimientos que aumentan la probabilidad de que se desarrollen estos procesos. La evidencia en psicología moral muestra que la historia familiar aunada a una normalización cultural de la violencia, el consumo excesivo de drogas, los problemas socioeconómicos, la

historia de agresión escolar y los videojuegos de contenido violento (estos últimos en combinación con otros factores) son procesos psicológicos y sociales que propician el desarrollo de la desconexión moral en sus diferentes componentes, además de que promueven a las conductas antisociales como formas de responder a los problemas.

Se han elaborado diversas propuestas que pueden utilizarse para intervenir con aspectos de desconexión moral y conducta antisocial, las cuales se centran en la evaluación e intervención como procedimientos fundamentales. La evaluación psicológica permite detectar con precisión cómo se manifiestan los aspectos que envuelven a la desconexión moral, además de los posibles factores protectores inmersos en otros aspectos de la psicología moral, como los revisados en capítulos anteriores, de tal manera que las intervenciones han logrado fomentar habilidades cognitivas y sociales que permiten resolver problemas con base en principios morales. De este modo, es fundamental revisar también las principales aportaciones en cuanto a métodos de evaluación psicológica de la moralidad.

Métodos de evaluación en psicología moral

Evaluar aspectos psicológicos relacionados con la moralidad puede representar un gran reto debido a la naturaleza compleja de lo que cada persona, comunidad o cultura interpreta como bueno y malo (Graham et al., 2011). Sin embargo, se han realizado diversas propuestas sobre las características afectivas y cognitivas que representan a la psicología moral; cada una con la finalidad de aportar conocimientos sobre las diferentes categorías o valores que se les pueden asignar a las conductas morales en términos de las propuestas teóricas que se han revisado en los capítulos anteriores.

No sobra decir que las teorías e investigaciones recientes que se han recopilado en este libro han sido obtenidas por sus respectivos autores gracias a la delimitación de procedimientos de evaluación rigurosos que respaldan sus argumentos en términos cuantitativos o cualitativos. Por esta razón, varias de las menciones de este capítulo consideran los conceptos que se han revisado previamente (la mayoría con el apellido de moral): desarrollo, emociones, fundamentos, razonamiento, competencia, decisiones o desconexión, entre otros procesos complementarios, por lo que se hará referencia a varios capítulos anteriores.

A continuación, se revisan los principales métodos de evaluación utilizados para obtener datos y sacar conclusiones en torno a la psicología moral, los cuales se sugiere dividir en tres grandes ejes: psicométricos, experimentales y cualitativos.

Métodos psicométricos

La psicometría ha sido una rama de la psicología muy útil para que las conclusiones de diferentes teorías o investigaciones que se han desarrollado históricamente tengan un sentido más o menos claro de precisión en términos matemáticos. A través del concepto de medición en psicología, comprendido como la asignación de uno o más valores numéricos a un atributo psicológico, se han creado pruebas psicométricas que han contribuido en avances significativos de la psicología como ciencia en sus diferentes subdisciplinas (Aliaga, 2007).

En el caso de la psicología moral, existe una amplia gama de pruebas psicométricas que miden desde diferentes modelos matemáticos la dinámica de emociones, pensamientos o estilos de comportamiento concretos basados en deliberaciones sobre lo bueno y lo malo. A continuación, se presentan primero los instrumentos de evaluación que se han desarrollado para una aplicación en diferentes culturas y países (con sus respectivas adaptaciones o pruebas complementarias) y después se muestran algunos ejemplos de instrumentos elaborados para contextos particulares. Una de las pruebas más utilizadas en psicología moral es el Defining Issues Test (DIT), el cual ha sido de gran utilidad para establecer demostraciones cuantitativas acerca del desarrollo moral aplicado a varios contextos y sectores sociales.

Defining Issues Test (DIT)

También conocido en español como Cuestionario de Problemas Sociomorales (Barba, 2002), el DIT es una prueba psicométrica elaborada desde la perspectiva neokohlbergiana (Rest, 1979; mencionada en el Capítulo 3). Consta de seis historias (con una versión corta de tres) que presentan dilemas morales que deben resolverse mediante una decisión moralmente razonada. Se presentan 12 afirmaciones por dilema, donde cada afirmación representa un posible razonamiento que justifica una decisión. Cada persona debe evaluar en una escala de 1 a 5 cuán importante considera cada argumento para fundamentar racionalmente una decisión hipotética ante tal o tales dilemas, de modo que en las respuestas se obtienen indicadores de su desarrollo moral desde la perspectiva planteada inicialmente por Kohlberg (Rest, 1979).

Los reactivos se distribuyen conceptualmente en los seis niveles originales de Kohlberg, pero estadísticamente tienden a dividirse en tres factores (preconvencional/ de

intereses personales, convencional/ de mantenimiento de normas y postconvencional/ de principios éticos universales), que corresponden con la perspectiva neokohlbergiana de esquemas (Rest, Narvaez, Thoma, & Bebeau, 2000).

Se han elaborado diferentes puntuaciones que permiten modelar psicométricamente el desarrollo moral de cada persona, y la más utilizada es la puntuación P, la cual va de 0 a 100 y refleja la probabilidad de que una persona utilice un esquema postconvencional para razonar moralmente. Otras puntuaciones se enfocan en la inclinación a los otros esquemas del desarrollo moral, por lo que también existe una puntuación PI, que mide la probabilidad de usar un esquema de intereses personales y una puntuación MN, que mide la probabilidad de usar un esquema de mantenimiento de normas (Rest et al., 2000). Es así como el DIT mide las tendencias de las personas a mostrar indicadores de los esquemas mencionados en la teoría neokohlbergiana. Sin embargo, se ha elaborado una segunda versión (DIT-2), debido a la necesidad de hacer ajustes que modelen con mayor adecuación al desarrollo moral de una persona (Rest & Narvaez, 1998).

El DIT-2 provee una puntuación adicional muy importante para dar fundamentos psicométricos a la evaluación del desarrollo moral: la puntuación N2. Esta puntuación representa un cálculo general del nivel de desarrollo moral en función de la relación entre las puntuaciones de los tres esquemas, y no sólo los evalúa por separado como en el caso de la primera versión. Por lo tanto, la puntuación N2 permite medir un desarrollo moral general en términos de un continuo de esquemas de intereses personales a un esquema postconvencional de principios éticos universales (Rest, Thoma, Narvaez, & Bebeau, 1997).

Entre la primera y la segunda versión del DIT, se observan índices de confiabilidad Alfa de Cronbach que oscilan entre .76 y .84, además de que la segunda versión ha sido probada recientemente con modelamiento por ecuaciones estructurales, demostrando índices de ajuste satisfactorios (Choi, Han, Bankhead, & Thoma, 2020). En síntesis, el DIT-2 provee cuatro índices basados en diferentes indicadores del desarrollo moral:

- *Puntuación de intereses personales (PI)*. Razonamiento guiado únicamente por el bienestar individual.
- *Puntuación de mantenimiento de normas (MN)*. Razonamiento guiado por los estándares sociales.

- *Puntuación de esquema postconvencional (P)*. Razonamiento guiado por principios de justicia, bienestar universal y derechos humanos.
- *Puntuación general de desarrollo moral (N2)*. Nivel de razonamiento moral en términos de un continuo $PI \rightarrow MN \rightarrow P$.

Así como la teoría neokohlbergiana se basa en modelos psicométricos para dar sustento empírico de sus conclusiones, otras teorías del desarrollo moral también lo hacen, como es el caso de la teoría de la competencia moral-democrática, a través del test de competencia moral (Lind, 2016).

Test de competencia moral

El MCT (por sus siglas en inglés) se puede apreciar como una prueba complementaria al DIT debido a que parte del mismo modelo teórico de la taxonomía kohlbergiana. Sin embargo, hay diferencias marcadas que deben aclararse en cuanto a su calificación e interpretación, ya que además se adecua a la postura teórica de la competencia moral-democrática planteada por Lind (2007, 2016) y mencionada con más detalle en el Capítulo 3.

El MCT presenta dos dilemas morales, similares a los dilemas utilizados en el DIT, pero difiere con respecto a que la presentación de cada dilema incluye una decisión ya tomada por un personaje hipotético, lo que da pauta a generar posturas y juicios morales contrarios en cuanto a considerar que tal decisión fue “la correcta” o no (Lind, 2016). Para cada dilema se le pide a la persona respondiente evaluar 12 argumentos (seis a favor de la decisión y seis en contra, donde un argumento a favor y uno en contra se basan en el razonamiento de cada etapa de la taxonomía de Kohlberg). Se utiliza una escala tipo Likert con nueve opciones de respuesta que van de -4 a 4 (-4 = Totalmente en contra del argumento, 0 = Neutral, 4 = Totalmente a favor del argumento).

Se calcula una puntuación C (*Competence*) de 0 a 100, donde la puntuación más alta se obtiene cuando una persona es consistente con sus principios morales y toma en cuenta tanto posturas a favor como posturas en contra de la decisión tomada en el dilema, sin importar si sus principios morales se encuentran en los niveles más bajos de la taxonomía de Kohlberg (lo que implicaría tener puntuaciones bajas en la puntuación P o la puntuación N2 del DIT). Se evalúa de esta manera debido a que se asume que la competencia moral-democrática implica que una persona sea capaz de

sopesar juicios morales que estén tanto a favor de su criterio personal como en contra, de modo que se puede utilizar el diálogo como una forma de resolver problemas, en lugar de comportamientos violentos. A menudo las puntuaciones C de las personas se encuentran entre 0 y 40 puntos (Lind, 2007).

Lind (2016) argumenta que lo normal es obtener correlaciones positivas entre los puntajes P y N2 del DIT y el puntaje C del MCT dada la complementariedad con el enfoque kohlbergiano y neokohlbergiano, pero esto no implica que sea imposible encontrar correlaciones negativas entre estas puntuaciones debido a una probable interacción inversamente proporcional entre el desarrollo del razonamiento moral general de una persona o un grupo de personas (puntuación N2) y su competencia moral (puntuación C). Además, un punto a resaltar de este test es que no se presenta como una prueba “tradicional” que se base en teorías psicométricas como la teoría clásica de los tests o la teoría de respuesta al ítem, ya que tiene un modelo matemático único en términos de evaluación de variabilidad y consistencia (Lind, 2007).

Cabe mencionar que existen otras pruebas complementarias al DIT y al MCT en el sentido de que también parten del enfoque kohlbergiano, como el Inventario de razonamiento ético (Page & Bode, 1980) y el Cuestionario de reflexión socio-moral objetivo (Gibbs et al., 1984), los cuales fueron elaborados con fines de ajuste de la teoría original (como la eliminación del nivel 6 o la presentación de varias alternativas de decisión), pero las mejoras a la medición del desarrollo del razonamiento moral han tratado de enfocarse más en la promoción del DIT-2 como la prueba por excelencia y al MCT como un modelo alternativo viable. Aunque cabe mencionar que en cuanto a dilemas morales resalta otra prueba psicométrica utilizada ampliamente en psicología con un enfoque diferente de los que parten de Kohlberg, y es la batería de dilemas morales de Moore (Moore, Clark, & Kane, 2008).

Batería de dilemas morales de Moore

Desde una perspectiva de la moralidad centrada más en el juicio ante diferentes contextos que en el razonamiento como lo plantea la teoría del procesamiento dual (Greene, 2007, mencionada en el Capítulo 6), Moore et al. (2008) proponen una batería de 24 dilemas morales hipotéticos con cuatro temáticas sobre la toma de decisiones morales ante contextos que implican la posible muerte de una o más personas: 1. evitables (las consecuencias dependen de la propia acción), 2. inevitables (las consecuencias dependen de la acción de otras personas), 3. personales (la propia vida

está en riesgo) e 4. impersonales (la vida de otras personas está en riesgo). Estas cuatro temáticas conforman a su vez cuatro factores que representan las posibles soluciones en función de las posibles combinaciones de los contextos: 1. dilemas personales-evitables, 2. dilemas personales-inevitables, 3. dilemas impersonales-evitables y 4. dilemas impersonales-inevitables. Cada dilema solicita una respuesta acerca de si cada solución planteada es apropiada o no (juicio moral).

La batería de dilemas morales de Moore se basa en análisis de varianza que demuestran su correspondencia y complementariedad con la teoría del procesamiento dual de Greene en cuanto a que las soluciones personales-evitables se juzgan como más inapropiadas y tardan más tiempo en definirse (debido al involucramiento emocional que plantea el mismo Greene en su teoría), seguidos de las impersonales-evitables, las personales-inevitables y por último las impersonales-inevitables, como las juzgadas como menos inapropiadas y las más rápidas de responder. Además, presenta análisis de covarianza con evaluaciones de capacidad de memoria, los cuales muestran que las personas con mejor capacidad responden más rápido a los dilemas (Moore et al., 2008). Así mismo, cuenta con diferentes adaptaciones a otros idiomas con sus respectivos procesos de validación, lo cual permite comprenderla como una prueba adecuada para entender la respuesta a dilemas morales desde un enfoque distinto al centrado en el razonamiento (Carmona-Perera, Caracuel, Verdejo-García, & Perez-García, 2013).

Así como la lógica de dilemas morales ha sido una herramienta frecuente de evidencia psicométrica para algunas teorías de la psicología moral, otras han desarrollado instrumentos que dan fundamento científico a sus planteamientos con otro tipo de estructura y redacción de reactivos. Tal es el caso de la teoría de los fundamentos morales revisada en el Capítulo 2 (Graham et al., 2011).

Cuestionario de los fundamentos morales

El MFQ (por sus siglas en inglés), es la prueba psicométrica que se utiliza en mayor medida por las investigaciones que se basan en la teoría de los fundamentos morales de Haidt y colaboradores; es un instrumento con una estructura más cercana a las pruebas de actitudes tradicionales. Está compuesto por 30 reactivos divididos en dos secciones: 15 reactivos en términos de relevancia y 15 reactivos en términos de estar de acuerdo o en desacuerdo. Utiliza una escala tipo Likert con opciones de respuesta de 0 a 5 (0 = nada relevante en la primera sección y totalmente en desacuerdo en la segunda, y 5 = muy relevante en la primera sección y totalmente de acuerdo en la segunda). Los reactivos

de ambas secciones en conjunto se distribuyen en cinco factores que corresponden con los cinco fundamentos morales y sus índices alfa de Cronbach oscilan entre .65 y .84. También muestra índices de validez convergente y divergente con base en correlaciones de Pearson con escalas de empatía, valores y actitudes hacia diferentes temas como religión o política. No reporta porcentajes de varianza explicada, pero se basa en un análisis factorial confirmatorio con índices de ajuste aceptables. Los reactivos fueron probados en muestras de adultos de países de todos los continentes, con una mayoría norteamericana (Graham et al., 2011).

El MFQ ha sido traducido a diferentes idiomas y probado en diferentes culturas para dar evidencia transcultural de la teoría de los fundamentos morales, además de que se han desarrollado pruebas complementarias con directrices y modificaciones específicas en términos de aplicaciones del constructo a eventos particulares o significado psicológico en poblaciones alternas, como la batería de Viñetas sobre fundamentos morales (Clifford, Iyengar, Cabeza, & Sinnott-Armstrong, 2015), la Escala de sacralidad de los fundamentos morales (Graham & Haidt, 2012) y la Escala de dominio moral para adolescentes (Miranda-Rodríguez & García-Méndez, 2019; ver Anexo 1)..

Es importante resaltar que la adaptación transcultural de pruebas psicométricas ha sido de gran utilidad para fortalecer a las teorías en psicología moral como es el caso de teorías como las de Kohlberg, Lind o Haidt, algo que también se muestra con la perspectiva de Bandura (1999, 2016) sobre la desconexión moral revisada en el capítulo anterior, la cual cuenta con su respectivo instrumento.

Escala de desconexión moral

En la comprensión de la desconexión moral como una serie de ocho mecanismos psicosociales, los cuales conforman cuatro componentes que pueden desencadenar una conducta antisocial por un proceso de desvinculación con principios morales, Bandura et al. (1996) desarrollaron una escala que permitiera mostrar indicadores cuantitativos de tales mecanismos y componentes en conjunto. La escala está compuesta por 32 reactivos conceptualmente asociados con los ocho mecanismos mencionados en el capítulo anterior, pero estadísticamente conformados en un factor único que explica el 16.2 % de la varianza, además de un coeficiente Alfa de Cronbach de .82. También muestra pruebas de validez convergente y divergente con base en un análisis de senderos (*Path Analysis*), con escalas de propensión a la agresión, conducta prosocial, rumiación hostil, irascibilidad y culpa, las cuales, en relación con la desconexión moral,

conforman dos modelos estructurales que predicen la conducta delictiva y agresiva respectivamente. Los reactivos presentan tres opciones de respuesta en un continuo *de acuerdo-en desacuerdo* y fueron probados en muestras de niños y adolescentes de 10 a 15 años. Esta primera versión tuvo que ser revisada en estudios posteriores.

La escala de desconexión moral ha tenido diferentes actualizaciones en términos de redacción de reactivos, incremento de las opciones de respuesta de tres a cinco, aplicación a personas con un rango de edad más amplio, cambios de un método de rotación ortogonal a uno de rotación oblicua y adaptaciones a otros contextos (Caprara et al., 2009). Así mismo, las aplicaciones posteriores han podido demostrar resultados más consistentes en torno al estudio de la desconexión moral en varios contextos específicos que implican la necesidad de explicar conductas antisociales, de modo que se han podido elaborar versiones aplicadas a culturas con idiomas diferentes (Bautista, Vera, Cuevas, & Tánori, 2020; Carrera-Fernández, Cid-Fernández, Almeida, González-Fernández, & Lameiras-Fernández, 2018; García-Vázquez, Valdés-Cuervo, Carlos-Martínez, & Alcántar-Nieblas, 2019; Rubio-Garay, Amor, & Carrasco, 2017).

Instrumentos desarrollados en contextos particulares

La psicometría es una herramienta de gran utilidad para evaluar las variantes psicológicas y psicosociales de la moralidad, lo que se puede apreciar en los instrumentos de aplicación transcultural antes mencionados, pero también en otros que han sido desarrollados ya sea para culturas específicas o para dimensiones particulares de la psicología moral. Tal es el caso de instrumentos como la Escala de personalidad moral (Buxarrais, Martínez, & Tey, 2003) y la Escala de autoridad moral (White, 1997). La primera, diseñada originalmente para estudiantes universitarios, mide las tres dimensiones definidas por Puig (1995, 1996) y descritas en el Capítulo 3. De acuerdo con Tey, Vilà y Martínez (2014), estos reactivos fueron sometidos a jueceo de expertos, además de que tienen un Alfa de Cronbach global de .82. La segunda, diseñada originalmente para adolescentes, mide los niveles de identificación como autoridad para el criterio moral con respecto a cinco factores sociales: 1. sociedad, 2. igualdad, 3. familia, 4. educadores e 5. interés personal. Contiene validez convergente y discriminante que apoya la consistencia de sus factores y se sustenta en índices de correlación test-retest de .95 y .98 para la confiabilidad.

Es notorio que el apoyo de los métodos psicométricos es esencial para obtener evidencia para más de un enfoque de la psicología moral o de la psicología en general que ha

tomado en cuenta procesos morales. Esto último lo muestran instrumentos que se han desarrollado para reconocer indicadores conductuales de regulación moral a través del contexto de los estilos de crianza desde una perspectiva interconductual, de tal manera que se ha aportado conocimiento para esta perspectiva a través de la medición como eje central de algunas investigaciones (Díaz-González, Sánchez, & Vega-Valero, 2009; Díaz-González, Vega-Valero, & Cantorán-Toscano, 2008; Vega-Valero, Díaz-González, & Gutiérrez-Paredes, 2008).

En general, las manifestaciones de la moralidad se han medido como el constructo principal o como un componente importante tanto en instrumentos basados en psicología moral como en psicología social, de la salud o educativa. Por ejemplo, escalas en español sobre ambiente familiar, conflicto, infidelidad, valoración marital, masculinidad-feminidad, autoconcepto, autoestima, apoyo social, deseabilidad social, valores, maquiavelismo, religiosidad, actitudes hacia la pena de muerte, entre otras, han considerado aspectos morales entre sus dimensiones para medir adecuadamente sus respectivas variables de interés (para más información sobre escalas psicosociales y de la salud en español ver Calleja, 2011, 2019).

Si bien los métodos psicométricos contribuyen a comprender un conjunto de indicadores de conceptos de la psicología moral como los que se han mencionado en capítulos anteriores, otras investigaciones pretenden identificar conductas específicas como respuesta a escenarios específicos y controlados. Es en este punto donde los métodos experimentales son necesarios para entender diversos aspectos de la psicología moral de una forma que las pruebas psicométricas no permiten precisar y por lo que deben ser complementadas o sustituidas.

Métodos experimentales

La relación entre moralidad y psicología experimental va más allá de los análisis o reflexiones realizadas sobre los famosos experimentos que se mencionan en la historia de la psicología (como los estudios de Watson y Rayner con el conocido “Pequeño Albert” o los experimentos de Stanley Milgram), debido a su polémica con los criterios que hoy en día definen los códigos de ética (Digdon, Powell, & Harris, 2014; Herrera, 2001). En las últimas décadas se han realizado estudios experimentales dirigidos a estudiar diferentes manifestaciones de la moralidad en términos de observación

directa, de interpretación a través del reconocimiento de la actividad cerebral o, más recientemente, la medición de conductas observables o encubiertas ante escenarios diseñados a computadora. Los primeros se abordan a continuación como métodos de observación conductual, los segundos como métodos de evaluación neuropsicológica y los terceros como métodos de realidad virtual.

Métodos de observación conductual

Diversos descubrimientos en psicología moral se han obtenido gracias a métodos experimentales en los que se han registrado conductas que responden a escenarios controlados, de tal manera que puedan analizarse con una lógica basada en criterios de moralidad. Desde los estudios con animales revisados en el Capítulo 2, que han reconocido patrones de comportamiento individual y social que en los seres humanos se pueden asumir como conductas morales (Brosnan & de Waal, 2003; de Waal, 1991, 1996, 1998), hasta los estudios con infantes (también vistos en el Capítulo 2) que han demostrado el reconocimiento de comportamientos específicos de apoyo, evaluación social y reciprocidad desde los primeros meses de edad (Hamlin, Wynn, & Bloom, 2010; Hamlin, Ullman, Tenenbaum, Goodman, & Baker, 2013; Warneken & Tomasello, 2007), conforman algunos ejemplos de cómo la evidencia experimental ha contribuido en establecer argumentos y teorías basadas en un punto de vista científico de la psicología moral.

Con respecto a estudios con humanos en etapas posteriores a la infancia, ejemplos de evidencia experimental se muestran en investigaciones con dilemas morales o sociales e investigaciones sobre hipocresía moral revisadas en los capítulos 6 y 7 respectivamente. Las primeras han reconocido que la frecuencia de conductas dirigidas a ayudar, cooperar o pensar sólo en el bienestar individual sobre el social dependen en gran medida de las características del lugar, el momento y las personas implicadas en la situación, además de las consecuencias tangibles inmediatas de las propias decisiones que se van tomando (Carpio et al., 2008; Schein, 2020). Las segundas han permitido observar comportamientos desproporcionales a lo encontrado en cuestionarios, demostrando que las conductas basadas en decisiones ante contextos particulares no siempre corresponden con lo que se expresa verbalmente en términos de moralidad (Batson, Kobryniewicz, Dinnerstein, Kampf, & Wilson, 1997; Batson & Thompson, 2000).

El apoyo experimental ha permitido también reconocer las variaciones de conductas relacionadas con ayudar y procurar la justicia a partir de la aparición controlada de

estímulos verbales como “ayudar es bueno” y “no hagas trampa”, o de la demostración de situaciones de contenido moral como las que implican enseñanza de formas de comportamiento de padres a hijos, concluyendo que sus manifestaciones en el ambiente influyen considerablemente como mecanismos de regulación conductual (Che-Gallardo, 2017; Díaz-González, Rodríguez, Martínez, & Nava, 2004; Ribes, 1992).

En general, los métodos experimentales de observación conductual han sido de gran ayuda para evaluar con alto nivel de precisión a la frecuencia de acciones morales específicas que se manifiestan todos los días, además de comprender las razones ambientales por las que se interrumpen o simplemente se omiten. Aunado a ello, la evidencia experimental también se ha enfocado en la evaluación de conductas morales encubiertas (percibir, sentir, pensar, etc.), pero de las cuales se pueden obtener indicadores a partir del reconocimiento de sus manifestaciones en el sistema nervioso, y es en este punto donde toman relevancia los métodos de evaluación neuropsicológica.

Métodos de evaluación neuropsicológica

Como se revisó en el Capítulo 1, la actividad cerebral y del sistema nervioso en general fungen como indicadores de aquellos procesos psicológicos implicados en un contexto moral que no se pueden apreciar desde los métodos experimentales de observación conductual directa, y los avances en el campo de las neurociencias han contribuido considerablemente en su evaluación rigurosa y sistemática (Greene & Haidt, 2002). Con apoyo de diversas técnicas de neuroimagen y resonancia magnética funcional (Tirapu-Ustárroz, 2007), los estudios en psicología moral tienden a utilizar estímulos controlados de contenido moral como dilemas similares a los vistos en el Capítulo 6 o imágenes que normalmente estimulan emociones como las mencionadas por Haidt (2003), que permiten reconocer actividades cerebrales que en evidencias anteriores han mostrado implicaciones con procesos cognitivos y/o afectivos particulares, por lo que se han logrado obtener conclusiones relacionadas con procesos cerebrales que constantemente corresponden con los juicios, las emociones, el razonamiento o las decisiones morales. Esto también permite establecer criterios para definir si ciertas pautas de comportamiento moralmente indeseables se deben en parte a problemas relacionados con falta de actividad apropiada en estas áreas (Damasio, 1994; Greene & Young, 2015).

Un ejemplo específico de evaluación neuropsicológica de conductas morales se puede apreciar en la batería de imágenes de Vélez-García, Chayo-Dichy, Arias, Castillo-Parra y

Ostrosky-Solís (2003), la cual consta de 278 fotografías que pueden ser utilizadas como un grupo de estímulos de valencia afectiva, activación, dominancia y contenido moral. Esta batería contiene fotografías con escenas desagradables con contenido moral (e.g. escenas de guerra y asaltos físicos), escenas desagradables sin connotación moral (e.g. tumores y cuerpos mutilados), y escenas neutrales (e.g. picaportes y teclados), de tal manera que se pueden evaluar reacciones emocionales y valoraciones morales que se diferencien de aquellas que no tengan contenido moral. Cabe mencionar que esta evaluación se apoya de otras técnicas como resonancia magnética funcional, potenciales relacionados con eventos (PRE'S) y electromiografía de músculos faciales asociados con el procesamiento emocional y la respuesta de conductancia de la piel.

Otro ejemplo lo muestran estudios que se apoyan de estimulación a través de la lectura de enunciados, los cuales buscan cumplir el mismo objetivo que las imágenes de evaluar reacciones emocionales y valoraciones diferenciadas con ayuda de técnicas de evaluación fisiológica complementarias. Por ejemplo, Moll, de Oliveira-Souza, Bramati y Grafman (2002) proponen una presentación de enunciados no morales neutrales (e.g. "Él/ella nunca usa el cinturón de seguridad"), no morales displacenteros (e.g. "Él/ella lamió el inodoro sucio"), morales (e.g. "Él/ella le disparó a la víctima y la mató") y sin sentido (e.g. "El giro de la vida de la bebida de zapatos era hermano"); y Heekeren et al. (2005) proponen enunciados que se diferencien en términos de no contener un daño directo al cuerpo (e.g. "La persona A nunca devolvió el dinero") y sí contenerlo (e.g. "La persona A le provoca sangrado en la nariz a la persona B"). Estos métodos han sido probados y utilizados para obtener conclusiones neurocientíficas relacionadas con cuestiones de la psicología moral como las revisadas en el Capítulo 1.

Los métodos de evaluación neuropsicológica y neurofisiológica muestran cómo los avances en la tecnología han contribuido significativamente en diferentes campos de la psicología entre los que se encuentra la psicología moral. Así también los avances tecnológicos han aportado evidencia para la psicometría respecto a la aplicación electrónica de instrumentos y el análisis de datos (aunque esto último ha sido provechoso para prácticamente cualquier método propuesto en la psicología científica, tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo). Sin embargo, la tecnología no solamente ha contribuido a fortalecer o precisar los conocimientos de estas áreas de la psicología, sino también para abordarlas desde procedimientos alternativos, entre los que destaca el uso de escenarios de realidad virtual, los cuales han sido de gran utilidad para el estudio de la moralidad desde el ámbito experimental en los últimos años.

Métodos de realidad virtual

La realidad virtual (VR por sus siglas en inglés) ha sido un método utilizado recientemente en diferentes áreas donde las neurociencias y la psicología en general han participado constantemente. La idea de utilizar este método es crear o recrear escenarios que permitan estimular la percepción de las personas de forma muy similar a una experiencia real y por lo tanto se puedan evaluar aspectos cercanos a una condición experimental tradicional, o incluso de una forma que en un experimento real sea muy complicado realizar por la complejidad del escenario o por falta de recursos. Las expectativas de estos métodos para el futuro radican en poder evaluar la conducta de una forma que en la realidad física sería casi imposible (Slater & Sánchez-Vives, 2016); salvaguardando siempre un uso ético y profesional (Slater et al., 2020).

Los usos de VR en psicología moral han contribuido a aplicar los dilemas morales de una forma diferente y más directa en cuanto a la experiencia: en lugar de plantearlos de forma escrita, presentarlos como un escenario virtual. Por ejemplo, se han utilizado diferentes variaciones del dilema del tranvía para diseñar escenarios en los que las personas deben tomar decisiones que afectarán la situación, pero en lugar de leer las consecuencias, las “observan directamente”. Las evidencias muestran que en VR las reacciones emocionales incrementan en comparación con el uso de instrumentos tradicionales, que las respuestas utilitaristas aparecen con mayor frecuencia y confirman que los juicios morales como expresiones verbales no siempre corresponden con las decisiones morales como acciones manifiestas (Navarrete, McDonald, Mott, & Asher, 2012; Pan & Slater, 2011; Patil, Cogoni, Zangrando, Chittaro, & Silani, 2014; Skulmowski, Bunge, Kaspar, & Pipa, 2014).

Cabe resaltar que las evidencias con VR no sugieren que se desechen los estudios que utilizan dilemas con texto, ya que las diferencias no suelen ser marcadamente amplias y en lo general hay consistencia en cuanto a los patrones de comportamiento entre uno y otro método (Sütfeld, Ehinger, König, & Pipa, 2019). VR se muestra, más bien, como un método innovador y complementario de los métodos psicométricos, de observación conductual y/o de evaluación neuropsicológica, ya que permite obtener evidencias adicionales para el entendimiento y explicación de la moralidad en relación con entornos socioambientales específicos (Pan & Slater, 2011).

Los métodos de VR son un ejemplo de la evolución de los estudios científicos que tienen el objetivo de mejorar las explicaciones sobre diferentes matices del comportamiento

moral con ayuda de análisis cuantitativos cada vez más precisos. Sin embargo, es importante revisar también a la psicología moral desde un enfoque cualitativo, ya que diferentes investigaciones se han planteado objetivos relacionados con interpretar cómo cada persona o comunidad en su especificidad les da significado a diversos aspectos morales. En ese sentido, los métodos cualitativos se han utilizado para abordar la moralidad desde una perspectiva que, más que ser contrarios a los métodos cuantitativos, utilizan procedimientos de obtención de datos diferentes.

Métodos cualitativos

Con base en objetivos relacionados con interpretar las opiniones, maneras de expresar discursos, experiencias narradas de personas en sus individualidades, entre otros aspectos subjetivos, investigaciones en psicología moral han obtenido conclusiones importantes con ayuda de métodos cualitativos de evaluación. Por ejemplo, a través de métodos como entrevistas semiestructuradas o preguntas abiertas se han logrado identificar formas de desconexión moral en el discurso de las personas al momento de justificar comportamientos relacionados con agredir, alentar el acoso escolar o hacer trampa; comportamientos descritos en sus opiniones y experiencias individuales (Long, Pantaléon, Bruant, & d'Arripe-Longueville, 2006; Price et al., 2014; Traclet, Romand, Moret, & Kavussanu, 2011).

El estudio de los fundamentos morales también se ha abordado con métodos cualitativos, como lo muestra un estudio en el que se utilizaron entrevistas semiestructuradas para explorar cómo se manifiestan en personas con autismo. Los resultados mostraron que los juicios morales de los participantes fueron consistentes con las evidencias de la teoría en personas sin autismo, de tal manera que las entrevistas cualitativas contribuyeron a reconocer que el pluralismo que promueve la teoría de los fundamentos morales permite integrar a personas con autismo cuando se intenta hablar de la moralidad de una sociedad (Dempsey, Moore, Richard, & Smith, 2020).

Los métodos cualitativos han contribuido con evidencias relevantes al estudio de la psicología moral como las planteadas por Bandura o Haidt, pero también han sido medios utilizados históricamente por las teorías del desarrollo moral, sobre todo en las investigaciones que reconocen o discuten la teoría de Kohlberg (1964, 1987), quien en principio planteó sus conclusiones con un método predominantemente cualitativo: la entrevista del juicio moral.

Entrevista del juicio moral

La MJJ (por sus siglas en inglés) está compuesta por nueve dilemas morales que se presentan a manera de entrevistas semiestructuradas, donde se plantean situaciones hipotéticas en las que los respondientes deben argumentar cómo actuarían para resolverlas, y las respuestas se evalúan con base en un manual que establece criterios para clasificarlas en alguno de los niveles planteados en la taxonomía de Kohlberg. La MJJ es el producto de un estudio longitudinal de 20 años en el que se entrevistó a un total de 58 niños hombres de 10 a 16 años en la primera evaluación y a quienes se les dio seguimiento con cinco intervalos de cuatro años, de tal manera que para la última evaluación ya eran adultos de 30 a 36 años. Los resultados mostraron consistencia directamente proporcional del desarrollo moral con la edad, el nivel educativo y el nivel socioeconómico de cada participante (Colby et al., 1983).

Los dilemas planteados en la MJJ consideran las siguientes temáticas: 1. leyes y reglas, 2. consciencia, roles sociales y afectividad, 3. autoridad y derechos civiles, 4. confianza y contrato social, 5. justicia y castigo, 6. propiedad, 7. verdad, 8. amor y 9. sexualidad. Una vez obtenidas las respuestas a estos dilemas, se debe definir el nivel de desarrollo moral con base en dos criterios: 1. negativos (obediencia, culpabilidad y egoísmo) y 2. positivos (reciprocidad, respeto propio y autonomía), los cuales permiten interpretar el razonamiento en función del uso de respuestas similares con los principios morales que se toman en cuenta (Colby et al., 1983; Kohlberg, 1987).

A pesar de utilizar criterios cualitativos para la obtención de respuestas, el manual de la MJJ permite establecer puntuaciones que clasifiquen numéricamente el razonamiento de los participantes en los diferentes niveles de la taxonomía kohlbergiana. Esto ha permitido que se obtengan evidencias de correlaciones con otras variables como conducta prosocial, habilidades personales para el servicio social o motivación con el aprendizaje (Coquyt, 2020; Lind, 2007), de tal manera que pueden surgir interrogantes en torno a si es más conveniente usar el MJJ o el DIT para evaluar el desarrollo moral desde el enfoque kohlbergiano, a lo que se ha sugerido en términos generales que el MJJ es pertinente si se pretende comprender el razonamiento moral desde el análisis del discurso, mientras que el DIT desde la cuantificación de patrones de respuesta específicos (Elm & Weber, 1994).

Al tratar el tema del desarrollo moral basado en los estudios de Kohlberg (primero desde la teoría y ahora desde su método de evaluación a través de la MJJ), es fundamental

retomar las críticas de Gilligan (1993) revisadas en el Capítulo 3 en cuanto a la exclusión de mujeres en el estudio longitudinal ya mencionado. Así como Gilligan planteó una teoría del desarrollo moral desde una perspectiva de género, también elaboró un método de evaluación cualitativo con entrevistas semiestructuradas, el método de guía de escucha, diseñado con el propósito inicial de visibilizar las opiniones y expresiones de las mujeres.

Método de guía de escucha

Los planteamientos de Gilligan (2015) en cuanto a usar la escucha sistemática como un método de evaluación consisten en interpretar varios aspectos psicológicos y psicosociales (incluyendo lo moral), prestando atención a las voces y a la interacción de voces presentadas en la transcripción de una entrevista, de tal manera que se puedan comprender los aspectos culturales y las dinámicas de relación desde un marco contextual que atienda los aspectos observables y encubiertos del comportamiento. Para lograrlo, sugiere que en las entrevistas que se suelen utilizar en la investigación cualitativa se tomen en cuenta dos tipos de preguntas al momento de realizarlas:

- *Preguntas sobre la voz y la relación.* ¿Quién está hablando y con quién? ¿En qué cuerpo o espacio físico? ¿Qué historias se cuentan y sobre qué relaciones? ¿En qué marcos sociales y culturales?
- *Preguntas de escucha.* ¿Cuáles son las características psicológicas de este terreno en particular? ¿Cómo se mueve el “yo” o la voz en primera persona a través de este terreno? ¿Qué voces dentro de la transcripción o el texto hablan o informan la pregunta del entrevistador o entrevistadora?

Este método de escucha busca promover que las personas se sientan seguras y en confianza para que sus voces puedan reflejar sus comportamientos a partir de la narración de sus historias y experiencias con ayuda de entrevistas que así se los promuevan (Gilligan, 2015). Se trata de un método utilizado históricamente en investigaciones cualitativas que han permitido entender aspectos psicológicos subjetivos que otros métodos cuantitativos no pretenden atender, como las particularidades de una experiencia a través de la percepción de quien la vivió, así como las percepciones de otras personas que pudieron estar presentes (Sorsoli & Tolman, 2008). Esto contribuyó a las teorizaciones sobre la moralidad de cuidado, las cuales han sido de gran apoyo para comprender la importancia de lo afectivo en el desarrollo moral (Gilligan, 1977, 1993).

Otra dimensión del desarrollo moral que también se considera en los métodos cualitativos (y que a su vez comparte con los cuantitativos por ser más una cuestión teórica que metodológica) es la adaptación cultural. En este caso, los estudios de Huerta y Ezcurra (1997) revisados en el Capítulo 3 sobre el desarrollo moral del niño mexicano a través de la batería de preguntas abiertas sobre situaciones sociales representan un ejemplo de la importancia de tomar en cuenta las características de la cultura y aplicarlas, en este caso, a la interpretación de significados sobre el criterio moral de cada persona.

Batería de preguntas abiertas sobre situaciones sociales

Este método cualitativo utiliza dilemas situacionales para evaluar el desarrollo moral desde una perspectiva similar a las antes mencionadas, con la particular diferencia de que está destinado específicamente a niños de la cultura mexicana. Utiliza seis situaciones hipotéticas que promueven a cada niño dar respuestas con base en su criterio moral, las cuales se clasifican con base en la taxonomía de Huerta y Ezcurra (1997) y se dividen en tres dimensiones basadas en valores, cada una con una situación individual y otra social:

- ***Valores de dignidad y solidaridad.*** Situación individual de dignidad en la pobreza y situación social de aprovechamiento de personas físicamente más fuertes sobre personas más débiles.
- ***Valores de igualdad y tolerancia.*** Situación individual de conflicto entre expresión de inconformidades personales y situación social de respeto a las diferencias.
- ***Valores de honestidad y justicia.*** Situación individual de cumplimiento de compromisos y situación social de retribución de servicios.

Cada situación cuenta con una guía de preguntas abiertas y un manual de interpretación con una perspectiva de entrevista semiestructurada, de tal forma que se promueve comprender el desarrollo moral desde la relación lógica entre las respuestas y la naturaleza de los valores clasificados, pero también con la recomendación de considerar y adaptarse a la individualidad de cada niño (Huerta & Ezcurra, 1997).

Otros métodos cualitativos

Investigaciones en psicología moral han utilizado métodos de evaluación cualitativa con el objetivo de atender aspectos subjetivos que, si bien buscan más la especificidad que la generalización, aportan conocimientos complementarios de aquellos que se obtienen con ayuda de análisis psicométricos y estadísticos en general. Otro ejemplo se muestra en investigaciones que consideran aspectos como la identidad moral desde un enfoque narrativo, en los que han identificado consistencias con la interpretación de las etapas del desarrollo moral que plantea el enfoque neo-kohlbergiano (Lapsley & Hardy, 2017).

Otras perspectivas han contribuido con investigaciones que obtienen conclusiones que pueden ir desde una interpretación ecológica hasta una centrada en los mínimos detalles de un evento específico, pero moralmente interpretable. En cuanto a la interpretación ecológica, se han aportado evidencias cualitativas con entrevistas semiestructuradas basadas en la complementación del enfoque kohlbergiano con un enfoque de niveles de estructura de sistemas (Bronfenbrenner, 1977), para hacer interpretaciones de los juicios morales de adolescentes desde una perspectiva que atienda lo individual en relación con las cualidades del entorno social y educativo que les rodea (Cortés, 2002).

En cuanto a lo centrado en los detalles, Barrios, Barbato y Branco (2012) sugieren un modelo que denominaron de *análisis microgenético*, con el cual sugieren utilizar materiales como grabaciones de video de interacciones sociales cotidianas para analizar los más mínimos detalles verbales y no verbales que aporten evidencias más específicas de interpretación de aspectos morales en las diferentes conductas que lleguen a observarse. El análisis microgenético se ha usado para analizar situaciones de interacción entre profesores y estudiantes para hacer interpretaciones del impacto de los métodos de enseñanza en el desarrollo moral de niñas, niños y adolescentes. Representa un ejemplo de la importancia que puede tener la evaluación cualitativa en aspectos de formación en valores y las habilidades de resolución de conflictos basadas en principios morales (Barrios, 2016).

En general, los métodos cualitativos representan medios necesarios para obtener evidencias relevantes en psicología moral. Si bien no se basan en el mismo rigor científico que las evidencias aportadas con métodos psicométricos y experimentales, representan una alternativa para conocer aspectos morales cuando los objetivos de investigación no pretendan la generalización y más bien pretendan reconocer las particularidades de una comunidad, un momento histórico, una situación o incluso una

sola persona, por lo que es fundamental reconocerlos como medios necesarios para el estudio de la moralidad. En la Tabla 8.1 se muestra una síntesis de los métodos de evaluación en psicología moral de acuerdo con la revisión de este capítulo.

Tabla 8.1. Síntesis de los métodos de evaluación en psicología moral.

Psicométricos	Experimentales	Cualitativos
<i>Descripción:</i> Se utilizan para medir las variaciones de la moralidad con base en criterios de precisión matemática. <i>Ejemplos [Nombre del instrumento (variable que mide)]:</i> 1. Defining Issues Test (Razonamiento)*, 2. Test de competencia moral (capacidad democrática y de diálogo), 3. Batería de dilemas morales de Moore (juicio y decisión), 4. Cuestionario de los fundamentos morales (relevancia y nivel de acuerdo)*, 5. Escala de desconexión moral (desapego a principios morales), 6. Escala de personalidad moral (dimensiones individuales y sociales del comportamiento personal), 7. Escala de autoridad moral para adolescentes (consideración o no como guía moral a grupos sociales específicos), 8. Otros**.	<i>Descripción:</i> Se utilizan para explicar las variaciones de la moralidad a partir de la presencia de estímulos y escenarios controlados. <i>Ejemplos [Tipo de estudio (evidencias que se han obtenido)]:</i> 1. De observación conductual (1.1. conductas en animales no humanos e infantes; 1.2. variaciones de los juicios y las decisiones de acuerdo con reglas verbales y con las características de la situación). 2. De evaluación neuropsicológica (identificación de actividad cerebral y reacciones fisiológicas a partir de la presencia de estímulos moralmente interpretables). 3. De realidad virtual (aportaciones a 1 y 2 con escenarios diseñados en computadora).	<i>Descripción:</i> Se utilizan para interpretar aspectos subjetivos de la moralidad con atención a los detalles y las individualidades. <i>Ejemplos [Medio de interpretación (cualidad que se busca evaluar)]:</i> 1. Entrevista del juicio moral (juicio y razonamiento mediante la demostración de argumentos), 2. Método de guía de escucha (diversos aspectos de la moralidad a partir de la atención a las voces de las personas entrevistadas), 3. Batería de preguntas abiertas sobre situaciones sociales (criterio moral de niños ante situaciones específicas), 4. Métodos narrativos (identidad moral), 5. Análisis ecológico (desarrollo moral en relación con el entorno), 6. Análisis microgenético (detalles de interacción con video).
* Cuentan con adaptaciones que se basan en sus teorías y que se presentan como escalas alternativas. ** Escalas de otras variables que consideran aspectos morales en sus dimensiones y reactivos.		

Los métodos de evaluación en psicología moral han mostrado avances importantes para obtener conclusiones cada vez más precisas y contundentes en cuanto a la naturaleza de la moralidad, lo que ha permitido que se tengan bases empíricas para proponer intervenciones que también sean adecuadas para contribuir eficazmente a las aplicaciones prácticas de la psicología moral en diferentes sectores sociales. Es por esta razón que la psicología moral ha avanzado considerablemente en las últimas décadas, aunque, como otras áreas de la psicología, pueden surgir nuevos cuestionamientos que se traduzcan en nuevas investigaciones que contribuyan a seguir avanzando en su conocimiento científico. ¿Alguna idea para una nueva investigación?

Resumen

Los métodos de evaluación han fungido como los medios fundamentales para que los avances en el conocimiento de la psicología moral sean cada vez más precisos y contundentes. Estos métodos se pueden dividir en tres grandes ejes: psicométricos, experimentales y cualitativos. Cada uno con su respectiva aportación al estudio de la moralidad.

Los métodos psicométricos contribuyen a medir diferentes variaciones de la moralidad para obtener conclusiones basadas en criterios matemáticos. Existen diversas pruebas psicométricas que evalúan variables como: razonamiento, capacidad democrática y de diálogo, juicios y decisiones ante dilemas, juicios en los fundamentos morales, desconexión moral, autoridad moral, personalidad o regulación conductual. Algunas pruebas han sido adaptadas, traducidas o validadas en culturas diferentes para dar sustento transcultural de las teorías correspondientes y otras han sido diseñadas para sectores sociales o contextos particulares.

Los métodos experimentales contribuyen a explicar las variaciones de la moralidad a partir de la manipulación de estímulos o escenarios. Esto ha dado pauta a que se obtengan evidencias desde aspectos de observación conductual y evaluación neuropsicológica, los cuales permiten obtener conclusiones de reacciones o decisiones particulares ante eventos controlados. Estos a su vez pueden apoyarse de los avances de la tecnología, donde resaltan los métodos de realidad virtual, que han funcionado para obtener evidencia experimental en psicología moral con ayuda de escenarios diseñados en computadora.

Los métodos cualitativos aportan conocimientos de interpretación de comunidades, momentos históricos o individualidades en cuanto a los significados y las características subjetivas que también se pueden atender para el estudio de la moralidad. Existen métodos que se apoyan de entrevistas y/o preguntas abiertas para evaluar cualidades morales del comportamiento como: razonamiento mediante argumentos, expresión obtenida gracias a la atención de la voz o las voces de las personas entrevistadas, criterio moral de niños, identidad moral con narraciones, análisis ecológicos y análisis de los más mínimos detalles en las interacciones.

La psicología moral ha tenido diversos avances significativos gracias a sus métodos de evaluación en cuanto a la generación de nuevas investigaciones, lo que ha forjado las bases de los conocimientos científicos en el tema de la moralidad, aunque se debe seguir haciendo investigación para precisar los conocimientos actuales y dar un mejor sustento empírico a las futuras intervenciones.

Anexo

Escala de dominio moral para adolescentes

(Miranda-Rodríguez & García-Méndez, 2019)

A continuación, se comparte un instrumento de evaluación elaborado por el autor de este libro, se presenta con la finalidad de ejemplificar algunos elementos empíricos que se consideran cuando se pretenden evaluar aspectos de la moralidad. Es una escala compuesta por 20 reactivos distribuidos en cinco factores que explican el 43.07 % de la varianza y presentan un alfa de Cronbach global de .84. Los cinco factores que componen la escala son: Amor/Respeto (5 reactivos, $\alpha = .75$), Lealtad/Familia (3 reactivos, $\alpha = .70$), Ofensa (3 reactivos, $\alpha = .62$), Equidad (4 reactivos, $\alpha = .63$) y Perjuicio (5 reactivos, $\alpha = .71$). Las puntuaciones se calculan promediando las respuestas por factor con una calificación mínima de 1 (completamente en desacuerdo con el principio moral) y máxima de 6 (completamente de acuerdo con el principio moral).

Se basa en una definición de dominio moral como un conjunto de principios morales que regulan el comportamiento con las siguientes características:

- *Amor/Respeto*. Principio que valora las muestras de afecto, la preocupación por el bienestar del otro y la demostración de que las personas son valiosas.
- *Lealtad/Familia*. Principio que favorece la estabilidad de los preceptos familiares y el valor de la familia como guía moral.
- *Ofensa*. Principio que señala como negativas e insultantes a la deshonestidad, la mentira y la venganza.
- *Equidad*. Principio que aprecia el dar-recibir en las relaciones interpersonales, la justicia y el trato igualitario, además de que los derechos y condiciones sean adecuadas para las características de cada persona.

- *Perjuicio*. Principio que reprueba la voluntad de agredir, de provocar dolor y de aprovecharse de las condiciones desfavorables de otros.

Estos principios se diferencian de los mencionados por Graham et al. (2011) en la teoría de los fundamentos morales con respecto a que parten del discurso específico de un sector de adolescentes (residentes de la Ciudad de México y el Estado de México) y no busca universalizar sus componentes, ya que se adapta a las condiciones de la cultura que les rodea. En ese mismo sentido, otros resultados demuestran que sus variabilidades se ven afectadas por aspectos socioculturales como las normas tradicionales de la cultura mexicana, las diferencias en cuanto a verticalidad y horizontalidad de la dimensión cultural de individualismo-colectivismo, y las dinámicas de socialización que conforman una percepción en los adolescentes sobre el funcionamiento de sus familias (Miranda-Rodríguez, 2020).

Dicho lo anterior, si se tiene el interés de utilizar la escala en una muestra diferente, se recomienda corroborar las cinco dimensiones mencionadas a través de pruebas de validez por estructura interna, o bien partir “desde cero” de las siguientes preguntas abiertas, las cuales sirven para tomar a la teoría de los fundamentos morales como ejes conceptuales de las variabilidades culturales que puedan resultar de preguntar sobre los significados los principios morales. La escala de dominio moral para adolescentes partió de un análisis cualitativo a las respuestas a estas preguntas para considerar los conceptos clave que se utilizaron después en la redacción de los reactivos:

1. ¿Cuál es la importancia que consideras tiene el cuidado hacia los demás o hacia uno mismo?
2. ¿Qué implicaciones crees que tiene hacerles daño a las personas o a uno mismo?
3. En tu experiencia, ¿qué acciones consideras que son justas?
4. En tu experiencia, ¿qué acciones consideras que son injustas?
5. Para ti, ¿con qué tiene que ver la lealtad?
6. Para ti, ¿con qué tiene que ver la traición?
7. ¿Cómo crees que debe ser una persona con autoridad razonable?

8. ¿Qué consideras que justifica el hecho de que las personas se rebelen ante una autoridad?
9. Para ti, ¿qué es una persona pura?
10. ¿Qué cosas consideras que degradan la pureza de las personas?
11. Para ti, ¿con qué se relaciona la moralidad?
12. Para ti, ¿con qué se relaciona lo inmoral?

En caso de utilizar directamente los 20 reactivos de la escala (que se muestran en la siguiente página), los factores que la componen se distribuyen en: 1. Amor/Respeto (reactivos 5, 8, 13, 16 y 17), 2. Lealtad/Familia (reactivos 4, 7 y 14), 3. Ofensa (reactivos 1, 6 y 12), 4. Equidad (reactivos 3, 10, 15 y 19) y 5. Perjuicio (reactivos 2, 9, 11, 18 y 20). Por último, se recomienda invertir las puntuaciones de los factores de Ofensa y Perjuicio al momento de capturar los datos ($1 = 6$, $2 = 5$, $3 = 4$, $4 = 3$, $5 = 2$ y $6 = 1$), de tal manera que se puedan interpretar correlaciones negativas con los factores de Amor/Respeto, Lealtad/Familia y Equidad. Por ejemplo, a mayor amor y el respeto, menor tendencia a ofender o perjudicar a otros..

Escala de dominio moral para adolescentes

A continuación, se presenta una serie de afirmaciones sobre lo que está bien y lo que está mal, por favor señala qué tan de acuerdo o en desacuerdo estás con ellas.

- | | |
|-----------------------------|--------------------------------|
| 1. Muy en desacuerdo | 2. Moderadamente en desacuerdo |
| 3. Levemente en desacuerdo | 4. Levemente de acuerdo |
| 5. Moderadamente de acuerdo | 6. Muy de acuerdo |

1	La mentira es un camino que sólo lleva a malas consecuencias.	1	2	3	4	5	6
2	Es indignante que algunas personas se beneficien a costa del esfuerzo de otros.	1	2	3	4	5	6
3	Todos tenemos derecho a que nuestra opinión sea tomada en cuenta.	1	2	3	4	5	6
4	La lealtad a la familia es lo más importante de todo.	1	2	3	4	5	6
5	El respeto es el camino necesario para ser una mejor sociedad.	1	2	3	4	5	6
6	La venganza es la peor forma de buscar justicia.	1	2	3	4	5	6
7	El respeto es necesario para jurar lealtad a los seres queridos.	1	2	3	4	5	6
8	Es necesaria una autoridad que se preocupe por el bienestar de todos.	1	2	3	4	5	6
9	Es horrible que una persona le provoque traumas emocionales a otra.	1	2	3	4	5	6
10	La ley se debe aplicar a todos por igual, sin importar si son ricos o pobres.	1	2	3	4	5	6
11	Pienso que es inaceptable dañar a otras personas.	1	2	3	4	5	6
12	La falta de respeto sólo lleva a la gente a malas consecuencias.	1	2	3	4	5	6
13	Cuidar a otras personas es una manera de expresar lo valiosas que son.	1	2	3	4	5	6
14	Las personas siempre deben ser leales a los miembros de su familia.	1	2	3	4	5	6
15	Todas las personas tienen los mismos derechos, sin importar su preferencia sexual.	1	2	3	4	5	6
16	Tratar a las personas con respeto ayuda a ser una sociedad más justa.	1	2	3	4	5	6
17	Procurar el bienestar de aquellos que amamos es lo más importante.	1	2	3	4	5	6
18	Es injusto que una sola persona se quede todo el crédito de un logro que se obtuvo en equipo.	1	2	3	4	5	6
19	La equidad de género es un valor indispensable.	1	2	3	4	5	6
20	Una persona que le guste perjudicar a los demás es un ser desagradable.	1	2	3	4	5	6

Referencias

- Ahmadi, S., Basharpoor, S., & Narimani, M. (2019). The role of sensitivity to reward and punishment and moral disengagement in the prediction of craving among people with substance dependency. *International Journal of Psychology (IPA)*, 13(1), 40-62. doi: 10.24200/IJPB.2018.125014.1012
- Ahn, T. K., Lee, M., Ruttan, L., & Walker, J. (2007). Asymmetric payoffs in simultaneous and sequential prisoner's dilemma games. *Public Choice*, 132(3-4), 353-366. doi: 10.1007/s11127-007-9158-9
- Albores-Gallo, L., Saucedo-García, J. M., Ruiz-Velasco, S., & Roque-Santiago, E. (2011). El acoso escolar (bullying) y su asociación con trastornos psiquiátricos en una muestra de escolares en México. *Salud Pública de México*, 53(3), 220-227.
- Aliaga, J. (2007). Psicometría: tests psicométricos, confiabilidad y validez. En A. Quintana & W. Montgomery (Eds.), *Psicología: Tópicos de Actualidad* (pp. 85-108). Universidad Nacional Mayor de San Marcos: Facultad de Psicología.
- Aly, A., Taylor, E., & Karnovsky, S. (2014). Moral disengagement and building resilience to violent extremism: An education intervention. *Studies in Conflict & Terrorism*, 37(4), 369-385. doi: 10.1080/1057610X.2014.879379
- Ambridge, B. & Lieven, E. V. (2011). *Child Language Acquisition. Contrasting Theoretical Approaches*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Amiot, C. E. & Bastian, B. (2015). Toward a psychology of human-animal relations. *Psychological Bulletin*, 141(1), 6-47. doi: 10.1037/a0038147
- Amster, P. & Pinasco, J. P. (2014). *Teoría de juegos: una introducción matemática a la toma de decisiones*. México: Fondo de cultura económica.
- Ang, C. S., Chan, N. N., & Singh, L. (2019). A comparison study of meat eaters and non-meat eaters on mind attribution and moral disengagement of animals. *Appetite*, 136, 80-85. doi: 10.1016/j.appet.2019.01.019
- Aquino, K. & Reed, A. (2002). The self-importance of moral identity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 83(6), 1423-1440. doi: 10.1037/0022-3514.83.6.1423

- Arango-Tobón, O. E., Montoya-Zuluaga, P. A., Puerta-Lopera, I. C., & Sánchez-Duque, J. W. (2014). Teoría de la mente y empatía como predictores de conductas disociales en la adolescencia. *Escritos de Psicología (Internet)*, 7(1), 20-30. doi: 10.5231/psy.writ.2013.2810
- Bahník, Š. & Vranka, M. A. (2018). Consistency and contrast effects in moral evaluation of euthanasia. *Current Psychology*, 2018, 1-9. doi: 10.1007/s12144-018-0012-7
- Bandura, A. (1969). Social learning of moral judgments. *Journal of Personality and Social Psychology*, 11(3), 275–279. doi: 10.1037/h0026998
- Bandura, A. (1991). *Social cognitive theory of moral thought and action*. In W. M. Kurtines & J. L. Gewirtz (Eds.), *Handbook of moral behavior and development*. Hillsdale, NJ: Erlbaum. 45-103.
- Bandura, A. (1999). Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3(3), 193-209. doi: 10.1207/s15327957pspr0303_3
- Bandura, A. (2002). Selective moral disengagement in the exercise of moral agency. *Journal of Moral Education*, 31(2), 101-119. doi: 10.1080/0305724022014322
- Bandura, A. (2016). *Moral disengagement: How people do harm and live with themselves*. USA: Worth Publishers.
- Bandura, A., Barbaranelli, C., Caprara, G. V., & Pastorelli, C. (1996). Mechanisms of moral disengagement in the exercise of moral agency. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71(2), 364-374. doi: 10.1037/0022-3514.71.2.364
- Bandura, A. & McDonald, F. J. (1963). Influence of social reinforcement and the behavior of models in shaping children's moral judgment. *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, 67(3), 274–281. doi: 10.1037/h0044714
- Banisch, S. & Olbrich, E. (2019). Opinion polarization by learning from social feedback. *The Journal of Mathematical Sociology*, 43(2), 76-103. doi: 10.1080/0022250X.2018.1517761
- Barak-Corren, N. & Bazerman, M. (2017). Is saving lives your task or God's? Religiosity, belief in god, and moral judgment. *Judgment and Decision Making*, 12(3), 280-296.
- Barak-Corren, N., Tsay, C., Cushman, F., & Bazerman, M. (2018). If you're going to do wrong, at least do it right: The surprising effect of considering two moral

- dilemmas at the same time. *Management Science*, 64(4), 1528-1540. doi: 10.1287/mnsc.2016.2659
- Barba, B. (2002). Influencia de la edad y de la escolaridad en el desarrollo del juicio moral. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 4(2), 23-45.
- Barrios, A. (2016). Concepciones de conflictos interpersonales y desarrollo moral en la educación infantil brasileña. *Revista de Psicología (PUCP)*, 34(2), 261-291. doi: 10.18800/psico.201602.002
- Barrios, A., Barbato, S., & Branco, A. (2012). El análisis microgenético para el estudio del desarrollo moral: consideraciones teóricas y metodológicas. *Revista de Psicología (PUCP)*, 30(2), 249-279.
- Batson, C. D., Kobrynowicz, D., Dinnerstein, J. L., Kampf, H. C., & Wilson, A. D. (1997). In a very different voice: unmasking moral hypocrisy. *Journal of Personality and Social Psychology*, 72(6), 1335-1348. doi: 10.1037/0022-3514.72.6.1335
- Batson, C. D. & Thompson, E. R. (2001). Why don't moral people act morally? Motivational considerations. *Current Directions in Psychological Science*, 10(2), 54-57. doi: 10.1111/1467-8721.00114
- Bautista, G., Vera, J. A., Cuevas, M. C., & Tánori, J. (2020). Propiedades psicométricas de un instrumento de mecanismos de desconexión moral: validación en adolescentes del noroeste de México. *European Journal of Education and Psychology*, 13(2), 127-141. doi: 10.30552/ejep.v13i2.356
- Bayar, Y., Sayil, M., & Tepe, Y. K. (2020). The Relationship of Autonomous Motivation to Prosocial Behavior: Mediator Role of Prosocial Friends and Friendship Quality among Turkish Adolescents. *Research on Education and Psychology (REP)*, 4(1), 98-113.
- BBC News (2015). *Cómo se celebra el nacimiento de un bebé alrededor del mundo*. Recuperado de: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/05/150430_como_celebran_nacimiento_iwonder_finde_az
- Beal, B. (2020). What are the irreducible basic elements of morality? A critique of the debate over monism and pluralism in moral psychology. *Perspectives on Psychological Science*, 15(2), 273-290. doi: 10.1177/1745691619867106
- Beaumont, C. (2016). *Housewives and citizens*. England: Manchester University Press. doi: 10.7765/9781784991944.00009

- Belisle, J. (2020). Model Dependent Realism and the Rule-Governed Behavior of Behavior Analysts: Applications to Derived Relational Responding. *Perspectives on Behavior Science*, 43, 321–342. doi: 10.1007/s40614-020-00247-x
- Bell, R., Koranyi, N., Buchner, A., & Rothermund, K. (2016). The implicit cognition of reciprocal exchange: automatic retrieval of positive and negative experiences with partners in a prisoner's dilemma game. *Cognition and Emotion*, 31(4), 657-670. doi: 10.1080/02699931.2016.1147423.
- Berkowitz, M. W. (2002). The science of character education. In W. Damon (Ed.), *Bringing in a new era in character education* (pp. 43–63). Stanford, CA: Hoover Institution Press.
- Berniūnas, R., Dranseika, V., & Sousa, P. (2016). Are there different moral domains? Evidence from Mongolia. *Asian Journal of Social Psychology*, 19(3), 275-282. doi: 10.1111/ajsp.12133
- Berniūnas, R., Silius, V., & Dranseika, V. (2019). Beyond the Moral Domain: The Normative Sense Among the Chinese. *Psichologija*, 60, 86-105. doi: 10.15388/Psichol.2019.11
- Bhatti, Z. A., Arain, G. A., Akram, M. S., Fang, Y. H., & Yasin, H. M. (2020). Constructive voice behavior for social change on social networking sites: A reflection of moral identity. *Technological Forecasting and Social Change*, 157, 120101. doi: 10.1016/j.techfore.2020.120101
- Bjärehed, M., Thornberg, R., Wänström, L., & Gini, G. (2020). Mechanisms of moral disengagement and their associations with indirect bullying, direct bullying, and pro-aggressive bystander behavior. *The Journal of Early Adolescence*, 40(1), 28-55. doi: 10.1177/0272431618824745
- Blair J. (2009) *Neuro-Cognitive Systems Involved in Moral Reasoning*. In: Verplaetse J., Schrijver J., Vanneste S., Braeckman J. (Eds.) *The Moral Brain*. USA: Springer, Dordrecht. 87–107.
- Blair, J. (2010). Psychopath, Frustration, and Reactive Aggression: The Role of Ventromedial Prefrontal Cortex. *British Journal of Psychology*, 101, 383 -399.
- Bloom, P. (2010). The moral life of babies. *The New York Times*, May 5. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2010/05/09/magazine/09babies-t.html?pagewanted=all&r=0>.

- Blum, L. (2004). Stereotypes and stereotyping: A moral analysis. *Philosophical Papers*, 33(3), 251-289. doi: 10.1080/05568640409485143
- Bobbio, A., Nencini, A., & Sarrica, M. (2011). Il Moral Foundation Questionnaire: Analisi della struttura fattoriale della versione italiana. *Giornale di Psicologia*, 5(1), 7-18.
- Bostyn, D. H., Sevenhant, S., & Roets, A. (2018). Of mice, men, and trolleys: Hypothetical judgment versus real-life behavior in trolley-style moral dilemmas. *Psychological Science*, 29(7), 1084-1093. doi: 10.1177/0956797617752640
- Boyden, J. (2003). The moral development of child soldiers: what do adults have to fear? *Peace and Conflict*, 9(4), 343-362. doi: 10.1207/s15327949pac0904_6
- Bradley, K. (2005). Internet lives: Social context and moral domain in adolescent development. *New Directions for Youth Development*, 2005(108), 57-76. doi: 10.1002/yd.142
- Brady, W. J., Crockett, M. J., & Van Bavel, J. J. (2020). The MAD model of moral contagion: The role of motivation, attention, and design in the spread of moralized content online. *Perspectives on Psychological Science*, 15(4), 978-1010. doi: 10.1177/1745691620917336
- Brady, W. J., Wills, J. A., Jost, J. T., Tucker, J. A., & Van Bavel, J. J. (2017). Emotion shapes the diffusion of moralized content in social networks. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 114(28), 7313-7318. doi: 10.1073/pnas.1618923114
- Bronfenbrenner, U. (1977). Toward an experimental ecology of human development. *American Psychologist*, 32(7), 513-531.
- Brosnan, S. F., & de Waal, F. B. (2003). Monkeys reject unequal pay. *Nature*, 425(6955), 297-299. doi: 10.1038/nature01963
- Brown, D. (1991). *Human universals*. New York: McGraw-Hill.
- Brüggemann, A. J., Forsberg, C., Colnerud, G., Wijma, B., & Thornberg, R. (2019). Bystander passivity in health care and school settings: Moral disengagement, moral distress, and opportunities for moral education. *Journal of Moral Education*, 48(2), 199-213. doi: 10.1080/03057240.2018.1471391
- Bruner, J. S. (1975). The ontogenesis of speech acts. *Journal of Child Language*, 2(1), 1-19.

- Bukowski, W. M., & Sippola, L. K. (1996). *Friendship and morality: (How) are they related?* In W. M. Bukowski, A. F. Newcomb, & W. W. Hartup (Eds.), *Cambridge studies in social and emotional development. The company they keep: Friendship in childhood and adolescence*. Cambridge University Press. 238–261.
- Buxarrais, M. R. (2016). Redes sociales y educación. *Education in the Knowledge Society*, 17(2), 15-20.
- Buxarrais, M. R. & Martínez, M. (2009). Educación en valores y educación emocional: propuestas para la acción pedagógica. *Teoría de la Educación. Educación y Cultura en la Sociedad de la Información*, 10(2), 263-275.
- Buxarrais, M. R., Martínez, M., & Tey, A. (2003). *Instrumento de Evaluación de las Dimensiones de la Personalidad Moral*. Barcelona: Universitat de Barcelona. (Grupo de Investigación en Educación Moral, GREM).
- Calleja, N. (2011). *Inventario de escalas psicosociales en México (1984-2005)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología.
- Calleja, N. (2019). *Catálogo de Escalas Psicosociales y de la Salud en español*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología.
- Camilleri, L., Gill, P. R., & Jago, A. (2020). The role of moral disengagement and animal empathy in the meat paradox. *Personality and Individual Differences*, 164, 110103. doi: 10.1016/j.paid.2020.110103
- Campbell, D. T. (1983). *The two distinct routes beyond kin selection to ultrasociality: Implications for the humanities and social sciences*. In D. Bridgeman (Ed.). *The nature of prosocial development: Theories and strategies*. New York: Academic Press. 11-41.
- Caprara, G. V., Fida, R., Vecchione, M., Tramontano, C., & Barbaranelli, C. (2009). Assessing civic moral disengagement: Dimensionality and construct validity. *Personality and Individual Differences*, 47(5), 504-509. doi: 10.1016/j.paid.2009.04.027
- Caprara, G. V., Tisak, M. S., Alessandri, G., Fontaine, R. G., Fida, R., & Paciello, M. (2014). The contribution of moral disengagement in mediating individual tendencies toward aggression and violence. *Developmental Psychology*, 50(1), 71–85. doi: 10.1037/a0034488
- Caravita, S. C., Strohmeier, D., Salmivalli, C., & Di Blasio, P. (2019). Bullying immigrant versus non-immigrant peers: moral disengagement and participant roles. *Journal of School Psychology*, 75, 119-133. doi: 10.1016/j.jsp.2019.07.005

- Carmona-Perera, M., Caracuel, A., Verdejo-García, A., & Perez-García, M. (2013). Adaptación a la población española de un instrumento de juicios morales: la batería de dilemas morales de Moore. *Anales de Psicología*, 29(3), 827-835. doi: 10.6018/analesps.29.3.137801
- Caro-García, C. (2017). *Evaluación del modelo de formulación de caso de la terapia focalizada en la emoción*. Tesis doctoral de acceso abierto. España: Universidad Pontificia Comillas.
- Carpio, C., Silva, H., Pacheco-Lechón, L., Cantoran, E., Arroyo, R., Canales, C., Morales, G. & Pacheco, V. (2008). Efectos de consecuencias positivas y negativas sobre la conducta altruista. *Universitas Psychologica*, 7(1), 97-107.
- Carrera-Fernández, M. V., Cid-Fernández, X. M., Almeida, A., González-Fernández, A., & Lameiras-Fernández, M. (2018). Attitudes toward cultural diversity in Spanish and Portuguese adolescents of secondary education: The influence of heteronormativity and moral disengagement in school bullying. *Revista de Psicodidáctica (English ed.)*, 23(1), 17-25. doi: 10.1016/j.psicoe.2017.07.002
- Castiglioni, M., Contino, L., & Villegas, M. (2009). Entre la libertad y la restricción: el dilema de la agorafobia. *Revista de Psicoterapia*, 20(80), 105-118.
- Caviola, L., Kahane, G., Everett, J. A., Teperman, E., Savulescu, J., & Faber, N. S. (2020). Utilitarianism for animals, Kantianism for people? Harming animals and humans for the greater good. *Journal of Experimental Psychology: General*. Advance online publication. doi: 10.1037/xge0000988
- Cazenave, A., Saavedra, W., Huerta, P., Mendoza, C., & Aguirre, C. (2017). Consumo de marihuana en jóvenes universitarios: percepción de los pares. *Ciencia y Enfermería*, 23(1), 15-24.
- Chester, K. L., Klemmer, E., Magnusson, J., Spencer, N. H., & Brooks, F. M. (2019). The role of school-based health education in adolescent spiritual, moral, social and cultural development. *Health Education Journal*, 78(5), 582-594. doi: 10.1177/0017896919832341
- Che-Gallardo, J. L. (2017). Efectos de la regulación moral en el comportamiento altruista en una tarea de igualdad de la muestra en estudiantes de Psicología de la UNFV. Tesis de licenciatura. Perú: Universidad Nacional Federico Villarreal.

- Choi, Y. J., Han, H., Bankhead, M., & Thoma, S. J. (2020). Validity study using factor analyses on the Defining Issues Test-2 in undergraduate populations. *Plos One*, 15(8), e0238110. doi: 10.1371/journal.pone.0238110
- Christensen, J. F. & Gomila, A. (2012). Moral dilemmas in cognitive neuroscience of moral decision-making: A principled review. *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*, 36(4), 1249-1264. doi: 10.1016/j.neubiorev.2012.02.008
- Churchland, P. (2012). *El cerebro moral. Lo que la neurociencia nos cuenta sobre la moralidad*. España: Editorial Paidós Ibérica SA.
- Churchland, P. (2019). Why do we care? *New Scientist*, 243(3249), 44–47. doi: 10.1016/s0262-4079(19)31824-x
- Claybourn, M. (2011). Relationships between moral disengagement, work characteristics and workplace harassment. *Journal of Business Ethics*, 100(2), 283-301.
- Clement, G. (2018). *Care, autonomy, and justice: Feminism and the ethic of care*. New York: Routledge.
- Clifford, S. (2019). Compassionate democrats and tough republicans: how ideology shapes partisan stereotypes. *Political Behavior*, 2019, 1-25. doi: 10.1007/s11109-019-09542-z
- Clifford, S., Iyengar, V., Cabeza, R., & Sinnott-Amstrong, W. (2015). Moral foundations vignettes: a standardized stimulus database of scenarios based on foundations theory. *Behavior Research Methods*, 47(4), 1178-1198. doi: 10.3758/s13428-014-0551-2
- Cnaan, R. A. & Curtis, D. W. (2013). Religious congregations as voluntary associations: An overview. *Nonprofit and Voluntary Sector Quarterly*, 42(1), 7-33. doi: 10.1177/0899764012460730
- Cohen, M. (2003). *101 dilemas éticos*. España: Alianza Editorial.
- Cohen, A. B. & Moon, J. W. (2017). Psychology: Atheism and moral intuitions. *Nature Human Behaviour*, 1(8), 1-2. doi: 10.1038/s41562-017-0157
- Colby, A., Kohlberg, L., Gibbs, J., Lieberman, M., Fischer, K., & Saltzstein, H. D. (1983). A longitudinal study of moral judgment. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 48(1/2), 1-124. doi: 10.2307/1165935

- Conway, P., & Gawronski, B. (2013). Deontological and utilitarian inclinations in moral decision making: a process dissociation approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, 104(2), 216-235. doi: 10.1037/a0031021
- Coquyt, M. (2020). The Effects of Service-Learning on the Moral Development of College Students. *The Interactive Journal of Global Leadership and Learning*, 1(1), 1-37.
- Corrales, E. (2010). La intuición como un proceso cognitivo. *Revista Comunicación*, 19(31). 33-42.
- Cortés, A. (2002). La contribución de la psicología ecológica al desarrollo moral. Un estudio con adolescentes. *Anales de Psicología*, 18(1), 111-135.
- Crawford, J. T., Inbar, Y., & Maloney, V. (2014). Disgust sensitivity selectively predicts attitudes toward groups that threaten (or uphold) traditional sexual morality. *Personality and Individual Differences*, 70, 218–223. doi: 10.1016/j.paid.2014.07.001
- Curtin, N., Stewart, A. J., & Cole, E. R. (2015). Challenging the Status Quo: The Role of Intersectional Awareness in Activism for Social Change and Pro-Social Intergroup Attitudes. *Psychology of Women Quarterly*, 39(4), 512–529. doi: 10.1177/0361684315580439
- Curzer, H. J. (2014). Tweaking the four-component model. *Journal of Moral Education*, 43(1), 104–123. doi:10.1080/03057240.2014.888991
- Cushman, F., Murray, D., Gordon-McKeon, S., Wharton, S., & Greene, J. D. (2012). Judgment before principle: engagement of the frontoparietal control network in condemning harms of omission. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 7(8), 888-895. doi: 10.1093/scan/nsr072
- Damasio, A. R. (1994). *Descartes' error: Emotion, reason, and the human brain*. New York, NY: G. P. Putnam.
- Davidov, M., Zahn-Waxler, C., Roth-Hanania, R., & Knafo, A. (2013). Concern for others in the first year of life: Theory, evidence, and avenues for research. *Child Developmental Perspectives*, 7(2), 126-131. doi: 10.1111/cdep.12028
- D'Errico, F. & Paciello, M. (2018). Online moral disengagement and hostile emotions in discussions on hosting immigrants. *Internet Research*, 5(28), 1313-1335. doi: 10.1108/IntR-03-2017-0119

- de Graaff, M. C., Giebels, E., & Verweij, D. E. (2020). On moral grounds: Moral identity and moral disengagement in relation to military deployment. *Military Psychology*, 1-13. doi: 10.1080/08995605.2020.1774321
- de Greiff, E. A., Gaviria, P., & Restrepo, S. (2003). *La conducta agresiva y su relación con la conducta antisocial*. En A., Silva (Ed.). *Conducta antisocial: un enfoque psicológico*. México: Editorial Pax. 101-148.
- DeLisi, M., Peters, D. J., Dansby, T., Vaughn, M. G., Shook, J. J., & Hochstetler, A. (2014). Dynamics of psychopathy and moral disengagement in the etiology of crime. *Youth Violence and Juvenile Justice*, 12(4), 295-314. doi: 10.1177/1541204013506919
- Dempsey, E. E., Moore, C., Richard, A. E., & Smith, I. M. (2020). Moral foundations theory in autism spectrum disorder: A qualitative investigation. *Autism*, 24(8), 2202-2212. doi: 10.1177/1362361320939331
- Desmond, S. A., & Kraus, R. (2014). The Effects of Importance of Religion and Church Attendance on Adolescents' Moral Beliefs. *Sociological Focus*, 47(1), 11-31. doi: 10.1080/00380237.2014.853282
- de Waal, F. B. (1991). The chimpanzee's sense of social regularity and its relation to the human sense of justice. *American Behavioral Scientist*, 34(3), 335-349.
- de Waal, F. B. (1996). *Good Natured-The origins of right & wrong in humans and other animals*. U.S.A.: Harvard University Press.
- de Waal, F. B. (1998). *Chimpanzee Politics. Power and Sex among Apes*. Revised edition. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- de Waal, F. B., & Luttrell, L. M. (1985). The formal hierarchy of rhesus macaques: an investigation of the bared-teeth display. *American Journal of Primatology*, 9(2), 73-85. doi: 10.1002/ajp.1350090202
- de Waal, F. B., & Sherblom, S. A. (2018). Bottom-up morality: The basis of human morality in our primate nature. *Journal of Moral Education*, 47(2), 248-258. doi: 10.1080/03057240.2018.1440701
- Dey, A. K. (2001). Understanding and using context. *Personal and ubiquitous computing*, 5(1), 4-7. doi: 10.1007/s007790170019
- Dias, R. S. (2017). *Political views, morality, and attitudes toward marijuana legalization (Master's thesis)*. Brasil: FGV Digital Repository.

- Díaz-Barriga, F., Pérez-Rendón, M. M., & Lara-Gutierrez, Y. (2016). Para enseñar ética profesional no basta con una asignatura: los estudiantes de Psicología reportan incidentes críticos en aulas y escenarios reales. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 7(18), 42-58.
- Díaz-González, E., Rodríguez, M. L., Martínez, L. & Nava, C. (2004). Análisis funcional de la conducta moral desde una perspectiva interconductual. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 7(4), 129-155.
- Díaz-González, E., Sánchez, G., & Vega-Valero, C. Z. (2009). Identificación de correspondencias entre modos de regulación moral y algunas variables demográficas desde la perspectiva del análisis contingencial. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 12(3), 70-91.
- Díaz-González, E., Vega-Valero, C. Z., & Cantorán-Toscano, E. (2008). Identificación de los modos de regulación moral en padres desde una perspectiva interconductual. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 13(1), 63-76.
- Díaz-Guerrero, R. (1994). *Psicología del mexicano*. México: Editorial Trillas.
- Díaz-Guerrero, R. (2003). *Bajo las garras de la cultura: psicología del mexicano 2*. México: Editorial Trillas.
- Díaz-Loving, R. (2011). Dinámica de las premisas histórico-socio-culturales: Trayecto, vigencia y prospectiva. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 3(2), 174-180.
- Digdon, N., Powell, R. A., & Harris, B. (2014). Little Albert's alleged neurological impairment: Watson, Rayner, and historical revision. *History of psychology*, 17(4), 312-324.
- Duriez, B., & Soenens, B. (2006). Religiosity, moral attitudes and moral competence: A critical investigation of the religiosity-morality relation. *International Journal of Behavioral Development*, 30(1), 76-83. doi: 10.1177/0165025406062127
- D'Urso, G., Petruccelli, I., Costantino, V., Zappulla, C., & Pace, U. (2019). The role of moral disengagement and cognitive distortions toward children among sex offenders. *Psychiatry, Psychology and Law*, 26(3), 414-422. doi: 10.1080/13218719.2018.1506718
- D'Urso, G., Petruccelli, I., Grilli, S., & Pace, U. (2019). Risk factors related to cognitive distortions toward women and moral disengagement: A study on sex offenders. *Sexuality & Culture*, 23(2), 544-557. doi: 10.1007/s12119-018-9572-9

- D'Urso, G., Petruccelli, I., & Pace, U. (2018). Drug use as a risk factor of moral disengagement: A study on drug traffickers and offenders against other persons. *Psychiatry, Psychology and Law*, 25(3), 417-424. doi: 10.1080/13218719.2018.1437092
- Eisenberg, N. (2000). Emotion, regulation, and moral development. *Annual Review of Psychology*, 51(1), 665-697. doi: 10.1146/annurev.psych.51.1.665
- Eisenberg, N. & Fabes, R. A. (1998). *Prosocial development*. In S. Harter, W. Damon & N. Eisenberg (Eds.). *Handbook of Child Psychology Vol. 3: Social, Emotional, and Personality Development*. New York, NY: Wiley. 701-778.
- Eisenberg, N., Spinrad, T., & Knafo-Noam, A. (2015). *Prosocial development*. In W. Damon (Ed.). *Handbook of Child Psychology and Developmental Science* (7th edition). Hoboken, NJ: Wiley. 610-656.
- Ellis, J. D., Resko, S. M., Szechy, K., Smith, R., & Early, T. J. (2019). Characteristics associated with attitudes toward marijuana legalization in Michigan. *Journal of Psychoactive Drugs*, 51(4), 335-342. doi: 10.1080/02791072.2019.1610199
- Elm, D. R., & Weber, J. (1994). Measuring moral judgment: The moral judgment interview or the defining issues test? *Journal of Business Ethics*, 13(5), 341-355. doi: 10.1007/BF00871762
- Engel, C. & Zhurakhovska, L. (2016). When is the risk of cooperation worth taking? The prisoner's dilemma as a game of multiple motives. *Applied Economics Letters*, 23(16), 1157-1161. doi: 10.1080/13504851.2016.1139672
- Erreygers, S., Vandebosch, H., Vranjes, I., Baillien, E., & de Witte, H. (2018). Development of a measure of adolescents' online prosocial behavior. *Journal of Children and Media*, 12(4), 1-17. doi: 10.1080/17482798.2018.1431558
- Estrella Saltos, R. M. (2019). *La eutanasia, el derecho de los enfermos terminales a solicitar una muerte asistida, estudio de los casos Colombia y Ecuador*. Quito: IAEN. Recuperado de: <http://repositorio.iaen.edu.ec/handle/24000/4945>
- Ettetal, I. & Ladd, G. W. (2020). Development of Aggressive-Victims from Childhood through Adolescence: Associations with Emotion Dysregulation, Withdrawn Behaviors, Moral Disengagement, Peer Rejection and Friendships. *Development and Psychopathology*, 32, 271-291. doi: 10.1017/S0954579419000063
- Evans, A. M., & Brandt, M. J. (2019). Comparing the effects of hypothetical moral preferences on real-life and hypothetical behavior: Commentary on Bostyn,

- Sevenhant, and Roets (2018). *Psychological Science*, 30(9), 1380-1382. doi:10.1177/0956797618815482
- Faraci, D. (2015). A hard look at moral perception. *Philosophical Studies*, 172(8), 2055-2072. doi: 10.1007/s11098-014-0397-6
- Faulkner, N. & Bliuc, A. M. (2016). 'It's okay to be racist': moral disengagement in online discussions of racist incidents in Australia. *Ethnic and Racial Studies*, 39(14), 2545-2563. doi: 10.1080/01419870.2016.1171370
- Férriz-Romeral, L., Navas-Sánchez, M. P., Gómez-Fraguela, J. A., & Sobral-Fernández, J. (2019). Moral disengagement and serious juvenile crime: a meta-analysis about its relationship. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 51(3), 162-170. doi: 10.14349/rlp.2019.v51.n3.3
- Firestone, C. & Scholl, B. J. (2016). Moral perception' reflects neither morality nor perception. *Trends in Cognitive Sciences*, 20(2), 75. doi: 10.1016/j.tics.2015.10.006
- Fiske, A. (1991). *Structures of social life. The four elementary forms of human relations: communal sharing, authority ranking, equality matching, market pricing*. USA: American Psychological Association.
- Foot, P. (1967). The problem of abortion and the doctrine of the double effect in virtues and vices. *Oxford Review*, 5, 5-15.
- Frondizi, R. (1958). *¿Qué son los valores?* México: Fondo de cultura económica.
- Fuentes, R., Gamboa, J., Morales, K., Retamal, N., & San Martín, R. (2012). Jean Piaget, aportes a la educación del desarrollo del juicio moral para el siglo XXI. *Convergencia educativa*, 1, 55-69.
- Gantman, A., Devraj-Kizuk, S., Mende-Siedlecki, P., Van Bavel, J. J., & Mathewson, K. E. (2020). The time course of moral perception: an ERP investigation of the moral pop-out effect. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 15(2), 235-246. doi: 10.1093/scan/nsaa030
- Garaigordobil, M., & Berrueto, L. (2007). Autoconcepto en niños y niñas de 5 años: Relaciones con inteligencia, madurez neuropsicológica, creatividad, altruismo y empatía. *Infancia y aprendizaje*, 30(4), 551-564. doi: 10.1174/021037007782334337
- García-Méndez, M., Rivera-Aragón, S., Díaz-Loving, R., & Reyes-Lagunes, I. (2015). *Continuidad y cambio en la familia. Factores intervinientes*. Universidad Nacional

Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Zaragoza: Editorial El Manual Moderno.

García-Ramírez, E. (2019). *Open Compositionality*. Lanham, MD: Lexington Books.

García-Vázquez, F., Valdés-Cuervo, A., Carlos-Martínez, E., & Alcántar-Nieblas, C. (2019). Propiedades psicométricas de una escala para medir desconexión moral en niños mexicanos. *Acta Colombiana de Psicología*, 22(1), 107-128. doi: 10.14718/ACP.2019.22.1.6

Garibay, I., Mantzaris, A. V., Rajabi, A., & Taylor, C. E. (2019). Polarization in social media assists influencers to become more influential: analysis and two inoculation strategies. *Scientific Reports*, 9(1), 1-9. doi: 10.1038/s41598-019-55178-8

Garrigan, B., Adlam, A. L., & Langdon, P. E. (2016). The neural correlates of moral decision-making: A systematic review and meta-analysis of moral evaluations and response decision judgements. *Brain and Cognition*, 108, 88-97. doi: 10.1016/j.bandc.2016.07.007

Gawronski, B., Armstrong, J., Conway, P., Friesdorf, R., & Hütter, M. (2017). Consequences, norms, and generalized inaction in moral dilemmas: The CNI model of moral decision-making. *Journal of Personality and Social Psychology*, 113(3), 343-376. doi: 10.1037/pspa0000086

Gert, B. & Gert, J. (2020). The definition of morality. In E. Zalta (Ed.). *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Stanford University: Metaphysics Research Lab.

Glenn, A. L., Raine, A., Schug, R. A., Young, L., & Hauser, M. (2009). Increased DLPFC activity during moral decision-making in psychopathy. *Molecular Psychiatry*, 14(10), 909-911. doi: 10.1038/mp.2009.76

Gibbs, J. C., Arnold, K. D., Morgan, R. L., Schwartz, E. S., Gavaghan, M. P., & Tappan, M. B. (1984). Construction and validation of a multiple-choice measure of moral reasoning. *Child Development*, 55(2), 527-536.

Gilligan, C. (1977). In a different voice: Women's conceptions of self and of morality. *Harvard Educational Review*, 47(4), 481-517.

Gilligan, C. (1993). *In a different voice: Psychological theory and women's development*. Harvard: University Press.

Gilligan, C. (2015). The Listening Guide method of psychological inquiry [Editorial]. *Qualitative Psychology*, 2(1), 69-77. doi: 10.1037/qup0000023

- Gini, G., Pozzoli, T., & Bussey, K. (2015). Moral disengagement moderates the link between psychopathic traits and aggressive behavior among early adolescents. *Merrill-Palmer Quarterly*, 61(1), 51-67. doi: 10.13110/merrpalmquar1982.61.1.0051
- Gini, G., Pozzoli, T., & Hauser, M. (2011). Bullies have enhanced moral competence to judge relative to victims, but lack moral compassion. *Personality and Individual Differences*, 50(5), 603-608. doi: 10.1016/j.paid.2010.12.002
- Gini, G., Pozzoli, T., & Hymel, S. (2014). Moral disengagement among children and youth: A meta-analytic review of links to aggressive behavior. *Aggressive Behavior*, 40(1), 56-68. doi: 10.1002/ab.21502
- Graham, J., & Haidt, J. (2010). Beyond beliefs: Religions bind individuals into moral communities. *Personality and Social Psychology Review*, 14(1), 140-150. doi: 10.1177/1088868309353415
- Graham, J., & Haidt, J. (2012). Sacred values and evil adversaries: A moral foundations approach. In M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.). *The social psychology of morality: Exploring the causes of good and evil* (pp. 11–31). Washington, DC: American Psychological Association.
- Graham, J., Haidt, J., Koleva, S., Motyl, M., Iyer, R., Wojcik, S., & Ditto, P. (2013). Moral foundations theory: the pragmatic validity of moral pluralism. *Advances in Experimental Social Psychology*, 47 (2013), 55-130. doi: 10.1016/B978-0-12-407236-7.00002-4
- Graham, J., Nosek, B., & Haidt, J. (2012). The stereotypes of liberals and conservatives: exaggeration of differences across the political spectrum. *PLoS ONE*, 7(12). e50092. doi: 10.1371/journal.pone.0050092
- Graham, J., Nosek, B., Haidt, J., Iyer, R., Koleva, S., & Ditto, P. (2011). Mapping the moral domain. *Journal of Personality and Social Psychology*, 101(2), 366-385. doi: 10.1037/a0021847.
- Grant, P. M. & Beck, A. T. (2010). Asocial beliefs as predictors of asocial behavior in schizophrenia. *Psychiatry Research*, 177(1-2), 65-70. doi: 10.1016/j.psychres.2010.01.005
- Gray, K. & Graham, J. (Eds.). (2018). *Atlas of moral psychology*. New York: Guilford Publications.

- Gray, K., Young, L., & Waytz, A. (2012). Mind perception is the essence of morality. *Psychological Inquiry*, 23(2), 101-124. doi: 10.1080/1047840X.2012.651387
- Greene, J. (2007). Why are VMPFC patients more utilitarian? A dual-process theory of moral judgment explains. *Trends in Cognitive Sciences*, 11, 322-323. doi: 10.1016/j.tics.2007.06.004
- Greene, J., & Haidt, J. (2002). How (and where) does moral judgment work? *TRENDS in Cognitive Sciences*, 6(12). 512-523. PII: S1364-661
- Greene, J. D., Nystrom, L. E., Engell, A. D., Darley, J. M., & Cohen, J. D. (2004). The neural bases of cognitive conflict and control in moral judgment. *Neuron*, 44(2), 389-400. doi: 10.1016/j.neuron.2004.09.027
- Greene, J., Sommerville, R., Nystrom, L., Darley, J., & Cohen, J. (2001). An fMRI investigation of emotional engagement in moral judgment. *Science*, 293(5537), 2105-2108. doi:10.1126/science.1062872
- Greene, J. & Young L. (2015). *The Cognitive Neuroscience of Moral Judgment and Decision Making*. In J., Decety & T. Wheatley (Eds.). *The moral brain: A multidisciplinary perspective*. London: The MIT Press. 197-220.
- Grossmann, T. (2018). How to build a helpful baby: a look at the roots of prosociality in infancy. *Current Opinion in Psychology*, 20, 21-24. doi: 10.1016/j.copsyc.2017.08.007
- Haidt, J. (2001). The emotional dog and its rational tail: a social intuitionist approach to moral judgment. *Psychological Review*, 108(4). 814-834. doi: 10.1037//0033-295X.108.4.814
- Haidt, J. (2003). *The moral emotions*. En R. J. Davidson, K. R. Scherer & H. H. Goldsmith (Eds.), *Handbook of affective sciences*. Oxford: Oxford University Press. 852-870.
- Haidt, J. (2007). The new synthesis in moral psychology. *Science*, 316(5827), 998-1002.
- Haidt, J. (2012). *The righteous mind: Why good people are divided by politics and religion*. New York: Pantheon.
- Haidt, J., & Joseph, C. (2004). Intuitive ethics: how innately prepared intuitions generate culturally variable virtues. *Daedalus*, 133(4). 55-66. doi: 10.1162/0011526042365555

- Haidt, J., & Joseph, C. (2007). *The moral mind: How 5 sets of innate moral intuitions guide the development of many culture-specific virtues, and perhaps even modules*. In P. Carruthers, S. Laurence, and S. Stich (Eds.) *The Innate Mind*, Vol. 3. New York: Oxford. 367-391.
- Hamlin, J. K. (2013). Moral judgment and action in preverbal infants and toddlers: Evidence for an innate moral core. *Current Directions in Psychological Science*, 22(3), 186-193. doi: 10.1177/0963721412470687
- Hamlin, J. K., Wynn, K., & Bloom, P. (2007). Social evaluation by preverbal infants. *Nature*, 450(7169), 557-559. doi: 10.1038/nature06288
- Hamlin, J.K., Wynn, K., & Bloom, P. (2010). Three-month-olds show a negativity bias in their social evaluations. *Developmental Science*, 13(6), 923-929. doi: 10.1111/j.1467-7687.2010.00951.x
- Hamlin, J.K., Ullman, T., Tenenbaum, J.B., Goodman, N., & Baker C. (2013). The mentalistic basis of core social cognition: Experiments in preverbal infants and a computational model. *Developmental Science*, 16(2), 209-226. doi: 10.1111/desc.12017
- Han, H., Ballard, P. J., & Choi, Y. J. (2019). Links between moral identity and political purpose during emerging adulthood. *Journal of Moral Education*. 1-19. doi: 10.1080/03057240.2019.1647152
- Han, H., Dawson, K. J., Thoma, S. J., & Glenn, A. L. (2019). Developmental level of moral judgment influences behavioral patterns during moral decision-making. *The Journal of Experimental Education*, 88, 1-16. doi: 10.1080/00220973.2019.1574701
- Han, H., Glover, G. H., & Jeong, C. (2013). Cultural influences on the neural correlate of moral decision-making processes. *Behavioural Brain Research*, 259, 215-228. doi: 10.1016/j.bbr.2013.11.012
- Han, H., Kim, J., Jeong, C., & Cohen, G. L. (2017). Attainable and relevant moral exemplars are more effective than extraordinary exemplars in promoting voluntary service engagement. *Frontiers in Psychology*, 8, 1-14. doi:10.3389/fpsyg.2017.00283
- Harcourt, A. H. & de Waal, F. B. (1992). *Coalitions and alliances in humans and other animals*. Oxford: Oxford University Press.
- Hardy, S.A., Walker, L.J., Olsen, J.A., Woodbury, R.D., & Hickman, J.R. (2014). Moral identity as moral ideal self: Links to adolescent outcomes. *Developmental Psychology*, 50(1), 45-57. doi: 10.1037/a0033598

- Hare, R. (1970). *Psychopathy: Theory and research*. New York, NY: Wiley
- Harlow, H. F. (1958). The nature of love. *American Psychologist*, 13(12), 673-685. doi: 10.1037/h0047884
- Harris, S. (2011). *The moral landscape: How science can determine human values*. New York: Free Press.
- Hart, D. & Damon, W. (1986). Developmental trends in self-understanding. *Social Cognition*, 4, 388-407
- Haste, H. (2013). Deconstructing the elephant and the flag in the lavatory: Promises and problems of moral foundations research. *Journal of Moral Education*, 42(3), 316-329. doi: 10.1080/03057240.2013.818529
- Hauser, M. (2006). *La mente moral. Cómo la naturaleza ha desarrollado nuestro sentido del bien y del mal*. España: Paidós.
- Hayes, S. C., Gifford, E. V., & Hayes, G. J. (1998). Moral behavior and the development of verbal regulation. *The Behavior Analyst*, 21(2), 253-279. doi: 10.1007/bf03391967
- Heekeren, H. R., Wartenburger, I., Schmidt, H., Prehn, K., Schwintowski, H. P., & Villringer, A. (2005). Influence of bodily harm on neural correlates of semantic and moral decision-making. *Neuroimage*, 24(3), 887-897. doi: 10.1016/j.neuroimage.2004.09.026
- Henderson, A.M.E. & Woodward, A.L. (2011). Let's work together: What do infants understand about collaborative goals? *Cognition*, 121, 12-21. doi: 10.1016/j.cognition.2011.05.008
- Hepach, R., & Warneken, F. (2018). Editorial overview: Early development of prosocial behavior: Revealing the foundation of human prosociality. *Current Opinion in Psychology*, 20, 4-8. doi: 10.1016/j.copsyc.2018.02.001
- Hernández-González, S., & Sotelo-Morales, J. (2013). Argumentos para el debate sobre la legalización de la marihuana en México. *Entreciencias: Diálogos en la Sociedad del Conocimiento*, 1(2), 93-100.
- Hernández-Wolfe, P. (2011). Altruism born of suffering: How Colombian human rights activists transform pain into prosocial action. *Journal of Humanistic Psychology*, 51(2), 229-249. doi: 10.1177/0022167810379960

- Herrera, C. D. (2001). Ethics, deception, and ‘those Milgram experiments’. *Journal of Applied Philosophy*, 18(3), 245-256.
- Herzog, P. S., Harris, D. E., & Peifer, J. (2018). Facilitating moral maturity: integrating developmental and cultural approaches. *Journal of Management, Spirituality & Religion*, 15(5), 450-474. doi: 10.1080/14766086.2018.1521737
- Hester, N., & Gray, K. (2020). The moral psychology of raceless genderless strangers. *Perspectives on Psychological Science*, 15(2), 216–230. doi: 10.1177/1745691619885840
- Heyes, A. R., & Boardley, I. D. (2019). Psychosocial factors facilitating use of cognitive enhancing drugs in education: a qualitative investigation of moral disengagement and associated processes. *Drugs: Education, Prevention and Policy*, 26(4), 329-338. doi: 10.1080/09687637.2019.1586831
- Heym, N., Firth, J., Kibowski, F., Sumich, A., Egan, V., & Bloxsom, C. A. (2019). Empathy at the heart of darkness: empathy deficits that bind the Dark Triad and those that mediate indirect relational aggression. *Frontiers in Psychiatry*, 10, 95. doi: 10.3389/fpsy.2019.00095
- Hoffman, M. (1979). Development of moral thought, feeling and behavior. *American Psychologist*, 34(10), 958-966.
- Hoffman, M., Yoeli, E. & Nowak M. (2015). Cooperate without looking: Why we care what people think and not just what they do. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 112.6 (2015), 1727-1732. doi: 10.1073/pnas.1417904112.
- Hoffman M., Yoeli E., & Navarrete C.D. (2016). *Game Theory and Morality*. In: Shackelford T., Hansen R. (eds). *The Evolution of Morality*. Evolutionary Psychology. Springer, Cham.
- Hofstede, G. (2003). *Culture’s consequences: Comparing values, behaviors, institutions and organizations across nations*. U.S.A: Sage publications.
- Horner, V., Carter, J. D., Suchak, M., & de Waal, F. B. (2011). Spontaneous prosocial choice by chimpanzees. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 108(33), 13847-13851. doi: 10.1073/pnas.1111088108
- Hornsey, M. J., Harris, E. A., & Fielding, K. S. (2018). The psychological roots of anti-vaccination attitudes: A 24-nation investigation. *Health Psychology*, 37(4), 307–315. doi: 10.1037/hea0000586

- Hovey, C. (2019). The moral aesthetics of compulsory ultrasound viewing and the theological future of abortion. *Studies in Christian Ethics*, 32(1), 78-87. doi: 10.1177/0953946818761245
- Huebner, B., Dwyer, S., & Hauser, M. (2009). The role of emotion in moral psychology. *Trends in Cognitive Sciences*, 13(1), 1-6. doi: 10.1016/j.tics.2008.09.006
- Huerta, J. & Ezcurra, M. (1997). *Desarrollo de valores y régimen de verdad en el niño mexicano*. México: Instituto de Fomento e Investigación Educativa A.C.
- Hyde, L. W., Shaw, D. S., & Moilanen, K. L. (2010). Developmental precursors of moral disengagement and the role of moral disengagement in the development of antisocial behavior. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 38(2), 197-209. doi: 10.1007/s10802-009-9358-5
- Imuta, K., Henry, J. D., Slaughter, V., Selcuk, B., & Ruffman, T. (2016). Theory of mind and prosocial behavior in childhood: A meta-analytic review. *Developmental Psychology*, 52(8), 1192–1205. doi:10.1037/dev0000140
- Inglehart, D. (1994). Modernización y posmodernización: La transformación de la relación entre desarrollo económico y cambio cultural y político. *Este país*, 38, 1-22.
- Ishida, C. (2006). How do scores of DIT and MJT differ? A critical assessment of the use of alternative moral development scales in studies of business ethics. *Journal of Business Ethics*, 67(1), 63-74. doi: 10.1007/s10551-006-9005-9
- Ito, M. (1997). *El estudio de los valores desde una perspectiva etno-socio-psicológica alcances y limitaciones*. Tesis de doctorado, no publicada. México: Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jones, B. D., Woodman, T., Barlow, M., & Roberts, R. (2017). The darker side of personality: Narcissism predicts moral disengagement and antisocial behavior in sport. *The Sport Psychologist*, 31(2), 109-116. doi: 10.1123/tsp.2016-0007
- Jozkowski, K., Willis, M., Crawford, B., Turner, R., & Lo, W. J. (2019, November). *Does empathy toward women who seek abortion predict attitudes toward access to abortion?* In APHA's 2019 Annual Meeting and Expo (Nov. 2-Nov. 6). American Public Health Association.
- Kahane, G., Wiech, K., Shackel, N., Farias, M., Savulescu, J., & Tracey, I. (2012). The neural basis of intuitive and counterintuitive moral judgment. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 7(4), 393-402. doi: 10.1093/scan/nsr005

- Kahneman, D. (2012). *Pensar rápido, pensar despacio*. Estados Unidos: Debate.
- Kavussanu, M., & Ring, C. (2017). Moral identity predicts doping likelihood via moral disengagement and anticipated guilt. *Journal of Sport and Exercise Psychology*, 39(4), 293-301. doi: 10.1123/jsep.2016-0333
- Kaur, R., & Sasahara, K. (2016, December). *Quantifying moral foundations from various topics on Twitter conversations*. In 2016 IEEE International Conference on Big Data (Big Data) (pp. 2505-2512). IEEE. doi: 10.1109/BigData.2016.7840889
- Keniston, K. (1969). Moral Development, Youthful Activism and Modern Society. *Youth & Society*, 1(1), 110-127. doi: 10.1177/0044118x6900100107
- Killer, B., Bussey, K., Hawes, D. J., & Hunt, C. (2019). A meta-analysis of the relationship between moral disengagement and bullying roles in youth. *Aggressive Behavior*, 45(4), 450-462. doi: 10.1002/ab.21833
- Kimble, C., Hirt, E., Díaz-Loving, R., Hosch, H., Luckner, G., & Zárate, M. (2002). *Psicología Social de las Américas*. México: Pearson.
- Kochanska, G. (2002). Mutually responsive orientation between mothers and young children: A context for early development of conscience. *Current Directions in Psychological Science*, 11, 191-195. 10.1111/1467-8721.00198
- Kochanska, G. & Kim, S. (2014). A complex interplay among the parent-child relationship, effortful control, and internalized, rule-compatible conduct in young children: Evidence from two studies. *Developmental Psychology*, 50(1), 8-21. 10.1037/a0032330
- Kohlberg, L. (1964). Development of moral character and moral ideology. *Review of Child Development Research*, 1, 381-431.
- Kohlberg, L. (1971). Stages of moral development. *Moral Education*, 1(51), 23-92.
- Kohlberg, L. (1987). *The development of moral judgment and moral action*. In L. Kohlberg (Ed.). *Child psychology and childhood education. A cognitive-developmental view*. New York: Longman. 259-328.
- Kosterman, R., Bailey, J. A., Guttmanova, K., Jones, T. M., Eisenberg, N., Hill, K. G., & Hawkins, J. D. (2016). Marijuana legalization and parents' attitudes, use, and parenting in Washington State. *Journal of Adolescent Health*, 59(4), 450-456. doi: 10.1016/j.jadohealth.2016.07.004

- Kovacs, A.M., Teglas, E., & Endress, A.D. (2010). The social sense: Susceptibility to others' beliefs in human infants and adults. *Science*, 330, 1830-1834. doi: 10.1126/science.1190792
- Kozulin, A. (1994). *La psicología de Vygotski. Biografía de unas ideas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Krettenauer, T., Malti, T., & Sokol, B. W. (2008). The development of moral emotion expectancies and the happy victimizer phenomenon: A critical review of theory and application. *International Journal of Developmental Science*, 2(3), 221-235. doi: 10.3233/DEV-2008-2303
- Krieger, A. A., Aschersleben, G., Sommerfeld, L., & Buttelmann, D. (2020). A model's natural group membership affects over-imitation in 6-year-olds. *Journal of Experimental Child Psychology*, 192, 104783. doi: 10.1016/j.jecp.2019.104783
- Kuhlmeier, V. A., Bloom, P., & Wynn, K. (2004). Do 5-month-old infants see humans as material objects?. *Cognition*, 94(1), 95-103. doi: 10.1016/j.cognition.2004.02.007
- Kuhlmeier, V., Wynn, K., & Bloom, P. (2003). Attribution of dispositional states by 12-month-olds. *Psychological Science*, 14(5), 402-408. doi: 10.1111/1467-9280.01454
- Kuilman, L., Jansen, G. J., Middel, B., Mulder, L. B., & Roodbol, P. F. (2019). Moral reasoning explained by personality traits and moral disengagement: a study among Dutch nurse practitioners and physician assistants. *Journal of Advanced Nursing*, 75(6), 1252-1262. doi: 10.1111/jan.13939
- Kumar, A. (2018). Disgust, stigma, and the politics of abortion. *Feminism & Psychology*, 28(4), 530-538. doi: 10.1177/0959353518765572
- Kurri, K. & Wahlström, J. (2005). Placement of responsibility and moral reasoning in couple therapy. *Journal of Family Therapy*, 27(4), 352-369. doi: 10.1111/j.1467-6427.2005.00327.x
- Kurtines, W. M. (1986). Moral behavior as rule governed behavior: Person and situation effects on moral decision making. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50(4), 784-791. doi: 10.1037/0022-3514.50.4.784
- Lagattuta, K.H. (2005). When you shouldn't do what you want to do: Young children's understanding of desires, rules, and emotions. *Child Development*, 76, 713-733. doi: 10.1111/j.1467-8624.2005.00873.x

- Landrum, A. R., Olshansky, A., & Richards, O. (2019). Differential susceptibility to misleading flat earth arguments on youtube. *Media Psychology*, 2019, 1-30. doi: 10.1080/15213269.2019.1669461
- Lapsley, D. K. (2005). Moral stage theory. In M. Killen and J. Smetana (Eds.). *Handbook of moral development* (pp. 55-84). USA: Psychology Press.
- Lapsley, D., & Hardy, S.A. (2017). Identity formation and moral development in emerging adulthood. In L.M. Padilla-Walker and L.J. Nelson (Eds.), *Flourishing in emerging adulthood: Positive development during the third decade of life* (pp. 14-44). New York: Oxford University Press.
- Larrabee, M. J. (2016). *An ethic of care: Feminist and interdisciplinary perspectives*. New York: Routledge.
- Lee, J. K., Choi, J., Kim, C., & Kim, Y. (2014). Social media, network heterogeneity, and opinion polarization. *Journal of Communication*, 64(4), 702-722. doi: 10.1111/jcom.12077
- Lee, C. H., Duck, I. M., & Sibley, C. G. (2017). Demographic and psychological correlates of New Zealanders support for euthanasia. *NZ Med J*, 130(1448), 9-17.
- Lee, M., Sul, S., & Kim, H. (2018). Social observation increases deontological judgments in moral dilemmas. *Evolution and Human Behavior*, 39(6), 611-621. doi: 10.1016/j.evolhumbehav.2018.06.004
- Lefebvre, J. P., & Krettenauer, T. (2019). Linking moral identity with moral emotions: A meta-analysis. *Review of General Psychology*, 23(4), 444-457. doi: 10.1177/1089268019880887
- León, W., Yépez, E., Nieto, M. B., Grijalva, S., Cárdenas, M., Carrión, F., & Miranda, O. (2016). Conocimientos, actitudes y prácticas sobre aborto en una muestra de médicos gineco-obstetras de Ecuador. *Revista Peruana de Ginecología y Obstetricia*, 62(2), 169-174.
- Levréro, F., Tuitou, S., Fredet, J., Nairaud, B., Guéry, J. P., & Lemasson, A. (2019). Social bonding drives vocal exchanges in Bonobos. *Scientific reports*, 9(1), 1-11. doi: 10.1038/s41598-018-36024-9
- Li, J., Du, Q., & Gao, X. (2020). Adolescent aggression and violent video games: The role of moral disengagement and parental rearing patterns. *Children and Youth Services Review*, 118, 105370. doi: 10.1016/j.childyouth.2020.105370

- Lind, G. (1989). Measuring Moral Judgment: A Review of 'The Measurement of Moral Judgment by Anne Colby and Lawrence Kohlberg. *Human Development*, 32(6), 388-397. doi: 10.1159/000276491
- Lind, G. (2007). *La moral puede enseñarse: Manual teórico-práctico de la formación moral y democrática*. México: Trillas.
- Lind, G. (2011). Moral competence and the democratic way of living. *Europe's Journal of Psychology*, 7(4), 569-596. doi: 10.5964/ejop.v7i4.153
- Lind, G. (2016). *How to teach morality: promoting deliberation and discussion, reducing violence and deceit*. Germany: Logos.
- Linton, R. (1982). *Estudio del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Logsdon, J. M., & Yuthas, K. (1997). Corporate social performance, stakeholder orientation, and organizational moral development. *Journal of Business Ethics*, 16(12-13), 1213-1226. doi: 10.1023/A:1005741931995
- Long, T., Pantaléon, N., Bruant, G., & d'Arripe-Longueville, F. (2006). A qualitative study of moral reasoning of young elite athletes. *The Sport Psychologist*, 20(3), 330-347. doi: 10.1123/tsp.20.3.330
- Looy, H. (2018). Why is Sex Such a Big (Moral) Deal? Psychological Barriers to Constructive Dialogue on Sexual and Gender Diversity in Christian Communities. *Social Justice Research*, 31(3), 290-310. doi: 10.1007/s11211-018-0315-8
- Malhotra, D. (2010). (When) are religious people nicer? Religious salience and the "Sunday Effect" on pro-social behavior. *Judgment and Decision Making*, 5(2), 138-143.
- Martin, G.B. & Clark, R.D. (1982). Distress crying in neonates: Species and peer specificity. *Developmental Psychology*, 18, 3-9. doi: 10.1037/0012-1649.18.1.3
- Martinkova, I., Parry, J., & Wagner, M. (2019). The contribution of martial arts to moral development. Ido Movement for Culture. *Journal of Martial Arts Anthropology*, 19(1), 1-8. doi: 10.14589/ido.19.1.1
- Martínez, M., Buxarraís, M. R., & Esteban-Bara, F. (2002). La universidad como espacio de aprendizaje ético. *Revista Iberoamericana de Educación (OEI)*, 29, 17-43.
- Matsuba, M. K., & Walker, L. J. (2005). Young Adult Moral Exemplars: The Making of Self Through Stories. *Journal of Research on Adolescence*, 15(3), 275-297. doi: 10.1111/j.1532-7795.2005.00097.x

- Matsumoto, D. (2000). *Culture and psychology*. U.S.A.: Wadsworth Thomson Learning.
- May, J. (2016). Emotional reactions to human reproductive cloning. *Journal of Medical Ethics*, 42(1), 26-30.
- Mazzone, A., & Camodeca, M. (2019). Bullying and Moral Disengagement in Early Adolescence: Do Personality and Family Functioning Matter? *Journal of Child and Family Studies*, 28(8), 2120-2130. doi: 10.1007/s10826-019-01431-7
- McNamara, R. A., Willard, A. K., Norenzayan, A., & Henrich, J. (2019). Weighing outcome vs. intent across societies: How cultural models of mind shape moral reasoning. *Cognition*, 182, 95-108. doi: 10.1016/j.cognition.2018.09.008
- Mercier, B., Kramer, S. R., & Shariff, A. F. (2018). Belief in God: Why people believe, and why they don't. *Current Directions in Psychological Science*, 27(4), 263-268. doi:10.1177/0963721418754491
- Miranda-Rodríguez, R. A. (2015). *Análisis del desarrollo moral en el contexto de la familia. Un estudio con adultos mexicanos*. Tesis de licenciatura no publicada. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Miranda-Rodríguez, R. A. (2020). *Factores sociales y culturales como predictores del dominio moral en adolescentes*. Tesis de doctorado no publicada. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Miranda-Rodríguez, R. A. & García-Méndez, M. (2019). Construcción de una escala de dominio moral en adolescentes. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación Psicológica*, 53(4), 169-183. doi: 10.21865/RIDEP53.4.13
- Mitchell, L. (2011). Moral disengagement and support for nonhuman animal farming. *Society & Animals*, 19(1), 38-58. doi: 10.1163/156853011X545529
- Moll, J., de Oliveira-Souza, R., Bramati, I. E., & Grafman, J. (2002). Functional networks in emotional moral and nonmoral social judgments. *NeuroImage*, 16(3), 696-703. doi:10.1006/nimg.2002.1118
- Moll, J. & de Oliveira-Souza, R. (2007). Response to Greene: Moral sentiments and reason: friends or foes? *Trends in Cognitive Sciences*, 11(8), 323-324. doi: 10.1016/j.tics.2007.06.011
- Moll, J., Zahn, R., de Oliveira-Souza, R., Krueger, F., & Grafman, J. (2005). The neural basis of human moral cognition. *Nature Reviews Neuroscience*, 6(10), 799-809. doi: 10.1038/nrn1768

- Monin, B., & Merritt, A. (2012). *Moral hypocrisy, moral inconsistency, and the struggle for moral integrity*. In M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.). *Herzliya series on personality and social psychology. The social psychology of morality: Exploring the causes of good and evil*. USA: American Psychological Association. 167-184.
- Moore, A. B., Clark, B. A., & Kane, M. J. (2008). Who shalt not kill? Individual differences in working memory capacity, executive control, and moral judgment. *Psychological Science*, 19(6), 549-557. doi: 10.1111/j.1467-9280.2008.02122.x
- Moore, C. (2015). Moral disengagement. *Current Opinion in Psychology*, 6, 199-204. doi: 10.1016/j.copsyc.2015.07.018
- Moore, C., Detert, J. R., Klebe-Treviño, L., Baker, V. L., & Mayer, D. M. (2012). Why employees do bad things: Moral disengagement and unethical organizational behavior. *Personnel Psychology*, 65(1), 1-48. doi: 10.1111/j.1744-6570.2011.01237.x
- Moral, M.V., & Ovejero, A. (2013). Percepción del clima social familiar y actitudes ante el acoso escolar en adolescentes. *European Journal of Investigation in Health*, 3(2), 149-160. doi: 10.13140/RG.2.1.2800.3680
- Muhlberger, P. (2000). Moral reasoning effects on political participation. *Political Psychology*, 21(4), 667-695.
- Mujica-Johnson, F. N. (2020). Educación moral en función del amor en los procesos pedagógicos: prevención de la violencia de género. *ENSAYOS. Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, 35(1), 67-78. doi: 10.18239/ensayos.v35i1.2153
- Navarrete, C. D., McDonald, M. M., Mott, M. L., & Asher, B. (2012). Virtual morality: Emotion and action in a simulated three-dimensional "trolley problem". *Emotion*, 12(2), 364-370. doi: 10.1037/a0025561
- Navarro-Saldaña, G., Rubio-Aguilar, V., Lavado-Huarcaya, S., Minnicelli, A., & Acuña, J. (2017). Razones y Propósitos para Incorporar la Responsabilidad Social en la Formación de Personas y en Organizaciones de Latinoamérica. *Revista Latinoamericana de Educación Inclusiva*, 11(2), 51-72.
- Nucci, L. (2015). Facilitando el desarrollo moral a través del clima escolar y la disciplina constructivista. *Posconvencionales*, 9, 1-27.
- Oaten, M., Stevenson, R. J., & Case, T. I. (2009). Disgust as a disease-avoidance mechanism. *Psychological Bulletin*, 135(2), 303. doi: 10.1037/a0014823

- Oluwafemi, O. O., Bibire, A. H., Mebu, V. A., Dung, P. H., & Aderibigbe, J. K. (2020). Conditional indirect effects of gender and school on internet use for academic activities and social-moral development among secondary school students in Nigeria. *Cogent Social Sciences*, 6(1), 1-14.. doi: 10.1080/23311886.2020.1748478
- O'Hear, A. (1997). *Beyond evolution. Human nature and the limits of evolutionary explanation*. New York: Oxford University Press.
- Ortíz, M. J., Etxebarria, I., Apodaca, P. M., Conejero, S., & Pascual, A. (2018). Moral emotions associated with prosocial and antisocial behavior in school-aged children. *Psicothema*, 30(1), 82-88. doi: 10.7334/psicothema2016.143
- Padilla-Gámez, N., & Díaz-Loving, R. (2013). Premisas familiares y socioculturales del emparejamiento. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 18(2), 249-262.
- Page, R., & Bode, J. (1980). Comparison of Measures of Moral Reasoning and Development of a New Objective Measure. *Educational and Psychological Measurement*, 40(2). 317-329. doi: 10.1177/001316448004000206
- Page, T. E., & Pina, A. (2015). Moral disengagement as a self-regulatory process in sexual harassment perpetration at work: A preliminary conceptualization. *Aggression and Violent Behavior*, 21, 73-84. doi: 10.1016/j.avb.2015.01.004
- Page, T. E., Pina, A., & Giner-Sorolla, R. (2016). "It was only harmless banter!" The development and preliminary validation of the moral disengagement in sexual harassment scale. *Aggressive Behavior*, 42(3), 254-273. doi: 10.1002/ab.21621
- Pan, X., & Slater, M. (2011, July). *Confronting a moral dilemma in virtual reality: a pilot study*. In Proceedings of HCI 2011 The 25th BCS Conference on Human Computer Interaction 25 (pp. 46-51). Newcastle Upon Tyne, UK.
- Parkinson, C., Sinnott-Armstrong, W., Koralus, P. E., Mendelovici, A., McGeer, V., & Wheatley, T. (2011). Is morality unified? Evidence that distinct neural systems underlie moral judgments of harm, dishonesty, and disgust. *Journal of Cognitive Neuroscience*, 23(10), 3162-3180. doi: 10.1162/jocn_a_00017
- Passini, S. (2012). The delinquency-drug relationship: The influence of social reputation and moral disengagement. *Addictive Behaviors*, 37(4), 577-579. doi: 10.1016/j.addbeh.2012.01.012
- Patev, A. J., Hood, K. B., & Hall, C. J. (2019). The interacting roles of abortion stigma and gender on attitudes toward abortion legality. *Personality and Individual Differences*, 146, 87-92. doi: 10.1016/j.paid.2019.04.005

- Patil, I., Cogoni, C., Zangrando, N., Chittaro, L., & Silani, G. (2014). Affective basis of judgment-behavior discrepancy in virtual experiences of moral dilemmas. *Social neuroscience*, 9(1), 94-107. doi: 10.1080/17470919.2013.870091
- Payá, M. (2008). *La naturaleza de los valores a partir de la perspectiva relacional de Risieri Frondizi*. En De Oliveira, M^a J.; Ferreira, N. A. (Org.). *Educação e democracia. Fundamentos teóricos para uma abordagem dos valores*. Salvador, BA: EDUNEB. 41-64.
- Payá, M. & Rubio, L. (2019). Carol Gilligan (1936). En una voz diferente. En M.R. Buxarrais & I. Villafranca (coords.). *Una mirada femenina de la educación moral* (pp. 131-147). España: Desclée.
- Peláez, M. (2001). Morality as a system of rule-governed behavior and empathy. *Behavioral Development Bulletin*, 10(1), 8-14. doi: 10.1037/h0100475
- Pennington, C. G. (2017). Moral development and sportsmanship in physical education and sport. *Journal of Physical Education, Recreation & Dance*, 88(9), 36-42. doi: 10.1080/07303084.2017.1367745
- Pérez-Delgado, E., & García-Ros, R. (1991). *La psicología del desarrollo moral. Historia, teoría e investigación actual*. España: Siglo XXI.
- Pérez-Rivas, D. A., & López-Torres, V. (2020). Reflexiones iuris-filosóficas en torno al matrimonio igualitario. *Libertades Públicas, Movilidad y Derechos Humanos*, 179, 225-238
- Pestaña-de Martínez, P. (2004). Aproximación conceptual al mundo de los valores. *Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 2(2), 67-82.
- Petrucelli, I., Barbaranelli, C., Costantino, V., Gherardini, A., Grilli, S., Craparo, G., & D'Urso, G. (2017). Moral disengagement and psychopathy: A study on offenders in Italian jails. *Psychiatry, Psychology and Law*, 24(5), 670-681. doi: 10.1080/13218719.2017.1291291
- Petrucelli, I., Simonelli, C., Barbaranelli, C., Grilli, S., Tripodi, M. F., & D'Urso, G. (2017). Moral disengagement strategies in sex offenders. *Psychiatry, Psychology and Law*, 24(3), 470-480. doi: 10.1080/13218719.2016.1252291
- Piaget, J. (1932/1987). *El criterio moral del niño*. Barcelona: Fontanella.

- Pineda-Alfonso, J. A. (2015). Educar para la ciudadanía trabajando con temas controvertidos en Educación Secundaria Obligatoria. *Revista de Investigación Educativa*, 33(2), 353-367. doi: 10.6018/rie.33.2.208441
- Pinheiro, T., & Lopes, M. A. (2018). Hierarchical structure and the influence of individual attributes in the captive squirrel monkey (*Saimiri collinsi*). *Primates*, 59(5), 475-482. doi: 10.1007/s10329-018-0668-5
- Pinker, S. (2002). *The blank slate. The modern denial of human nature*. New York, NY: Viking.
- Pinker, S. (2008). The moral instinct. *The New York Times*, January 13. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2008/01/13/magazine/13Psychology-t.html?mcubz=1>.
- Pinker, S. (2011). *The better angels of our nature: The decline of violence in history and its causes*. England: Penguin uk.
- Pircher-Verdorfer, A., & Weber, W. G. (2016). Examining the link between organizational democracy and employees' moral development. *Journal of Moral Education*, 45(1), 59-73. doi: 10.1080/03057240.2015.1136600
- Pothos, E. M., Perry, G., Corr, P. J., Matthew, M. R., & Busemeyer, J. R. (2011). Understanding cooperation in the Prisoner's Dilemma game. *Personality and Individual Differences*, 51(3), 210-215. doi: 10.1016/j.paid.2010.05.002
- Pozzoli, T., Gini, G., & Vieno, A. (2012). Individual and class moral disengagement in bullying among elementary school children. *Aggressive Behavior*, 38(5), 378-388. doi: 10.1002/ab.21442
- Price, D., Green, D., Spears, B., Scrimgeour, M., Barnes, A., Geer, R., & Johnson, B. (2014). A qualitative exploration of cyber-bystanders and moral engagement. *Journal of Psychologists and Counsellors in Schools*, 24(1), 1-17. doi: 10.1017/jgc.2013.18
- Primerio, G. G. (2008). Controversia actual de Chomsky-Skinner. *Revista Brasileira de Terapia Cognitiva y Conductual*, 10(2), 263-269.
- Priyanto, A. S., Sumadi, T., & Casmana, A. R. (2020). The Creation of Moral Education in Junior High Schools. *International Journal of Psychosocial Rehabilitation*, 24(1), 2068-2077.
- Puig, J. M. (1995). Construcción dialógica de la personalidad moral. *Revista Iberoamericana de Educación*, 8, 103-120. doi: 10.35362/rie801189

- Puig, J. M. (1996). *La construcción de la personalidad moral*. Barcelona: Paidós.
- Puig, J. M. & Martín, X. (1998). *La educación moral en la escuela*. Barcelona: Editorial Edebé.
- Rabinowitch, T. C., Cross, I., & Burnard, P. (2013). Long-term musical group interaction has a positive influence on empathy in children. *Psychology of Music*, 41(4), 484-498. doi: 10.1177/0305735612440609
- Railton, P. (1986). Moral realism. *The Philosophical Review*, 95(2), 163-207.
- Railton, P. (2014). The affective dog and its rational tail: Intuition and attunement. *Ethics*, 124(4), 813-859.
- Ramos, S. (2016). Investigación sobre aborto en América Latina y el Caribe. Una agenda renovada para informar políticas públicas e incidencia (resumen ejecutivo). *Estudios Demográficos y Urbanos*, 31(3), 833-860.
- Range, F., Horn, L., Viranyi, Z., & Huber, L. (2009). The absence of reward induces inequity aversion in dogs. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 106(1), 340-345. doi: 10.1073/pnas.0810957105
- Rapoport, A., Chammah, A. M., & Orwant, C. J. (1965). *Prisoner's dilemma: A study in conflict and cooperation*. USA: University of Michigan Press.
- Rault, J. L. (2019). Be kind to others: prosocial behaviours and their implications for animal welfare. *Applied Animal Behaviour Science*, 210, 113-123. doi: 10.1016/j.applanim.2018.10.015
- Reese, H. W. (1989). *Rules and rule-governance: Cognitive and behavioristic views*. In S. C. Hayes (Ed.). *Rule-governed behavior: Cognition, contingencies, and instructional control*. New York, NY: Plenum Press. 3-84.
- Resko, S., Ellis, J., Early, T. J., Szechy, K. A., Rodriguez, B., & Agius, E. (2019). Understanding public attitudes toward cannabis legalization: qualitative findings from a statewide survey. *Substance use & misuse*, 54(8), 1247-1259. doi: 10.1080/10826084.2018.1543327
- Rest, J. (1979). *Developing in judging moral issues*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Rest, J. R. (1982). A Psychologist Looks at the Teaching of Ethics. *The Hastings Center Report*, 12(1), 29. doi: 10.2307/3560621

- Rest, J., & Narvaez, D. (1998). *DIT-2*. Minneapolis, MN: Centre for the Study of Ethical Development, University of Minnesota.
- Rest, J. R., Narvaez, D., Thoma, S. J., & Bebeau, M. J. (2000). A neo-Kohlbergian approach to morality research. *Journal of Moral Education*, 29(4), 381-395. doi: 10.1080/713679390
- Rest, J., Thoma, S. J., Narvaez, D., & Bebeau, M. J. (1997). Alchemy and beyond: Indexing the Defining Issues Test. *Journal of Educational Psychology*, 89(3), 498-507. doi: 10.1037/0022-0663.89.3.498
- Reyes, A. (1979). *Cartilla moral*. México: Fondo de cultura económica.
- Ribes, E. (1992). Factores macro y micro-sociales participantes en la regulación del comportamiento psicológico. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 18(3), 39-55.
- Ribes, E. & López, F. (1985). *Teoría de la conducta: un análisis de campo y paramétrico*. México: Trillas
- Ricou, M., & Wainwright, T. (2018). The Psychology of Euthanasia. *European Psychologist*, 24, 243-256. doi: 10.1027/1016-9040/a000331
- Rini, R. (2018). Abortion, ultrasound, and moral persuasion. *Philosophers' Imprint*, 18, 1-20.
- Risser, S. & Eckert, K. (2016). Investigating the relationships between antisocial behaviors, psychopathic traits, and moral disengagement. *International Journal of Law and Psychiatry*, 45, 70-74. doi: 10.1016/j.ijlp.2016.02.012
- Romera, E. M., Casas, J. A., Gómez-Ortiz, O., & Ortega-Ruiz, R. (2019). Moral domain as a risk and protective factor against bullying. An integrating perspective review on the complexity of morality. *Aggression and Violent Behavior*, 45, 75-82. doi: 10.1016/j.avb.2018.07.005
- Romera, E. M., Ortega-Ruiz, R., Rodríguez-Barbero, S., & Falla, D. (2019). How do you think the victims of bullying feel? A study of moral emotions in primary school. *Frontiers in psychology*, 10: 1753. doi: 10.3389/fpsyg.2019.01753
- Rossen, I., Hurlstone, M. J., Dunlop, P. D., & Lawrence, C. (2019). Accepters, fence sitters, or rejecters: Moral profiles of vaccination attitudes. *Social Science & Medicine*, 224, 23-27. doi: 10.1016/j.socscimed.2019.01.038

- Roth-Hanania, R., Davidov, M., & Zahn-Waxler, C. (2011). Empathy development from 8 to 16 months: Early signs of concern for others. *Infant Behavior & Development*, 34(3), 447-458. doi: 10.1016/j.infbeh.2011.04.007
- Royzman, E. B., Cusimano, C., Metas, S., & Leeman, R. (2020). Is opposition to genetically modified food “morally absolutist”? A consequence-based perspective. *Perspectives on Psychological Science*, 15(2), 250–272. doi:10.1177/1745691619873550
- Rozin, P., Haidt, J., & McCauley, C. R. (2008). *Disgust*. In M. Lewis, J. M. Haviland-Jones, & L. F. Barrett (Eds.), *Handbook of emotions*. USA: The Guilford Press. 757–776.
- Rubio-Garay, F., Amor, P. J., & Carrasco, M. A. (2017). Dimensionality and psychometric properties of the Spanish version of the Mechanisms of Moral Disengagement Scale (MMDS-S). *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 22(1), 43-54.
- Runions, K. C., Shaw, T., Bussey, K., Thornberg, R., Salmivalli, C., & Cross, D. S. (2019). Moral disengagement of pure bullies and bully/victims: shared and distinct mechanisms. *Journal of Youth and Adolescence*, 48(9), 1835-1848. doi: 10.1007/s10964-019-01067-2
- Sánchez-Aragón, R. & Díaz-Loving, R. (2003). Patrones y estilos de comunicación de la pareja: Diseño de un inventario. *Anales de Psicología*, 19(2), 257-277.
- Sanmartín, R. (2000). Etnografía de los valores. *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 12, 129-141.
- Santoyo, J. (2011). ¿Tenemos un cerebro ético? Un estudio desde el sentido moral de los bebés. *Moralia*, 34, 139-149.
- Sarlo, M., Lotto, L., Manfrinati, A., Rumiati, R., Gallicchio, G., & Palomba, D. (2012). Temporal dynamics of cognitive–emotional interplay in moral decision-making. *Journal of Cognitive Neuroscience*, 24(4), 1018-1029. doi: 10.1162/jocn_a_00146
- Saunders, K. L. (2017). The impact of elite frames and motivated reasoning on beliefs in a global warming conspiracy: The promise and limits of trust. *Research & Politics*, 4(3), 2053168017717602. doi: 10.1177/2053168017717602
- Scarpati, A. S., & Pina, A. (2017). Cultural and moral dimensions of sexual aggression: The role of moral disengagement in men’s likelihood to sexually aggress. *Aggression and Violent Behavior*, 37, 115-121. doi: 10.1016/j.avb.2017.09.001

- Schein, C. (2020). The Importance of Context in Moral Judgments. *Perspectives on Psychological Science*, 15(2), 207–215. doi: 10.1177/1745691620904083
- Schonert-Reichl, K. A. (1999). Relations of peer acceptance, friendship adjustment, and social behavior to moral reasoning during early adolescence. *The Journal of Early Adolescence*, 19(2), 249-279. doi: 10.1177/0272431699019002006
- Schwartz, S. H. (1992). Universals in the content and structure of values: theoretical and empirical tests in 20 countries. *Advances in experimental social psychology*, 25, 1-65.
- Seiler, S., Fischer, A., & Ooi, Y. P. (2010). An interactional dual-process model of moral decision-making to guide military training. *Military Psychology*, 22(4), 490-509. doi: 10.1080/08995605.2010.513270
- Seiler, S., Fischer, A., & Voegtli, S. A. (2011). Developing Moral Decision-Making Competence: A Quasi-Experimental Intervention Study in the Swiss Armed Forces. *Ethics & Behavior*, 21(6), 452–470. doi: 10.1080/10508422.2011.622177
- Selman, R. (1980). *The growth of interpersonal understanding: Developmental and clinical analyses*. New York: Academic Press
- Shapiro, S. L., Jazaieri, H., & Goldin, P. R. (2012). Mindfulness-based stress reduction effects on moral reasoning and decision making. *The Journal of Positive Psychology*, 7(6), 504-515.
- Shepherd, R., Barnett, J., Cooper, H., Coyle, A., Moran-Ellis, J., Senior, V., & Walton, C. (2007). Towards an understanding of British public attitudes concerning human cloning. *Social Science & Medicine*, 65(2), 377-392. doi: 10.1016/j.socscimed.2007.03.018
- Sheskin, M., & Santos, L. (2012). *The evolution of morality: Which aspects of human moral concerns are shared with nonhuman primates*. In J. Vonk and T. K. Shackelford (Eds.). *The Oxford handbook of comparative evolutionary psychology*. USA: Oxford University Press. 434-449.
- Shields, D. L., Funk, C. D., & Bredemeier, B. L. (2018). Relationships among moral and contesting variables and prosocial and antisocial behavior in sport. *Journal of Moral Education*, 47(1), 17-33. doi: 10.1080/03057240.2017.1350149
- Shiraev, E. B., & Levy, D. A. (2010). *Cross-cultural psychology: critical thinking and contemporary applications*. U.S.A.: Pearson.

- Sholikhah, E. N., Susani, Y. P., Prabandari, Y. S., & Rahayu, G. R. (2018). Is there a relationship between personal reflection ability and moral reasoning ability in Indonesian medical students? *International Journal of Medical Education*, 9, 213-218. doi: 10.5116/ijme.5b64.971a
- Shweder, R., Much, N., Mahapatra, M., & Park, L. (1997). The “big three” of morality (autonomy, community and divinity) and the “big three” explanations of suffering. Morality and health and the “Big Three” Explanations of Suffering. *Morality and health*, 81, 119-169.
- Sijtsema, J. J., Garofalo, C., Jansen, K., & Klimstra, T. A. (2019). Disengaging from evil: Longitudinal associations between the dark triad, moral disengagement, and antisocial behavior in adolescence. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 47(8), 1351-1365. doi: 10.1007/s10802-019-00519-4
- Silva, A. (2003). *Conducta antisocial: un enfoque psicológico*. México: Editorial Pax.
- Simpson, A., & Rios, K. (2016). How do US Christians and atheists stereotype one another's moral values?. *The International Journal for the Psychology of Religion*, 26(4), 320-336. doi: 10.1080/10508619.2016.1167419
- Singer, P. (1981). *The expanding circle: Ethics, evolution, and moral progress*. USA: Princeton University Press.
- Skitka, L. J. (2010). The psychology of moral conviction. *Social and Personality Psychology Compass*, 4(4), 267-281. doi: 10.1111/j.1751-9004.2010.00254.x
- Skitka, L. J., Hanson, B. E., Morgan, G. S., & Wisneski, D. C. (2020). The Psychology of Moral Conviction. *Annual Review of Psychology*, 72(1), 1-20. doi: 10.1146/annurev-psych-063020-030612
- Skulmowski, A., Bunge, A., Kaspar, K., & Pipa, G. (2014). Situated decision-making in virtual reality: Using the trolley dilemma for investigating property-based choices and affective responses. *Frontiers in Behavioral Neuroscience*, 8(2014), 426. doi: 10.3389/fnbeh.2014.00426
- Slater, M., Gonzalez-Liencred, C., Haggard, P., Vinkers, C., Gregory-Clarke, R., Jelley, S., Watson, Z., Breen, G., Schwarz, R., Steptoe, W., Szostak, D., Halan, S., Fox, D., & Szostak, D. (2020). The ethics of realism in virtual and augmented reality. *Frontiers in Virtual Reality*, 1(2020), 1. doi: 10.3389/frvir.2020.00001

- Slater, M. & Sánchez-Vives, M. V. (2016). Enhancing Our Lives with Immersive Virtual Reality. *Frontiers in Robotics and AI*, 3 (2016), 74. doi: 10.3389/frobt.2016.00074
- Smetana, J. G. (2006). *Social-cognitive domain theory: Consistencies and variations in children's moral and social judgments*. In M. Killen & J. G. Smetana (Eds.). *Handbook of moral development*. USA: Lawrence Erlbaum Associates Publishers. 119-153.
- Sokalska-Bennett, A. (2017). "Imagine a boy who is adopted by a pair of lesbians (poor little sod)...": A membership categorisation analysis of online comments on same-gender adoption. *Journal of Language and Sexuality*, 6(1), 61-89. doi: 10.1075/jls.6.1.03sok
- Sorsoli, L. & Tolman, D. L. (2008). Hearing voices: Listening for multiplicity and movement in interview data. In S. N. Hesse-Biber & P. Leavy (Eds.), *Handbook of emergent methods* (p. 495–515). USA: The Guilford Press.
- Spruit, A., Kavussanu, M., Smit, T., & Intema, M. (2019). The relationship between moral climate of sports and the moral behavior of young athletes: A multilevel meta-analysis. *Journal of Youth and Adolescence*, 48(2), 228-242. doi: 10.1007/s10964-018-0968-5
- Sütfeld, L. R., Ehinger, B. V., König, P., & Pipa, G. (2019). How does the method change what we measure? Comparing virtual reality and text-based surveys for the assessment of moral decisions in traffic dilemmas. *PLoS one*, 14(10), e0223108. doi: 10.1371/journal.pone.0223108
- Sukitman, T. (2019). Formation of Child Morality through Muwang Sangkal Dance Movement in Elementary School. ISLLAC: *Journal of Intensive Studies on Language, Literature, Art, and Culture*, 3(1), 118-127.
- Sunstein, C. R. (1999). The law of group polarization. *University of Chicago Law School, John M. Olin Law & Economics Working Paper*, 91, 1-38. doi: 10.2139/ssrn.199668
- Tam, A. (2020). Why Moral Reasoning Is Insufficient for Moral Progress. *Journal of Political Philosophy*, 28(1), 73-96. doi: 10.1111/jopp.12187
- Teng, Z., Nie, Q., Guo, C., Zhang, Q., Liu, Y., & Bushman, B. J. (2019). A longitudinal study of link between exposure to violent video games and aggression in Chinese adolescents: The mediating role of moral disengagement. *Developmental Psychology*, 55(1), 184. doi: 10.1037/dev0000624

- Tey, A., Vilà, R., & Martínez, M. (2014). Competencias para el aprendizaje ético en estudiantes universitarios de enfermería y pedagogía. *REDU. Revista de Docencia Universitaria*, 12(1), 337-352.
- Thornberg, R., & Jungert, T. (2013). Bystander behavior in bullying situations: Basic moral sensitivity, moral disengagement and defender self-efficacy. *Journal of Adolescence*, 36(3), 475-483. doi: 10.1002/ab.21509
- Timm, S. C. (2016). Moral intuition or moral disengagement? Cognitive science weighs in on the animal ethics debate. *Neuroethics*, 9(3), 225-234. doi: 10.1007/s12152-016-9271-x
- Tirapu-Ustárroz, J. (2007). La evaluación neuropsicológica. *Psychosocial Intervention*, 16(2), 189-211.
- Tomasello, M. (1992). *First Verbs: A Case Study in Early Grammatical Development*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tomasello, M. (2003). *Constructing a Language*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Tovar, J. & Ostrosky-Shejet, F. (2013). *Mentes criminales ¿eligen el mal? Estudios de cómo se genera el juicio moral*. México: El Manual Moderno.
- Traclet, A., Romand, P., Moret, O., & Kavussanu, M. (2011). Antisocial behavior in soccer: A qualitative study of moral disengagement. *International Journal of Sport and Exercise Psychology*, 9(2), 143-155. doi: 10.1080/1612197X.2011.567105
- Triandis, H. C. (1980). *Introduction to Handbook of Cross-Cultural Psychology*. In H. C. Triandis & W. Lambert (Eds.). *Handbook of Cross-Cultural Psychology*. U.S.A.: Allyn and Bacon, Inc.
- Triandis, H. C. (1994). *Culture and social behavior*. USA: Mc Graw Hill.
- Trilla, J. (1995). Educación y valores controvertidos. Elementos para un planteamiento normativo sobre la neutralidad en las instituciones educativas. *Revista Iberoamericana de Educación*, 7, 93-120.
- Trivers, R. L. (1971). The evolution of reciprocal altruism. *The Quarterly Review of Biology*, 46(1), 35-57. doi: 10.1086/406755
- Turan, E. Z., & Işçitürk, G. B. (2017). The Roles of Religious Culture and Moral Knowledge Teachers in Organizing Their Students Relationships with Social Networks. *International Journal of Higher Education*, 6(2), 43-49.

- Turiel, E. (1983). Domains and categories in social cognitive development. In W. Overton (Ed.). *The relationship between social and cognitive development* (pp. 53–89). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Turiel, E. (2018). *Reasoning at the root of morality*. In K. Gray & J. Graham (Eds.). *Atlas of moral psychology*. New York: The Guilford Press. 9-19.
- Uhlmann, E. L., Pizarro, D. A., Tannenbaum, D., & Ditto, P. H. (2009). The motivated use of moral principles. *Judgment and Decision making*, 4(6), 479-491.
- Vacarezza, N. L. (2020). La mano que vota. Visualidad y afectos en un símbolo transnacional del movimiento por el derecho al aborto en el Cono Sur. *Sexualidad, Salud y Sociedad-Revista Latinoamericana*, 35, 35-57.
- Valdesolo, P., & DeSteno, D. (2007). Moral hypocrisy: Social groups and the flexibility of virtue. *Psychological Science*, 18(8), 689–690. doi: 10.1111/j.1467-9280.2007.01961.x
- Valle, M., Kacmar, K. M., Zivnuska, S., & Harting, T. (2019). Abusive supervision, leader-member exchange, and moral disengagement: A moderated-mediation model of organizational deviance. *The Journal of Social Psychology*, 159(3), 299-312. doi: 10.1080/00224545.2018.1466776
- Van Cappellen, P., Saroglou, V., & Toth-Gauthier, M. (2014). Religiosity and Prosocial Behavior Among Churchgoers: Exploring Underlying Mechanisms. *The International Journal for the Psychology of Religion*, 26(1), 19–30. doi:10.1080/10508619.2014.958004
- Van de Pol, P. K., Kavussanu, M., & Claessens, B. (2020). Moral functioning across training and competition in sport. *International Journal of Sport and Exercise Psychology*, 18(2), 239-255. doi: 10.1080/1612197X.2018.1511623
- Van den Bos, W., Crone, E. A., Meuwese, R., & Güroğlu, B. (2018). Social network cohesion in school classes promotes prosocial behavior. *PloS One*, 13(4), e0194656. doi: 10.1371/journal.pone.0194656
- Vaughan, T. J., Bell-Holleran, L., & Silver, J. R. (2019). Applying moral foundations theory to the explanation of capital jurors' sentencing decisions. *Justice Quarterly*, 36(7), 1176-1205. doi: 10.1080/07418825.2018.1537400
- Vecina, M. L. & Chacón, J. C. (2019). The extreme moral diversity of men convicted of violence against their partners: four profiles based on the five moral foundations. *Journal of Interpersonal Violence*, 2019, 1-21. doi: 10.1177/0886260519835005

- Vecina, M. L., Marzana, D., & Paruzel-Czachura, M. (2015). Connections between moral psychology and intimate partner violence: Can IPV be read through moral psychology? *Aggression and Violent Behavior*, 22, 120-127. doi: 10.1016/j.avb.2015.04.013
- Vega, S., Mata, A., Ferreira, M. B., & Vaz, A. R. (2020). Metacognition in moral decisions: judgment extremity and feeling of rightness in moral intuitions. *Thinking & Reasoning*, 1-18. doi: 10.1080/13546783.2020.1741448
- Vega-Valero, C. Z., Díaz-González, E., & Gutiérrez-Paredes, V. C. (2008). Modos de regulación moral en padres con características diferentes desde una perspectiva interconductual. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 11(1), 10-25.
- Vélez-García, A. E., Chayo-Dichy, R., Arias, N., Castillo-Parra, G., & Ostrosky-Solís, F. (2003). Emociones morales, una batería para su medición. *Revista Neuropsicología, Neuropsiquiatría y Neurociencias*, 5, 189-199.
- Verkuyten, M., Rood-Pijpers, E., Elffers, H., & Hessing, D. J. (1994). Rules for breaking formal rules: Social representations and everyday rule-governed behavior. *The Journal of Psychology*, 128(5), 485-497. doi:10.1080/00223980.1994.9914908
- Veugelers, W., & Terlingen, J. (2019, November). How music education can contribute to moral development and citizenship. In 21st Century Innovation in Music Education: Proceedings of the 1st International Conference of the Music Education Community (INTERCOME 2018), October 25-26, 2018, Yogyakarta, Indonesia (p. 229-242). Routledge.
- Villatoro-Velázquez, J. A., Bustos-Gamiño, M. N., Fregoso-Ito, D. A., Fleiz-Bautista, C., Gutiérrez-López, M. D. L., Amador-Buenabad, N. G., & Medina-Mora, M. E. (2017). Factores contextuales asociados con el consumo de marihuana en población estudiantil. *Salud Mental*, 40(3), 93-102. doi: 10.17711/sm.0185-3325.2017.012
- Villegas, M. (2008). Psicopatología y psicoterapia del desarrollo moral. *Apuntes de Psicología*, 26 (2), 199-228.
- Vitell, S. J., King, R. A., Howie, K., Toti, J. F., Albert, L., Hidalgo, E. R., & Yacout, O. (2016). Spirituality, moral identity, and consumer ethics: A multi-cultural study. *Journal of Business Ethics*, 139(1), 147-160. doi: 10.1007/s10551-015-2626-0
- Viveros, E. F. (2017). Apología a la diversidad. Sobre el caso del matrimonio de parejas homosexuales en Colombia. *Revista Universidad Católica Luis Amigó (histórico)*, 1, 45-53.

- Vollum, S., Longmire, D., & Buffington-Vollum, J. (2004). Moral disengagement and attitudes about violence toward animals. *Society & Animals*, 12(3), 209-235. doi: 10.1163/1568530042880668
- Walker, L. J., & Frimer, J. A. (2007). Moral personality of brave and caring exemplars. *Journal of Personality and Social Psychology*, 93(5), 845-860. doi:10.1037/0022-3514.93.5.845
- Wang, G., & Hackett, R. D. (2020). Virtues-centered moral identity: An identity-based explanation of the functioning of virtuous leadership. *The Leadership Quarterly*, 101421. doi: 10.1016/j.leaqua.2020.101421
- Wang, C., Ryoo, J. H., Swearer, S. M., Turner, R., & Goldberg, T. S. (2017). Longitudinal relationships between bullying and moral disengagement among adolescents. *Journal of Youth and Adolescence*, 46(6), 1304-1317. doi: 10.1007/s10964-016-0577-0
- Wang, X., Yang, J., Wang, P., & Lei, L. (2019). Childhood maltreatment, moral disengagement, and adolescents' cyberbullying perpetration: Fathers' and mothers' moral disengagement as moderators. *Computers in Human Behavior*, 95, 48-57. doi: 10.1016/j.chb.2019.01.031
- Warburton, E. C. (2004). Who cares? Teaching and learning care in dance. *Journal of Dance Education*, 4(3), 88-96. doi: 10.1080/15290824.2004.10387264
- Warneken, F., & Tomasello, M. (2007). Helping and cooperation at 14 months of age. *Infancy*, 11(3), 271-294. doi: 10.1111/j.1532-7078.2007.tb00227.x
- Watkins, H. (2020). The morality of war: A review and research agenda. *Perspectives on Psychological Science*, 15(2), 231-249. doi: 10.1177/1745691619885872.
- Weiss, M. R., Smith, A. L., & Stuntz, C. P. (2008). *Moral development in sport and physical activity*. In T. S. Horn (Ed.), *Advances in sport psychology*. Oxford: Human Kinetics. 187-210.
- Werner, P. J. (2018). Moral perception without (prior) moral knowledge. *Journal of Moral Philosophy*, 15(2), 164-181. doi: 10.1163/17455243-46810075
- Werner, P. J. (2020). Moral perception. *Philosophy Compass*, 15(1), 1-12. doi: 10.1111/phc3.12640

- Whatley, M. A., Cave, S. J., & Breneiser, J. E. (2016). The Development of a Scale to Assess Attitudes toward Homosexual Adoption: A Preliminary Investigation. *North American Journal of Psychology*, 18(1), 107-122.
- White, F. A. (1997). Measuring the content of moral judgement development: The Revised Moral Authority Scale (MAS-R). *Social Behavior and Personality: an international journal*, 25(4), 321-334. doi: 10.2224/sbp.1997.25.4.321
- White, F. (2000). Relationship of family socialization processes to adolescent moral thought. *The Journal of Social Psychology*, 140(1), 75-91.
- White, F., & Matawie, K. (2004). Parental morality and parental processes as predictors of adolescent morality. *Journal of Child and Family Studies*, 13(2), 219-233.
- Wilhelm, W. J., & Chaichompoo, P. (2016). We are not like them. They are not like us. Cultural dimensions and moral reasoning in Thailand and the United States. *The Journal of Research in Business Education*, 57(2), 57-81.
- Wirtz, C., van der Pligt, J., & Doosje, B. (2016). Negative attitudes toward Muslims in The Netherlands: The role of symbolic threat, stereotypes, and moral emotions. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 22(1), 75-83. doi: 10.1037/pac0000126
- Wismaliya, R., Hakam, K. A., & Agustin, M. (2018). Model of learning cognitive moral development through pictorial story in elementary school. *International E-Journal of Advances in Education*, 4(10), 77-85. doi: 10.18768/ijaedu.415407
- Woodruff, K., Biggs, M. A., Gould, H., & Foster, D. G. (2018). Attitudes toward abortion after receiving vs. being denied an abortion in the USA. *Sexuality Research and Social Policy*, 15(4), 452-463. doi: 10.1007/s13178-018-0325-1
- Wright, R. (1994). *The moral animal: Why we are, the way we are: The new science of evolutionary psychology*. USA: Vintage Books.
- Wu, R., Liu, Z., Guo, Q., Cai, M., & Zhou, J. (2020). Couple Similarity on Personality, Moral Identity and Spirituality Predict Life Satisfaction of Spouses and Their Offspring. *Journal of Happiness Studies*, 21. doi: 10.1007/s10902-019-00108-8
- Xirau, R. (2008). *Introducción a la historia de la filosofía*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Yalçındağ, B., Özkan, T., Cesur, S., Yilmaz, O., Tepe, B., Piyale, Z. E., Furkan, A. & Sunar, D. (2019). An investigation of moral foundations theory in Turkey using different measures. *Current Psychology*, 38(2), 440-457. doi:10.1007/s12144-017-9618-4
- Yelderman, L. A., West, M. P., & Miller, M. K. (2019). Death penalty decision-making: Fundamental beliefs and the evaluation of aggravating and mitigating circumstances. *Legal and Criminological Psychology*, 24(1), 103-122. doi: 10.1111/lcrp.12141
- Yilmaz, O., & Bahçekapili, H. G. (2015). Without God, everything is permitted? The reciprocal influence of religious and meta-ethical beliefs. *Journal of Experimental Social Psychology*, 58, 95-100. doi: 10.1016/j.jesp.2015.01.003
- Yilmaz, O., Harma, M., Bahçekapili, H. G., & Cesur, S. (2016). Validation of the moral foundation questionnaire in Turkey and its relation to cultural schemas of individualism and collectivism. *Personality and Individual Differences*, 99, 149-154. doi: 10.1016/j.paid.2016.04.090
- Young, L., Cushman, F., Hauser, M., & Saxe, R. (2007). The neural basis of the interaction between theory of mind and moral judgment. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 104(20), 8235-8240. doi: 10.1073/pnas.0701408104
- Zettle, R. D., & Hayes, S. C. (2016). *Rule-governed behavior: A potential theoretical framework for cognitive-behavioral therapy*. In S. C. Hayes (Ed.), *World library of mental health. The act in context: The canonical papers of Steven C. Hayes*. USA: Routledge/Taylor & Francis Group. 7-37.
- Zhang, Z., & Zhou, J. (2020). Cognitive and Neurological Mechanisms of Cuteness Perception: A New Perspective on Moral Education. *Mind, Brain, and Education*, 1-11. doi:10.1111/mbe.12252
- Zhao, H., Zhang, H., & Xu, Y. (2019). How social face consciousness influences corrupt intention: Examining the effects of Honesty–Humility and moral disengagement. *The Journal of Social Psychology*, 159(4), 443-458. doi: 10.1080/00224545.2018.1507992
- Zimmermann, A., Lorenz, A., & Oppermann, R. (2007, August). *An operational definition of context*. In International and Interdisciplinary Conference on Modeling and Using Context (pp. 558-571). Springer, Berlin, Heidelberg.

Avances en psicología moral. Una revisión de teorías e investigaciones,
Primera edición. Editado por la FES Zaragoza de la UNAM. Av. Guelatao
Núm. 66, Col. Ejército de Oriente, C.P. 09230, Ciudad de México, México.
Se terminó de imprimir en noviembre de 2022 en Tipos Futura S.A. de
C.V. Francisco González Bocanegra No. 47-b, Col. Peralvillo, C.P. 06220,
México, D.F. Tel. 5529-0514. Para su composición se utilizó tipografía
Aileron de 26 puntos y Calibri de 11/14 puntos. Impresos en offset a
cuatro tintas, encuadernado rústico, en papel couché de 110 gramos y
los forros de cartulina couché blanco importado de 250 gramos.

Diseño de portada: Carlos Raziel Leaños Castillo.

Formación de interiores: Claudia Ahumada Ballesteros.

Cuidado editorial: Rubén Andrés Miranda-Rodríguez.

Avances en psicología moral

Una revisión de teorías e investigaciones

Rubén Andrés Miranda-Rodríguez

Desde los inicios en el estudio de las acciones humanas se han desarrollado interpretaciones que apuntan a la moralidad como un elemento fundamental para guiar el comportamiento. Una larga historia de conocimientos en filosofía ha permitido entender la conducta en relación con aprendizajes que se contemplan hasta la fecha cuando se habla de la capacidad humana de distinguir lo bueno y lo malo (Xirau, 2008). Estos conocimientos han sido muy relevantes para la psicología, al grado que actualmente se involucra significativamente en el objetivo de entender la moralidad de una forma más práctica y susceptible de comprobarse empíricamente, obteniendo lo que hoy en día se conoce como psicología moral (Gray & Graham, 2018).

El objetivo de este libro es ilustrar los principales avances científicos que se han aportado desde la psicología en el estudio de la moralidad. Se comparte una revisión de cómo la psicología moral ha avanzado científicamente a través de diferentes propuestas que se han presentado a lo largo de los años, por lo que se espera contribuir al conocimiento con un repaso de los descubrimientos más significativos en cuanto a las diversas formas de entender este tema. Así mismo, se busca que profesionales, estudiantes y personas interesadas en la psicología y ciencias afines enfocadas en el abordaje moral del comportamiento vean a este libro como un medio para tener un panorama general de las teorías e investigaciones existentes, esperando despertar curiosidades e intereses para hacer más investigación.



Facultad de Estudios Superiores Zaragoza,
Campus I. Av. Guelatao No. 66 Col. Ejército de Oriente,
Campus II. Batalla 5 de Mayo s/n Esq. Fuerte de Loreto.
Col. Ejército de Oriente.
Iztapalapa, C.P. 09230 Ciudad de México.
Campus III. Ex fábrica de San Manuel s/n,
Col. San Manuel entre Corregidora y Camino a Zautla,
San Miguel Contla, Santa Cruz Tlaxcala.

<http://www.zaragoza.unam.mx>

